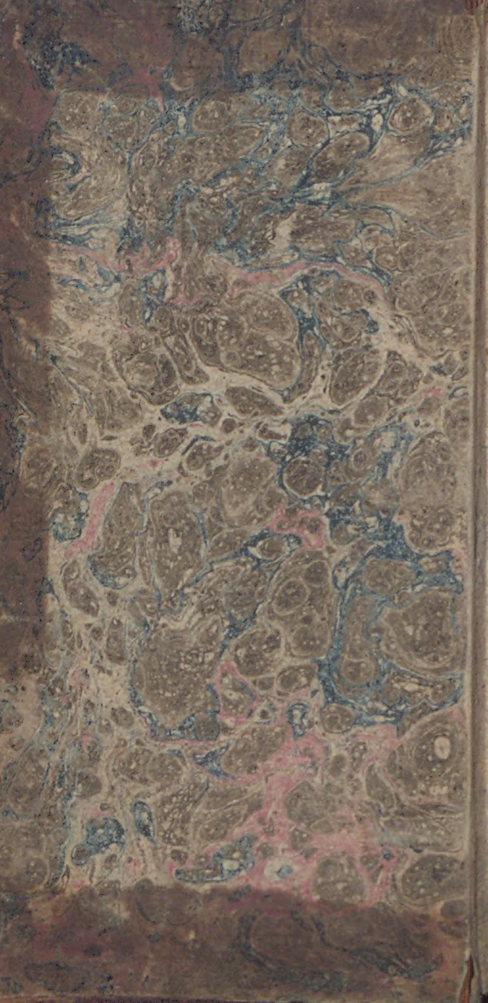
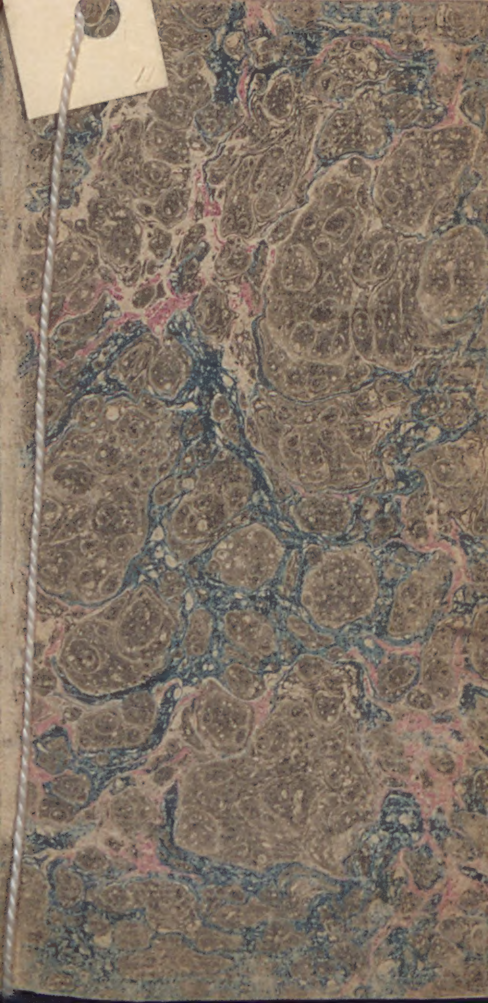






MANUAL DE EXERCICIOS ESPIRITUALES PARA TENER ORACION MENTAL.

Por el P. Tomas de Villacastin, de la Compañia de Jesus.

MADRID : [illegible]
Por la Viuda de Pedro Lopez.

MANUAL DE EXERCICIOS ESPIRITUALES PARA TENER ORACION MENTAL.

Por el P. Tomás de Villacastín, de la Compañía de Jesus.



MADRID : MDCCCXXI.

Por la Viuda de Barco Lopez.

PRÓLOGO

AL CRISTIANO LECTOR.

Una de las cosas que me han movido á escribir este Manual de Exercicios espirituales para tener oracion mental, es el deseo grande que he visto en muchos religiosos y otras personas seglares, siervos de Dios, de tener un tratado breve, por el cual con provecho y fruto de las almas pudiesen tener algun rato ó ratos de oracion; y asi acordé de componerles una suma de lo que en esta materia muchos y graves autores y maestros tan propiamente han escrito;

á los cuales he procurado seguir, tomando por exemplar y dechado el libro de exercicios de nuestro padre S. Ignacio, para adornar este ramillete de tanta suavidad y fragrancia á los sentidos espirituales, deseando que el que se quisiese aprovechar, pueda traer consigo y en su seno lo que con razon debe andar siempre en el alma y corazon, diciendo con la esposa santa: *fasci culus myrrhæ dilectus meus mihi, inter ubera mea commorabitur:* manogito de mirra es mi amado para mí: entre mis pechos morará. Y aunque es tan pequeño, en él hallará el siervo de Dios grandes cosas,

pues lo son, y mucho, saber cómo ha de tratar y comunicar con su Magestad, para tener bien oracion, lo cual particularmente enseñarán las advertencias que al principio de él estan, para saberse aprovechar y utilizar de las meditaciones y consideraciones que en los tres libros siguientes escribimos, de los cuales el primero será y tratará de las postrimerías del hombre: el segundo y tercero de la vida, pasion, muerte y resurreccion de Cristo nuestro Señor, poniendo en cada meditacion de estos soberanos misterios cuatro puntos, para poder ocupar y emplear en cada uno de ellos una hora

y horas de oracion sobre las tres cosas que cada punto en sí encierra, que son: consideracion, ponderacion, y el provecho y frutos que de ella ha de sacar en todo género de virtudes, de las muchas que Jesucristo nuestro Señor exercitó por todo el discurso de su vida santísima. En el fin del libro tercero escribo muchas meditaciones y puntos que enseñan cómo se sabrá uno preparar antes de la sagrada comunion, y dar gracias despues de haber recibido el Santísimo Sacramento, por ser aquel el tiempo mas á propósito para orar y meditar, que no para leer y rezar. Finalmente, conclu-

yo este tratado con un exercicio de ayudar á bien morir, asi á enfermos como á ajusticiados. Todo esto propongo al piadoso lector llana y sencillamente, porque lo que huele á curiosidad resfria mucho la devocion, é impide la oracion, en la cual se debe buscar la verdad, y no la elocuencia. Y porque nada de esto se puede alcanzar sin la gracia de Dios nuestro Señor, le suplico yo, por la sangre que con tan inestimable caridad derramó por todos nosotros, nos la dé muy copiosa para que tengamos su vida, pasion y muerte por espejo y dechado, por regla y nivel, por luz y guia de

nuestros pensamientos, palabras y obras, para que imitando como verdaderos y valientes soldados de la espiritual milicia á nuestro divino capitan Jesus, seamos participantes en esta vida de su gracia, y en el cielo de su gloria. Amen.

MANUAL
DE EXERCICIOS
ESPIRITUALES
PARA TENER
ORACION MENTAL.

DOCUMENTO.

El que desea crecer y medrar en la vida espiritual, sepa que el camino cierto es el trato y comunicacion con Dios, mediante el uso y exercicio santo de la oracion, porque ella es la que alcanza, conserva y aumenta las virtudes, y la que, como dice el apóstol Santiago, sube y llega al cielo y tribunal de Dios (*Jacob.* 1.

n. 17.) y trae á los hombres todos los dones perfectos y dádivas preciosas, haciendo una liga y trabazon tal, que les hace poderosos para recibir de su Magestad infinitas gracias y mercedes. Porque ella es la que, orando Daniél, convirtió á los bravos y hambrientos leones en mansos corderos (*Dan.* 6. *n.* 26.). Ella es la que al fuego hizo perder su fortaleza, pues no pudo, ni supo quemar á los otros mancebos que entraron en el horno de Babilonia (*Dan.* 3. *n.* 15.). Ella es la que alteró el curso y concertado movimiento de los cielos, pues fue poderosa para que á la voz de un hombre que oraba hiciese parar el sol y la luna, y los detuviese tantas horas, cuantas habia menester para alcanzar victoria de sus enemigos (*Jacob.* 10. *n.* 13.). Ella es la que con su virtud y fortaleza hizo que orando Jacob venciese

al ángel y le rindiese (*Genes*. 13. *n*. 16.). Ella es la que ató las manos y á su infinito poder (si decirse puede) al Señor de los ángeles, pues orando Moisés se halló Dios como imposibilitado para castigar y herir su pueblo; y asi pedia á su siervo que le dexase y no le detuviese con su oracion (*Exod*. 32. *n*. 12.). Ella finalmente es la que alcanza perdon al pecador de todos sus pecados (*Luc*. 8. *n*. 33.), pues con ella le alcanzó aquel publicano; y recibió la gracia y amistad perdida el hijo pródigo con su padre (*Luc*. 15. *v*. 21.). Siendo pues tan útil y necesaria la oracion para la vida espiritual, y encerrando en sí tantas y tan soberanas grandezas y excelencias como habemos visto, alcanzando con su divina virtud y poder todo cuanto quiere del cielo y de la tierra; menester es que ningun dia se le pase, particularmente

al religioso que trata de perfeccion, sin tener oracion, gastando en ella una hora y dos de tiempo. Pero diráme alguno, que aunque es asi conveniente y necesario, que ni puede, ni sabe tener oracion, ni discurrir en ella, porque no se le ofrecen consideraciones con que poder entender, ni dilatar sus discursos, y que asi luego se le corta el hilo, y acaba la hebra, y con ella el gusto y deseo que tenia de perseverar en este santo exercicio; y cansado, por parecerle que no aprovecha, ni medra, le dexa: á lo cual respondo, y se debe mucho notar, que si el tal entendiese que este negocio de la oracion mas consiste en afectos y deseos de la voluntad, que en discursos y especulaciones del entendimiento, no le daria tanta pena, ni le desconsolaria tanto, ni le dexaria tan presto; y mas si supiese, como advierten los

santos y maestros de la vida espiritual, que es menester tener cuenta que la meditacion del entendimiento no sea demasiada; porque suele impedir mucho la devocion, oracion y afecto de voluntad, especialmente cuando uno se detiene en consideraciones sutiles y delicadas; y asi vemos que los que no son letrados, ni han estudiado, muchas veces se la ganan, y son mas devotos que los que lo son, y á los tales les va mejor en la oracion, pues no se ocupan, ni distraen en curiosidades, sino que procuran luego con consideraciones llanas y sencillas mover y aficionar la voluntad, á los cuales mueven mas, y causan mas devocion aquellas consideraciones humildes y caseras, haciendo en ellos mas afectos que en los doctos las altas y delicadas. Pongamos un exemplo, pues que tenemos de esto hartos en la sagrada escri-

tura, donde el Espíritu Santo con muy llanas y comunes declaraciones nos declara cosas muy altas y sutiles; y entre otras sea la que trae sobre aquellas palabras del Ps. 45., donde dice el real Profeta: *¿quién me dará álas como de paloma, y volaré y descansaré?* Y pregunta S. Ambrosio: ¿porqué deseando el profeta santo volar y subir á lo alto, pide álas de paloma, y no de otras aves, pues hay otras mas ligeras que las de paloma? Y responde: porque sabia muy bien que para volar á lo alto de la perfeccion y para tener muy buena oracion mejor son las álas de la paloma; esto es, los simples y sencillos de corazon, que los agudos y delicados entendimientos (*Ambr. ser. 7.*). Luego síguese que si nuestro Señor te hace merced que con una consideracion llana y sencilla de las muchas que en este Manual escri-

bimos, con solo considerar que Dios se hizo hombre, que nació en un pesebre, que se puso en una cruz por ti, esto te enciende en amor suyo y en deseo de humillarte y mortificarte, y en esto te detienes toda la hora, tienes mejor oracion y mas provechosa que si tuvieras muchos discursos y consideraciones muy altas y delicadas, porque te ocupas y detienes en lo mejor y mas substancial de la oracion, y en lo que es el fin y fruto de ella. Tampoco está, ni consiste el tener buena oracion en las dulzuras y gustos sensibles, ni en tener grandes contemplaciones, porque eso no está en nuestra mano; ni el negocio de tener buena oracion consiste en que hagas esos actos con gusto y consolacion sensible, sino en que salgas de ellos muy humilde, paciente y obediente, indiferente y mortificado. Y pues esto está siempre

en tu mano, con la gracia del Señor, entiende que siempre puedes tener muy buena y fructuosa oracion, que es cosa de grandísimo consuelo para las almas que se dan á este santo exercicio. Por lo cual me parece que habiendo dado en este libro tan buen principio y documento, y sembrado en tan buena tierra, como lo es la de los corazones deseosos de conseguir la perfeccion, de tan importante semilla se puede esperar coger con el divino favor, no solo fruto de treinta, sino de sesenta y de ciento (*Matth.* I. *n.* 133.), en especial guardando las advertencias siguientes, por ser cosa muy importante para tener bien oracion leerlas despacio; no una, sino muchas veces, con atencion y consideracion, para no andar á ciegas por este santo camino, las cuales enseñan cómo se ha de preparar uno para

entrar, estar, hablar y tratar con Dios en la oracion, y el fruto y provecho que de ella ha de sacar. De las cuales, aunque algunas, al parecer de los ojos humanos, no son de mucha substancia é importancia, sí lo son para el fin que se pretende, en cuanto disponen para alcanzar las grandes; pues sin ellas con dificultad estaria uno recogido y devoto; y ninguna cosa se puede llamar pequeña, sino grande, cuando se hace con intento y deseo de agradar y servir mas á nuestro gran Dios y Señor. Pues por eso dice el Espíritu Santo: *que el que teme á Dios en nada se descuida* (*Eccl.* 9. *n.* 29.). Ni en lo poco ni en lo mucho, porque lo poco ayuda para lo mucho, y lo mucho no puede conservarse sin lo poco.

ADVERTENCIA I.

Cómo se ha de preparar el exercicio para la oracion.

De parte de noche, antes de irte á acostar has de leer siempre algun punto ó puntos de las meditaciones que en este libro se escriben, sobre el cual el dia siguiente has de tener la oracion, y pensando en esto te coja el sueño, para excusar feas imaginaciones, que alli mas que en otra parte suele el demonio traer; y á la mañana en despertando ofrecer á Dios los pensamientos, palabras y obras de aquel dia; y esto hecho, traerás luego á la memoria los puntos del exercicio que leiste de parte de noche, procurando tener en la memoria estas verdades de nuestra santa fe, porque si se ocupa el pensamiento en otras

imaginaciones peregrinas, serán causa de tener la oracion con distraccion, floxedad y pesadumbre, y facilmente la dexarás (*Bon. in Inform. nov.* 1. *p. c.* 4. *Clim.* 9. *serm.*). Tienen los santos S. Buenaventura y S. Juan Clímaco por muy importante este aviso, y de ellos podria ser le hubiese tomado S. Ignacio, el cual sabemos que lo hacia asi, y nos lo dexó encomendado con palabras encarecidas (*Lib. Ex. not.* 3. *Heb.* 4.). Y leemos de él, que no solamente en sus principios, sino despues tambien, siendo viejo, leía y repasaba su exercicio de parte de noche, y se iba á reposar con este cuidado, para que nadie piense que esta es cosa de solos novicios. Y generalmente decia este santo varon y padre, que de la guarda de estos y otros semejantes avisos, que él llama adiciones, y yo advertencias, pendia en gran parte el te-

ner bien la oracion, y sacar fruto y provecho de ella; y nosotros lo experimentamos muy ordinariamente, que cuando vamos bien preparados, y guardamos con exâccion estos avisos y advertencias, nos va bien en la oracion; y cuando no, nos va mal, por haber sido floxos y remisos en esto.

ADVERTENCIA II.

Cómo se ha de aparejar el hombre para hablar con Dios en la oracion.

Un rato antes de entrar en la oracion, advierte lo que vas á hacer y con quién has de hablar y negociar; porque es consejo del Espíritu Santo, que dice que antes de la oracion aparejemos el alma, porque si vamos sin aparejo será como tentar á Dios (*Eccles.* 18. *n.* 13.), pre-

tendiendo el fin y fruto de la oracion, sin poner los medios ordenados para alcanzarle. Esta es tambien doctrina de Santo Tomás y S. Buenaventura (*Div. Thom.* 2. 2. *q.* 97. *art.* 3. *ad.* 4. *Bonav. in Renov. c.* 2.), y nos lo encargan grandemente, disponiéndonos y preparándonos para ella por los medios ordinarios, sin querer que haga Dios milagros, no siendo necesario. Pongamos un exemplo: si uno dixese, no quiero comer, que Dios bien me puede sustentar sin comer, esto seria como tentar á Dios, el cual quiere que conserves esta vida temporal que te ha dado por el medio proporcionado que hay para ello de tomar á sus tiempos el mantenimiento conveniente. Asi pues quiere este Señor que tengas buena oracion, y con mucha atencion y reverencia; mas esto de ordinario nos lo concede por los medios

convenientes de la debida preparacion, la cual para excusar este daño es muy necesaria para hablar con Dios en la oracion; porque si acá vemos que los que han de ir á hablar con los reyes, para alcanzar algun bien temporal, advierten y consideran primero con qué reverencia y reverencias han de entrar, cómo han de estar delante del rey, qué le han de decir, y con qué respeto y compostura exterior; cuánta mas razon será que el que ha de negociar y estar con el Rey de los reyes, y Señor de los señores, para tratar un negocio de tanta importancia como es el de su salvacion, entre y esté delante de su Magestad con todo este cuidado y reverencia, y mucho mayor si fuese posible, pues tanto va de Rey á rey, de Señor á señor, y de negocio á negocio, cuanto va del cielo al suelo, de lo eterno á lo

temporal, del Criador á la criatura, y de Dios al hombre.

ADVERTENCIA III.

Cuál ha de ser el lugar donde se ha de tener la oracion.

Cuando un hombre quiere hablar con un amigo suyo de cosas importantes y de que gusta mucho, tómale á parte, llévale al campo, ó enciérrase con él en algun aposento, donde nadie los pueda impedir ni estorbar. Asi pues es cosa muy importante al hombre que desea tener bien oracion y conversacion con Dios, y tratar con él del negocio de su salvacion, que es el de mayor substancia é importancia que hay en la tierra, buscar el lugar mas quieto y sosegado para que nadie le impida. El religioso, si pudiere tener su oracion en el coro ó en la iglesia,

alli será mejor, por estar delante del Santísimo Sacramento; y si esto no puede ser, sea en su celda: el seglar en su oratorio, y si no lo tuviere, procure encerrarse en alguna pieza retirada, cerrada la ventana y puerta, que asi lo aconseja Cristo nuestro Señor, diciendo: *cuando orares entra en tu retraimiento, y cerradas las puertas ora á tu Padre en escondido* (*Matth.* 6. *n.* 6.). Porque con la obscuridad y quietud de lugar estan los sentidos mas recogidos, y el alma mas viva y atenta. De esto nos dieron exemplos los Antonios, Arsenios, Macarios, Pacómios y otros santos, pues hallamos en sus historias se iban á orar á los desiertos y lugares solitarios para poder estar mas recogidos. Y el Señor y Santo de los santos, vemos que hacia tambien esto, pues cuando quiso comenzar la predicacion del evangelio se fue

al desierto, y estuvo orando cuarenta dias en aquella soledad (*Matth.* 10. *n.* 1.), y otras veces se iba muy frecuentemente las noches al monte Olivete, y se apartaba de sus discípulos, y se ponia á solas en oracion (*Matthæi c.* 3. *n.* 36.), no por necesidad que tuviese de lugar retirado para orar aquella sacratísima Humanidad, porque nadie le podia servir de impedimento para ello, sino para enseñarnos la necesidad que tenemos de buscar lugar apartado, obscuro y quieto para orar con mucha atencion y recogimiento de espíritu. Y es cosa cierta que si la obscuridad no ayudára mucho para que el corazon no se derramára por los ojos, no se quejára el bienaventurado S. Antonio Abad del sol cuando amanecia, porque le impedia con su claridad el recogimiento de su contemplacion (*Casian. col.* 9.

c. 30.). Y aunque es verdad que escoger de todo la vida solitaria no es de todos, sino de muy pocos; mas escoger lugar solitario, retirado y quieto para conversar á solas con Dios algunos dias, y para el tiempo ordinario de la oracion, que es lo que aqui tratamos, esto para todos es. Y demos que nada de esto tuvieses, no sería buena excusa decir que no puedes ó no tienes lugar tal ni tan quieto como el que hemos dicho para tener oracion, porque el deseo de orar y adorar á Dios que está presente en todo lugar, en cualquiera parte lo puedes hacer, pues no solo Adán en el paraíso, sino Josef en la cárcel Job, en el muladar, Daniél entre los leones, y Jonás en el vientre de la ballena oraron. Y de la vírgen santa Inés leemos que el lugar inmundo y torpe donde la tuvieron volvió en casa de oracion. Y si esto es verdad,

como lo es, síguese que en cualquier lugar puedes orar, honrar, alabar á Dios, y ser santo como estos lo fueron.

ADVERTENCIA IV.

Qué tiempo será el mejor para la oracion mental.

Despues del lugar recogido y secreto, lo segundo que se requiere es el tiempo oportuno para la oracion, y el mejor que hay es, como lo advierte san Buenaventura, despues de media noche, hasta el dia (*Inspe. disc. c.* 21.). Y asi de todo este tiempo puedes escoger la hora en que has de meditar, y la mas facil es la de la madrugada antes del dia; para la cual es menester traer concertada la vida, y acostarse á tal hora, que habiendo dormido lo necesario, te has de levantar antes de amanecer; por-

que cuando Dios quiere visitar á sus santos, y descubrirles sus secretos, ordinariamente escoge el tiempo de la noche, como lo hizo con Samuél cuando le reveló secretos maravillosos en el templo (1. *Reg.* 3. *n.* 4.). Y con la soberana Virgen cuando la envió la embajada del cielo con su ángel, y con el santo Josef cuando le avisó de la huida á Egipto, y con los Magos cuando les descubrió que no volvieran á Herodes (*Matth.* 1. *n.* 13.). Estas y otras revelaciones las hace Dios comunmente de noche, como lo dice su Profeta (*Jer.* 15.); lo cual es clara señal de ser el tiempo mas oportuno para conversar con Dios, y contemplar en las cosas celestiales; porque entonces el alma, con la obscuridad y el silencio de la noche, y con la quietud de todas las criaturas, está mas recogida y atenta. Y asi confiesa David que á la

media noche y á la madrugada se levantaba á horar y hablar á Dios (*Ps.* 118. *n.* 61. *et Ps.* 7. *n.* 14.). Y no obstante que este es el tiempo mas oportuno para la oracion mental, si caso fuere que no le puedas recoger, toma cualquiera otra hora de la mañana ó de la tarde; y mientras mas cerca de la mañana ó de la noche, tanto será mejor y mas provechoso este recogimiento; porque cuanto mas de mañana, el espíritu tiene mas vigor, la cabeza está mas aliviada, y el cuerpo mas descansado; y mientras mas tarde, tanto menos impide la comida que tomaste á medio dia; y asi te hallarás mas hábil y agil para la oracion, y mas apto para durar y perseverar en ella.

ADVERTENCIA V.

De la presencia de Dios para estar en la oracion con atencion y reverencia.

Habiendo escogido el tiempo y lugar donde has de tener la oracion, ante todas cosas te has de persignar, y puestas las manos, estar en pie por espacio de un Pater noster; y alzando el corazon y las potencias de tu alma al cielo, te pondrás en la presencia de Dios vivo, que está alli presente por esencia, presencia y potencia, considerando que no estás alli solo, sino delante de aquella gran Magestad de Dios infinito, que te está mirando, como lo contemplaba aquel gran profeta Elías cuando decia: *vive el Señor Dios de los exércitos, en cuya presencia estoy* (3. *Reg.* 17. *n.* 1.). Y avivan-

do en esto la fé, harás á este Señor y Dios Trino y Uno, á quien adoran innumerables ángeles, una grande y profunda reverencia, hincando las rodillas del cuerpo y alma en tierra, una, dos y tres veces, adorando á las tres divinas Personas. La primera sea al Padre, la segunda al Hijo, la tercera al Espíritu Santo, y esta humillacion con que entras en la oracion no ha de ser sola exterior del cuerpo, sino interior del alma, entrando dentro de ti mismo, y considerando que no tienes bien alguno de tu cosecha, ni cosa que tenga sér, valor, ni substancia, sino innumerables pecados, por los cuales merecias pena y tormento eterno. Y esto será un eficáz remedio para tener bien oracion, pues con él los justos se hacen mas justos, y los santos mas santos, como dan de ello testimonio un Abraham, un To-

bias, un Daniél y otros santos, de los cuales refiere la divina escritura que daban principio á su oracion con esta humillacion (*Gen.* 18. *n.* 17. *Tob.* 1. *n.* 3. *Dan.* 6. 5. *&c.*). Y con ésta los pecadores alcanzan misericordia, y se hacen justos, como un Manasés, rey de Israél, gran pecador, y un publicano del evangelio, el cual humillándose en su oracion, salió de ella justificado (1. *Paral. c.* 26. *n.* 15. *Luc.* 28. *n.* 15.). Y asi lo saldras tú, si como imitaste al que peca y se humilla, te humilláres y arrepintieres.

ADVERTENCIA VI.

Cómo y con qué postura se ha de estar en la oracion.

El modo de estar y tener la oracion se dexa á la salud, disposicion y fuerzas del cuerpo:

cuando de rodillas, si estás bueno y puedes: cuando postrado en la tierra, cuando en pie, y mas si te aquejare y molestare el sueño: cuando sentado humildemente, si las indisposiciones lo pidieren; de manera que declare la misma postura humilde la voluntad buena que tienes de estar con la reverencia que puedes, y que te sientas no á descansar, sino á orar; porque si el cuerpo está con pena y pesadumbre, no tendrás la quietud y sosiego que para este santo exercicio se requiere, aunque algunas veces será bien mortificarle y trabajarle, no dándole todo lo que pide, y principalmente si de darselo te halláres en la oracion tibio y distraido. Muchos son los exemplos que tenemos en la divina escritura de la reverencia exterior que tenian los santos en la oracion; pues hablando de aquel grande

amigo de Dios Moysés, dice: que para orar al Señor en el monte Sinaí se inclinó y postró en el suelo (*Exod.* 34. *n.* 16.). Y de Daniél dice, que oraba hincadas ambas rodillas en tierra (*Dan.* 2. *n.* 19.). De esta reverencia usaba Jesucristo nuestro Señor en sus largas y prolixas oraciones que hacia á su Eterno Padre, como en el huerto, que hincándose de rodillas se postró en la tierra, y esto mismo es de creer hacia las otras veces que se iba á orar á los montes (*Luc.* 11. *n.* 41.). Y este mismo exemplo siguieron los apóstoles y demás santos, y entre otros se dice del apóstol Santiago el Menor en su vida, que de estar de rodillas las noches y los dias en la oracion, las tenia duras y con callos como de camello, enseñándonos el mucho caso que se ha de hacer de la reverencia exterior para la oracion, como

cosa que singularmente ayuda á la devocion interior, y que en gran manera glorifica á Dios y edifica á los próximos. Procura tú siempre glorificarle á él, y edificarles á ellos cuando estuvieres en oracion.

ADVERTENCIA VII.

Cómo ha de tratar y hablar el hombre con Dios en la oracion.

El modo de tratar y hablar el alma con Dios en la oracion mental ha de ser no con palabras exteriores, sino con interiores: y esta habla no ha de ser larga ni continuada, ni por todo el tiempo que dura la oracion, sino breve y de la manera que nos lo enseña Cristo nuestro Señor en su evangelio, diciendo: *cuando oráreis no hableis mucho* (*Matth.* 6. *n.* 7.). Y S. Agustin, declarando este lugar del evan-

gelio, advierte: *que una cosa es hablar mucho y discurrir con el entendimiento, y otra cosa es detenerse mucho en el amor y afectos de la voluntad* (*S. Aug. lib. de Orand. Deum, c.* 101.). Y asi lo primero es lo que se ha de excusar en la oracion, porque esto es hablar y parlar mucho; y el negocio de la oracion no es muchas palabras, que no se negocia bien con Dios en ella con retóricas, ni con abundancia de discursos y delicados pensamientos, sino con lágrimas, gemidos y suspiros del corazon; pues aunque no hables palabras con la lengua, puedes clamar á Dios con el corazon, como lo hacia Moysés, al cual le dixo el Señor: *Moysés, ¿para qué clamas y me das voces* (*Exod.* 4. 15.)? Y el santo no hablaba palabra, sino que dentro de su corazon oraba con tanto fervor y eficacia como si diera voces á Dios. Pues de esa

manera las has tú de dar en la oracion, y esto ha de ser tu hablar con Dios; y si acaso fuese que por no hacerlo asi te distraxeses, y no pudieses tener tu oracion con la quietud y sosiego que deseas, sino que antes te ves en ella combatido de diversos pensamientos y tentaciones, será bien echar mano y aprovecharte de un buen medio que da el P. M. Ávila en una de sus espirituales Cartas, donde dice: que te arrojes á los pies de Cristo, doliente de la culpa que en esto tienes, y de la causa que para ello has dado (*Lib.* 1. *Epist.*). Y quejándote amorosamente á su Magestad, le dirás, hablando vocalmente, estas ú otras semejantes palabras: *¿pues cómo, Señor mio, habeis vos de permitir que siendo yo tan vil criatura y una hormiga, esté delante de vos, Criador mio, con tan poca reverencia, atencion y*

devocion, y con tanta distraccion? No permitais tal cosa, os ruego. Y luego vuelve á tu alma, y dila: alma mia, vuelve sobre ti, mira lo que haces y con quién hablas, advierte que quizá será esta la última hora de oracion que tendrás, ó este el dia último de tu vida. Y esto hecho, vuelve á atar tu hilo de la oracion y á tu habla interior con Dios, como queda arriba dicho. Y si con todo eso no pudieres, ni estuviere en tu mano sacudir de ti esas distracciones, pensamientos y tentaciones, en cuanto es voluntad de Dios, y pena y castigo justamente merecido por tus grandes culpas pasadas, y por tus descuidos y faltas presentes, dirás á nuestro Señor: yo lo acepto, Señor mio, de muy buena voluntad, y me huelgo de recibir de vuestra mano esta cruz, esta sequedad y distraccion, y este desconsue-

lo y desamparo espiritual. Y ten por cierto que esta paciencia y humildad, y esta conformidad con la voluntad de Dios, será muy buena oracion, y agradará mas á su Magestad que la oracion que tú deseabas tener; pues no consiste la santidad en tener dón de oracion, sino en hacer la voluntad de Dios. Y si su Magestad te lleva por ese camino, por él serás santo y perfecto.

ADVERTENCIA VIII.

Con qué fuerza y atencion se ha de tener la oracion.

Para tener la oracion con atencion y recogimiento, importa mucho al que ora no tomar este negocio á poco mas ó menos; no de priesa, sino despacio; no durmiendo ni bostezando, ni con un corazon tardo ni floxo, sino vivo y atento, y le-

vantado á lo alto; porque de otra manera no careceria de culpa, y tenia bien que temer no le comprehendiese aquella maldicion del profeta Jeremías, que dice: *maldito sea el hombre que hace con negligencia la obra de Dios* (*Hier. c.* 40. *n.* 10.). Y bien se dexa entender que esta obra del Señor Dios es la oracion. Tampoco ha de poner el que ora tanta intension y fuerza en la oracion para estar con atencion y devocion, que la quiera sacar y estrujar, como dicen, á fuerza de brazos, *pues en lugar de sacar leche de suavidad y dulzura*, *sacaria sangre*, como dice la Sabiduría en los Proverbios (*Prov.* 3. *n.* 33.). Y no serviria este trabajo de otra cosa sino de cansar la cabeza y quebrar la salud, y vendrias á tener temor y horror á este exercicio de la oracion, la cual dexarias á medio camino por

faltar las fuerzas para pasar adelante, como le falta al caminante cuando al principio de la jornada se da mucha priesa á caminar. Pues para huir estos dos extremos conviene llevar tal medio, que ni con la demasiada atencion fatigues la cabeza, ni con el descuido y floxedad dexes andar vagueando el pensamiento por donde quisiere; pues una de las cosas que suele mucho inquietar en la oracion y distraer el alma, son los pensamientos molestos y agenos de aquel lugar, los cuales acuden, asi por nuestra flaqueza como por la astucia del demonio, á impedir la oracion y atencion: y asi el remedio que has de usar para vencerlos con la gracia de Dios ha de ser: lo primero, ni mirarlos, ni escudriñarlos, ni pelear con cada uno de ellos, sino desecharlos, volviendo de ellos el rostro; y no haciendo

caso de ellos, prosigue y pasa adelante sin parar en el punto que ibas meditando. El segundo y mas principal remedio será el verdadero amor de Dios, porque él es el que alcanza en la oracion una atencion suave, devota y recogida: él es el que con facilidad ahuyenta y destierra del corazon los inútiles y vanos pensamientos en la oracion y fuera de ella. Porque como dice la misma verdad: *donde está el tesoro del hombre, allí está su corazon* (*Matth. 6. n. 21.*); que es decir, adonde está el amor del hombre y la cosa que mucho estíma y quiere, ahí está su pensamiento. Asi nos lo enseña la experiencia, que en lo que mucho amamos y deseamos, en esto continuamente pensamos, sin trabajo ni dificultad, y aun sin procurarlo se nos va el pensamiento y consideracion á lo que ama y quiere nuestro corazon.

Procura pues muy de veras crecer en el amor de Dios; porque mientras mas lo amáres, tanto con mayor facilidad pensarás en él, y sin fuerza ni trabajo andarás unido con él. Y por este camino hallarás con quietud y suavidad el bien deseado de la atencion y devocion en tu oracion.

ADVERTENCIA IX.

Cuándo en la oracion se ha de pasar de un punto á otro punto.

Cuando Dios moviere tu voluntad con algun afecto de la consideracion en el punto del misterio sobre el que tienes la oracion, no pases á otro punto; mas en aquel gastarás la hora ó el tiempo que has de estar recogido; y cortando el hilo al discurso del entendimiento, haz pausa en ese afecto y deseo de la voluntad hasta satisfacerte, y

embeberle muy bien en tu alma; porque para gastar una hora y muchas horas en oracion, no son menester muchos puntos, ni muchos discursos ni consideraciones, ni andar discurriendo á priesa de un punto á otro, de una consideracion á otra; sino en hallándo una cosa que de suyo es eficáz, detente despacio en ella, mirándola y ponderándola con atencion y reposo hasta que la voluntad se mueva con algun afecto de estimacion ó admiracion de tal ó tal beneficio, ó con un deseo de servir al Señor que aquello hizo y obró. Y en esto te has de detener todo el tiempo que duráre, aunque en él se te pase toda la oracion. Esta es una advertencia muy importante, y por tal nos la pone nuestro padre S. Ignacio en su libro (*lib. Exer. ad* 4.), donde nos dice que en el punto que halláremos la devocion y sentimiento

que deseamos, ahí paremos, y en eso nos detengamos, sin tener ansia de pasar á otra cosa, hasta que quedemos satisfechos; porque ese es el fin que se pretende en la oracion, y el fruto que habemos de sacar de ella, y á eso se han de ordenar y enderezar todas las meditaciones, consideraciones y discursos del entendimiento; que no es de esencia llevar prevenidos dos ó tres puntos, que por fuerza los hayas de meditar todos; pues no se hace esta prevencion sino porque no falte materia sobre qué pensar ó discurrir, y para que si estás tibio, ó no te mueve la consideracion de ese punto ó misterio que meditas, puedas pasar á otro; y cuando no sintieses que la voluntad se te mueve, sino que todo el tiempo se te va en pasar de una consideracion á otra, no recibas pena, ni te inquietes; pues en aquello se

cumple la divina voluntad, que es el fin principal que has de pretender en la oracion, y no gusto y consolacion.

ADVERTENCIA X.

Qué provecho sea repetir una y dos veces un mismo exercicio.

Importa mucho en la consideracion de los misterios divinos, que en este libro, aunque breve y sucintamente se escribe, no pasar por ninguno de ellos de corrida, como queda dicho, sino párate, pensando y ahondando despacio en una misma cosa y en un mismo punto; pues te aprovechará mas un misterio bien considerado y ponderado de esta manera, que muchos superficialmente mirados. De esto nos dió exemplo Jesucristo nuestro Señor, el cual nos enseñó este modo de orar y perseverar en

una misma cosa en la oracion del huerto; pues no se contentó con hacer una vez aquella oracion á su Padre Eterno, sino que segunda y tercera vez la tornó á repetir; y aun á la postre, dice el sagrado evangelio, que mas prolixamente que al principio, deteniéndose mas en la oracion (*Matth.* 26. *n.* 44.). Y por eso N. P. S. Ignacio en su libro de los Exercicios Espirituales hace tanto caso de las repeticiones, que tras cada exercicio luego manda que se haga una y otra repeticion; porque lo que no se halla la primera vez, perseverando mas se halla, que asi lo dixo Jesucristo Señor nuestro: *el que busca halla, y al que llamó se le abrirá la puerta* (*Matt.* 7. *n.* 8.). Asi le sucedió á aquella muger Cananéa, la cual por su perseverancia de pedir muchas veces á Cristo *la salud para su hija, la alcanzó de su Magestad*

(*Matth.* 13. *n.* 18.). Asi suele ser en la oracion, que tornando una y otra vez, un dia y otro dia sobre la misma consideracion, y perseverando en ella, irás descubriendo mas tierra, ó por mejor decir, mas cielo: como cuando uno entra en un aposento obscuro, que al principio no vé nada, y deteniéndose en él, ve lo que antes no veía.

ADVERTENCIA XI.

Cómo se ha de dar principio á la oracion.

Conviene, generalmente hablando con todos los que se dan á este exercicio santo de la oracion, que al principio y entrada de ella hagan siempre por espacio de una Ave María esta oracion que se llama preparatoria, que es como preparacion para entrar en la oracion, diciendo

asi: suplícoos, Señor, enderezceis esta hora ó rato de oracion á mayor gloria vuestra, y deis la gracia necesaria para hacerla, que yo os ofrezco todo lo que aqui pensare, dixere y tratare, de la manera que vos, Señor, lo quereis y deseais.

ADVERTENCIA XII.

Cómo se han de exercitar las potencias del alma en la oracion.

La oracion mental, de que hablamos aqui, es obra de las tres potencias del alma, que son memoria, entendimiento y voluntad. Advirtiendo, que en cualquier misterio ó punto que tomares entre manos de todas las meditaciones de los libros siguientes que en este manual escribimos, has de ir exercitando estas tres potencias en la oracion, de esta manera: primero con la memoria te has de acor-

dar de Dios nuestro Señor, con quien estás hablando, poniendo delante de los ojos el punto ó misterio que estás meditando, creyendo con viva fe la verdad de él. Segundo, con el entendimiento irás discurriendo y considerando aquellas cosas que mas te ayudaren á mover tu voluntad, rumiándolas y desmenuzándolas muy despacio: de manera, que sientas en ti la voluntad y fruto que en sí contienen; porque lo que no se masca, ni amarga ni da sabor, y asi no le amarga al pecador el pecado, ni la muerte, el juicio, ni el infierno, porque no desmenuza estas cosas, sino trágaselas enteras, tomándolas á bulto y á carga cerrada. Por esto tampoco ni te da gusto ni sabor el misterio de la encarnacion, de la pasion y resurreccion, porque no los desmenuzas ni rumias. Masca pues con tu entendimien-

to el granito de mostaza ó pimienta, buscando la virtud preciosa y divina que está encerrada dentro de él; quiero decir, dentro de ese santo y divino misterio; y verás cómo quema y pica, y te hace saltar la lágrima viva. Tercero, con la voluntad sacarás varios efectos, unos en órden á ti mismo, otros en órden á Dios: como son aborrecimiento propio de haber ofendido á Dios, dolor de los pecados, amor de Dios y á sus divinos preceptos, hacimiento de gracias por tales beneficios y mercedes como te ha hecho, deseos de verdaderas y sólidas virtudes, y de imitar á Jesucristo nuestro Señor en las que exercitó en su vida santísima: como son en la caridad y misericordia: en la humildad y paciencia: en la mansedumbre y pobreza, y en todas las demas: y desprecio de todo lo que

el mundo estima y ama, viendo el poco caso que este Señor hizo de ello en vida y en muerte; asi has de padecer y derramar tu sangre por Cristo, ponderando con atencion y despacio en cada misterio alguna virtud de estas, hasta que saques en la voluntad una aficion y deseo grande de alcanzarla. Y estos son los actos que has de exercitar con la potencia de la voluntad en la consideracion de la vida y pasion de nuestro Señor, para sacar de ellos imitacion de sus perfectas virtudes: y esto tercero es lo principal, y en lo que has de parar y reparar en la oracion, pues hacer esto siempre está en tu mano, por mas seco y desconsolado que estés. Todos estos y otros semejantes afectos y deseos de verdaderas y sólidas virtudes se pondrán en práctica, para que te sepas aprovechar en

unas meditaciones de unas, y en otras de otras, segun la materia de la meditacion lo pidiere.

ADVERTENCIA XIII.

El fruto que se ha de sacar de la oracion.

Es cosa muy importante, y que hace mucho al caso, que antes de entrar en la oracion sepas el fruto que has de sacar de ella, atento que vas á ella á buscar el remedio de tus necesidades espirituales, y alcanzar victoria de tus pasiones y malas inclinaciones; á dolerte de tus pecados; á desarraigar los vicios; á procurar alcanzar virtudes; á vencer todas las dificultades que se te pueden ofrecer en el camino de la virtud, tratando primero contigo y muy despacio cuál es la mayor necesidad espiritual que tienes, que es lo que mas impide tu aprove-

chamiento, y lo que hace mas guerra á tu alma, y eso es lo que en particular has de llevar prevenido y delante de los ojos, para insistir en ello y sacarlo de la oracion: como si te sientes falto de paciencia, endereza las consideraciones á sacar deseos verdaderos de sufrir y padecer por Dios cosas que te dan pena y te son muy contrarias. Y si te sientes falto de caridad, á sacar propósitos firmes de mostrarte afable y suave con los próximos, y de no entristecer á ninguno ni hacerle mal, sino todo el bien que pudieres &c. Y seria engaño grande irse uno á la oracion á echar mano de lo primero que se le ofreciese, y no de lo que mas ha menester, atento que el enfermo que va á la botica no lo hace asi, sino que echa mano de lo que mas le hace al caso para la cura de su dolencia. Asi

vemos que lo hizo aquel ciego del evangelio, *que acudió á Cristo clamando y dando voces que hubiese misericordia de él. Y preguntándole el Señor ¿ qué era lo que queria que hiciese con él? Luego le respondió su mayor necesidad, y lo que mas pena le daba, que era la falta de la vista; y de esa y para esa pide remedio* (*Luc.* 18. *n.* 14.). De manera, que no pidió alguna de las otras cosas que tambien tenia necesidad; pues no dixo: Señor, dadme un vestido, que soy pobre, dadme hacienda, que no la tengo; no pide eso, sino dexando todo lo demas, acude á la mayor necesidad. Asi vemos lo hacia aquel santo profeta David, pues enderezaba su oracion á hallar lo que deseaba y habia menester; y asi dice en uno de sus salmos: *una cosa pedí al Señor, y esa demandaré y procuraré siempre hasta alcan-*

zarla (*Ps.* 16. *n.* 4.). Asi lo has de hacer tú en la oracion que haces á Dios, insistiendo y perseverando en esto hasta alcanzarlo. Y en saliendo con victoria de ese vicio, pasion ó inclinacion mala que mas te aflige y molesta, echa luego mano de otro, y vendrás á vencerlos y á degollarlos todos con el cuchillo agudo y penetrante de la oracion. Aqui me parece se te ofrece una duda, á la cual holgarias te respondiese; y es: ¿cómo podré yo, padre, aplicar este punto de oracion y misterio que medito, en el cual luce y campéa mas la caridad de Cristo y amor que me tiene, su grandeza y bondad que en él resplandece, á la necesidad que yo tengo de humildad, paciencia, pureza, y de otras virtudes? Item: ¿cómo, pensando en los misterios de Cristo glorioso, podré yo tener dolor de

mis pecados, y en sus pasos dolorosos gozo y alegria espiritual? A lo cual respondo dos cosas. La primera sea, que no se puede negar ser unos misterios mas á propósito que otros, por sacar de ellos el fruto para unas virtudes mas que para otras. Pongamos exemplo en el nacimiento del niño Jesus: ¿quién duda, sino que luce y sale mucho en este misterio la humildad y pobreza que allí experimentó Cristo? En la coronacion de espinas, el desprecio de las honras del mundo. En los azotes á la columna, la mortificacion de la carne. Y en el misterio de la cruz, la humildad, paciencia y obediencia que Cristo exercitó cuando quiso ser puesto en ella. La segunda cosa sea, y es muy importante aviso, tengas entendido, que cualquiera exercicio ó misterio que meditares le puedes aplicar á la

virtud que mas has menester y te hace mas al caso; porque la consideracion de cualquier de ellos es un divino maná que sabe á cada uno á lo que quiere. Si quieres que te sepa á humildad, á eso te sabrá la consideracion de los pecados, del infierno y de la muerte: si quieres que te sepa á paciencia y amor de Dios, á eso te sabrá la pasion y resurreccion de Cristo nuestro Señor; pues toda ella está llena de motivos para lo uno, é incentivos para lo otro. Si quieres que te sepa á pobreza y mortificacion de la carne y todo lo demas, á eso te sabrá la vida santísima de este Señor. Pongamos esto en práctica, y declarémoslo mas con algunos exemplos.

Estás meditando en algun paso de la pasion y trabajos del Salvador, y quieres sacar deseos y afectos de gozo y ale-

gria; pues pon los ojos en la suma gloria y alabanzas que de esos trabajos é ignominias resultó á Dios en la tierra y en el cielo, y los bienes infinitos de gracia y de gloria celestial que se siguieron al linage humano por medio de tales penas y trabajos como Cristo padeció; y con esto te alegrarás, y cumplirás muy perfectamente lo que dice el apóstol S. Pablo: *gozaos siempre en el Señor* (*Ad Phil.* 4. *n.* 4.). Estás meditando la resurreccion gloriosa de Cristo nuestro Señor, y quieres de ella sacar dolor de tus pecados; pues mira que este Señor resucita por darte la vida de la gracia, librándote de la muerte de la culpa: y por la hermosura de la vida gloriosa que te promete resucitando, sacarás la fealdad y torpeza de la muerte de la culpa, de que te libró muriendo; y asi te moverás á abor-

recer cosa tan fea como es el pecado, y amar la hermosura de la gracia. Si meditando en la ascension de Cristo quieres sacar fruto de paciencia, mira cuán bien premió el Padre Eterno los trabajos que por su amor padeció su Hijo santísimo, para que tengas tú paciencia en los tuyos. Y finalmente, si pensando en la vida santísima de Cristo nuestro Señor, quieres sacar de ella afecto al desprecio del mundo, mira como en toda ella te enseña el poco caso que hizo de su honra y gloria vana; y que la que se debe estimar es la eterna, que Cristo tiene y comunica á los suyos. Pero lo que mas en esto hace al caso es la luz y direccion del Espíritu Santo, que en cualquier misterio que meditares te dará sentimiento de la virtud que mas pretendes, y mas te importa alcanzar.

ADVERTENCIA XIV.

De las oraciones jaculatorias que se han de tener en la oracion y fuera de ella.

Es muy buen remedio para avisarse el que ora, cuando estuviere con distracciones y sequedades en la oracion, y para conservar la devocion entre dia, y andar siempre en la presencia de Dios, y para los que no tienen salud para orar ni meditar, decir algunas oraciones ó aspiraciones jaculatorias, que son como quien arroja un dardo ó saeta de fervoroso afecto al cielo, pidiendo á Dios con breves palabras su divino amor, su gracia, y alguna virtud de que tiene mas necesidad: otras veces, representándole su flaqueza, y pidiéndole remedio para ella, ó victoria contra algun vicio, de que desea verse

libre. La práctica de estas breves oraciones es la siguiente:

¡O Dios mio, quién te amase! ¡O quién te obedeciese y sirviese siempre! ¡O quién nunca te hubiera ofendido! ¡O si yo me viese libre de este vicio! ¡O quién alcanzase esta virtud! Dadme, Señor, limpieza de alma, humildad de corazon, pobreza de espíritu. Perdonadme, Redentor mio, mis muchos pecados, y tened misericordia de mí. O Rey de los cielos y hermosura de los ángeles, ¡qué tarde me conocí! ¡O Señor, si te conociese y me conociese! No permitas, Señor, jamás que yo me aparte de ti. Amete yo, fortaleza mia, bien mio, esposo mio: dadme, Señor, gracia para perseverar siempre en la virtud, y para hacer penitencia de mis pecados.

Este modo de orar es breve y fácil para todos, del cual se

saca mucho provecho y fruto, haciéndolo con afecto, ternura y devocion, como lo hacia aquel santo rey David, y nos lo dexó escrito y repetido infinitas veces en todos los salmos. De este exemplo vemos se aprovechaban aquellos santos monges de Egipto, de quien dice S. Basilio y Casiano, que cuando trabajaban, oraban tambien todo el dia. (*S. Basil. Epist.* 1. *ad Greg. Nac. filius Casian. lib.* 2. *cap.* 4.) Pues si tú te habitúas á este santo exercicio, traerás aquella continua oracion que Cristo nuestro Redentor pide en el sagrado evangelio, donde dice por San Lucas: *conviene siempre orar, y nunca afloxar.* (*Luc.* 8. *n.* 1.) Porque ¿qué mejor oracion puede ser, que estar uno siempre deseando la mayor honra de Dios, y estar siempre conformándose con su voluntad, ni teniendo otro querer ni otro no

querer sino lo que Dios quiere ó no quiere? *Esto es* (como dice S. Pablo) *comenzar ya á ser ciudadanos del cielo, y contiguos de la casa de Dios* (*Ap. Ep.* 2. *n.* 9.). Esto es ser aquellos gentiles-hombres que vió S. Juan, *que tienen el nombre de Dios escrito en sus frentes* (*Apocal.* 21. *Ad Phil.* 4. *n.* 20.); que es la continua memoria y presencia de Dios, porque su trato y conversacion ya no es en la tierra sino en el cielo. Pues para que la tuya sea asi, aprovéchate de este modo de oraciones y aspiraciones en tu oracion, y fuera de ella entre el dia, y en medio de tus ocupaciones y negocios. Y no se entiende que hayas de decir siempre todas estas, ó solamente estas que atras quedan referidas, sino tambien otras cualesquiera semejantes á ellas; y aquellas suelen ser mejores y mas eficaces que el corazon mo-

vido de Dios concibe y saca por sí mismo, aunque no sean tan compuestas ni aseadas como esas; y por este atajo fácil y provechoso llegarás en breve á mucha santidad.

ADVERTENCIA XV.

Del coloquio con que se ha de dar fin á la oracion.

Dice el Espíritu Santo en el libro del Eclesiastés, *que es mejor el fin de la oracion que el principio* (*Ecles.* 7. *n.* 9.). Y la razon es, porque entonces es cuando la meditacion ha inflamado el corazon, y el alma está movida y enseñada, y levantada con aquella luz y sabiduria celestial que Dios la ha comunicado; y asi el tiempo propio de los coloquios para hablar con Dios, y tratar con él familiarmente, el tiempo de las peticiones y despachos, entonces es; y estas sean segun la mate-

ria que hubieres meditado, hablando unas veces mental ó vocalmente con el Padre Eterno ó con su santísimo Hijo. Pongamos un exemplo. Si la materia de la meditacion ha sido gozo y alegria, gozarte has con el Eterno Padre, y darle las gracias de que por medio de tal hijo te haya comunicado aquellos bienes, mercedes y beneficios. Si ha sido la meditacion de penas y trabajos del Hijo de Dios, dolerte has, y compadecerte has de que los haya padecido, y pasado tales y tan grandes por una criatura tan vil y baxa como tú. Y á este modo, segun que la meditacion fuere, se puede hacer el coloquio, con el cual darás fin á la oracion. Este es tambien el tiempo de pedir, no solo para ti, sino para todos aquellos á quien tienes obligacion, cuya vida, salud y salva-

cion deseas, suplicando á nuestro Señor les dé su amor y gracia para que vivan y acaben en ella. Este es tiempo de pedir para la iglesia paz, aumento y conservacion de ella, y para los que estan en pecado mortal, que Dos los saque de él, y los traiga á mejor estado. Finalmente, este es tiempo para encomendar á Dios á todos aquellos que de ti se acuerdan, y se te han encomendado.

ADVERTENCIA ÚLTIMA.

Del cuidado con estas advertencias, y de la pureza de conciencia que se requiere para la oracion.

No se debe congojar el nuevo orador de que las advertencias y reglas que en este compendio habemos dado para tener bien oracion sean tantas; porque está claro, que asi como

entra el alma en el cuerpo, ella sola basta para animar todos los miembros, y exercitar en ellos todos los oficios de la vida, aunque sean tantos y tan varios: así despues que la gracia del Espíritu Santo entra en un alma, ella sola basta para hacer que exercite todos los oficios de la vida espiritual: porque ella es la que alumbra el entendimiento: ella la que le enseña todo lo que debe hacer: ella la que mueve la voluntad con todas las fuerzas interiores para lo que ha de obrar: y ella finalmente la que le facilitará todas las dificultades que hay, y se le ofrecieren en este santo camino, allanándosele de suerte, que ni las halle ni las sienta. Mas si te aconteciere, que poniéndote en oracion se te olvidare de guardar este órden, ó faltares en algunas de estas advertencias: como pongamos por

caso, si te olvidares de prepararte humillándote al principio con aquellas tres reverencias que diximos, ó de hacer la oracion preparatoria, y de ponerte en la presencia de Dios &c.; no por eso te turbes ni inquietes, porque á nuestro cargo está enseñar todo aquello que es mejor y mas provechoso. Y como de ordinario te esfuerces á hacerlo, aunque algunas veces faltes en algo de esto, no por eso perderás el fruto de la oracion, porque la liberalidad infinita de Dios no está atada á estas reglas, ni dexará por eso de visitarte con su divina gracia. Y para hacerlo, una de las cosas que mas se requiere es la pureza de la conciencia, de la cual, hablando Dios por S. Mateo, dixo: *bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios* (*Matth.* 5). Y es cosa cierta que cuanto mas se limpiaren, tanto

mas le verán y gozarán. Y porque esta pureza con ninguna otra la poseerás mejor que con el exámen cotidiano de ella y acto de contricion, es bien advertirte en este lugar de la manera que le has de hacer cada noche por espacio de un cuarto de hora antes de irte á reposar; y esto hecho, te prepararás luego, leyendo el punto del exercicio, sobre el cual el dia siguiente has de tener la oracion.

Exámen de la conciencia.

Consta el exámen de conciencia para hacerse bien hecho de estos cinco puntos siguientes, brevemente declarados.

1. El primer punto sea dar gracias á nuestro Señor por los beneficios que de sus liberales manos has recibido, como son, porque te crió, te redimió, te hizo cristiano, te conserva, y en especial por las cosas mas

particulares tuyas, de que debes dar particular agradecimiento á este liberalísimo Señor.

2. El segundo sea pedir á su divina Magestad luz y gracia para conocer las faltas que aquel dia has hecho contra él, y enmendarte de ellas.

3. El tercero sea ir pensando y discurriendo de hora en hora desde que por la mañana te levantaste hasta la hora en que estás, por los pensamientos, palabras y obras, lo que has hecho, dicho y pensado.

4. El cuarto sea sacar en limpio las buenas obras que has hecho, dando gracias á nuestro Señor por ellas, no atribuyéndote á ti (siendo como eres tan malo) cosa ninguna de las buenas que has hecho, sino á Dios que te movió á hacerlas.

5. El quinto y último sea dolerte de corazon de las faltas que averiguares haber cometido contra nuestro Señor, pidiendole

perdon de ellas, y proponiendo la enmienda con su gracia. Dí este acto de contricion para alcanzar perdon de tus pecados.

Señor mio Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Criador y Redentor mio, por ser vos quien sois, y porque os amo sobre todas las cosas, me pesa de todo corazon de haberos ofendido. Propongo firmemente de nunca mas pecar, y de apartarme de todas las ocasiones de ofenderos; y de confesarme, y cumplir la penitencia que me fuere impuesta. Por vuestro amor perdono á todos mis contrarios. Ofrezcoos mi vida, obras, trabajos y quebrantos, en satisfaccion de todos mis pecados. Asi como os lo suplico, asi confio en vuestra inefable bondad, y misericordia infinita, que me los perdonaréis por los merecimientos de vuestra preciosísima sangre, pasion y muerte: y por

los méritos é intercesion de vuestra santísima Madre, mi señora, la Vírgen María, confio en que me habeis de dar gracia para enmendarme, y para perseverar en ella hasta la muerte.

De esta manera harás cada noche exámen con cuidado y exáctitud: y son tales y tan admirables los bienes que en sí encierra, que por muchos que de él se digan, no se podrán dignamente encarecer; porque con este exámen vence el hombre la ignorancia culpable, y se libra de los pecados ocultos que de ella nacen, y hace lo que es en sí para saber la verdad, y Dios se la descubre. Con este exámen cumple el hombre con aquellos mandamientos y recuerdos de Cristo, tantas veces y tan encarecidamente repetidos en el evangelio, diciendo: velad y orad, porque no sabeis el dia ni la hora de vuestra muerte ni de vues-

tro juicio. Estad aparejados, porque cuando no penseis ha de venir el Hijo de la Vírgen á llamaros á su divino juicio. (*Marc.* 24. *n.* 52. *et cap.* 15. *n.* 13.) Con este exámen vela el hombre sobre sí, saliendo del peligro y obligacion de las culpas pasadas, librándose de las por venir. Con este exámen apareja su conciencia para la muerte, aunque viniese aquella noche y le cogiese de repente, como es cosa posible y contingente que venga, pues ha venido por otros muchos, y acontecerá aún una muerte arrebatada, que si no se hubiera exâminado un hombre, se perdiera y condenara, y por haberse bien exâminado con contricion y dolor de sus pecados, se salva: porque veas lo que importa cuidar de este negocio, y el daño grande que te puede venir si te descuidas de hacerlo cada dia.



LIBRO PRIMERO.

DE LAS MEDITACIONES y puntos que pertenecen á la via purgativa.

Preámbulo de las tres vias, purgativa, iluminativa y unitiva.

Porque aún no es tiempo de entrar declarando en el primer libro las meditaciones y puntos que pertenecen al camino ó via purgativa, no será fuera de propósito, antes de declarar en particular qué es via purgativa, decir en general para mayor claridad algo de las tres vias; y hecho esto, luego trataré en cada libro de los tres siguientes lo particular de cada una.

Digo pues que por el pecado, segun dice el santo profeta Isaías, *se aparta el hombre de*

Dios, que es su verdadero y último fin. (*Isai.* 39. *n.* 2.) El modo por donde se ha de volver á unir con él se llama camino ó via, y el volverse á él, moverse y caminar: y asi como en todos los movimientos que se hacen de un lugar á otro lugar hay tres cosas: la primera, el término y el lugar donde el caminante parte: la segunda, el término y el lugar donde el caminante va á parar; y la tercera, el moverse de un término á otro término: asi tambien en el movimiento con que el alma apartada de Dios se vuelve á unir á él, podemos considerar otras tres cosas semejantes. La primera, el término de donde sale, que es el pecado, y el mal estado en él; la segunda, el término adonde va á parar, que es Dios, y á unirse con él; la tercera, el pasar de un término á otro término, para andar el

camino que hay en medio de estos dos términos, que es necesario para alcanzar el último; y esto es alumbrarse el entendimiento, para conocer el bien que debe amar, y con quien se ha de unir. Y asi como el que camina, primero ha de dexar el lugar donde estaba, y despues andar hasta llegar al término y lugar que pretende; asi en el camino espiritual, el primer paso y primera parte del camino es salir de los pecados en que estaba envuelto para llegarse á Dios. Porque si quisiese pasar adelante en las vias iluminativa y unitiva, que es á lo alto de la contemplacion de las perfecciones divinas, sin pasar primero por la via purgativa, exercitándose en desarraigar los vicios y malas inclinaciones, será ir sin fundamento, y asi siempre quedaria manco, como el estudiante que quisiese pasar á

la clase de mayores sin haberse fundado bien en la de menores, y subir al postrero escalon sin pasar por el primero. El modo como se ha de alcanzar y conseguir este bien, ha de ser caminando primeramente por el camino ó via que se llama purgativa, cuya declaracion es de la forma siguiente.

VIA PURGATIVA.

Via purgativa se llama aquella que purga y limpia nuestra alma y conciencia de vicios y pecados, y la llena de la pureza y limpieza que ha menester para entrar en la celestial Jerusalén, donde dice S. Juan, *que no entrará cosa manchada.* (*Apocal.* 21. *n.* 27.) Pero el que por sus muchos pecados y abominaciones se hallare manchado y feo, sepa que el único remedio para lavarse y limpiarse de ellos

acá en esta vida, es con la consideracion y dolor de los pecados, y con las lágrimas que la memoria del bien perdido, que es Dios, y mal presente, hace derramar. Item, con la consideracion de la muerte, y del juicio, y del infierno: porque estas y otras consideraciones semejantes se encierran en este primer camino ó via purgativa, que pertenece á los principiantes, tomando para la consideracion y meditacion de ellas el tiempo que cada uno hubiere menester para andar este camino con provecho y fruto; atento que hay unos que tienen menos pecados que otros, y son de corazon mas blando y tierno. Por lo cual remitimos al principiante orador, porque no yerre, al prudente y discreto padre espiritual, para que en todo le guie y enseñe, segun que ha sido mas ó menos el con-

cierto ó desconcierto de vida que ha tenido; pues no seria cosa acertada detenerle mas tiempo del necesario en los exercicios de esta via purgativa, los cuales de su naturaleza causan en el alma el temor servíl, el cual impide la perfeccion de la caridad, que es la que se ha de pretender alcanzar en el camino de la vida espiritual. Pues como dice S. Juan: *la perfecta caridad echa fuera al temor.* (*Joan.* 4. *n.* 8.) Y asi parece cosa justa y puesta en razon, que gastando en estos loables y santos exercicios quince ó veinte dias, pase á las vias iluminativa y unitiva, de las cuales tambien se sacan afectos de dolor, temor y humildad, como de la via purgativa. Pues es cosa clara que se dolerá mas uno de haber ofendido á Cristo nuestro Señor, considerando sus excelentes virtudes de humildad, pa-

ciencia y caridad, que si considerase sus pecados, la muerte, juicio, y el infierno. Y aunque estas consideraciones son mas propias de los que desean convertirse á Dios, y de los principiantes en la virtud, razon es que tambien los justos de cuando en cuando, como es de año en año, refresquen su memoria con estas meditaciones, para purificarse mas de los pecados presentes, y asegurar el perdon de los pecados, tomando el consejo que nos da el Eclesiástico, diciendo, que no cesemos de orar, y justificarnos hasta la muerte: (*Ecle.* 18. *n.* 22.). Y Dios nuestro Señor dice, que el justo se justifique mas, y el santo se santifique mas, creciendo cada dia en la pureza de la conciencia, y en la santidad de vida. (*Apoc.* 12. *n.* 21.) Darán buen principio á esto las meditaciones siguientes de la via purga-

tiva, entre las cuales me ha parecido cosa muy acertada, segun el consejo y parecer de S. Gregorio y otros santos, que dicen que el firme y verdadero fundamento del edificio espiritual es el propio conocimiento, y pruébanlo muy bien; porque si uno se exercita primero en conocer y considerar su miseria y flaqueza, andaria engañado, y no sabria pedir en la oracion lo que le conviene. Y asi comenzaré las meditaciones de este primer libro con esta, y ella será la piedra fundamental de este espiritual edificio, sobre la cual asiente las demas; cuyos puntos y consideraciones he sacado de lugares de la divina escritura y santos, que como tales se exercitaban en ellas. Y para que todos anhelemos á la virtud y santidad, nos conviene imitarles, siguiéndoles de esta manera.

MEDITACION I.

Del propio conocimiento.

Supuesta la oracion preparatoria, de que tratamos en la advertencia XI, se han de hacer dos cosas en cada meditacion de todas las que en estos libros se contienen, que son: la primera composicion de lugar: y la segunda, peticion; las cuales siempre han de ser conforme á la materia de las meditaciones, como en esta y en las siguientes de este primer libro se dirá.

Composicion del lugar.

La composicion del lugar será aqui ver con los ojos del alma que toda la redondez de la tierra, en comparacion del cielo y su grandeza, es como un punto ó como un grano de

arena. ¿Pues qué serás tú delante de Dios, Criador de los cielos y tierra, en cuya presencia estás, sino menos que nada?

PETICION.

La peticion será pedir á nuestro Señor Dios te comunique su divina luz para que conozcas tu vileza y miseria, y conociéndolas te humilles, y humillándote le sirvas y adores como á tu Dios y Señor: esto hecho comenzarás la meditacion de la manera siguiente.

¶ Primer punto. Considerar la materia de que fue compuesto tu cuerpo, y hallarás que no lo fue del cielo cristalino, no del supremo elemento del fuego, no del agua ni de alguna otra materia clara y transparente, sino del mas vil y baxo elemento que es la tierra: y de aqui tiene tu cuerpo su orígen

y principio, como se lo dixo Dios á nuestro padre Adan, cuando le dió con esta tierra de la consideracion en los ojos: *tierra eres y en tierra te has de convertir* (*Gen.* 3. *n.* 19.). *Piensa tú otro tanto, y recibirás vista y te conocerás, como la alcanzó y recibió aquel ciego de nacimiento, á quien Dios nuestro Señor sanó corporal y espiritualmente, dándole con el lodo de que fue formado en los ojos.* (*Joan.* 9. *n.* 6.) Ponderar como quiere Dios que el hombre tenga gran cuidado de conocer su baxeza y miseria, y de que siempre ponga los ojos de su alma en la tierra de que fue formado, para que se abaxe y se humille, entendiendo que no merece ser estimado ni honrado, sino hollado y pisado, como lo es la tierra, por ser este remedio único para alcanzar la virtud de la humildad.

Sacarás de aqui dos cosas: la

primera confusion y vergüenza, viendo cuán al reves lo has hecho; pues siempre has deseado y gustado no humillarte, sino ensoberbecerte y engreirte como si fueras algo, no acordándote de aquellas palabras del Apóstol, que dice: *el que piensa de sí que es algo siendo nada, él mismo se engaña.* (*Ad Gal.* 6. *n.* 6.) La segunda, un firme propósito de ocuparte de continuo en el baxo conocimiento de ti mismo, como lo hacian un San Agustin y un San Francisco, que el primero decia á Dios: Señor, conózcame á mí y conózcate á ti; y el segundo decia: Señor, ¿quién sois vos y quién soy yo?

¶ Segundo punto. Considerar lo que es tu cuerpo mientras vives: hallarás que es un saco de tierra, un manantial de hediondez, y que no hay parte en todo él desde la uña del pie hasta el remolino de la cabeza, que

esté sin inmundicia y suciedad. Por lo cual decia el santo Job, como quien tan bien considerado tenia esto, á la podre dice-tú eres mi padre; y á los gusanos, vosotros sois mi madre y mis hermanos (*Job.* 17. *n.* 14.). Pondera la gran ventaja que te hacen en esto los árboles y yerbas del campo, pues ellas producen de sí flores, hojas y frutos muy buenos; y tú crias y produces mil sabandijas: los árboles y plantas producen de sí aceite, vino y bálsamo; y el hombre echa de sí mil inmundicias. Pero qué maravilla, pues cual es el árbol tal es el fruto: y el árbol malo como es el hombre, no puede llevar fruto bueno. (*Matt.* 7. *n.* 7.)

De lo dicho puedes sacar un gran deseo de humillarte, pues tales y tan grandes son las miserias de tu cuerpo, pidiendo al Señor que alumbre los ojos

de tu alma, para que de hoy mas ceses de buscar deleites y regalos para tu cuerpo, que tan indigno es de ellos; castigandole con rigurosa penitencia por lo que ha gozado.

¶ Tercer punto. Considerar cuál ha de quedar tu cuerpo despues que el alma se aparte de él, por mas hermoso que haya sido en vida: ¿qué feo, qué asqueroso y abominable quedarás?

Ponderar, que de todos estos daños y males será causa la ausencia del alma; y en lo que el triste cuerpo se convertirá muy presto, será en un puro costal de gusanos, en tierra y polvo, para ser pisado y hollado. De aqui podrás sacar un deseo grande de conocer tu miseria, y de poner sobre los ojos de tu alma la tierra de que fue formado tu cuerpo, y en que se ha de convertir. Y si ese ha de ser en breve el punto donde tú y todos los

hombres tomarán tierra despues de la tempestuosa navegacion del mar de miserias de este mundo, conviene mucho para conocerte, no olvidarte de lo que eres y en lo que has de parar. Que poniendo los ojos de la consideracion en los pies de barro de tu soberbia y arrogante estatua, que es tu cuerpo, te humillarás y abaxarás hasta la tierra: porque cuanto mas alto ha de ser el edificio, tanto debe ser mas hondo su cimiento, como lo dice S. Agustin (*Aug. tom.* 11. *serm.* 10. *de Verb. Domin.*).

¶ Cuarto punto. Cónsiderar, que para conocerte mas perfectamente, no has de parar en solo el conocimiento del cuerpo, sino pasar al de tu alma; ponderando lo primero, que aunque por aqui podias levantarte y estimarte en mucho, por ser esta criatura toda espiritual, y de casta de ángeles, y retrato muy

al vivo de Dios, imágen de la Santísima Trinidad, en quien puso tres potencias perfectísimas, y una esencia con capacidad para entender, amar y gozar bienes infinitos; con todo esto tienes bien porque humillarte, acordándote de la cárcel inmunda y sucia en que tu alma está presa, y de la casa del vil barro en que está detenida y vive, acordándote de lo que dice el Apóstol: *¿qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste ¿de qué te glorías como si nada recibieras?* (1. *Corinth. n.* 7.) Pondera lo segundo, que antes que Dios criase tu alma para infundirla en el cuerpo no era nada, ni valia nada, y luego se convirtiera en nada, si Dios continuamente no la conservase y ayudase; y asi no tienes que gloriarte *sino de tus miserias y enfermedades*, como lo dice S. Pablo de sí, (2. *Corinth.*) pues estás rodeado de

innumerables tentaciones dentro y fuera de ti.

Saca de aqui deseos de humillarte y conocerte, y tenerte en menos que nada, pues ves lo poco que ahora es y vale tu alma, y lo mucho que tienes por qué temer.

COLOQUIO.

El coloquio para dar fin á la oracion se ha de sacar siempre de la materia de la meditacion, y asi se haga en esta y en todas las demas, como se dixo y advirtió atras en la advertencia décimaquinta.

MEDITACION II.

De los pecados.

La oracion preparatoria sea como la primera.

La composicion del lugar se-

rá ver con los ojos de la consideracion á tu alma encerrada y presa en la obscura cárcel y calabozo de tu cuerpo, y á ti mismo desterrado en este valle de lágrimas y miserias, metido en tantos lazos de pecados y tentaciones.

La peticion será pedir á nuestro Señor Dios luz para conocer la gravedad del pecado, para aborrecerle y llorarle, y para conocer la terribilidad de la divina justicia en castigarle con perpetuo tormento y pena.

¶ Punto primero. Considerar el castigo que Dios nuestro Señor hizo con sus ángeles por solo un pecado de pensamiento consentido en materia de presuncion y soberbia que contra su divina Magestad cometieron, privándolos en un punto de la alteza y dignidad tan grande en que Dios les habia criado, y arrojándolos como rayos desde

el cielo á los fuegos eternos del infierno, sin tener respeto ni á la hermosura de su naturaleza, ni á la grandeza de su estado, ni á que eran criaturas suyas, hechas á su imágen y semejanza. Pondera cuán grave mal es el pecado mortal, pues uno solo bastó para obscurecer y afear tan gran parte de la hermosura angélica, permitiendo Dios esto, para que teman los hombres de estar una hora en pecado mortal, entendiendo, que si no perdonó á los ángeles, con ser criaturas tan nobles, mucho menos perdonará á los hombres siendo tan viles y baxos. De aqui puedes sacar deseos de contricion, y aborrecimiento grande de los pecados que has cometido contra Dios, proponiendo de hoy mas antes reventar que pecar: pues todo cuanto se puede padecer en esta vida es poco en comparacion de la pena que

merece un solo pecado.

¶ Punto segundo. Considerar quién fue el autor de este gravísimo mal, que es el pecado, y hallarás que lo es el hombre, criátura baxa y villana; pues estando tan obligada á servir y amar á su Criador y Señor, por los innumerables beneficios que de sus divinas y liberales manos ha recibido, como son, por la creacion, conservacion, vocacion y redencion; olvidándose de todo esto, solo se ha acordado de ofender y menospreciar con sus muchos pecados á su Dios y Señor. Pondera de donde nace, que un vil gusanillo y miserable criatura como tú eres, te hayas atrevido á ofender á la inmensa magestad de tu Criador, ante quien tiemblan los mas encumbrados y soberanos espíritus del cielo, y hallarás, que tu mucha presuncion y soberbia, y la falta de humil-

dad te hacen tropezar y caer, y no acabar de entender, que es peor el pecado que el no ser: *y que mejor te fuera no haber nacido que pecado*, como lo dixo Cristo nuestro Señor (*Mat.* 16. 24.), hablando de Judas; pues es cierto que no hay lugar tan baxo y despreciado á los ojos de Dios en todo lo que es y no es, como el hombre que está en pecado mortal.

Saca de aqui un gran deseo de ser deshonrado y despreciado, por haber con tus pecados deshonrado y despreciado á Dios; y de hacer una dura y áspera penitencia de ellos para inclinar á tu Redentor que te los perdone, suplicándole que pues no se ha cansado de sufrirte, tenga por bien de perdonarte, restituyéndote á su amistad y gracia.

¶ Punto tercero. Considerar cuánto aborrece el Hijo de Dios al pecado; pues amando tanto

su vida, como era razon que vida tan justa y santa como la suya fuese amada, escogió perderla por destruir á esta sangrienta bestia, sintiendo este Señor mas nuestras culpas que sus propias penas.

Ponderar que si tan caro le costó á Dios el pecado, pues para la muerte de él se abrazó con la cruz, y ofreció en ella su sangre y vida en satisfaccion del pecador, ¿có no estás tan ciego y eres tan necio, que ames y quieras tal cosa que Dios asi aborrece? ¿Cómo eres tan loco, que escojas y tomes la muerte con tus manos? ¿Cómo tan atrevido, que te arrojas á cometer un pecado mortal, cosa que á Dios tan caro le costó? Y si esto es verdad, como lo es, ¿no es increible desvarío creer con la fé lo que crees, y vivir de la manera que vives? Esto es, creer que el pecado es tan malo, y con

todo eso cometerle? ¿Creer que Dios es tan bueno, y sin embargo de esto ofenderle?

Sacarás de aqui grande aborrecimiento al pecado, pues para la cura de él no bastaron remedios humanos, sino los divinos. Y entiende, que el que le comete, cuanto es de su parte, como dice S. Pablo, *vuelve á crucificar á Cristo Señor nuestro* (*Ad Hebr. n. 7.*).

¶ Punto cuarto. Considerar qué de innumerables almas estan ardiendo en los infiernos por un solo pecado mortal que cometieron. Ponderar lo primero, como todos estos condenados eran hombres como tú, y muchos de ellos cristianos, y quizá en algun tiempo privaron mucho con Dios; pero descuidándose vinieron á caer en aquel miserable estado, y por justos juicios de Dios les cogió la muerte en él, y se condenaron.

Lo segundo, con cuánta mas razon merecias estar en el infierno por haber ofendido á Dios en aquel pecado, no una, sino muchas veces; y cuán justo era que la muerte te cogiera en cometiendo la primera culpa, sin que te diera Dios lugar para hacer penitencia de ella. Sacarás de aqui afectos y deseos de agradecimiento á Dios por las mercedes y beneficios que te ha hecho de librarte del peligro antes de caer en él; y un fervor y deseo de satisfacer en esta vida por ellos, llorándolos y sintiéndolos amargamente.

MEDITACION III.

De la muerte.

La oracion preparatoria sea como la primera.

La composicion del lugar sea imaginar al Rey de los cielos

sentado en su real trono, desde donde despacha jueces y pesquisidores que quiten la vida á los condenados á muerte. Piensa que llegó ya el último dia de tu vida, y que es el de hoy, y que te aparejas para dar cuenta.

La peticion será pedir al Señor te abra los ojos del alma, y te dé gracia para vivir ahora de la manera que en aquel tiempo quisieras haber vivido, ordenando ya tu desconcertada vida, para tener buena muerte.

¶ Punto primero. Considerar cuán cierto y dudoso es el dia y la hora de la muerte, y el cómo y cuándo vendrá, porque ordinariamente suele venir al tiempo que el hombre está mas descuidado, y menos piensa que ha de venir; ordenándolo asi la divina Providencia (*Luc.* 12. *n.* 40.), para obligarte á estar siempre en vela aguardando este dia y temiendo esta hora; pues asi co-

mo es incierto, debes creer que no hay cosa mas cierta que seguir á la salud la enfermedad, á la vida la muerte.

Pondera, como siendo esta verdad infalible, vives con tanto descuido y negligencia, sin aparejarte para la muerte que cada dia te amenaza.

Sacarás de aqui un deseo grande de vivir bien hoy como quien ha de morir mañana; pues ha de venir presto el dia en que amanezcas y no anochezcas, ó anochezcas y no amanezcas, trocando de hoy mas tu vida como querrias haber vivido en la hora de tu muerte. Y si no querrias que ella te cogiese en el estado presente, procura salir luego de él, pues no es bien vivir en el estado en que no querrias morir.

¶ Punto segundo. Considerar lo que te importa, como lo dice el Espíritu Santo, traer siempre en tu presencia la memoria de

la muerte, *para nunca jamás pecar* (*Eccle.* 7. *n.* 40.). Porque serias muy necio si en negocio de tanta importancia, como es andar siempre aparejado con esta santa memoria, te descuidases tanto, que lo librases para el punto de tu muerte; pues no sabes cómo, ni de qué manera has de morir, si de repente, si de una pedrada, si cayendo una teja, si á hierro, fuego, ó en agua, pues será posible venga por ti una muerte arrebatada y violenta como ha venido por otros muchos.

Ponderar, como cualquier pecador es digno de este repentino castigo, y de perecer y acabar en él, como otros muchos acabaron. Y pues tú eres tan grande pecador, ¿cómo no tiemblas de estar una hora en pecado mortal? ¿Cómo no temes que te halle la muerte bien ó mal aparejado; esto es, en pecado

mortal ó en gracia de Dios?

De aqui puedes sacar un firme deseo de hacerlo asi, y de no andar con tanto descuido como hasta aqui has andado en este santo exercicio de la muerte, el cual es freno para muchos males y espuela para todas las virtudes.

¶ Punto tercero. Considerar que es ley estatuida de Dios, como lo dice S. Pablo, *que todos los hombres mueran una vez* (*ad Hebr.* 9. *n.* 17.), y no dos ni mas veces. De donde se sigue, que el daño y yerro de la mala muerte es irremediable por toda la eternidad, asi como el acierto de la buena es perpetuo. Ponderar que si una sola vez es la que has de morir, de la cual pende tu salvacion ó condenacion eterna, ¿cómo vives con tanto descuido, sin exercitarte en vida á morir bien en la muerte?

Saca de aqui un deseo grande

de mortificarte en todo lo que amas desordenadamente, sean padres, hermanos, amigos, honras, riquezas, regalos, pues todo lo has de dexar en la muerte; y para sentirla menos procura de irte en vida muriendo muchas veces, y mortificando tus sentidos, cerrando los ojos para que no vean lo que no les es lícito desear para su salvacion, enfrenando la lengua para que no hable cosa en daño de tu próximo &c. Que muriendote y mortificándote de esta manera en vida, hallarás á Dios propicio y favorable en la hora de la muerte.

¶ Punto cuarto. Considerar qué tal y tan turbado estarás en el trance y agonía de la muerte cuando enciendan la candela y te pongan el hábito ó mortaja sobre la cama, y te digan los que alli estan que te aparejes y encomiendes á Dios con el corazon, si no puedes con la boca.

Ponderar los sobresaltos y congojas con que estarás en aquel paso, no tanto por dexar la amada compañía del cuerpo, y cosas que con aficion gozabas, cuanto por ver y entender te se acerca la hora de la cuenta y sentencia final, la cual será conforme á tus obras, de salvacion ó condenacion eterna: de gozar de Dios para siempre, ó arder por una eternidad en los infiernos.

Sacarás de aqui un temor grande, acordándote de los trabajos y fatigas que padecerán tu cuerpo y tu alma en el tiempo de la muerte, y un deseo vivo de nunca jamás olvidarte de ella en vida: reprehéndete tu descuido, y repregúntate muchas veces: ¿cómo si quiero morir bien, no vivo bien? Pues es ley ordinaria que quien bien vive bien muere: al contrario, quien mal vive mal muere. Pi-

de á nuestro Señor te dé buena muerte por su santísima muerte.

MEDITACION IV.

Del Juicio particular.

La oracion preparatoria sea como la primera.

La composicion del lugar sea imaginar que ves á Cristo nuestro Señor sentado como supremo Juez en un tribunal de magestad y grandeza para juzgar tu alma; la cual está acompañada de las obras buenas y malas que has hecho; y que están á tus lados el ángel bueno y el malo aguardando cuya ha de ser la presa.

La peticion sea pedir á nuestro Señor Dios se sirva mostrar su piedad y clemencia, usando contigo no de justicia, sino de su misericordia; pues que, como dice S. Pablo, es Padre de ella (2. *Cor.* 1. *n.* 3.).

¶ Punto primero. Considerar el tiempo y lugar en que se ha de hacer el juicio particular de cada uno.

Este será en el mismo instante de la muerte, al punto que el el alma dexa el cuerpo despojado de todo el bien que tenia, y en el mismo tiempo y momento se concluye todo el juicio, y se da la sentencia y se executa.

Ponderar lo que te importa traer siempre delante de los ojos este momento y este punto, como principio que ha de ser de tus bienes ó males eternos, pues con cada momento de esos puedes merecer ó desmerecer la vida ó muerte, que para siempre ha de durar. Y el lugar de este juicio será donde quiera que te cogiere la muerte, hora sea en la tierra ó en el mar, en el aposento ó en la cama, en la calle ó camino: porque el Juez soberano tiene jurisdiccion sobre to-

do lugar: asi haz este juicio donde quiera, para que en cualquier parte temas, pues no sabes si aquel lugar será el de tu juicio. De lo dicho has de sacar un temor grande de ofender á Dios en el lugar donde te puede juzgar.

¶ Punto segundo. Considerar el exámen rigurosísimo y cargo que el Juez ha de hacer de ti, el cual ha de ser universal de todos tus pecados de obras, palabras y pensamientos, y aunque no sean sino ociosos y de los que tenias muy olvidados; y será tan evidente y claro este cargo, que no tengas género de duda. Y como hombre que tenia bien considerado esto, decia el santo Job: *todos los pasos de mi vida tienes, Señor, contados* (*Job* 31. 4.). Ponderar la afliccion, pena y congoja con que estará entonces tu pobre alma con tan estrecho y riguroso exámen. Don-

de se hará el cargo y el descargo de todo lo recibido hasta el cabo de la agujeta. Alli se te pedirá cuenta de la vida, de la hacienda, de la familia, de las inspiraciones de Dios, y sobre todo de la sangre de Cristo y del uso de los Sacramentos.

De aqui podrás sacar un deseo grande de hacer de hoy mas un exámen de tu conciencia, con el mayor rigor que pudieses, castigándote por las culpas que hallarás haber cometido, aunque no sean graves; atento que quien te ha de exâminar y juzgar es Dios, que ve mas que tú. Suplícale *que no entre en juicio contigo, porque ninguno de los que viven*, como lo dice su Profeta, *será en su presencia justificado* (*Psalm.* 141. 2.).

¶ Punto tercero. Considerar cuán triste y sola saldrá tu alma por apartarse del cuerpo, donde Dios la habia criado, y con quien

habia vivido con tan estrecho vínculo de amor, pues apenas habrá salido de él cuando le salga al encuentro una caterva de demonios que la citen para que luego parezca en juicio ante el tribunal de Dios.

Ponderar los sobresaltos y temores que la cercarán: ¿cómo sentirá entonces los verdaderos trabajos, que los de hasta alli, aunque tan grandes, eran como pintados? ¿Cuál será su sentimiento viendo que no hay apelacion de la sentencia que diere el supremo Juez? Cómo temerá si será en su favor, ó no: porque le consta de las culpas, y no de la verdadera penitencia de ellas.

Sacarás de aqui un deseo grande de grangear desde luego con muy particulares servicios la amistad del Juez, y de cumplir en todo su santa voluntad, obedeciéndole, respetándole, te-

miéndole y amándole mucho; y finalmente presentándole sus muchos merecimientos, para que con esto y tus buenas obras salga la sentencia no en contra, sino en tu favor, pues de ella pende tu eterno bien ó mal eterno.

¶ Punto cuarto. Considerar cuán estrecha será la tela de este juicio, cuán derecho el Juez, cuán solícitos los acusadores, cuán pocos los padrinos y valedores; pues alli las cosas que amaste y por quien mas hiciste, que habian de ser las que mas te habian de ayudar, no solamente no te ayudarán, sino antes ellas serán las que mas te apretarán.

Ponderar como la cosa que mas amaba y apreciaba aquel hermoso Absalon (2 *Reg.* 14. 16. *et c.* 18. 10.), dice la divina escritura que eran sus cabellos, y esos mismos ordenó Dios, por justo juicio, que le causasen la muerte. Y asi se hará contigo si

fueses malo, que las cosas que mas amaste en esta vida, por quien mas ofendiste á Dios, esas vengan entonces á hacer tu pleito mas dudoso y á darte mayor tormento: asi la hacienda, la honra, los deleites y la mala muger, que fueron tus ídolos, serán alli tus verdugos, y te atormentarán mas crudamente, y serán causa de tu perdicion.

Sacarás de aqui deseos de que Dios alumbre los ojos de tu alma, *porque no duermas en la muerte*, ni pueda tu enemigo decir: *prevalecido he contra él* (*Ps.* 12. *n.* 5.). Suplíca á Cristo nuestro Señor, que como tan misericordioso Juez, cuando venga á juzgar no te quiera condenar, ni entregar en las sangrientas uñas de aquellos fieros leones que rabian de hambre, y estan aparejados para tragarte.

MEDITACION V.

Del cuerpo muerto.

La oracion preparatoria sea como la primera.

La composicion del lugar sea verte con la vista del alma muerto y amortajado, y tendido sobre un paño ó una manta, en una sala ó aposento, solo, sin compañía, cubierto tu cuerpo con un paño negro, y un Crucifixo encima, y dos velas á los lados.

La peticion sea pedir á nuestro Señor luz para tener en poco, y no hacer caso de todas las cosas de esta vida, sino es su gracia.

¶ Punto primero. Considerar como en acabando de espirar quedará tu cuerpo sin vida y sin movimiento alguno, descolorido y desfigurado, feo y frio, horri-

ble y hediondo, y finalmente con tal figura, que todos huirán de él.

Ponderar en qué pára la hermosura, la estimacion, la honra y el regalo de la carne, y qué poco le servirá entonces todo lo que ha gozado; pues quien poco antes recreaba la vista con su parecer y hermosura, ahora pone horror y miedo á todos los que lo ven.

Saca de aqui un deseo grande de castigar tu cuerpo y de mortificar tu carne; pues por mas que la regales, carne se queda. ¿Y qué es la carne, dice el santo profeta Isaías, sino heno (*Isai.* 40. *n.* 7.)? ¿Y qué su gloria, sino flor del campo, que con un soplo se marchita y acaba? Y pues esto eres, y en esto has de parar, cumple tratarte como muerto al mundo, y á todo lo que es carne y sangre.

¶ Punto segundo. Considerar

como saldrá tu cuerpo de esta vida atado y ligado de pies y manos, no ataviado ni vestido preciosa ni ricamente, sino con una pobre mortaja de una sábana vieja, ó algun hábito roto y remendado; y la casa, aposento y cama que le darán será la dura tierra de una estrecha huesa de siete pies de largo y tres de ancho, y con esto se contentará el que de puro vano y soberbio, como el otro Alexandro Magno, no cabia en el mundo.

Ponderar como á la cama blanda sucede la tierra dura: á la vestidura preciosa y rica la pobre mortaja: á los suaves olores la podre y la hediondéz; y á los deleites y regalos siguen los gusanos que han de ser los comedores y consumidores de ese vientre, á quien tú tenias por tu Dios. Y de aqui sacarás confusion y vergüenza grande por la vanidad y sensualidad

con que deseas la curiosidad del vestido, la blandura de la cama y la anchura de la habitacion, alentándote á mortificar las demasías que en esto tuvieres, y á llevar con paciencia cualquier cosa que te faltáre de esto, si no la tuvieres tal ni tan buena como lo deseas. Pues lo que tienes ahora, por poco y malo que sea, te viene muy ancho; y es mucho, comparado con lo que te espera y has de tener.

¶ Punto tercero. Considerar la jornada de tu cuerpo hasta la sepultura, y el acompañamiento con que serás llevado á enterrar en unas andas ó atahud, en hombros de otros hasta la iglesia.

Ponderar lo primero, como el que poco antes paseaba las calles mirando á una parte y á otra, y entraba en la iglesia registrando cuanto pasaba en ella, ahora va en pies agenos, ciego, sordo y mudo (*Psalm.* 113. *n.* 13. *et.* 6.).

Pues aunque entonces tengas ojos no verás, y aunque tengas oidos no oirás, y auque lengua no hablarás, y la causa será por estar muerto.

Ponderar lo segundo, como en haciéndote el oficio de difuntos te echarán en la sepultura, y te cubrirán con tierra para que no vean las gentes tu hediondéz, y el mayor beneficio que te puede alli hacer el mayor de tus amigos es honrarte con un puñado de ella. ¿Pues cómo deseas tanto para tan breve vida, si con tan poco esperas contentarte en aquella hora? De aqui puedes sacar, no hacer caso de las vanas honras de esta vida, humillándote y poniéndote baxo de los pies de todos, pues has de venir á dar á los de un pobre enterrador, que no repare en pisarte, hollarte y maltratarte, ni aun en quebrarte la cabeza con el pison. Aprende de aqui á

no despreciar á los pobres y pequeñuelos, pues en la muerte tú serás presto igual á ellos.

¶ Punto cuarto. Considerar tu cuerpo en la sepultura, cubierto con tierra y con una pesada losa encima, corrompido, consumido y deshecho, siendo manjar de gusanos el que antes andaba á caza de manjares sabrosos, de las músicas suaves, del olor apacible y de la figura hermosa: pues todo esto será entonces para ti como si no fuera, por habérsete acabado los instrumentos que tenias para gozar de ello.

Ponderar qué provecho ha traido á aquellas manos deshechas las riquezas que apañaron y guardaron. ¿Qué fruto gozan aquellos ojos de las vanidades que vieron? ¿De qué servirán entonces las golosinas que para aquel gusto se guisaron? ¿Qué duracion han tenido las torres

de viento que en aquella calavera se fabricaron? ¿En qué han parado los gustos y deleites que con graves pecados se aparejaron para tu miserable cuerpo? Y hablando á tu alma la dirás: mira bien y advierte en qué ha de parar esta carne; mira á quién regalas y á quién adoras; pues ¡ó miserable de mí! ¿para qué son las riquezas, si aqui me tengo de ver tan desnudo? ¿Para qué las galas y atavíos, pues aqui me tengo de ver tan feo? ¿Para qué los deleites y comidas, pues aqui tengo de ser manjar de gusanos?

Sacarás de aqui deseos de que Dios nuestro Señor esclarezca los ojos de tu pobre alma con su divina luz, para que vea el triste fin de su miserable cuerpo, y desprecie lo que tiene presente con la vista interior de lo que está por venir.

MEDITACION VI.

Del juicio universal.

La oracion preparatoria sea como la primera.

La composicion del lugar sea imaginar un grande y espacioso campo, y en él todos los nacidos, y en medio de él un tribunal ó trono excelentísimo, hecho de una nube hermosa y resplandeciente, y encima de él una silla que infunda grandeza y magestad, donde se ha de sentar Cristo nuestro Señor á tomar residencia y juzgar á todo el linage humano.

La peticion será pedir á Dios te dé gracia para sentir ahora lo que aquel dia has de ver, procurando, pues eres de los llamados, ser de los escogidos.

¶ Punto primero. Considerar las grandes y espantosas señales

que ha de haber en las criaturas el dia del juicio. Porque como dice Cristo nuestro Señor: *se obscurecerá el sol, y la luna se convertirá en sangre, las estrellas caerán del cielo, la mar se alterará. Y finalmente será tan grande el temor y espanto que ocupará los corazones de los hombres, que no hallarán un rincon seguro donde se puedan esconder, y asi andarán descoloridos, secos y ahilados, que parecerán un retrato de la misma muerte* (*Matthæi* 24. *n.* 19.).

Ponderar que si cuando en la mar se levanta alguna brava tormenta, ó cuando en la tierra sobreviene algun gran torbellino ó terremoto andan los hombres cortados, pobres de esfuerzo y consejo; cuando el cielo, la tierra, la mar y el aire ande todo revuelto, ¿quién comerá? ¿quién dormirá? ¿quién tendrá un solo punto de reposo en me-

dio de tantas tormentas?

De aqui puedes sacar un temor de Dios y aborrecimiento de tus pecados, para que te perdone, y merezcas ser librado de todos estos males, que han de venir como pronósticos y presagios de su ira, dándote por su misericordia una buena y segura conciencia, pues se acerca ya el dia de tu redencion, el fin de tus trabajos. y el principio de tu descanso (1. *ad Tessal.* 4. *n.* 16.).

¶ Punto segundo. Considerar como en llegando este último dia un arcángel con una voz espantosa, á manera de trompeta, llamará á todos los muertos para que vengan á juicio: y en un momento resucitarán todos, buenos y malos, con sus propios cuerpos de la manera que acá vivieron, y se juntarán en el valle de Josafat, esperando al Juez que les ha de juzgar.

Ponderar el dolor y pena que

recibirán los malos cuando se junten sus almas que subieren del infierno con sus cuerpos: ¡qué les dirán por haber sido causa de tanto mal y tormento! ¡Qué maldiciones se echarán el uno al otro, pues se juntarán para ser verdugos de sí mismos! Y por el contrario, ¡cuán grande será el contento del alma del justo por la buena compañía que le hizo su cuerpo en vida, ayudándole á padecer trabajos por amor de Dios, las bendiciones que se echarán, los parabienes que se darán, viendo que el Juez que ha de conocer de su causa es amigo, y les quiere dar el premio y galardon de sus servicios!

Sacarás de aqui deseos de no vivir descuidado de tu salvacion, para que haciendo comparacion de lo que ha de suceder á buenos y á malos, escojas en esta vida qué te está mejor, *para re-*

sucitar con Cristo en la eterna que te aguarda (*Matth.* 24. *n.* 20.).

¶ Punto tercero. Considerar como estando todo á punto saldrá Cristo nuestro Señor real y verdaderamente del cielo con gran magestad, rodeado de todos los exércitos celestiales, de santos y soberanos espíritus, y llegando al real trono mandará á sus ángeles que entresaquen los buenos de entre los malos.

Ponderar ¡qué dolor y rabia será la de los malos que en esta vida eran estimados y honrados, viéndose á la mano izquierda de Dios, en tanta baxeza, desechados y despreciados de su Magestad (*Sap. c.* 5. *n.* 4.), y qué sentirán viendo á los justos, *cuya vida tuvieron ellos por locura, y su muerte por deshonra, puestos y contados entre los hijos de Dios para ser honrados y premiados!* ¡Y cuál será la alegria de los buenos cuando vean que

por medio de su humildad y desprecio se ven á la mano derecha de Dios ensalzados y honrados!

Saca de aqui no hacer caso de la mano derecha y siniestra del mundo, pues escogiendo en esta vida el lugar mas baxo entre los hombres, el dia del juicio tendrás el alto entre Dios y sus ángeles.

¶ Punto cuarto. Considerar como en habiéndose manifestado todos los pecados y pensamientos mas ocultos, virtudes y buenas obras de justos y pecadores, pronunciará el Juez la sentencia, y comenzando por los buenos les dirá con un rostro apacible y manso: *venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os tengo aparejado* (*Matth.* 15. *n.* 14.): y á los malos les dirá con un rostro airado y severo: *apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno.*

Ponderar estos extremos y fines tan contrarios. A los buenos llama, como si dixera: pues os abrazásteis con la cruz y mortificacion por seguirme á mí, venid á recibir el premio, y tomad la posesion y descanso eterno. Y á los malos dirá: pues por vuestra causa recibí estas llagas, y os convidé con el perdon; y no le aceptásteis, ni me quisísteis recibir, por tanto apartaos de mi presencia. ¿Donde los echas, Señor? A los tormentos eternos del infierno.

De aqui puedes sacar lo que te conviene mirar cómo vives, y el cuidado con que has de velar sobre ti en todo tiempo, pues todas tus obras buenas y malas han de ser exâminadas y juzgadas.

MEDITACION VII.

Del infierno.

La oracion preparatoria sea como la primera.

La composicion del lugar sea imaginar en el corazon y centro de la tierra una muy grande caverna y obscura estancia, llena de fuego, donde muy cerca estás mirando lo que pasa por aquel sinnúmero de almas que alli son atormentadas de los demonios.

La peticion será pedir á Dios nuestro Señor despierte en tu alma un temor grande de las penas eternas, para que no vengas á parar á lugar tan malo y abominable.

¶ Punto primero. Considerar la terribilidad de la cárcel y calabozo del infierno, el cual es obscurísimo, pues no llega á él

la luz del sol; y el fuego que alli hay no alumbra sino para ver lo que ha de ser tormento y pena á los que alli estan padeciendo, hundidos y anegados en tan graves penas y tormentos. Ponderar cómo si no puedes sufrir por espacio de una hora la obscuridad de un calabozo: si no te atreves á tocar por un breve rato el fuego ligero de una candela; díme, ¿cómo podrás estar acostado en una cama de fuego vivo, y metido y envuelto entre aquellos tizones del infierno en cuerpo y alma por toda la eternidad?

Has de sacar de aqui cuán grande es la gravedad de un pecado mortal, por el cual, siendo Dios nuestro Señor tan misericordioso como es, castiga con tan atroces tormentos á las almas, por no querer en esta vida sufrir y padecer algo por sus pecados, poniéndose á riesgo de padecer penas tan proli-

xas y largas en tan desdichado lugar.

¶ Punto segundo. Considerar la vilísima compañía que tendrá el miserable condenado en aquel infame calabozo, aunque haya sido emperador, rey ó señor del mundo, la cual no será de amigos que de él se duelan, no de personas prudentes y santas que le consuelen, no de vasallos ni criados fieles que lo sirvan, sino de enemigos mortales que le aborrezcan, mostrando para con él su ódio, impaciencia y rabia, pues todos les serán causa de nuevo tormento y pena; y con la vista horrible de los demonios crecerá y se aumentará este dolor.

Ponderar el tormento que padecerá el miserable condenado viviendo, ó por mejor decir muriendo entre tan crueles enemigos, que le desean beber la sangre, lo cual será el despecho y

rabia que alli tendrá cuando considere con cuán pequeños y cortos trabajos pudiera excusar tan largos y tan intolerables tormentos, sin tener en ellos esperanza ninguna de alivio ni declinacion.

Saca de aqui un temor grande de no irritar contra ti la ira de Dios, y de fundar tu amistad en su amor y caridad, amándole á él sobre todas las cosas, teniendo aqui paz con todos, porque el Señor te libre alli de la mala compañía.

¶ Punto tercero. Considerar la grandeza y atrocidad de las penas de los sentidos, que atormentarán el cuerpo del condenado; porque como el pecador ofendió á Dios con todos ellos, asi será castigado en ellos.

Ponderar como alli los ojos deshonestos y carnales serán atormentados con horribles y espantosas figuras y visiones. Los oidos padecerán oyendo ge-

midos, llantos y blasfemias contra Dios y sus santos. El olfato, con el intolerable hedor que saldrá de aquel lugar y cuerpos de los condenados, no podrá sufrir tal pena. El gusto, con la hiel y amargura de los brevages que le darán, será allí cebado y regalado. Y por fin allí se juntarán en uno los dolores de cabeza, costado, estómago, corazon y gota, con los demás dolores que en esta vida atormentan. Y sin éstas se le dará á cada uno de los condenados otras penas particulares contrarias á que se dieron. Los glotones serán atormentados con una hambre canina: los bebedores con una sed insaciable y rabiosa; los curiosos en vestirse sedas y holandas, allí estarán vestidos de pies á cabeza de fuego y pez, atormentándolos, y no consumiéndolos.

De aquí será bien que saques grande ánimo y esfuerzo para

despreciar todos los regalos y deleites de esta vida, viendo que ellos son los verdugos para aquellos tormentos, temiendo aquella sentencia que dice: *cuanto se gozó en sus deleites, tanto le dad de tormento y llanto* (*Apoc.* 18. *n.* 7.).

¶ Punto cuarto. Considerar que no es esta pena que poco há diximos la mas terrible que alli tendrán los condenados, pues hay otra cosa sin comparacion mayor, que es la que llaman los teólogos pena de daño, la cual consiste en no ver para siempre la vista preciosísima de nuestro amantísimo Dios.

Ponderar como esta sola pena atormenta mas á las almas que todas las penas juntas de los sentidos atormentarán los cuerpos de los condenados; porque como Dios sea un bien infinito y el mayor de todos los bienes, claro está que privarse de él para

siempre será mal infinito, y mayor que todos los males. Y asi cada uno de ellos maldecirá su desastrada suerte y su desdichado nacimiento, carcomiéndose y despedazándose sus carnes á bocados, rompiendo sus entrañas con furia y rabia: se volverán contra Dios, no cesando de maldecir y blasfemar su santo Nombre, porque asi les atormenta y manda penar.

De aqui podrás sacar un afecto y deseo grande de temer á Dios, y aborrecer los pecados, pues por ellos has merecido estar ya en estas graves penas del infierno, donde estan otros muchos por menos pecados de los que tú has cometido contra Dios. Sábeselo agradecer y servir, pues te ha puesto sin merecerlo en el camino santo de tu salvacion.

MEDITACION VII.

De la gloria.

La oracion preparatoria sea como la primera.

La composicion del lugar será ver con los ojos del alma aquella divina corte llena de exércitos y coros de soberanos espíritus y santos que la hermosean; y al Santo de los santos que en medio de ella preside en su gloria, magestad y grandeza.

La peticion será pedir á Dios nuestro Señor, que pues ha sido servido criarte para que goces de él y de tal compañía tan santa en su corte soberana, te dé gracia para que vivas de suerte que no carezcas de ver y gozar de su gloriosa hermosura cuando salgas de este valle de lágrimas y miserias.

¶ Punto primero. Considerar

la excelencia y hermosura de la gloria, y aquella espaciosa, rica y abundante tierra de promision: la longura de su eternidad, la grandeza de sus riquezas y el servicio de sus abundantes mesas, las órdenes de los que las sirven, las libreas de los criados, y la policía y gloria de esta noble ciudad.

Ponderar lo primero que siendo Dios nuestro Señor tan largo y liberal como es para darte á ti entrada en esta gloria y paraíso de deleites, no se contentó con otro menor precio despues del pecado que la sangre y muerte de su Unigénito Hijo. De forma, que fué menester la muerte de Dios para dar al hombre vida de Dios; y las tristezas de Dios para que se le diese alegria de Dios; y que estuviese Dios en la cruz entre ladrones para que el hombre estuviese entre los coros de los ángeles.

Ponderar lo segundo cuál y cuán grande es aquel bien que para que se diese fué necesario que Dios sudase sangre, y que fuera preso, azotado, escupido, abofeteado y puesto en cruz.

Saca de aqui estima de esta gloria, y deseos de gozar de esta ciudad soberana, y pasear por sus calles y plazas, para que con esta consideracion te animes á padecer con gusto todas las penas y trabajos que se te ofrecieren por tan gran bien, acordándote de lo que hizo y padeció Jesucristo nuestro Señor toda su vida, porque no lo perdieses (2. *Reg.* 20.).

¶ Punto segundo. Considerar que no solo aparejó Dios esta casa y palacio para honra suya, sino tambien para honra y gloria de todos sus escogidos, cumpliendo lo que él mismo dixo: *yo honro á los que me honran.* Y no contentándose con esto, glorifica y

glorificará no solamente á las almas, sino tambien á los cuerpos de sus escogidos, dándoles lugar en su palacio real.

Ponderar como la carne que habia de estar atada como bestia en el establo, quiere aquel Padre de misericordia que sea colocada y glorificada entre los ángeles del cielo, y que el que ayudó á llevar la carga éntre en el repartimiento de la gloria, gozándose en ella con todos sus sentidos puros y perfectos, pues cada uno tendrá alli su deleite y su gloria singular, asi como los sentidos de los malos tendrán en el infierno su dolor y pena especial.

Saca de aqui deseos de mortificar tus sentidos, y tener particular cuidado con la guarda de ellos, pues por el trabajo que dura tan poco en esta vida, te verás remunerado y galardonado en aquel abismo de eterna

gloria, sin hallar suelo ni fin en tan gran alegria.

¶ Punto tercero. Considerar el contento que recibirás con la sagrada compañía de los santos, y principalmente con la del Santo de los santos Jesucristo nuestro Señor, y con la alegria y hermosura de aquel cuerpo que por ti fué tan afeado en la cruz.

Ponderar como aunque es infinito el número de los bienaventurados, no hay entre ellos confusion ni envidia, sino mucha paz y union, por estar alli la virtud del amor y caridad en toda su perfeccion, mostrando como son todos entre sí mas unidos que los miembros de un mismo cuerpo, cumpliéndose lo que dixo Cristo nuestro Salvador, y pidió diciendo: *ruégote, Padre, que ellos sean una misma cosa por amor, asi como nosotros lo somos por naturaleza* (*Joan.* 17. *n.* 12.).

Ponderar lo segundo, que

aunque se adornan tanta infinidad de cabezas con preciosas coronas, y todos empuñan cetros en sus manos, todos estan contentos, y ninguno tiene envidia del otro; porque es tal y tan çapáz aquel reino donde todos reinan, y son tan grandes sus jurisdicciones, que hay para todos muy cumplido.

De aqui puedes sacar un gozo y deseo grande de estar en la presencia de tu Salvador, de ver tal hermosura, y gozar de aquella cara en que se miran los ángeles, que no siendo tú corto en servirle, él será largo en hacerte estos beneficios, manifestando á tus ojos su gloria y hermosura y la de todos aquellos santos y cortesanos del cielo. Haz pues obras tales, que consigas estar en tal compañía, y vivir con los que son hijos amados de Dios.

¶ Punto cuarto. Considerar el soberano gozo que el alma del

bienaventurado recibirá con la vision clara de Dios, en que consiste la gloria esencial de los santos. Ponderar como la vista sola de aquella divina cara basta para dar á las almas cumplido reposo y hartura; porque si los bienes de acá deleitan tanto, ¿cuánto deleitará aquel bien que tiene en sí toda la perfeccion y suma de todos los bienes? Y si solo la vista de las criaturas es alli tan gloriosa, ¿qué será ver aquella cara y aquella hermosura, en quien resplandecen todas las hermosuras, viendo en una vista el misterio de la Beatísima y Santísima Trinidad, la gloria del Padre, la sabiduría del Hijo, y la bondad y amor del Espíritu Santo?

Saca de aqui deseos de no querer ver ni gozar en el mundo descanso, riqueza, gusto ni contento en quien poner el tuyo; sino en solo Dios, holgándote de

renunciarlo todo por no ser privado de tal vista y tan soberano bien como es Dios: diciéndole con el santo Profeta: *una sola cosa pediré al Señor, y esta buscaré siempre, que more yo en la casa del Señor todos los dias de mi vida* (*Psalm.* 26. 4.); esto es, por los de la eternidad.

LIBRO SEGUNDO.

DE LAS MEDITACIONES y puntos que conducen á la via iluminativa.

Qué cosa sea via iluminativa.

Los que estan ya justificados, y desean pasar adelante y grangear las sólidas y verdaderas virtudes para crecer cada dia en ellas, han de echar por el segundo camino que llamamos via iluminativa, cuyo fin es ilustrar el alma con el resplandor de muchas verdades y virtudes,

y con unos vivos y eficaces deseos de conocer á Dios, y llegarse á él y unirse con él, exercitándose en la consideracion de los divinos misterios de la vida y muerte de nuestro Salvador, que trayéndolos siempre en su corazon, despertará en sí los afectos de devocion que son propios de esta via, como son amor y deseo de las virtudes de la humildad, paciencia, castidad, obediencia, pobreza de espíritu, caridad y las demás; porque ¿á qué virtud puede ser uno inclinado, para lo cual no halle en la vida y muerte de este Señor maravillosos exercicios, por ser ella una mesa real de todos los manjares, un paraíso de todos los deleites, un jardín de todas la flores, una plaza de todas las cosas, y una como feria espiritual de todos los bienes, como en este segundo libro se verá?

ADVERTENCIA.

Paréceme cosa acertada, por guardar la brevedad deseada, no tratar de aqui adelante en las meditaciones siguientes de la oracion preparatoria, ni de la composicion de lugar ni peticion, pues basta haberlo hecho en todas las meditaciones del libro primero; de las cuales cada uno por sí mismo podrá aprovecharse, y tener noticias y luz bastante para hacer siempre las cosas dichas, segun la materia que la meditacion pidiere. Y para mayor claridad de esto pongamos uno ó dos exemplos.

¿Quieres meditar en el nacimiento de Cristo nuestro Señor, ó penitencia que hizo en el desierto? en el nacimiento puedes hacer la composicion de lugar de esta manera:

Haz cuenta que ves con los

ojos de la consideracion una como casa ó pajar inhabitable, desportillado y abierto por todas partes, lleno de inmundicia y telarañas, y expuesto al frio y nieve, y á un rincon de él en el suelo y sobre unas pajas al Hijo Unigénito de Dios Jesucristo nuestro Señor, llorando, haciendo pucheritos como niño, temblando, tiritando de frio; y á la Vírgen nuestra Señora y á su esposo llenos de devocion, admiracion y espanto arrodillados adorándole.

La peticion sea te alcance de su Magestad gracia para que tú con ellos aciertes á hacer otro tanto, y sepas conocer, agradecer y servir las mercedes y beneficios que te viene á hacer, siendo tan indigno de ellos.

En la meditacion del desierto puedes hacer la composicion de lugar de esta manera: mirar con la vista interior de tu alma á

Jesucristo nuestro Señor solo en un desierto, rodeado de montes altísimos, de riscos y peñascos, haciendo por espacio de cuarenta dias una dura y áspera penitencia sin comer bocado, metido entre fieras y bravos animales, recostado en el suelo al pie de una aya ó encina, que ésta era su cama de campo de descanso, tratando con su Eterno Padre de dia y de noche de tu salud y remedio.

La peticion sea te dé licencia su Magestad, y haga gracia de que tú le sirvas y acompañes en aquella soledad y desierto, pues tal y tan santa compañía seria para ti paraíso y gloria.

A este modo puedes hacer siempre en el principio y entrada de tu oracion la composicion de lugar con su peticion, segun fuere la materia del paso ó misterio que meditares, implorando el ayuda y favor del Espíritu

Santo, que como buen maestro de espíritu te lo enseñará mejor de lo que yo aqui te lo explico. Y es mucho de advertir, que cuando hicieres la composicion de lugar sobre algun paso ó misterio de Cristo reciennacido, ó en la columna, ó en la cruz, no imagines que pasó aquello allá en Belén ó en Jerusalén mil y tantos años há, porque eso cansa mas, y no mueve tanto; sino imagina aquellas cosas como presentes, y que pasan delante de tus ojos, viendo con los ojos del alma y de la consideracion llorar y hacer pucheritos al Niño Jesus, y oyendo los golpes de los azotes y las martilladas de los clavos, y será esto causa para tener la oracion mas facil y suavemente, y con mas atencion y devocion; de suerte que te mueva mas, y entres en mayor provecho y fruto.

MEDITACION I.

De la Concepcion de la Vírgen nuestra Señora.

Punto primero. Considerar, y con los ojos del entendimiento ver á las tres divinas Personas Padre, Hijo y Espíritu Santo en el trono de su gloria y magestad, que es el cielo empíreo, en cuya presencia asisten innumerables ángeles y serafines, dando traza, y decretando en aquel supremo consejo, que pues la perdicion y ruina de los hombres, y el olvido de su salud y salvacion era tan grande, convenia para remediar este daño y pérdida universal, que la segunda Persona de la Santísima Trinidad, que es el Hijo Unigénito del Eterno Padre, se hiciese hombre para salvar al hombre.

Ponderar el amor tan encen-

dido que ardia y abrasaba aquel divino pecho; pues teniendo su Magestad otros muchos medios menos costosos para sí con que remediarte, no quiso escoger sino el que mas le costase, para declarar mas el amor que te tenia, y humanándose y humillándose, vestirse de tu baxeza, para comunicarte su grandeza, haciéndose de impasible mortal, de eterno temporal, de Señor esclavo, de Rey del cielo gusano y oprobio del suelo (*Ps.* 21. 7).

De aqui podrás sacar cuán grandes ganas tenia este Señor de tu salvacion, pues tanto se deshizo, y tanto hizo para que la alcanzases. Ten tú grandes deseos de humillarte para servirle, como él se humilló para remediarte; y haz lo mas que pudieres para su servicio, como él lo hizo para tu remedio.

¶ Punto segundo. Considerar que habiendo Dios nuestro Se-

ñor determinado hacerse hombre, y tener Madre como los otros hombres, dió traza para que su divino Espíritu comenzase á fabricar la casa en la cual habia de morar el Señor, criando á la Vírgen nuestra Señora pura, y sin mancha ni fealdad de pecado original ni actual, que tal convenia fuese, y tal privilegio se concediese á aquella en quien Dios se habia de aposentar y encerrar como en su santo templo. Ponderar que asi como nuestro daño y perdicion habia entrado en el mundo por un hombre y una muger, asi quiso Dios que nuestra redencion tuviese principio de otro hombre y otra muger. Y que como la muerte entró en el mundo por Adan y Eva cuando pecaron, entrase la vida de gracia por Jesus y María que nunca cayeron, á los cuales acudiesen los hombres por remedio en sus

necesidades, con la confianza que acuden al padre y á la madre. Sacarás de aqui un deseo grande de amar á Dios nuestro Señor, que por tales medios y remedios quiso restituirte á su gracia y amistad, haciendote, como dice S. Pablo (*Cor.* 6. *n.* 15.), hijo suyo, miembro de Cristo, y heredero del cielo. Agradéceselo, y procura humillarte y sujetarte á tus padres y superiores; pues el mismo Señor, absoluto y superior á todos, asi se sujetó y obedeció á sus criaturas con grande exemplo de humildad.

¶ Punto tercero. Considerar como en el mismo instante que crió Dios aquella bendita alma de la Vírgen santísima nuestra Señora, y la infundió en el cuerpo formado en las entrañas de su madre Santa Ana; en ese mismo punto y momento la enriqueció y hermoseó con su soberana gracia, santificándola des-

de el primer instante de su Concepcion, deteniéndola para que no cayese en el pecado original, como de su naturaleza habia de caer por ser hija de Adán pecador.

Ponderar cuánta gloria y ornamento es para todo el linage humano que una pura criatura, siendo concebida naturalmente de hombre y muger, haya sido tan sublimada, enriquecida de gracia y gloria, y escogida de Dios para depositar en ella, como en vaso precioso, todos los tesoros divinos y soberanos que era razon tuviese la que era predestinada para ser Madre del Altísimo Dios, y quebrantadora de la cabeza de la serpiente infernal.

Saca de aqui deseos de que alaben á nuestro Señor los ángeles, los cielos, la tierra y todas las criaturas por esta tan señalada merced que hizo á la Vír-

gen y al mundo por ella, escogiéndola por Madre suya para que tambien lo fuese tuya, y abogada de los pecadores: por lo cual tú y todos hallásemos entrada en el trono de su infinita misericordia, pues ninguno le ha sido de veras devoto que no haya llegado al puerto de la salud.

¶ Punto cuarto. Considerar como criando Dios á la Vírgen, demás de aquella primer gracia que arriba diximos, de la preservacion del pecado y santificacion de su alma, la dotó asi entonces como despues en tiempo, de nuevas prerogativas y singulares privilegios, como fue darla la autoridad de ser Madre de Dios, que para el tiempo señalado le guardó. Lo segundo, que no sintiese ningun género de la mala inclinacion y apetito desordenado. Lo tercero, confirmarla en gracia, de tal suerte

que nunca jamás en setenta y tantos años de vida cometiese un solo pecado mortal, ni por pensamiento. Lo cuarto, la hizo impecable aun venialmente, que es cosa que sobrepuja á toda admiracion. Lo quinto, haber concebido por virtud del Espíritu Santo, y parir sin dolor y sin detrimento de su pureza virginal &c.

Ponderar cuán conveniente cosa fué que Dios nuestro Señor honrase y sublimase con todas estas gracias y privilegios, y muchas mas á esta purísima Vírgen; porque condicion es de este Señor hacer las cosas tales, cual es el fin para que las hace. Y como esta Señora fué escogida para la mayor dignidad que hay despues de la humanidad del Hijo de Dios, que es ser Madre suya; así la fueron concedidas las mayores gracias y privilegios, y la mayor santidad y perfeccion que hay despues de él.

Saca de aqui deseos de alegrarte y complacerte de los infinitos y soberanos bienes que á esta Señora ha dado Dios, y pide á los ángeles que adorarán despues al Hijo de Dios cuando entre en el mundo, que vengan ahora con alegria y júbilo á reverenciar á la que ha de ser Madre de Dios y Reyna suya. Y viéndote entre ellos, la saluda en el vientre de su madre con las palabras que despues la dirá el ángel S. Gabriél, que son: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo. Pídele á esta Señora que esté contigo, y que limpie tu espíritu, enfrene tu carne, y te llene de su gracia y virtudes.

MEDITACION II.

Del Nacimiento de la Vírgen N. Sra. y de su Presentacion.

¶ Punto primero. Considerar que estando el universo mundo vestido de tinieblas, de culpas é ignorancias, cubierto de una noche obscura y tenebrosa; en naciendo esta Vírgen benditísima se bañó de nueva claridad, y comenzó á respirar y á reirse la luz de esta alba divina, y los ángeles del cielo y los justos de la tierra á alegrarse y regocijarse, entendiendo que se acercaba ya el dia, y venia el Sol que con su luz le habia de esclarecer y librar de todos los males y miserias que padecia.

Ponderar con cuánta razon la Iglesia nuestra madre, guiada por el Espíritu Santo, dice: que el nacimiento de la Vírgen ha

traido al universo mundo singular alegria y regocijo. Porque si el ángel S. Gabriél dixo á Zacarías (*Luc.* 1. 13.), que muchos se regocijarian y tendrian placer en el nacimiento de su hijo San Juan Bautista, porque habia de ser Precursor del Mesías, y el que le habia de mostrar con el dedo, y decir: *veis alli el Cordero de Dios* (*Joann.* 2. *n.* 29.); ¿cuántos mayores motivos y títulos tiene todo el mundo para holgarse y hacer fiesta el dia que nació esta gloriosísima Vírgen, que era la que mejor que S. Juan nos le habia de mostrar, no solo con el dedo, sino con sus brazos y sus pechos, diciendo: *mirad que este es mi Hijo muy amado, en quien yo mucho me he agradado?*

Sacarás de aqui afectos de gozo y alabanza, dando el parabien á Dios del glorioso nacimiento de esta niña, que él es-

cogió para que fuese Madre suya; y por haberla levantado á tanta dignidad y honra, cuanta jamás se dió á pura criatura. Tambien darás el plácеme á los hombres, por llegárseles ya el tiempo felíz y dichoso de su redencion, en el cual Jesucristo nuestro Señor habia de nacer de esta Vírgen, hecho hombre para levantar al hombre á la dignidad de hijo de Dios.

¶ Punto segundo. Considerar como pusieron sus padres á esta niña por nombre MARÍA, que quiere decir mar de gracias; y fueron las que halló en los ojos de Dios tantas y tan grandes, que espantados aquellos celestiales espíritus se preguntaban unos á otros: *¿quién es ésta, que nace y se levanta como la alegre mañana; hermosa como la luna, llena y escogida como el sol, sin haber otra en la tierra que la iguale?*

Ponderar lo que se complaceria la Santísima Trinidad de ver criatura tan bella, hermosa y graciosa en sus divinos ojos, y á la que con el resplandor de sus virtudes habia de dar principio al dia dichoso de la salud y redencion del humano linage, naciendo de ella el verdadero Sol de justicia Cristo Jesus.

De aqui puedes sacar deseo grande de honrar y servir á esta Señora, y de tener de continuo su santísimo Nombre en tu boca y corazon (*Cant.* 1. *n.* 8.): porque como el Nombre de JESUS es óleo derramado, que cura y sana á todos los que han sido heridos y mordidos de aquella serpiente infernal, que es el demonio; asi el nombre de María tiene tal virtud, que invocado con devocion, como óleo saludable, alumbra, conforta, sana y alegra el corazon, y vence y ahuyenta á los demonios: los

cuales, como enemigos suyos, aborrecen el dulce y suave nombre de esta santísima Vírgen y de sus devotos.

¶ Punto tercero. Considerar que en naciendo esta niña benditísima, y siendo de edad de tres años, para cumplimiento del voto que sus santos padres Joaquin y Ana habian hecho, ofreciendo á Dios el fruto de bendicion que les diese, llevaron al templo á la tierna infanta, y ella holgó de ir allá y estar en él, y encerrarse alli por toda su vida, cuanto era de su parte, para servir á su Criador y Señor. Y no contenta con esto, quiso ser la primera que hiciese voto de perpetua virginidad, guardándole siempre tan perfectamente, que mas parecia ángel sin cuerpo, que doncella en carne mortal.

Ponderar la devocion con que se presentaria esta santa niña á

Dios, y se ofreceria á su servicio, la cual en llegando al templo la recibió el sacerdote y puso en la primera grada de una escalera que tenia quince escalones para subir al altar. Y ella con extremada gracia, ligereza y alegria, sin que nadie la ayudase ni llevase de la mano, subió sus quince gradas con gran fervor de espíritu, proponiendo de subir por todos los grados de virtud, hasta alcanzar lo supremo de la perfeccion. Saca de aqui deseos de presentarte delante de Dios, y ofrecerte á su servicio, con determinacion de ir subiendo y creciendo cada dia mas y mas en limpieza del alma y cuerpo, y de nunca jamás apartarte de él. Y si su Magestad te hiciere esta merced de oir tu oracion, y sacarte de las ocasiones y peligros del mundo, para servirse de ti en su santo templo y casa, sábelo agradecer, pues es señal

que ha puesto en ti sus divinos ojos, y que te quiere y ama como á su querido Hijo.

¶ Punto cuarto. Considerar cómo pasaria la Vírgen santísima los años de su niñéz en el templo, siendo modelo perfectísimo de santidad y de todas las virtudes á las doncellas que con ella alli vivian, viéndola tan solícita y ferviente en el servicio de Dios y su santa ley, siendo en las vigilias de las noches la primera; en la humildad la mas humilde; en la pureza la mas pura; y en toda virtud la mas perfecta.

Ponderar la admiracion y espanto que causaba la vida y exercicios de esta santa niña á las compañeras que con ella conversaban y trataban, viendo tanta virtud y santidad en tan tierna edad. El fervor y ocupacion en que siempre se empleaba y gastaba gran parte del dia, su-

biendo por aquella escalera mística de Jacob, que llegaba desde la tierra al cielo (*Gen.* 18. *n.* 12.), cuyos escalones son: leccion, meditacion, oracion y contemplacion; y en estos santos exercicios estaba absorta y arrobada, y era visitada de los ángeles, que baxaban y subian por esta escalera, y del mismo Señor de los ángeles que en la cumbre y cima de ella estaba, pareciendo con esto, mas una niña venida del cielo, que nacida acá en el suelo.

Sacarás de aqui un deseo grande de imitar á esta tierna doncella en las virtudes que exercitó en el templo, que entre otras fueron las del silencio, soledad, quietud, oracion y contemplacion: y confúndete de ver cuán lejos estás de imitarla, y cuán floxo eres en el servicio de Dios y exercicio de las virtudes.

MEDITACION III.

Del Desposorio y Anunciacion de la Vírgen nuestra Señora, y Encarnacion del Hijo de Dios.

¶ Punto primero. Considerar que pasados pocos mas de diez años, en los cuales la Vírgen santísima había estado encerrada y recogida en el templo, siendo ya difuntos sus padres, quisieron los sacerdotes de él, por cumplir la ley y costumbre recibida, darla estado; y asi la desposaron con un varon llamado Josef, el cual, aunque pobre, era de linage de reyes, justo y santo.

Ponderar la grande obediencia que mostró la Vírgen en aceptar este estado que tanto ella rehusaba; y por saber que aquella era la voluntad de Dios, se desposó con este santo varon,

certificada por divina revelacion, que no peligraria su entereza y limpieza angélica. Llegado pues ya el dia y la hora de este castísimo matrimonio, ¿con qué compostura de alma y cuerpo, con qué vergüenza virginal, y con qué modestia se desposaria y daria la mano á aquel hombre terrenal la que antes estaba desposada con el Rey celestial?

Saca de aqui deseos de imitar á la Vírgen conforme á tu estado, persuadiéndote, que por obedecer á Dios y fiarte de él no perderás virtud ni consuelo, ni cosa de cuantas con razon puedes desear para tu salvacion. Porque Dios sabe y puede juntar virginidad con desposorios; contemplacion con ocupacion; y la hermosura de Raquél con la fecundidad de Lía, sin que la una reciba daño de la otra.

¶ Punto segundo. Considerar

que habiendo Dios de hacerse hombre, y nacer de muger, puso los ojos en todas las que habia de haber en los siglos venideros. Y la que mas le agradó entre todas fue esta casta y pura doncella, llamada MARIA, y á ella determina de enviar, como lo hizo, su embaxada con el ángel S. Gabriél.

Ponderar lo primero, cuántas reynas y señoras principales habia entonces en el mundo, en quien tenian los hombres puestos sus ojos, de quien se hablaba y se hacia caso, y eran estimadas, llamadas bienaventuradas entre todas las mugeres: y en ninguna de estas pone Dios los ojos, sino en la qúe estaba olvidada y arrinconada: en la pobrecita que el mundo no conocia: ésta es la escogida y llamada bendita entre las mugeres; ésta la llena de gracia (*Luc* 11. *n.* 24.). Ponderar lo segundo, co-

mo en entrando el ángel en el aposento de la Vírgen, donde estaba en altísima contemplacion de este sacrosanto misterio de la Encarnacion, hincadas las rodillas, la hablaria como á Princesa del cielo, y escogida para Madre de Dios, y Señora de los ángeles. Y la primera palabra que la dixo fué: *estés en hora buena, ó Dios sea contigo, llena de gracia.*

Sacarás de aqui deseos que nuestro Señor ponga en ti sus divinos ojos, para que pues eres de los llamados, seas de los escogidos, aunque no lo merezcas, deseando te haga tal gracia y favor, pues que no eres ángel, sino un vil gusano, que hables con su Magestad y con su santísima Madre en la oracion con reverencia, temor y amor.

¶ Punto tercero. Considerar como se turbó la Vírgen, no de ver el ángel, aunque en tan res-

plandeciente figura, porque muchas veces es de creer que la visitaban los ángeles y la trataban familiarmente, pero turbóse por la salutacion que la hizo de tanta admiracion y tal nueva, y por oir las alabanzas que la daba.

Ponderar el baxo concepto que esta santísima Vírgen tenia de sí, pareciéndola, como era tan humilde y tan vil en sus ojos, que tanta gracia no cabia en su pequeñéz, porque ella deseaba ser esclava de la que habia de ser Madre de Dios; y asi confundióse y turbóse, porque al verdadero humilde no hay cosa que mas le turbe que oirse alabar: y por eso la dixo el ángel: *no temas, MARÍA, pues has hallado gracia en los ojos de Dios*. Y esto te ha de quitar todo temor y miedo.

Sacarás de aqui el baxo concepto que es razon tengas de ti; pues siendo, como lo eres, una

tan vil y miserable criatura, despidas de tu corazon cualquiera vana alabanza que te dieren los hombres; y dando á Dios la gloria, y á ti la confusion, gusta que te traten como mereces, para que exercitándote en humildad, crezcas y medres en los ojos de Dios y de los hombres, como esta santísima y purísima Vírgen lo hacia.

¶ Punto cuarto. Considerar la respuesta que dió la Vírgen al ángel, llena de tanta humildad y obediencia, y dándole aquel sí alegró al cielo y á la tierra, y le dixo: *aqui está la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra* (*Luc.* I. *n.* 18.). Y en este mismo punto encarnó Dios en sus entrañas, obrándolo el Espíritu Santo, á quien señaladamente se atribuye esta obra.

Ponderar, que aunque el cargo y oficio de ser Madre de Dios era tan grande y tan excelente;

como habia de tener anexos tan inmensos trabajos, quiso Dios nuestro Señor que la Vírgen de su voluntad aceptase esta dignidad con la carga, para que mereciese mas.

Ponderar lo segundo, como siendo esta Vírgen escogida por Madre del Hijo de Dios, ella se hizo esclava, y no Madre, como quien acepta el oficio no para ser servida como señora, sino para servir, imitando en esto á su santísimo Hijo, que vino á hacer lo mismo (*Matthæi* 20. *n*. 8.).

Saca de aqui deseos de amar èsta virtud de la humildad, y sujetarte á la voluntad de tu Dios, y sin que jamás resistas á cosa que te mandare, por árdua y trabajosa que sea, sino que á todo digas: hágase la voluntad de Dios, á la pobreza, trabajos, necesidad y falta de todas las cosas de esta vida, como en-

viadas de la mano de Dios las recibe con voluntad y amor, diciéndoles este *Fiat*, y este *Hágase la voluntad de mi Dios.*

MEDITACION IV.

De la visitacion de la Vírgen á santa Isabél.

Punto primero. Considerar, que despues que el ángel se despidió de la Vírgen nuestra Señora, y ella supo de la preñéz de su prima, se alegró grandemente; y saliendo de su encerramiento, se levantó y fue á la ciudad de Judá, y entró en casa de Zacarías, y saludó á santa Isabel (*Luc.* 1. *n.* 20.).

Ponderar como el amor de la Vírgen, y el deseo que tenia de complacer á Dios, vencieron todas las dificultades; y asi, aunque esta Señora vió que el camino era largo y áspero, tiempo

frio, y ella tierna y delicada, todo se le hizo fácil. Y luego sin detenerse partió para la montaña, y puso por obra la divina voluntad: y sin reparar en la dignidad que se le habia dado de ser Madre de Dios, gustó de visitar á la que era menos que ella, para darla el parabien y servirla.

Saca de esto exemplo de tan extraña humildad. Lo primero, un deseo grande de ponerte debaxo de los pies de todos, y querer antes servir que ser servido, á imitacion de esta Señora, que siendolo fue á visitar á su criada. Lo segundo desea imitar la mucha caridad de la Vírgen en alegrarse del bien y contento de santa Isabel, y de la merced que Dios le habia hecho; que es admirable virtud esta de gozarnos del bien de nuestros próximos, y lo contrario es envidia, vicio propio de lucifer, que le

pesa del bien ageno. Alégrate tú de que esta Señora sea Madre de Dios; y dándola el parabien, suplícala sea tambien Madre tuya, y que se digne, pues es tan humilde, de visitarte y alegrarte con su presencia.

¶ Punto segundo. Considerar la entrada de la Vírgen nuestra Señora y de su santísimo Hijo en la casa de santa Isabel, (*Luc.* 1. *n.* 40. *et* 41.) á la cual, como mas humilde saludó primero, llenándola á ella, al niño Juan y á toda su casa de bienes, porque el infante fue limpio de pecado original, y lleno del Espíritu Santo; Isabel su madre recibió el don de la profecía, y Zacarías su padre lengua para alabar á Dios; que donde su Magestad entra y su Madre, no puede fallar alegria verdadera y gozos cumplidos.

Ponderar qué salutacion y visita seria esta tan santa, y cuán

diferente de las que el dia de hoy se usan en el mundo, llenas de vanidad y lisonjas, donde tanto tiempo se pierde, y tantos pecados y ofensas se hacen á Dios.

De lo cual sacarás un deseo grande de que este soberano Rey y Señor te visite con su presencia, para que se descubra en tí la grandeza de sus misericordias, que tan indigno eres de ellas, pidiendole te dé como á su precursor, luz y conocimiento de su encarnacion, y gozo de su presencia; y á la Vírgen que te alcance de su santísimo Hijo alguna cosa de lo mucho que por su vista le dió este dichoso Niño á sus padres, para que ahora y siempre te emplees en alabarle como ellos hicieron.

¶ Punto tercero. Considerar que conociendo santa Isabel por divina revelacion el misterio de la encarnacion del Hijo de Dios

en las entrañas de María, comenzóla á engrandecer y alabar, diciendo: *¿de dónde á mí tanto bien, que la Madre de mi Señor venga á mí?* Pero la Vírgen, cuanto mas la alababa, mas ella se humillaba de corazon, atribuyendo á Dios la gloria de todo, como lo hizo en el cántico del *Magnificat.*

Ponderar que asi como los justos y santos no atribuyen á sus merecimientos cosa ninguna buena; asi santa Isabel se maravilla de las gracias y favores que Cristo y su Madre le hacian, pues preguntaba: *¿de dónde á mí tanto bien, siendo tan indigna de él?*

Saca deseos de hacerlo asi cuando te vieres honrado con alabanzas; humillándote mas, y conociendo que lo bueno que tienes no es tuyo sino de Dios, y dí: *¿de dónde á mí, que se acuerda mi Dios de mí, habien-*

dome yo tanto olvidado de él? ¿De dónde á mí, Señor, que tantas veces os he ofendido y sido tan ingrato á vuestra Magestad? y esto no solo lo has de decir con palabras sino con obras, como lo hizo la Vírgen sirviendo á su prima santa Isabél (*Luc.* 1. *n.* 56.) casi tres meses con gran cuidado y diligencia en oficios humildes: exercítate de buena gana en ellos, como lo hicieron Jesucristo y su Madre toda la vida.

¶ Punto cuarto. Considerar el gran bien que haria la santísima Vírgen á todos los que en aquella casa estaban con sus pláticas y buenos exemplos de modestia, humildad y caridad. Porque si tanto hizo en la primera entrada, ¿qué haria en los tres meses que alli estuvo con santa Isabel, cuáles serian sus pláticas, cuáles los exemplos de virtudes, cómo se exhortarian á la oracion y trato con Dios?

Ponderar que si por haber estado el arca del testamento tres meses en casa de Obededón llenó Dios á él y á su casa de grandes bienes (1. *Reg.* 2. *n.* 61.) ¿cuánto mas se ha de creer, que por haber estado esta divina arca del nuevo testamento, dentro de la cual estaba el mismo Cristo, otros tres meses en casa de Zacarías y de Isabel, la llenaria de mil bendiciones y favores del cielo?

Sacarás de aqui una cierta esperanza, que si cuando te llegues á recibir á Dios en el Santísimo Sacramento, lo hicieses con viva fe, que aunque fueses tan miserable como eres, llenaria tu alma, en la cual desea su Magestad tener su habitacion y morada, de sus celestiales bendiciones.

MEDITACION V.

Como el santo Josef quiso dexar á la Vírgen su esposa.

Punto primero Considerar la nobleza de este bienaventurado patriarca san Josef, el cual era de linage de reyes, y descendiente de la casa de David. Pero lo que mas le ennoblecia, no era su genealogía y descendencia, sino ser verdadero heredero de las virtudes de este santo Rey, de su mansedumbre, de su justicia y santidad, y hecho finalmente segun el corazon de Dios, que tal convenia que fuese aquel á quien se habia de dar tal dignidad como ser esposo de la Madre de Dios, y encomendar la guarda de un tan gran tesoro como era el de su santísimo Hijo.

Ponderar cuán bien supo este

santo negociar con los dones recibidos, pues cada dia los aumentaba y acrecentaba; pero una sola cosa le traia con mucha congoja y pena; esta era ver á su santa esposa preñada despues que vino de casa de Zacarías, sin tener él parte en ella: y como era varon justo, temeroso de Dios, y no quisiese infamarla ni acusarla, quiso secretamente irse y desampararla. Pero muy mayor fue la afliccion de la Vírgen su esposa, á quien esto no se le encubria, pues se veia á punto de ser repudiada y dexada de su esposo, que era tan santo y tan amado de ella, dándole mucha pena verle tan triste y con tanta turbacion y ocasion para tenerla. Y por otra parte, sabiendo la Vírgen que no tenia culpa en lo que su esposo sospechaba, vivia con mucha pena.

De donde sacarás, que aun-

que uno sea muy santo, y trate siempre con santos, no le han de faltar en esta vida humillacion, aflicciones y pruebas de nuestro Señor, como á la Vírgen y al santo Josef no le faltaron.

¶ Punto segundo. Considerar los secretos juicios de Dios en no querer por entonces revelar este misterio de la encarnacion de su Unigénito Hijo á san Josef, como lo reveló á Zacarías y á santa Isabél; y la causa de esto fue para tomar de aqui ocasion de exercitar á la Vírgen y á su esposo.

Ponderar el gran bien que se encierra en las aflicciones, las cuales son vigilias de la exâltacion y buenas pascuas, como se ve en la presente meditacion, trazando Dios pasase la Vírgen por esa humillacion y afrenta, disponiéndola con ella para los favores que de alli á poco habia de recibir en Belén.

De aqui podrás sacar, que aunque te veas cargado, y puedas mostrar tu inocencia, tengas paciencia y lo fies de Dios, padeciendo tu afrenta por su amor; y si esto ha de ser estando inocente, siendo culpado con mayor sufrimiento lo has de llevar, á exemplo de la Vírgen, que estando inocente y sin culpa, no quiso volver por sí, sino abrazarse con la humildad y silencio; queriendo antes ser tenida por mala, que descubrir los tesoros y grandezas que se encerraban en el misterio de su preñéz, poniendo su honra en las manos de Dios, para enseñarte con este exemplo lo que te debes exercitar en humildad y silencio.

¶ Punto tercero. Considerar como Dios nuestro Señor disimuló por algun tiempo, y viendo que san Josef no podia caer en la cuenta de lo que fue causa de aquella preñéz, si él no se lo re-

velaba, determinó de hacerlo asi, volviendo por la honra de la santísima Vírgen, enviando un ángel (*Matth.* 1. *n.* 10.) para que desengañase y despenase al santo Josef, y le revelase el misterio oculto é inefable de nuestra redencion.

Ponderar como con esta revelacion trocó Dios nuestro Señor la congoja y pena con que el santo Patriarca estaba en sumo gozo y alegría; y es de creer se iria á postrar á los pies de la Vírgen, y le pediria mil perdones de la sospecha y yerro pasado, dándole cuenta del misterio que el ángel le habia revelado.

De aqui puedes sacar dos cosas: la primera, como la verdad, aunque algun tiempo esté encubierta, al fin se viene á descubrir y saber. La segunda, que cuando de ti se sospechare que tienes culpa sin tenerla, te hu-

milles, no volviendo por ti, ni excusandote, sino es en caso que te obligue la conciencia, ó por la gloria de Dios y bien de otros. Y entiende, que ninguno por fiarse de Dios pudo perder, y asi la Vírgen quedó mas honrada por no haberse querido descubrir, que si lo hubiera manifestado y declarado.

¶ Punto cuarto. Considerar la fidelidad de la divina providencia en acudir á remediar las aflicciones de los suyos cuando han llegado al punto crudo, tomando medios divinos cuando faltan los humanos, como los tomó para revelar á san Josef este secreto; porque entendiese y supiese que la Vírgen su esposa habia concebido por obra del Espíritu Santo (*Matth.* 2. 20. *et* 21.), y que pariria un Hijo, del cual habia de tener cuidado, y á quien habia de poner por nombre Jesus, que quiere decir Salvador.

Ponderar la alegria que recibiria este santo Patriarca con estas dichosas nuevas; qué agradecido estaria á Dios por haberle dado esposa tan santa y de tanta dignidad, y por encargarle á él el cuidado de su Unigénito Hijo. Pero sobre todo, ¡cuál y cuán grande seria el consuelo espiritual que tendria la santísima Vírgen viendo al esposo que tanto amaba, y cuya pena tanto sentia, tan consolado y alegre! ¡Qué gracias y alabanzas daria á Dios por haberlo hecho asi con ella, y vuelto por su inocencia, y socorrido en esta grande tribulacion!

Sacarás de aqui lo que importa fiarte de la paternal providencia de Dios, estando con gran seguridad en medio de tus aflicciones; pues es cierto que á un tiempo acudirá su Magestad á remediarlas, y sacarte libre y con honra de ellas.

MEDITACION VI.

De la expectacion del parto de la Vírgen N. Sra.

Punto primero. Considerar que asi como nuestra Señora fue Vírgen en el concebir, asi tambien supo lo habia de quedar en el parir al Hijo de Dios, porque la experiencia de lo pasado le certificaba de lo por venir. Ponderar los júbilos y alegria que por el alma de esta Señora pasarian, y cómo diria hablando consigo: ¿es posible que yo he recibido en mis entrañas el mismo Hijo de Dios que el Eterno Padre tiene en las suyas? Gracias os doy, Señor todopoderoso, por haber escogido á esta esclava por Madre vuestra. ¡O si llegase ya, Señor, la hora de veros nacido, y de teneros en mis pechos!

Saca de aqui semejantes de-

seos, y á imitacion de esta Señora decir: ¿es posible, Señor, que siendo yo quien soy, y una tan vil criatura, me hayais escogido para que sea hijo vuestro? ¿Para recibiros y encerraros en mi pecho? ¿Para teneros en mis manos y daros mil besos y abrazos? ¿Y que dexando otros muchos que os lo agradecieran, y supieran servir mejor que yo, desechasteis á ellos, y me recibisteis á mí? Gracias infinitas os doy, Señor, por tal beneficio y merced: suplicoos me la hagais de que yo me apareje en estos dias para recibiros y daros la bienvenida, como la Vírgen Madre vuestra y Señora mia se dispuso y aparejó.

¶ Punto segundo. Considerar el vivo y encendido deseo que nuestro Señor tenia en el vientre de su santísima Madre de manifestarse al mundo, para redimir á los hombres, y darles pa-

so franco para la vida eterna.

Ponderar que por muy apretado que tenia Cristo su cuerpecito en aquel pequeño aposento, tenia su corazon mas estrechado con la fuerza de este deseo: y aunque cada dia se le haria un año, quiso estar encerrado nueve meses en el vientre de su Madre, porque no quiso ser exceptuado en el padecer en la estancia de aquel lugar.

Sacarás de aqui cuánto te importa estos dias disponerte á celebrar con devocion la fiesta de su santo nacimiento, imitando los deseos encendidos con que aquellos padres antiguos se disponian para ella: y asi tendrás en tu corazon el fruto bendito de tus esperanzas.

¶ Punto tercero. Considerar lo que desearia nuestra Señora ver con sus ojos al Hijo de Dios y suyo, para adorarle y servirle en agradecimiento de la mer-

ced que la habia hecho de escogerla por Madre suya.

Ponderar como esta Señora clamaba, repitiendo con amorosos afectos aquellos versos que canta la Iglesia diciendo: *oxala rompieses esos cielos y vinieses. ¡O nubes, lloved para mí al Salvador!* (*Cant.* 8. *n.* 1.). Y con la Esposa diria: ¡*O Hijo mio*! *Si te viese acá fuera colgado de los pechos de tu Madre, para que pudiese besarte, y abrazarme contigo*!

De aqui has de sacar semejantes afectos, deseando que venga ya tu Salvador. Procura imitar á esta Señora, si quieres ver, gozar y tener el tesoro divino que ella tuvo; y con estas y otras semejantes palabras has de mover y despertar tu deseo, para que este Hijo de Dios nazca espiritualmente en tu alma, y sea de ti adorado y servido, como lo fue de la Vírgen santísima su Madre.

¶ Punto cuarto. Considerar lo que el santo Josef haria y meditaria estos dias con el gran deseo que tambien tendria de ver á su Dios y Señor; y para provocarse á esto diria: *venid ya, descanso de todas las gentes, véanlo mis ojos antes que se cierren... ¿Cuándo será esto?*, decia. *¡O si ya fuese! ¡O si me concedieses, Señor, el besaros y abrazaros amorosamente.*

Ponderar como viendo este santo á la Vírgen tan cercana al parto, la serviria y regalaria en todo lo que sus cortas fuerzas y caudal pudiese, venerándola y honrándola como á Madre de Dios y esposa suya castísima, de cuya verdad, santidad y pureza, tan alto concepto y estima ya tenia.

Saca de aqui deseos de hacer otro tanto, estimando y venerando esta purísima Vírgen, sirviéndola con limpieza de alma

y cuerpo, haciéndole algunos particulares servicios estos dias, para que te alcance de Dios nuestro Señor un buen aparejo para recibirle, asi como este santo lo hacia tan de veras.

MEDITACION VII.

Del camino que hizo la Vírgen nuestra Señora de Nazareth á Belén.

¶ Punto primero. Considerar que para nacer en este mundo el Hijo de Dios Eterno, dió traza cómo salir de Nazareth, por dexar las comodidades que pudiera tener naciendo en casa de su Madre, y entre sus deudos y conocidos; adonde no le faltaria el abrigo de un aposento y brizo, y algun regalo, como no le faltó al Bautista, por nacer en casa de su padre Zacarías.

Ponderar como nuestro Señor Jesucristo dió de mano, y no hizo caso de todo lo que el mundo ama, como son regalos, contentos y gustos de la carne, y buscó todo lo que él aborrece y huye, como lo mostró en la pobreza y falta de todas las cosas, en que siempre se exercitó, queriendo nacer en Belén en tal coyuntura, que todo le faltase, y en hora y en tiempo tan riguroso.

Saca de aqui confusion y vergüenza con este raro exemplo, por verte tan amigo de tus comodidades y regalos. Pídele te dé gracia para que renuncies todos los gustos y blanduras de tu carne, y que ames la pobreza y falta de todas las cosas, como él lo hizo siempre.

¶ Punto segundo. Considerar que la ocasion que tomó Cristo nuestro Señor para hacer esta jornada, fue porque todos

entendiesen que venia á obedecer y á servir, no á hacer su voluntad, sino la de su Padre que le enviaba.

Ponderar, que asi como Cristo nació obedeciendo, asi murió obedeciendo, para que tú aprendas á obedecer (*Luc.* 1. *n.* 1.). Y en confirmacion de esto quiere su Madre, y él en ella, que se encabecen y sujeten al mandamiento de Augusto Cesar, que como emperador y señor habia mandado que todos sus súbditos se matriculasen para que le pagasen pecho.

Sacarás de aqui, que si el Rey del cielo entra en el mundo humillándose, y como prestando vasallage á un señor tirano y malo; ¿qué mucho que te humilles tú y sujetes á un Dios tan bueno, y á tus superiores que estan en su lugar? Cuya voluntad procura hacer siempre en todas tus entradas y salidas,

que esa es la de Dios.

¶ Punto tercero. Considerar las incomodidades que pasaria la Vírgen nuestra Señora por ser pobre, y el camino largo, y el tiempo riguroso y frio; y hallándose falta de todo regalo, llegaria á Belén mojada y traspasada de frio; pero todo lo llevaba esta Señora con admirable paciencia y conformidad con la voluntad de Dios.

Ponderar qué solos irian por aquel camino la Vírgen y el santo Josef, y qué olvidados del mundo, con ser las mejores joyas de mas estima que Dios tenia en él: qué poco se le daria á la Vírgen y al santo Josef por el mundo y todos sus acompañamientos y honras.

Saca de aqui deseos de ser dexado y olvidado de los hombres, y córrete de lo poco que amas el padecer, y lo que te quejas de cualquiera incomodidad que

se te ofrece; y aprende de hoy mas á estimarlo todo en poco, sino es la virtud y santidad.

¶ Punto cuarto. Considerar, que despues de dos ó tres dias de camino llegaron estos santos caminantes á Belén ya tarde; y andando de casa en casa, y de meson en meson, pidiendo posada por sus dineros ó por amor de Dios, no la hallaron ni los recibieron, porque estaban las posadas ocupadas con otra gente que traia mas toldo y aparato.

Ponderar cuántas veces este Señor ha llamado á las puertas de tu corazon, y dicho lo que á su Esposa casta y santa: (*Cantic.* 5. *n.* 1.) *abre, amiga mia, querida mia, paloma mia.* Y por tu dureza y rebeldía nunca le has querido hospedar, sino dádole con la puerta en los ojos.

Sacarás de aqui deseos de recibir á este Señor, y darle lugar para que nazca espiritualmente

en tu alma, y que haciéndolo asi, él te pagará muy bien el hospedage, como se lo pagó á Marta y Zaquéo. Suplícale que venga y llame á tu puerta, que tú le abrirás y darás la mejor pieza de tu casa, que es tu corazon, para que descanse y more en ella.

MEDITACION VIII.

Del Nacimiento de Cristo nuestro Señor en Belén.

Punto primero. Considerar como se hospedó la santísima Vírgen en una como casa dexada y desamparada, ó en un establo vil y baxo, y componiéndolo el santo Josef lo mejor que se pudo, estaban muy contentos con aquella habitacion, y darian muchas gracias á Dios porque les habia dado aquel abrigo.

Ponderar lo primero, que no le desagrada á Dios la morada por baxa y vil que sea, como esté desocupada y sola; pues á un labradorcito y á una pobrecita se irá Dios á morar, si ve el corazon desembarazado y solo, de mejor gana que á un rey ó principe, que le tiene tan ocupado y ahogado con las cosas del mundo.

Ponderar lo segundo, como sintiendo la Vírgen los prenuncios de parto, que en lugar de dolores eran júbilos y alegrias del alma y del corazon, poniendose en altísima contemplacion de este beneficio que Dios hacia al mundo de hacerse hombre y nacer en él, parió sin dolor ni lesion de su virginal sello al Unigénito Hijo de Dios y suyo: y arrebatada de una profunda admiracion, diria: *¿es posible que vea yo al Dios que me crió á mí hecho Niño por amor de mí*

y en el mas baxo y vil lugar que hay en el suelo, que es un establo? ¿Es posible ver yo al Hijo de Dios Eterno hecho Niño tierno? ¿Al resplandor de la gloria del Padre entre las pajas y el heno? ¿Y que oiga y vea llorar al que es consuelo de los miserables y alegria de los ángeles? Sacarás de aqui un deseo grande de sentir lo que en esta entrada padece siendo el Hijo de Dios, procurando alcanzar y tener alguna de las virtudes que en ella descubre de humildad, pobreza, paciencia y desprecio de todas las cosas de esta miserable vida.

¶ Punto segundo. Considerar como viendo la santísima Vírgen con sus ojos aquel santo Niño, Dios del cielo, á quien adoran y sirven los serafines y espíritus bienaventurados en aquel vil y duro suelo, tiritando de frio, y haciendo pucheritos como niño, y derramando

esta Señora lágrimas de sus ojos, y llena de devocion, hincadas sus rodillas en tierra, con profunda reverencia le adoraria como á su Dios, besaria sus santos pies como á su Rey, sus manos como á su Señor, y el rostro como á su Hijo; y abrazándole y aplicándole á sus virginales pechos, se alegraria con él, y le diria: ¡*O niño de oro*! ¡*O riqueza del cielo*! ¡*O alegria de los ángeles y espejo de toda hermosura*! *Seais bien venido á este mundo, que estaba perdido sin vos. Sea, Señor, muy en hora buena vuestra llegada á esta tierra, pues ha de ser causa para que los hombres suban al cielo.*

Ponderar con cuán dulces y alegres ojos miraria el santo Infante á su querida Madre; sonriendose con ella, la descubriria cuán encubierta estaba allí la inmensidad de aquel mar océano de Dios; la sabiduría en

aquel Infante que no hablaba; la omnipotencia en aquellos delicados y tiernos miembros. De aqui puedes sacar deseos fervorosos de adorar y servir como la Vírgen lo hacia á este Señor y Criador tuyo, pues tanto se abatió y humilló por ti, siendo un vil esclavo suyo; que ofreciendote á servirle con tu cuerpo y alma, y con todas tus fuerzas y potencias, aceptará esta buena voluntad, y te dará gracia para ponerlo por obra.

¶ Punto tercero. Considerar la alegria, la devocion, las lágrimas de esta Señora, y la solicitud y diligencia con que andaba en todo lo que pertenecia al servicio de su Hijo y de su Dios. Pues ella es la que le envuelve en aquellos pañales y mantillas que tenia, pobres pero limpios. Ella la que, llena de amor y regocijo, le haria mil caricias, y con mucha mayor ra-

zon que otras madres las hacen á sus hijos. Ella la que dándole mil besos y abrazos, le llamaria mi Rey, mi Príncipe, mi Bien, mi Señor y mi Dios, y la que luego le reclinaria en el pesebre. Ponderar que este Niño desde alli, como desde una cátedra, te lee callando pobreza y despego de todas las cosas de esta vida; pues siendo su Magestad Rey, no tiene trono ni palacio, sino un establo, y en lugar de colgaduras y telas de oro, sirven las de las arañas, y por colchones de algodon las pajas y el heno.

Saca de aqui confusion y vergüenza, pues buscas, deseas y quieres para ti lo mejor, viendo á Jesucristo que escoge para sí lo peor; pues para nacer escogió un establo, lugar asqueroso y habitacion de animales: para morir escogió un lugar infame, donde ajusticiaban á los ladro-

nes y malhechores: para nacer escoge una aldea pequeña, y que sea á media noche, donde nadie lo vea: para morir escoge el medio dia, y la ciudad mayor y mejor del mundo. Para nacer en Belén quiso que concurriese mucha gente, la cual fuese ocasion que san Josef y su Madre no hallasen posada; y para morir, que la ciudad de Jerusalén estuviese tambien llena de gente, para que le fuese ocasion de mayor infamia. Luego si la eleccion de este Señor es siempre la mejor, conviene que á imitacion suya escojas para ti lo peor, huyendo lo que es honra y estimacion, y abrazando lo que es desprecio y deshonra.

¶ Punto cuarto. Considerar lo que aquel Niño tiene en el cielo en cuanto Dios, y lo que tiene en el establo en cuanto Hombre; y quién es en ambas partes.

Ponderar como este pobrecito Infante que está aposentado en una choza, y reclinado en un pesebre, es aquel Dios de la magestad, cuya silla es el cielo, cuyo trono son los querubines, cuyos criados son los ángeles, á quien todos adoran y sirven. Este Niño es el Señor y Verbo Eterno, que está en medio de las dos divinas Personas. Es el mismo que despues estuvo en el monte Tabór transfigurado en medio de Moisés y Elías, y el que el dia del Juicio estará sentado en el trono de su Magestad, en medio de buenos y malos. Y este mismo es el que ahora en su entrada está puesto y reclinado en un vil pesebre en medio de dos animales, predicándote y diciendote, no con la lengua, sino con el espíritu; no con palabras, sino con obras: *aprende de mí, que soy manso y humilde de corazon y voluntad.* (*Marc.* 11. *n.* 19.) *Mi-*

ra que desde mi nacimiento hasta mi muerte tomé por compañeros inseparables á la pobreza, desprecio, dolores y trabajos. (*Matth.* 18. *n.* 4.)

De aqui sacarás que pues Dios siendo Señor tan grande se hizo por ti tan pequeño, procures humillarte y hacerte pequeño, porque si no te hicieres como este Niño, no entrarás en el reino de los cielos.

MEDITACION IX.

De la alegria de los ángeles en el nacimiento del Hijo de Dios.

Punto primero. Considerar lo que pasaria en el cielo al tiempo que Jesucristo nuestro Señor nació en el suelo. Entonces el Padre Eterno mandó que adorasen á este Niño todos los ángeles, como lo dice el apóstol San Pablo (*Ad Hebr.* 1. *n.* 7.),

y todos sin quedar ninguno, cantando por los aires himnos y alabanzas al Rey nacido, le adoraron con suma reverencia, y entonaron y dixeron: *gloria sea á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.* Ponderar como toda esta obra de la Encarnacion del Verbo divino es gloria de Dios, pues por ella en los cielos y en la tierra es glorificado especialmente.

Saca de aqui un gran gozo de ver á este Rey soberano adorado de sus ángeles; y pésete grandemente de verle tan desconocido y despreciado de los hombres, siendo tan ofendido de éllos. Pídele no seas tú del número de estos locos; mas que te haga tal que glorifiques y adores á su santísimo Hijo en la tierra, como lo hicieron y hacen los ángeles en el cielo.

¶ Punto segundo. Conside-

rar que quiso el Eterno Padre manifestar el Nacimiento de su santísimo Hijo á los pastores, que estaban velando y guardando su ganado, enviándoles para que se lo anunciasen un exército de ángeles, y llegandose á uno de ellos le dixo: alegraos, porque os traigo una dichosa nueva, y es, que ha nacido para vosotros el Salvador del mundo, y esto os doy por señal, que hallaréis al Infante envuelto en pañales, y en un pesebre puesto. (*Luc.* 2. *n.* 3.)

Apenas oyeron los pastores la dichosa nueva, con amor y deseo grande, convidándose unos á otros, se determinaron de buscar á Dios. Ponderar la admiracion que causaria á los santos pastores cuando fuesen y hallasen ser asi todo como los ángeles se lo habian dicho: ¿qué pasmados quedarian cuando viesen que cosas tan baxas como niñez,

pañales y pesebre, fueron señal de hallar al Señor de la Magestad? Pero mas admiracion causó esto al santo profeta Isaías, viendo en espíritu mucho antes que los pastores á aquel gran Dios y Señor tan pequeño y humillad o, cuando dixo: *¿ quién jamás vió ni oyó tal cosa? Dios Niño, Dios envuelto en pañales, Dios llorar? Cosa tan agena de su magestad y grandeza: cosa tan peregrina: obra que ataja y pasma los juicios de los ángeles y de los hombres.* (*Isai.* 66. *n.* 8.)

Sacarás de aqui deseos de humillarte como Dios se humilló, porque huelga este Señor de manifestarse á los humildes pastores, y no á los soberbios escribas y fariseos. Gusta que le hallen los que tienen cuidado de velar sobre sus almas, y no los que en aquel tiempo estaban dormidos y sepultados en el

sueño del pecado: cuida tú de velar y orar, y hallarás al Señor que estos pastores hallaron.

¶ Punto tercero. Considerar el deseo grande que tendrian los santos pastores de llevar consigo á sus chozas y cabañas, si les dieran licencia, aquellas lumbres del mundo Hijo y Madre, viendo la soledad, pobreza y desamparo con que alli estaban, para servirles y regalarles conforme lo que sus cortas fuerzas y caudal pudiese, en agradecimiento de las mercedes que habian recibido de haberseles manifestado y descubierto.

Ponderar que no consiste el hallar á Dios en que uno tenga buen entendimiento, ni muchas letras ó talento, si en esto busca honra y gloria vana, y no á este Señor, el cual de un cocinerito humilde de una religion, de una viejecita, y de un pobrecito simple y sencillo se dexa

hallar, y es tan liberal con ellos, que les comunica sus divinos y celestiales bienes, como lo dice el Espíritu Santo en los proverbios (*Proverb.* 5. *n.* 32.).

De aqui podrás sacar deseos de buscar á Dios con amor y diligencia, para que tambien le halles como estos sencillos pastores le hallaron. Suplícale que pues es pastor soberano y tú oveja suya, sellada y marcada con su propia sangre, aparte de tí toda presuncion y soberbia, que es la roña que te trae flaco y desmedrado, y te descubra como á su casta y santa Esposa (*Cant.* 1. *n.* 7.) el lugar donde se apacienta y está recostado, que es el pesebre; para que pues tú te has hecho bestia, le halles en tu propio lugar, que es el establo.

¶ Punto cuarto. Considerar que el Eterno Padre envió esta muchedumbre de ángeles para

honrar á su santísimo Hijo, que tan humillado estaba por su amor, para que enseñase á los hombres con su exemplo las gracias infinitas que deben dar á Dios por tan soberano beneficio como les ha hecho en darles su Hijo benditísimo, no solo por su Salvador, por su Rey y Señor, sino lo que mas espanta, por su hermano, por su carne y por su sangre.

Ponderar el cuidado que siempre tuvo el Eterno Padre de ensalzar á su santísimo Hijo cuando él mas se humillaba y deshacia, como se puede ver, asi aqui como en todos los pasos y misterios de su vida santísima. Es circuncidado, y alli le dió un nombre tan honroso y glorioso como es el de Jesus. Es bautizado, y alli se le abrieron los cielos, y baxó sobre él el Espíritu Santo, y le honró el Padre Eterno, diciendo: este es mi Hijo

muy amado: es crucificado entre ladrones, y alli hace que se obscurezcan los cielos y tiemble la tierra, y se despedacen las piedras, y resuciten los muertos, y se alteren todos los elementos, y sea tenido de sus enemigos por Hijo de Dios.

Saca de aqui un deseo grande de emplearte toda la vida en honrar á Dios y alabarle, y él tendrá cuidado de ensalzarte y honrarte, como lo tuvo de su santísimo Hijo, que tanto se humilló por su honra y gloria. Y haciéndolo asi, cantarás este himno de los ángeles con el espíritu y devocion que ellos le cantaron.

MEDITACION X.

De la circuncision y del nombre de Jesus.

Punto primero. Considerar, que habiendo enviado Dios nues-

tro Señor á su santísimo Hijo al mundo en trage y semejanza de hombre pecador, no se contentó con tomar la naturaleza del hombre, y parecer menos que los ángeles en nuestra carne mortal, sino que quiso su Magestad al octavo dia de su santo nacimiento sujetarse á la ley de la circuncision, que era señal de niños pecadores, derramar no solamente lágrimas de sus ojos, sino sangre de sus venas.

Ponderar lo que nos descubre el amor que este Niño Dios nos tiene, pues no sufre dilatar mucho el padecer por nuestra salud y remedio, permitiendo que quien le viere circuncidar juzgase de él que tenia pecado, tomando el cauterio y señal de pecadores. De lo cual sacarás muy gran confusion, pues siendo tú pecador y malo, no quieres parecerlo, sino ser tenido por justo y santo, excusando tus peca-

dos. Por lo cual te debes humillar y dar gracias á este Señor, que asi se humilló y descubrió. Suplícale, que pues su Magestad se sujeta á llevar sobre sus delicados hombros la ley antigua de la circuncision, siendo tan pesada y grave, lleves tú, y tengas sobre tus ojos y corazon la ley suave de sus divinos mandamientos, rociándote con una gota de sangre preciosa, que con tanta liberalidad derrama por ese suelo, para que pierdas la sequedad y dureza que en él tienes.

¶ Punto segundo. Considerar que quiere Dios que tú te circuncides espiritualmente; esto es, que cortes todas las demasías en el regalo, honra y gusto de tu carne y sentidos, circuncidando y mortificando tus ojos para que no vean lo que no les es lícito desear; circuncidando la lengua, para que guarde si-

lencio, y no hable palabras vanas y ociosas; circuncidando el gusto, para que no se deleite y cebe con golosinas y regalos.

Ponderar cuán por circuncidar estás, y hecho todo á tu voluntad, y lo que te cumple traer siempre el cuchillo de la circuncision en tus manos, que son tus obras; sacando de aqui un deseo grande de sufrir de buena gana que otros, ora sean mayores ó menores que tú, si en esto te descuidares, te circunciden y ayuden á quitar todo lo que te estorbe de llegar á este Señor, ora lo hagan con buena intencion ó con mala, y llevando con paciencia cuando te quitaren algo de tu gusto, honra, regalo y contento, aunque sea derramando tu sangre por el que primero la derramó por ti.

¶ Punto tercero. Considerar que ponen al Niño por nombre Jesus, que quiere decir Salvador

de pecadores; librándolos no solamente de males, sino concediéndoles excelentísimos bienes, para que su salud y salvacion fuese muy copiosa.

Ponderar que se le puso al Niño este tan glorioso nombre para honra suya, porque viéndole su Eterno Padre tan humillado y con marca de pecador, quiere que entonces sea ensalzado, dándole, como dice S. Pablo, un nombre sobre todo nombre, que es el de Jesus. Y como le habia de costar el salvarnos derramamiento de su sangre, asi dió licencia á todos los instrumentos que hay en la tierra para derramarla que sacase la suya al cuchillo al principio de su vida, y al fin de ella á los azotes, espinas, clavos y lanza.

De aqui puedes sacar afectos y deseos de adorar y reverenciar este santísimo y dulcísimo Nombre de Jesus, teniéndole

siempre en tu boca y corazon para alcanzar victoria de tus enemigos, porque de este nombre huyen los demonios, y tiemblan los poderes infernales, y en él y con él tienen su esperanza los pecadores. Porque Jesus quiere decir Salvador; y si para salvarte le costó tan caro el nombre, que derramó su preciosa sangre, y dió su vida por ti, ¿qué será razon que hagas por tu propia salvacion? Y pues todo es poco, aunque te cueste tu sangre y vida; dile con el Profeta: aparejado está mi corazon para hacerlo asi, con tal que me hagais participante de la vuestra. (*Psalm.* 1.).

¶ Punto cuarto. Considerar que despues de hecha la circuncision, y de haber corrido aquel cuchillo de dolor por la carne de tu Salvador, volvieron á nuestra Señora su Hijo santísimo ensangrentado y lloroso.

Ponderar con cuánto dolor de sus entrañas, y con cuántas lágrimas de sus ojos recibiria la santísima Vírgen á su querido Hijo, y le esforzaria á alegrar y callar, tomándole en sus brazos, y aplicándole á sus virginales pechos, dándole de mamar diria: ¡*ó esposo de sangre y Rey de la gloria*! ¡*qué caro os cuesta, Señor, el pecado de Adan, pues tan temprano haceis oficio de Redentor, padeciendo trabajos, y derramando vuestra sangre por el linage humano*!

Sacarás de aqui deseos de acompañar á esta Señora, y hacer lo que ella hizo; y derramando lágrimas de compasion, llora tus culpas y pecados para alcanzar perdon de ellos, y da gracias á Dios nuestro Señor por la sangre y lágrimas que vierte, deseando no acrecentarle el dolor con otras nuevas ofensas; y suplica á la Vírgen te alcance

de su Hijo santísimo gracia para que en esta entrada y principio de año nuevo renueves tu vida, desnudándote de las vestiduras viejas en que has estado envuelto, que son las de tibieza, floxedad y frialdad que has tenido en tus exercicios espirituales, vistiendote de hoy mas el fervor, amor y caridad para con Dios y para con tus próximos.

MEDITACION XI.

De la adoracion de los Reyes, y su ofrenda.

Punto primero. Considerar que el mismo dia que nació Jesucristo nuestro Señor en Belén envió una nueva estrella á los Reyes Magos, para que por ella entendiesen que habia nacido en Judea el Rey verdadero y Redentor del mundo; y alumbra-

dos de aquella luz, é inflamados del divino amor, se alegraron y convocaron para ir á adorar el verdadero Rey de reyes; y dexando sus propias tierras, vinieron con mucho gusto á buscar á Jesus á las agenas, solo por ver con los ojos corporales al que ya habian visto con los ojos de la fé, porque sabian cuán bienaventurados habian de ser los ojos que lo viesen.

Ponderar cuán grande fue la devocion de estos santos varones, pues por ella salieron de sus tierras, se pusieron á un tan largo y tan peligroso camino, y á tantos trabajos como en él pasarian. Y muchos, no siendo reyes, por no perder sus comodidades, y padecer un poquito de trabajo por amor de Dios, ni dar dos pasos en su servicio, no le hallan. Y muchas veces acontece que los que estan muy lejos de Cristo se acercan á él y le

hallan, como lo vemos en estos santos Reyes; y los que estan cerca se alejan, dexándolos Dios por su ingratitud de su mano, como aconteció á Herodes y á los suyos.

Saca de aqui unos vivos deseos de buscar, hallar y adorar á este gran Rey y Señor de lo criado todas las veces que vieres la estrella de su divina inspiracion, que es la voz del superior y regla de tu estado, siguiéndola con ligereza, aunque te lleve al establo, pues alli hallarás á Dios.

¶ Punto segundo. Considerar como en llegando los Reyes Magos á Belén, se les paró la estrella en el portalejo en donde Cristo nuestro Señor habia nacido, y centelleando y haciendose lenguas, les decia que alli estaba lo que buscaban. Entraron dentro del portal, y hallaron aquel verdadero Agnus Dei

que quita los pecados del mundo, puesto y colgado de los pechos de su Madre. El cual ilustrando sus entendimientos con el rayo celestial de su divina luz, les descubrió como aquel Niño, que en lo de fuera era el mas pobre y despreciado del mundo, era el verdadero Dios y Señor del mundo. Ponderar la bondad y misericordia de este Señor, pues quiso que unos hombres gentiles alcanzasen tanta fé de este sacrosanto misterio de la Encarnacion, y de que Dios se les comunicase tanto, que holgase de llamar á los que no le conocian, y fuese á buscar á sus mismas tierras á los que vivian descuidados de venir á las agenas, entrándoseles por sus puertas, como si tuviera necesidad de ellos, y no ellos de él.

De aqui sacarás como este Señor ha hecho otro tanto contigo, pues sin saberlo desear, ni po-

derlo entender, te buscó, escogió y llamó cuando tú estabas mas descuidado y huías de él. Sábeselo agradecer y servir, como estos santos Reyes lo hicieron; y si te faltare ofrenda, toma todos tus pecados, y con dolor y arrepentimiento de haber ofendido á este Señor, ofrécéselos para que los consuma en el fuego de su caridad, y quedará tu alma limpia y pura de todos ellos.

¶ Punto tercero. Considerar que aunque estos santos Reyes vieron á este pobre Infante aposentado en un vil establo, envuelto en pobres pañales, reclinado en un duro pesebre, y con tanto desabrigo y desamparo humano, no dudando ser el que allí estaba el verdadero Rey y Señor de los cielos y tierra, pusieron luego sus cetros y coronas á los pies del Niño, y postrados por tierra con mucha hu-

mildad y reverencia le adoraron, y ofrecieron oro como á Rey, incienso como á Dios, y mirra como á hombre.

Ponderar que asi como los santos Reyes ofrecieron al Niño estos tres misteriosos dones, asi tú será bien le ofrezcas todo lo que de su larga y liberal mano has recibido. Y postrándote delante de este Dios y Hombre, y adorándole por tu Rey y Señor con mucho amor, en lugar de oro le ofrecerás todos los haberes y bienes del mundo, pues aunque fueran tuyos, de muy buena voluntad se los dieras. En lugar del incienso le ofrecerás los humos y honras vanas que el mundo te podia dar. Y en lugar de mirra le ofrecerás los regalos y gustos de la carne, renunciándolos con voluntad; y no queriéndolos tener ni poseer, aunque te los ofreciera.

Podrás sacar de aqui gran con-

fianza en la liberalidad de este Señor, que tambien recibirá esta tu ofrenda, y te dará en retorno de ella riqueza espiritual por la pobreza que le has prometido; victoria de tus pasiones y de tu carne, por el voto de castidad que tienes hecho, si eres religioso; y por el voto de obediencia te dará amor divino y gracia para guardar su santa ley y mandamientos, para que así te ofrezcas todo sin quedarte nada, á tu Dios, como estos santos Reyes y discípulos suyos se le ofrecieron á sí y á sus cosas.

¶ Punto cuarto. Considerar como despues de hecha la ofrenda, antes que estos santos Reyes se pusieran en camino, se les apareció en sueños un ángel que les dixo no volvieran á sus tierras por donde habian venido. (*Matth.* 14. *n.* 13.) Ponderar, que despues que has hallado á Dios, y estás dedicado á su ser-

vicio, no has de dar los pasos que solias, ni caminar por los caminos torcidos que antes caminabas; y entonces mudarás el camino, cuando abrazando la humildad desechares la soberbia apartándote de la ira, holgares con la paciencia &c. Sacando de aqui cuánta necesidad tienes de apartarte de los vicios y pecados que te llevan al infierno, y seguir y amar las virtudes que te llevan al cielo, como estos santos Reyes lo hicieron (*Joan.* 14. *n.* 6.). Y haciéndolo asi, Dios nuestro Señor, que es luz verdadera y camino que lleva á la vida, te alumbrará y guiará, como alumbró y guió á estos sus siervos, y te llenará de los bienes de gracia como á ellos, si te dispones y aparejas como ellos se dispusieron y aparejaron para los recibir.

MEDITACION XII.

De la presentacion del Niño, y purificacion de N. Sra.

Punto primero. Considerar como la santísima Vírgen, quedando del parto de su precioso Hijo mas limpia y pura que las estrellas del cielo, se sujetó á la ley de la purificacion, aunque no la obligaba, y era con algun detrimento de su honor: y como si fuera una de las otras mugeres inmundas, llevó en compañía de su esposo á su Unigénito Hijo al templo de Jerusalén para presentarlo al Eterno Padre, y ofrecer sacrificio por él.

Ponderar cuán diferente entrada y ofrecimiento hace hoy de sí el Hijo de Dios Eterno en el principio de su vida, de la que hará en el fin de ella; pues

ahora entra en Jerusalén en brazos de su Madre; y despues entrará á pie, llevando él la cruz en que ha de ser crucificado sobre sus hombros. Hoy entra para ser ofrecido en los brazos de Simeon; y despues lo será en los brazos de la cruz. Hoy es ofrecido y redimido con cinco siclos; y alli será Redentor, y se ofrecerá por amor de los hombres á los azotes, á la corona de espinas, á los clavos, á la cruz y á la muerte llena de dolores y afrentas.

Saca de aqui un deseo grande de ofrecerte juntamente con este Señor al Padre Eterno, para hacer perpetuamente su santa voluntad, y para llevar en pos de su santísimo Hijo tu cruz y trabajos: pues siendo él y su Madre la suma inocencia y pureza, se sujetaron á las leyes de los pecadores, como si lo fueran, con tales y tan heróicos

actos de humildad. Avergüenzate, que siendo tú tan inmundo, y un tan gran pecador, te ensoberbeces, y deseas que todos te tengan por limpio, justo y santo.

¶ Punto segundo. Considerar el espíritu y devocion con que la Vírgen hizo esta ofrenda al Padre Eterno por todo el linage humano, y á imitacion suya has de ofrecer á Dios nuestro Señor el sacrificio de su Hijo en remision de tus pecados, pues es tanto mejor que todos los sacrificios que hicieron los patriarcas y profetas.

Ponderar el poco espíritu y devocion con que tú haces tu ofrenda en la misa y comunion, pues no ofreces á Dios nuestro Señor á su Hijo con la devocion y hacimiento de gracias que era razon y obligacion, por haberle dado por Redentor y Maestro, y lo que mas espanta,

para entregarle á la muerte por ti y por ellos.

Saca de aqui afectos de devocion y deseos de enmendarte: suplíca á este Señor acepte tu ofrenda, que aunque por ser tú el que la ofreces, mereces ser desechado; pero por ser tal el que ofreces, confia que serás admitido, y que tus pecados te serán perdonados.

¶ Punto tercero. Considerar que al tiempo que la Vírgen nuestra Señora entró en el templo con su santísimo Hijo en los brazos, aunque estaban alli muchas personas de todos estados, sacerdotes, letrados, nobles y plebeyos, á solo Simeon y Ana profetisa abrió Dios los ojos con su celestial luz para que conociesen al Salvador del mundo, en premio de su vida y santos deseos.

Ponderar lo primero, con qué ansias iria aquel santo viejo, los

brazos abiertos, á recibir á su Salvador, y es de creer diria á la Vírgen: *dadme, Señora, á tu Hijo, que este es mi Dios y Señor; este es el deseado de todas las gentes; este es el que ha de pagar por mis deudas y pecados; este es el que me ha de abrir las puertas del cielo, y el que me ha de salvar.*

Pondera lo segundo, cuando el santo viejo dixese estas ú otras semejantes palabras, ¡qué rios de lágrimas correrian por aquella cara y venerables canas! ¡Qué gracias y alabanzas daria á quien para tanto bien le habia guardado! Cómo le apretaria entre sus brazos, diciendo con la Esposa en los cantares: *hallado hé al que ama mi ánima, téngole ya, no le dexaré.*

Saca de aqui semejantes deseos y ansias de recibir á Dios, de meterle en tus entrañas, y ponerlo como blanco sobre tu co-

razon, á semejanza de su Esposa santa, y haciéndolo asi espera al Señor, sufrete un poco, no desmayes, que es fiel en sus promesas, y él vendrá y te consolará como consoló al santo Simeon en premio del espíritu y devocion con que le servia y acudia á su santo templo (*Cantic*. 8. *n*. 9.).

¶ Punto cuarto. Considerar como el santo viejo Simeon fue el que recibió al Niño y tuvo en sus brazos, y el que hizo la ofrenda, el cual habia deseado mucho ver á Cristo nuestro Señor en carne mortal, y Dios se lo concedió; y no solo le cumple este deseo de que le vea, sino que le tenga en sus brazos, y bese y abrace, y que conozca por revelacion del Espíritu Santo, que dentro de aquel cuerpecito estaba encerrada toda la grandeza, magestad é inmensidad de Dios.

Ponderar como este Señor no dexa de cumplir sus promesas, antes cumple mas de lo que promete. El mundo, demonio y carne al reves, pues prometen lo que no dan; y ofreciendo bienes dan males; y prometiendo gustos y deleites, dan disgustos y penas; y en lugar de vida dan muerte eterna.

Saca de aqui un encendido deseo de tener con el santo Simeon en tus brazos á este dulcísimo Niño, que es el heredero de los siglos, el mayorazgo de Dios, la salud del linage humano, y la suma de toda tu bienaventuranza. Esto pide, por esto anhela, que esto te basta si se te concede.

MEDITACION XIII.

De la huida á Egipto.

Punto primero. Considerar como el rey Herodes, habiendo

oído decir á los Magos el nacimiento de Cristo, Rey y Señor del mundo, temiendo que le habia él de quitar el reino que tenia usurpado, determinó buscar al Niño para quitarle la vida, de quien por las divinas letras sabia que por lo menos era un gran Profeta, enviado de Dios para la salud del mundo.

Ponderar cuán temprano comienza Cristo nuestro Señor á ser perseguido, pues apenas es nacido cuando ya le busca Herodes para matarle, ordenado asi por el Padre Eterno, que quiso que su Hijo santísimo con su Madre desde su niñéz caminasen por caminos de persecuciones y trabajos. Esto te ha de servir á ti de consuelo si te vieres perseguido por razon de la virtud, acordándote de lo que dixo Cristo nuestro Señor á sus discípulos: *no ha de ser el siervo mejor que su Señor: si á mí me*

persiguió el mundo, tambien perseguirá á vosotros (*Matth.* 10. 24. *et Joann.* 15): el cual no aborrece á los que son de su bando, sino á los que son contrarios á él.

De aqui puedes sacar sentimiento y pena de que haya quien busque á Jesus para matarle, viniendo su Magestad á dar vida á los muertos, y el reino eterno del cielo al que tenia el temporal en el suelo: mira no hagas tú otro tanto como este mal rey hizo con sus pecados, pues ellos son los tiranos que le buscan y persiguen.

¶ Punto segundo. Considerar como estando S. Josef durmiendo, se le apareció un ángel que dixo: *levántate, toma al Niño y á su Madre, y huye á Egipto* (*Matth.* 1.).

Pondera la pronta obediencia de este santo varon en executar la divina voluntad, pues estan-

do durmiendo y descansando, cuando al parecer habia de tener mas horror al trabajo, no le tiene por tal, y asi luego se levantó y obedeció en lo que se le mandaba, sin escandalizarse ni turbarse por aquella novedad y huida apresurada. Para enseñarte á ti, que en medio de los descansos has de estar aparejado para los trabajos, y en todo punto para dexar la cama y el reposo cuando Dios te mandare que lo dexes, teniendo por suma dicha saber la divina voluntad y cumplirla, ora sea por revelacion de Dios ó de los ángeles, ora sea por ordenacion de hombres; porque aunque lo primero es mas glorioso, pero en lo segundo se exercita mas la humildad.

Saca de aqui un deseo grande de obedecer á Dios, como lo hizo S. Josef, pues en eso consiste la verdadera justicia y

santidad, en que no haya en ti réplica ni contradicion alguna á lo que Dios manda, ni dilacion para cumplir su divina voluntad, gustando de sujetar tu juicio no solo á Dios, sino al hombre por amor de Dios.

¶ Punto tercero. Considerar la poca seguridad con que está Jesucristo nuestro Señor entre los de su nacion; pues viniendo á vivir entre los suyos, ellos no lo recibieron, y asi fue necesario que el ángel avisase á Josef, tomase al Niño y á su Madre, y se fuese á Egipto, tierra de bárbaros, infieles y extrangeros. (*Joan.* 2. *n.* 11.)

Ponderar, que ya que Cristo nuestro Señor habia de huir al destierro, pudiendo acogerse á la tierra de los Magos, donde fuera conocido, venerado y servido, no quiso, sino ir á Egipto entre extraños y enemigos, donde no tenia casa, ni abrigo, ni

hacienda, para que con la falta de todas las cosas tuviese ocasion de padecer mas.

Saca de aqui lo que gusta Dios de que sus escogidos, especialmente religiosos, moren donde él quiere, y no donde ellos por su antojo desean; pues la verdadera seguridad del alma no la da el lugar, sino la proteccion y amparo de Dios.

Considerar tambien, que dixo el ángel á S. Josef: *que habia de estar en Egipto hasta que otra cosa se le dixese*: (*Matth.* 2. *n.* 3.) enseñándote á ti, que en materia de trabajos y desconsuelos, y en las ocupaciones, oficios y cargos en que te ocupas, no has de señalar ni querer saber el tiempo que han de durar, dexando á Dios el cuidado de esto, sea mucho, sea poco: pues sabe él mejor que tú lo que te está bien y conviene.

¶ Punto cuarto. Considerar

que en sabiendo la Vírgen de su esposo la divina voluntad, como era humilde y obediente, luego al punto le obedeció; y temiendo caer en las manos de Herodes, y perder aquel joyél, que era toda su riqueza, no haciendo caso del trabajo ni de las incomodidades del camino, se levantaria, y con presteza se abrazaria con el Niño, no reparando en dexar la tierra, los parientes y amigos, y la casa con todas sus alhajas, por guardar lo que tanto mas valia. Ponderar como irian la santísima Vírgen y el santo Josef por aquel camino, tan desacomodado de todo regalo, y con toda pobreza, en alguna bestiezuela, con algunos pocos paños y mantillas del Niño, y algunas herramientas del santo Josef, y él llevaria otras al hombro. El frio que la Vírgen pasaria por ser tierna y delicada, y en el corazon del

invierno, los lodos y pantanos que habria, y como despues de mucho trabajo llegarian á Egipto, y se recogerian en alguna pobre casilla, olvidados del mundo y arrinconados; pero con grande consuelo por haber escapado el santo Niño de las manos de su enemigo.

Saca de aqui amor á la pobreza, y al olvido y desprecio del mundo; y pues eres caminante, desea juntarte con esta compañía en este camino, y mirar si les puedes servir en alguna cosa, que por ventura algun rato te dará esta Señora á su precioso Hijo para que le lleves en tus brazos. Dichoso tú si esto alcanzas, y esto se te concede.

MEDITACION XIV.

De la muerte de los inocentes y estancia en Egipto del Niño Jesus, y de su vuelta á Israél.

Punto primero. Considerar como viendose burlado el rey Herodes de los Magos, (*Matth.* 2. *n.* 1.) por asegurar su reino, determinó de matar al que temia que se le habia de quitar; y porque no sabia adonde estaba, ni se pudiese escapar aquel Niño que él buscaba con rabia y furor diabólico, mandó pasar á cuchillo todos los niños inocentes que en aquel tiempo habian nacido, como lo hizo con bárbara fiereza y crueldad, para que entre ellos muriese Jesucristo nuestro Señor. Pero por mas diligencia que hizo el perseguidor no salió con su intento, porque aunque todo el mun-

do persiga á uno, si Dios le guarda, no le puede quitar un pelo de la cabeza.

Ponderar el sentimiento que tendria Cristo nuestro Señor en Egipto, viendo desde allá por su causa la muerte de tantos niños inocentes; pero por otra parte se alegraria cuando viese que por medio de la muerte temporal que pasó en un momento por ellos, alcanzaron la vida celestial de que gozan, y se libraron muchos de la eterna condenacion; porque si no murieran en esta ocasion, quizá vivieran y consintieran en la muerte de Cristo, y se condenaran. De aqui puedes sacar un gran deseo de poner tu vida y muerte en las manos de Dios, procurando manifestarle y confesarle con obras, aunque te cueste la vida temporal, y por ganar la eterna, como estos santos y dichosos niños la ganaron.

¶ Punto segundo. Considerar como estando S. Josef y la santísima Vírgen con su Hijo en Egipto, comenzaron á tratar con estas gentes bárbaras, y á ganarles la voluntad. Y es de creer acudiria la Vírgen á ayudar á las mugeres en sus oficios, para los cuales la llamaban, al modo que suelen las ricas llamar á las pobres para ayudarse de ellas, pagándoles algo por su trabajo.

Ponderar, como con su buena gracia, trato y agradable condicion se irian aficionando las mugeres ricas á esta Vírgen pobre, y el Niño Jesus de la misma manera se iria llegando á todos sin ser esquivo ni intratable.

Sacarás de aqui cómo has de tratar con los extraños, mayores y menores.

Ponderar tambien como el santo Josef trabajaria y ganaria

su jornal para sustentar á la Vírgen su esposa, y al Niño (*Matth.* 15). Haz cuenta que el ministerio, oficio, trabajo y ocupacion en que te exercitas, le haces para sustentar y ayudar á estos pobres desterrados: pues lo que haces por tus hermanos y próximos, dice Dios que él lo toma por su cuenta, como si por él se hiciera. (*Nic. Gall. lib.* 1. *cap.* 24.)

¶ Punto tercero. Considerar como despues de pasados cinco ó seis años en el destierro de Egipto, como dicen algunos autores, se le apareció el ángel al señor S. Josef, y le dixo que tomase á la Madre y al Niño, y que diese la vuelta á Israél por ser ya muerto su contrario, que buscaba al Niño para matarlo (*Salmer. tom.* 1. *tr.* 4. *Matth.* 2. *n.* 10.).

Ponderar como al fin se murió el tirano, y se alzó el des-

tierro á los inculpados, para que veas como se han de acabar los trabajos, peligros y persecuciones de esta vida y destierro de ella; y los que nos persiguen han de ser juzgados, y exâminadas sus malas obras. De lo cual sacarás, que si subsistes fiel á Dios, y llevas con humildad los trabajos que te enviare, para prueba y corona de tu virtud, cuando vayas del destierro del egipto de este mundo, irás á gozar del descanso de la gloria.

¶ Punto cuarto. Considerar la providencia de Dios en enviar luego su ángel á dar esta buena nueva á S. Josef, y alzar el destierro en que tantos años habian subsistido.

Ponderar, qué confianza tendrian en Dios, y qué alegres estarian viendo cómo los cuidaba, y cuán á punto estaba para oir su oracion y sacarlos de sus dudas. Saca de aqui deseos de acu-

dir á Dios en las tuyas con oracion y confianza, que seguramente puedes descuidar del buen suceso de tus cosas, arrojándote en las manos de Dios, en las cuales, como dice David, estan tus prósperos sucesos.

Tambien puedes considerar el sentimiento que tendria la gente egipciaca donde estos Santos vivian, cuando se despidiesen de ellos, por lo mucho que gustaban de su santa conversacion: y porque es de creer dexarian á muchos, que ciegos é ignorantes habian vivido, con luz y conocimiento de verdadera fe.

Saca de aqui deseos de que Cristo nuestro Señor no se vaya de tu alma, sino que se quede contigo. Suplícaselo, como lo hicieron aquellos sus dos discípulos, diciéndole: *quedaos, Señor, con nosotros, porque se va haciendo tarde* (*Luc.* 24. *n.* 6.).

MEDITACION XV.

Como se quedó el Niño Jesus en el templo solo.

Punto primero. Considerar como despues de haber estado la santísima Vírgen con su Hijo y S. Josef en el templo de Jerusalén, y adorado en él á Dios su Criador, la Vírgen se partió para Nazareth, y el santo Josef algunas horas despues, porque los hombres no iban juntos con las mugeres; pero los niños podian ir indiferentemente, ó con los hombres ó con las mugeres: y asi el santo Niño se les quedó sin que le echasen de ver.

Ponderar como en llegando la Vírgen de su estacion á Nazareth, estaria esperando á su santísimo Hijo y á su esposo, con gran deseo que llegasen; y cuando vió que no llevaba con-

sigo al Niño, toda turbada preguntaria por él al santo Josef, y él afligido la diria, que entendia que con ella habia venido; y hallando que no era asi, comenzó á llorar con lágrimas sin remedio, y con razon, pues no era pequeña la pérdida de tan gran tesoro.

Sacarás de aqui dos cosas: la primera, el sentimiento que debes tener cuando perdieres á Dios por culpa tuya, pues la santísima Vírgen y el santo Josef tanto sentimiento hacen habiendoseles ausentado sin haberlo merecido. La segunda, el cuidado con que has de buscar á Dios sin dexar, como dicen, piedra por mover, buscándole por todas las partes donde te pueden dar nuevas de él, como lo hacia su casta Esposa cuando decia: *cercaré la ciudad toda, y andaré por los barrios y plazas en busca de mi amado Esposo* (*Cant.* 2.)

porque lo que nada cuesta, nada vale; y lo que mucho vale, como es Dios, mucho es lo que ha de costar.

¶ Punto segundo. Considerar en qué gastaria este bendito Niño aquellos dias que se quedó solo en el templo sin sus padres; cómo se estaria alli de noche en una perpetua vigilia y oracion que haria á su Eterno Padre por la salud del mundo.

Ponderar, que su cama para reclinarse un rato seria el duro suelo, ó algun poyo ó escaño de aquel templo, y quieres tú la cama blanda. Su comida seria un poco de pan pedido de limosna, y quieres tú regalos y demasías; y lo mas probable es, se pasaria sin comer, porque de todo esto temporal hacia muy poco caso: y tú tan al revés, pues quieres y pretendes que nada te falte, y todo te sobre.

De aqui puedes sacar afectos

y propósitos de imitacion, amando la pobreza y falta de todas las cosas, pues tanta tuvo y experimentó el Señor de todas ellas, para que te compadecieses de su pobreza y soledad, pues por tu causa se puso él en tanta estrechura y necesidad.

¶ Punto tercero. Considerar como volvió la santísima Vírgen con su esposo S. Josef el dia siguiente á buscar á su querido Hijo y Señor nuestro á Jerusalén (*Luc.* 2. *n.* 65.).

Ponderar con cuánta solicitud, suspiros, gemidos, lágrimas, y con cuánto cuidado le buscaba, preguntando á unos y á otros por el que amaba su ánima, y dando señales de él, decia con la Esposa en los Cantares: *mi amado es blanco y colorado, escogido entre millares.* (*Cant.* 5. *n.* 10.) Y como nadie sabia darla razon de lo que preguntaba, volviéndose al Eterno

Padre, le diria afectuosamente no la castigase tan rigurosamente, si algun descuido habia tenido en el servicio de su Hijo y de su Dios, y que ella conocia que no le merecia servir de esclava. De aqui podrás sacar dos cosas: la primera sea, que uno de los medios ciertos para hallar á Dios es conocer que no le mereces, y que quizá se te ha ido por tus culpas, aunque no las conozcas. La segunda sea, que Cristo nuestro Señor no se halle entre los gustos y regalos de la carne, sino en los trabajos, penas y desconsuelos; no entre los parientes y conocidos, sino en el santo templo, y alli le has de buscar, si le deseas hallar.

¶ Punto cuarto. Considerar, que despues de haber la Vírgen nuestra Señora con su esposo S. Josef buscado á su querido Hijo dentro y fuera de la ciudad de Jerusalén, finalmente le ha-

llaron pasados tres dias en el mismo templo, asentado entre los doctores, oyéndolos y preguntándolos con tanto reposo, con tanta gravedad y prudencia, con tan gran sabiduria y elocuencia, que á todos los tenia suspensos y atónitos, y se preguntaban unos á otros: *¿Qué es esto? ¿Qué Niño es éste? ¿Qué sabiduria es ésta en tan tiernos años? ¿Cuyo Hijo es este Niño?*

Ponderar cuán grande seria el gozo y alegria que bañaria el corazon de la Vírgen por haber hallado á su santísimo Hijo, y verle tan honrado y estimado; y no pudiendo sufrir su corazon tanta dilacion, se entraria por medio de los maestros y doctores, y llegándose á el, le dixo aquellas dulces y tiernas palabras: *Hijo, ¿porqué lo habeis hecho asi con nosotros, que vuestro padre y yo os habemos buscado con dolor?* El respondio

que lo habia hecho por acudir y ocuparse como debia en las cosas de su Padre.

Saca de aqui deseos de que toda tu vida y ocupacion sea y se emplee, no en cosas del mundo, ni amor propio, sino en las que son de Dios y por Dios, y confúndete de ver cuán lejos has estado de guardar este aviso, procurando de hoy mas ocupar siempre tus potencias y sentidos en el servicio de Dios; pues su Magestad se empleó siempre en lo que es provecho y bien tuyo; que buscando asi á nuestro Señor Dios, le hallarás.

MEDITACION XVI.

De la vida de Cristo nuestro Señor hasta los treinta años de su edad.

Punto primero. Considerar, que asi como Cristo nuestro Se-

ñor crecia cada dia en la edad, asi crecia en sabiduria y gracia delante de Dios y de los hombres (*Luc.* 2. *n.* 51.). Esto es, no que aprovechase en sabiduria, gracia y santidad, como iba creciendo en edad, porque nunca pudo crecer en estas cosas, atento que desde el instante de su concepcion tuvo este Señor infinita sabiduria y gracia; pero crecia en los exercicios de ella, dando cada dia mayores muestras de ciencia, virtud, sabiduria y santidad al mundo todo.

Ponderar cuán gracioso estaria Jesucristo nuestro Señor en los ojos de su Eterno Padre, y cuánto se complacia viéndole, no solo crecido y grande en aquel abismo de sabiduria y gracia, de que estaba lleno, sino de verle tan crecido en todo género de virtud y santidad.

Sacarás de aqui deseos de ir

creciendo en la virtud, procurando ser perfecto en el estado en que te hallares de religioso ó secular, y confúndete de las veces que has vuelto atrás en el camino de la virtud; acordándote, como dice S. Bernardo, que en el camino de Dios el no ir adelante es volver atrás (*S. Bernard. Epist.* 342.).

¶ Punto segundo. Considerar, como por tiempo de treinta años estuvo Cristo nuestro Señor sujeto á su santísima Madre y á S. Josef, hasta que el Santo murió, obedeciéndoles en todo lo que le mandaban (*Luc. n.* 1.).

Ponderar quién es el que obedece y se sujeta, y á quién, y en qué cosas. El que obedece es Dios infinito, Señor y Criador de todas las cosas, á quien todas ellas tienen obligacion de obedecer y sujetarse. A quien obedece es, no solamente á la Vírgen, que era su verdadera

Madre, sino por amor de la Vírgen tambien á S. Josef, que aunque no lo era, era tenido por padre suyo, siendo un pobre carpintero. En qué cosas obedece; esto es, en cosas tan baxas, cuales se suelen hacer en casa de un pobre oficial, como en aserrar y acepillar un madero, ó en otras cosas á este modo, para confusion y vergüenza tuya, y que lo es mucho considerar á Cristo labrando un madero, ó hincando un clavo.

De lo cual puedes sacar, que la excelencia de la vida espiritual no consiste tanto en hacer obras de suyo muy gloriosas, como son predicar, gobernar y enseñar, cuanto en hacer las que Dios nos manda por medio de nuestros superiores, aunque sean de suyo muy baxas. Y avergüénzate de tu soberbia y poca obediencia, pues no te sujetas ni obedeces á tus padres y supe-

riores por amor de Dios, aun en las cosas fáciles, sujetándose, como lo dice S. Bernardo, el Rey del cielo al polvo de la tierra, y á su criatura el Criador; y córrete de buscar y querer oficios y cargos honrosos, viendo á Dios exercitarse en cosas tan baxas y humildes (*S. Bern. hom.* 2. *super Missus est. Marc. c.* 14. *n.* 55. *Matth.* 6.).

¶ Punto tercero. Considerar como Cristo nuestro Señor hasta los treinta años de su edad exercitó para sí aqui el mismo oficio de carpintero; porque no solamente fué llamado hijo de carpintero, sino tambien carpintero, como lo dice S. Marcos: y pudiendo este Señor tomar un oficio honroso, echó mano de este baxo, para exercitar la humildad, y para ser tratado de los hombres nobles y principales, como ahora son tratados los oficiales mecáni-

cos, para que por este camino estuviesen escondidos á los ojos del mundo *los tesoros de la sabiduria y ciencia de Dios ; que en este Señor estaban encerrados*, como lo dice su santo Apóstol.

Ponderar el raro silencio de Cristo nuestro Señor, el cual no quiso por todo este tiempo dar de sí muestra, sino callar; pues siendo la Sabiduria y Verbo Eterno del Padre, no quiso hablar, ni manifestar con pública predicacion quién era, hasta que tuvo treinta años de edad, pasando la vida en suma pobreza, disimulacion y silencio, encubriendo sus gracias y talentos con mucha humildad. Saca de este dechado exemplo de aprender á callar, é imitando en tu ocupacion, oficio y exercicio corporal, si le tienes, á Cristo nuestro Señor, el cual trabajando con el cuerpo, oraba con el

espíritu, procura tambien encubrir tus dones y talentos cuando no es menester publicarlos, echando primero que honras, raíces en la humildad, pues todo esto quiso pasar tu Redentor todo este tiempo.

¶ Punto cuarto. Considerar cómo se aprovecharia la Vírgen su Madre, y creceria en todas las virtudes, y en especial en la humildad, viendo á su santísimo Hijo y á su Dios, que siendo la misma sabiduria, la encubria tanto con tales muestras y exercicios de humildad.

Ponderar como esta Señora le andaria siempre mirando, y guardando y rumiando en su corazon todas estas cosas; y haciendo memoria de ellas, procuraba, á imitacion de su Hijo, crecer tambien ella en humildad, sabiduria y gracia. Cuán contenta viviria teniendo tal espejo y exemplar de virtudes en

su compañía. Cuán alegre de traerlo siempre á su lado, de verlo cada dia á su mesa, de oir sus palabras, de gozar de su presencia.

Sacarás de aqui un grande deseo de tener á Cristo nuestro Señor presente y delante de ti en todas tus obras, suplicándole que nunca se aparte de ti, ni tú de él, para que las hagas con el espíritu y vida que su Magestad desea, y tú has menester.

MEDITACION XVII.

Del Bautismo de Cristo N. Sr.

Punto primero. Considerar, que habiendo vivido Cristo nuestro Señor treinta años en compañía de su santísima Madre, que ya era viuda, una vida cual se puede imaginar de conforme; como se llegase el tiempo en que se habia de manifestar al

mundo, haciendo oficio de Redentor y Maestro, llegóse un dia á esta Señora, y con gran ternura de dexarla, la da nueva, y pide como Hijo obediente su licencia y bendicion para ir á entender en las obras de nuestra redencion. La Vírgen, por el gran deseo que tenia de la salvacion del humano linage, sin pedirle que lo dexe para otro dia, con gran resignacion en la divina voluntad, negando la suya natural para conformarla con la de Dios, le diria lo que su santísimo Hijo dixo en el huerto á su Eterno Padre: *no se haga, Señor, lo que yo quiero, sino lo que vos quereis* (*Luc.* 2. *n.* 46.). Y abrazando tiernamente á su Hijo y á su Dios, le dió su licencia y bendicion, con la cual él se fue, y ella se quedó derramando lágrimas hilo á hilo, sola, y sin Hijo, viuda y pobre.

Ponderar la obediencia puntual del Hijo en dexar aquella sencilla paloma de su Madre, y la vida gustosa que con ella tenia, por salir á tratar con fieras; y el sacrificio de la Madre en privarse del Hijo.

Saca de aqui exemplo, y aprende de Cristo nuestro Redentor á amar á tus padres y parientes de tal manera, que donde se interesare cosa del servicio de Dios y de su gloria no sean parte para detenerte, ni estorbar tus buenos intentos y deseos, ni padre, ni madre, parientes, ni amigos, ni todo el mundo, procurando, si esto intentaren, huir de ellos, como de enemigos domésticos, que asi los llama Cristo nuestro Señor (*Matth.* 10. *n.* 2. *c.* 29 *Matth.* 3. *n.* 25.).

¶ Punto segundo. Considerar como Cristo nuestro Señor luego que se apartó de la presencia

de su querida Madre tomó el camino para el Jordán, donde S. Juan bautizaba á los publicanos y pecadores.

Ponderar lo primero cuán pobre, cuán solo y cuán desacompañado vino el Salvador por este camino; y sobre todo, como se puso en el número de los pecadores, para darnos otros exemplos de humildad; y sin querer ser conocido, pidió á San Juan le bautizase. Lo segundo, qué tan grande seria el gozo y alegría de este Santo cuando reconociese por espíritu profético á Cristo nuestro Señor: cómo se le renovarian aqui los júbilos que tuvo cuando le reconoció en el vientre de su Madre, viéndole allí tan humillado.

Saca de aqui deseos de humillarte y baxarte hasta el polvo de la tierra, no queriendo ya de hoy mas justificarte, ni ensoberbecerte, ni anteponerte á

otros, pues ves á Cristo nuestro Señor tan humillado, yendo á ser bautizado como si hubiera sido pecador; y pues tú lo eres, desea los remedios, aunque por ellos seas notado y conocido de todos por tal.

¶ Punto tercero. Considerar como rehusó S. Juan bautizar á Cristo, diciéndole: *yo, Señor, debo ser bautizado por ti; ¿y tú vienes á serlo por mí?* (*Matth*. 3. *n*. 4.).

Ponderar aquella admiracion y pasmo de S. Juan, viendo á Cristo tan humillado, aquellas palabras breves y misteriosas: *¿tú vienes á mí para que te bautice? ¿tú, Dios infinito; tú, Salvador del mundo; tú, perdonador de pecados; tú, que me santificaste á mí en el vientre de mi madre, vienes á mí, criatura tuya, y vil gusanillo y esclavo tuyo?* De aqui podrás sacar, que la virtud y santidad está cifrada

en la obediencia; esto es, en obedecer á Dios y sus ministros; quiero decir, á los mayores en dignidad, oficio, edad y ciencia: á los iguales, dandoles mayor honra y el mejor lugar: á los menores, gustando de sujetarse á ellos como si fueran mayores, tomando exemplo de Cristo nuestro Señor, que tanto se humilló este dia, obedeciendo y arrodillándose delante de su Precursor S. Juan Bautista, para ser bautizado de su mano.

¶ Punto cuarto. Considerar, que estando S. Juan bautizando á Cristo nuestro Señor, le honró su Padre Eterno, y le bautizó sobremanera, cumpliendo la verdad de aquella sentencia, que dice: *el que se humillare será ensalzado* (*Luc.* 14. *n.* 11. *Matth.* 3. *n.* 27.). Y para hacerlo, luego se abrieron los cielos, y salió de ellos una paloma, la cual se asentó sobre la cabeza

de Cristo, para declarar su inocencia y santidad, y que era el Cordero de Dios, que quitaba los pecados del mundo, y se oyó la voz magnífica y sonora del Padre, diciendo: *este es mi Hijo querido, en el cual me he agradado, por quien me aplaco y reconcilio con el hombre.*

Ponderar, que aunque Cristo nuestro Señor se quiso encubrir, y dexarse tener por un hombre ordinario y pecador, el Padre Eterno manifestó su inocencia, y declaró quién era por la voz que dió, pues no era razon que tan gran humildad pasase sin testimonio de tan grande gloria, porque la condicion de Dios es glorificar á los humildes.

Saca de aqui deseos de agradar á este Señor, humillándote como Cristo se humilló, y encubriéndote por su amor, como él se encubrió; que si asi lo haces, él tendrá cuidado á su tiem-

po de manifestarte, honrarte, y levantarte delante de Dios y de los hombres.

MEDITACION XVIII.

De la tentacion en el desierto, y victoria que alcanzó Cristo nuestro Señor.

Punto primero. Considerar como despues de haber sido bautizado Cristo Señor nuestro por S. Juan, movido de su mismo espíritu, se fue á un desierto para ser tentado, por ser lugar ocasionado para esto, haciendo alli unos santos y retirados exercicios, donde pasó cuarenta dias sin comer ni beber cosa alguna, para satisfacer por tu gula y regalos, exercitándose en continua oracion y ayuno, y otras asperezas corporales, viviendo y estando, no en compañía de su Madre ni de S. Juan

en el Jordán, sino entre las bestias y fieras del campo, y solo el que era Señor de los ángeles, para humillarse por el hombre, que por el pecado se habiá hecho como bestia.

Ponderar como el Espíritu Santo guió á Cristo nuestro Señor al desierto para desafiar al príncipe de los demonios, y entrar en campo, y pelear con él, y vencerle. Porque sabiendo este Señor por experiencia qué es ser tentado del demonio, se compadeciese de los que lo son; y con la victoria de sus tentaciones te enseñase á vencer las tuyas con ánimo y esfuerzo.

Sacarás de aqui unos vivos deseos de darte á la oracion, ayuno y mortificacion, y en especial cuando fueres tentado, aprendiendo de este Señor, el cual se arma para la pelea y tentacion con estas espirituales armas, enseñándote con su exemplo la es-

tima grande que siempre hizo el Hijo de Dios de estas virtudes, para que exercitándote en ellas alcances victoria de tu enemigo.

¶ Punto segundo. Considerar como pasados los cuarenta dias de ayuno tuvo Cristo hambre, como hombre, y luego al punto acudió el demonio, que le andaba mirando cuanto hacia, y con capa de piedad le dixo: *si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan, y come*, para ver si por este camino le podia engañar.

Pondera que lo que dice el demonio es que convierta las piedras en pan, y no en otro manjar regalado, porque lo que él pretende con la tentacion no es tu gusto y regalo; que si él pudiese engañarte con darte mala vida y mil hieles, no te daria gusto ninguno. De aqui puedes sacar deseos de no vivir descuidado,

porque es mucha la solicitud y vigilancia con que anda el demonio para engañarte; pues al punto que vió á Cristo hambriento acudió pensando derribarle. Y advierte, que asi lo hará contigo; por eso mira lo que conviene velar y orar, como dixo el Señor á sus discípulos la noche de sus duros trabajos, para no caer en tentacion. (*Matth.* 26. *n.* 41.)

¶ Punto tercero. Considerar, que la segunda tentacion fue de vanagloria: (*Matth.* 26. *n.* 5.) descubriendo el demonio la máscara, lleva á Cristo desde el desierto á lo alto del templo, persuadiéndole que se arroje de alli, porque como habia abaxo mucha gente, viendo una cosa tan extraña, que cayendo de tan alto no se hacia mal, muchos creerian en él.

Ponderar la mansedumbre de nuestro Dios en dexarse lleva-

del demonio sin resistirle, encubriendo por entonces su omnipotencia, para que no lo conociese por hijo de quien era. Saca de aqui propósitos y deseos cuando el demonio te tentare por sí, ó por medio de terceras personas, de encubrir con el trato y conversacion comun y ordinaria las virtudes que hay en lo interior de tu alma con la preciosa perla de la humildad. Porque donde esta virtud está, alli está, como lo dice el Sabio (*Proverb.* 18. *n.* 2.), la sabiduria; y asi alcanzarás con este socorro divino la victoria deseada.

¶ Punto cuarto. Considerar, que la tercera tentacion fue de avaricia y ambicion, procurando el demonio derribar á Cristo por este camino, subiéndole á un monte alto, de donde le mostró el mundo, y se le ofrece con condicion de que le adorase. (*Matth.* 4. *n.* 6.)

Ponderar la sed rabiosa que el demonio tiene de tu condenacion, pues todo el mundo si fuera suyo te le diera, á trueque de que hicieras un pecado mortal contra Dios. De donde sacarás una grande estima de tu salvacion, y un propósito eficaz de no hacer, por todo lo que tiene el mundo, cosa contra ella: pues contra esta tentacion dixo Cristo nuestro Señor: *¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo y ser señor de él, si su alma se condena?* (*Matth.* 10. *n.* 26.) Y echándole de allí, le dixo: *vete de aqui, satanás, porque escrito está: á tu Señor adorarás, y á él solo servirás.* (*Matth.* 4. *n.* 10.) En lo cual te mostró Dios nuestro Señor, que si perseverares en la pelea, con su gracia vencerás cuando fueres tentado, y el demonio como vencido se irá corrido, y te dexará con la corona de la victo-

ria en las manos, como lo hizo á su pesar con Jesucristo nuestro Señor, á quien el Padre Eterno envió despues de ella; no á un ángel para que le sirviese en aquella necesidad, sino á muchos que le diesen el parabien de la victoria; y poniéndole la mesa le sirvieron la comida, como criados á su Señor. Aprende de aqui á confiar en Dios, que él te proveerá y remediará tu necesidad á su tiempo, y cuando te convenga. (*Psalm.* 54.)

MEDITACION XIX.

De la eleccion y vocacion de los santos apóstoles.

Punto primero. Considerar, que queriendo Cristo nuestro Señor escoger doce varones para que fuesen doce fundamentos de su Iglesia, él por su misma persona, no fiándolo de otra, los escogió y llamó.

Ponderar cuán acertada eleccion fue esta que hizo Cristo nuestro Señor, el cual como sabiduría infinita, que no podia errar, puso sus ojos, no en los nobles, ricos y poderosos del mundo, que no los desechó por ser él poderoso, ni tampoco los puso en los letrados y sabios de la ley, que no los despreció porque él lo era; sino porque como se hizo Dios Hombre, y de Señor siervo, y de tan grande tan humilde, escogió unos hombres flacos y humildes, pobres y despreciados, que se ocupaban en pescar y remendar redes, para que no se atribuyesen á sí mismos los grandes dones que pensaba darles, ni las gloriosas obras que pretendia hacer por medio de ellos. Finalmente hizo esta eleccion tan milagrosa, para que la conversion del mundo no se atribuyese á fuerza humana, sino á virtud divina. Y es-

ta fue la causa de escoger lo que escogió, y dexar lo que dexó. Saca de aqui cuánto te importa fundarte en profunda humildad, si quieres que Dios te escoja para cosas grandes de su servicio, y para darte parte de sus divinos y sacrosantos misterios.

¶ Punto segundo. Considerar como llamó Cristo nuestro Señor á Pedro, Diego y Andres, y por ellos á otros para hacerlos apóstoles y discípulos de su escuela, y de los mas escogidos, y para que fuesen tambien príncipes y columnas de su santa Iglesia.

Ponderar cuán gran merced les hizo Dios en esto, y en poner los ojos en ellos, dexando á otros muchos compañeros suyos, y que andaban por aquella ribera: y si no los pusiera, quedáranse en su pobre oficio, cuya memoria estuviera ya olvidada, y ellos quizá comidos de

peces; pero Dios los guardó y llamó para que fuesen padres de todos los creyentes, y para que su nombre durase por todos los siglos. De aqui puedes sacar cuán grande fue la merced que Dios te hizo en hacerte cristiano, y en llamarte para sí, y quererse servir de ti, y poner en ti sus divinos ojos mas que en otros muchos, á los cuales si hiciera esta merced y beneficio, se lo supieran agradecer y servir mucho mejor que tú lo haces.

¶ Punto tercero. Considerar que estando Pedro y Andrés tendiendo sus redes en el mar, y los hijos del Zebedéo con su padre en el navío, y Mateo en su oficio de alcabalero (*Matth. n.* 50.); al llamarlos Cristo al punto lo dexaron todo, y le siguieron hasta la muerte, en hambre, sed y pobreza, siendo perseguidos y murmurados, sin volver jamas el pie atras, llevándolo

y sufriéndolo todo con mucha paciencia.

Ponderar la excelente obediencia que tuvieron los apóstoles al llamamiento de Cristo, pues todo lo pospusieron y tuvieron en menos por su servicio y por ser sus discípulos, descarnándose del amor que tenian á padres, deudos y hacienda, que aunque en cuanto á la voluntad tenian mucha, y si todo el mundo fuera suyo hicieran lo mismo. Saca de aqui, que cuando Dios te llamare y diere aldabadas en tu corazon no te hagas sordo, sino que al punto y sin dilacion, dexándolo todo lo que tienes, que es bien poco, sigas y sirvas á Dios, como los apóstoles lo hicieron en trabajos y persecuciones hasta la muerte, para que despues de ella goces con ellos de la prosperidad y bienaventuranza que Dios te tiene aparejada en la gloria.

¶ Punto cuarto. Considerar cuán grandes favores hizo Cristo nuestro Señor á los apóstoles por esta prontitud de obediencia, levantándolos á la mayor dignidad de cuantas instituyó en su Iglesia, escogiéndolos para que anduviesen siempre con él, haciéndolos sus legados y embaxadores, teniendo con ellos muy estrecha familiaridad, y dándoles parte de sus secretos, y finalmente los constituyó por jueces de las doce tribus, y les dió las primicias del Espíritu Santo.

Ponderar, como por haber obedecido á Cristo, y dexado por él todas las cosas que tenian podian tener de riquezas, joas y regalos, por seguir al que valia mas que todas ellas, fueron mas honrados y estimados. (*Matth.* 26. *n.* 29.)

Sacarás de aqui deseos de hacer otro tanto como los apósto-

les hicieron, y darte ha como á ellos dió otro tanto en esta vida de lo que dexaste, y despues la gloria eterna.

MEDITACION XX.

Del milagro que Cristo nuestro Señor hizo en las bodas de Caná de Galilea.

Punto primero. Considerar como Cristo nuestro Señor siendo convidado á ciertas bodas con su bendita Madre y con sus discípulos, no se excusó, sino que fue al convite por honrar á los novios, que debian ser pobres, y parientes ó conocidos de la Vírgen, y por tener ocasion de hacer bien á otros, y sacar alguna ganancia espiritual, no solo para los que allí estaban, sino para todos nosotros.

Ponderar cuán santas bodas serian aquellas, donde asistia

Cristo y su Madre santísima, y los apóstoles, autorizando con su presencia uno de los Sacramentos que habia de haber en su Iglesia para el remedio de los flacos. Pero al mejor tiempo de la comida les faltó el vino, por ser muchos los convidados y los desposados pobres, y los que servian andaban turbados, sin saber cómo remediar esta falta.

Saca de aqui como todos los placeres de esta vida, gustos y contentos, significados por este convite, no son de dura, y que al mejor tiempo, y el mas sabroso bocado, se acaban, y se nos aguan y enturbian con la muerte; y asi seria muy grande empeño poner en ellos la aficion y confianza.

¶ Punto segundo. Considerar como echando de ver la santísima Vírgen la falta del vino, ella de su motivo, y sin que nin-

guno se lo pidiese, trató de lo remediar acudiendo á su santísimo Hijo, diciéndole: *el vino les falta.* (*Joann.* 3. *n.* 4.)

Ponderar el oficio que esta Señora hace de abogada con sus devotos, condoliéndose de sus necesidades, y haciendo que las aguas de las tribulaciones y afanes que padecen se conviertan en vino suavísimo de consolacion y dulzura. Y si esta Señora, sin ser rogada, acude á nuestras necesidades, como aqui lo hizo, mucho mejor acudirá al remedio de ellas siendo rogada y suplicada con nuestras oraciones.

Saca de aqui deseos de agradecimiento á esta Señora, que pues tanta compasion tuvo por la falta del vino corporal, mayor la tendrá por la del vino espiritual; y quien pidió remedio para aquella, mejor le pedirá para esta diciendo: *hijo mio, este mi siervo no tiene vino de vues-*

tro amor divino, dásele para que embriagado con él, os sirva con mucho fervor. Asi de esta manera puedes tú representar á Dios tus necesidades, con gran confianza que las remediará, y en lugar de aquella palabra *vino*, pon tú otras diciendo: *Dios mio, no tengo humildad, no tengo paciencia, no tengo obediencia &c. Mirad mi necesidad y miseria, y compadeceos de ella.*

¶ Punto tercero. Considerar que Cristo nuestro Señor, aunque pudiera remediar esta falta sin ayuda de nadie, ó criando un nuevo vino, ó multiplicando lo poco que habia, con todo eso, porque la condicion de Dios es querer que los hombres hagamos algo de nuestra parte para remedio de nuestras necesidades, mandó á los ministros hinchiesen de agua las seis tinajas que alli estaban; y esto hecho, luego la convirtió

en un delicadísimo y excelentísimo vino.

Ponderar la obediencia de estos criados, y su rendimiento de juicio, mandándoles Cristo sacar agua é hinchir las vasijas de ella, no solo no replicaron, pero hicieron puntualmente lo que Cristo les mandó. De aqui puedes sacar lo que gustará nuestro Señor que tú le rindas tu entendimiento, y mortifiques tu juicio, y te hagas como una bestiezuela delante de su Magestad, y en presencia de tus superiores que estan en su lugar. Tambien puedes considerar la omnipotencia de Dios, el cual con sola su voluntad, sin tocar al agua la mudó y trocó en un excelentísimo vino. Pero ¿qué mucho que de una cosa haga otra, habiéndolas todas hecho de nada? Suplícale trueque tu corazon, y pues es Omnipotente, que le mude de frio en fervoroso, de

imperfecto en perfecto, y de malo en bueno, atento que tiene poder para convertir el agua en vino, y para hacer de las piedras hijos de Abraham. (*Matth.* 3. 9.)

¶ Punto cuarto. Considerar que no quiso Dios nuestro Señor en aquel convite mezclar dos géneros de vino; sino que aguardó á que primero se acabase el vino terrenal, antes que los convidados gustasen el milagroso.

Ponderar como hasta que renunciemos los consuelos del mundo y deleites de la carne, no dará Dios á gustar á nadie cuán grande es la dulcedumbre que tiene aparejada para solos los que le temen.

Sacarás de aqui deseos vivos y eficaces de mortificar tus carnales pasiones, sujetándolas á la razon, y luego sentirás los consuelos celestiales y la dulzura

de los divinos pechos de Dios (*Matth.* 17. 4. *Cor.* 12. 4.). Porque si un solo trago de este precioso vino, que en esta vida se da á algunos privados y amigos suyos, asi los saca de sí, como sacó á S. Pedro en la Transfiguracion, y á S. Pablo en aquel rapto, ¿cuál será la abundancia que de este precioso nectar dará Jesucristo nuestro Señor á sus escogidos cuando coman y beban con él sentados á su mesa en el reyno de los cielos?

MEDITACION XXI.

Como Cristo N. Señor echó del templo á los negociantes.

Punto primero. Considerar, que estaba el santo templo sucio y descompuesto con aquellas inmundicias y rebaños de ganados que alli estaban.

Ponderar el fin para que Dios

habia mandado fabricar aquel templo y casa, que era para que todos sirvieran y honraran á Dios nuestro Señor en él, y no para que le ofendieran, como lo hacian, sirviéndose de él como si fuera mercado y casa de contratacion.

Saca de aqui cuán grande mal es y fea cosa, que tu alma, la cual fabricó y consagró Dios para que fuese templo suyo, donde fuese alabado y servido, la profanes con los cuidados y negocios del siglo, y recibas en ella los animales inmundos de los apetitos bestiales y sensuales, haciendo de la casa de Dios plaza y mercado.

¶ Punto segundo. Considerar como los sacerdotes consentian que el santo templo estuviese tan profanado, excusándolo, y diciendo que era para ofrecer en él los sacrificios á Dios, y para que hubiese mu-

chos que sacrificasen, y haciéndolo por la gran ganancia é intereses que ellos, como codiciosos, sacaban de esto.

Ponderar el grande daño que hace el deseo de bienes temporales, y como la aficion desordenada de una cosa hace buscar razones y colores para encubrir lo que es malo con capa de bueno.

Saca de aqui un temor grande, acordándote de lo que dice S. Pablo: *que la codicia es raiz de todos los males, y llega hasta querer vender y comprar al Espíritu Santo y sus gracias* (1. *ad Tim.* 6. *n.* 15. *Act.* 8. *n.* 19. *Matth.* 29. *n.* 15.). Como se vió en lo que le pasó á S. Pedro con Simon Mago: y en el apóstol Judas, que por codicia de dinero vendió á su Señor y Maestro.

¶ Punto tercero. Considerar como entrando Cristo nuestro Señor en su templo: (1. *Pet.* 2.

n. 23.), y viéndolo profanado, siendo como era tan manso y piadoso, que con ser muchas veces injuriado y baldonado, nunca dixo á nadie una palabra áspera, ahora le vemos con una santa indignacion y zelo de la honra de Dios con un azote en las manos, castigando é hiriendo á los que alli estaban vendiendo y comprando, los cuales echó de su templo y casa. (*Joann.* 2. *n.* 25.)

Ponderar lo mucho que se ofende á Dios, que en su real palacio, dedicado á la oracion y al culto y reverencia de su divina Magestad, se traten negocios temporales, y se hablen en él cosas ilícitas y malas. Y si de esto se siente, ¿cuánto mas se sentirá y enojará de que en la religion sagrada, en la cual los de ella que estan dedicados á su servicio, se profanan á sí mismos, tratando y ocupándo-

se en ella en negocios seglares?

Saca de aqui un gran temor y deseo de no cometer estos delitos ni pecados, porque no te azote ni te castigue Dios nuestro Señor, echándote de su santo templo y casa, como lo hizo con aquellos que pecaban de malicia y dañada intencion.

¶ Punto cuarto. Considerar como despues de haber echado del templo á los negociantes con azotes y castigos, trastornando las mesas de los cambios, y derramando por aquel suelo el dinero, les dixo: *mi casa es casa de oracion para todas gentes.*

Ponderar lo que te conviene que tu alma sea templo y casa de oracion; que si lo es, será casa de humildad, paciencia y obediencia y otras virtudes, porque todas se hallan en la casa de la oracion, que es el alma del justo.

Saca de aqui deseos de que tu

casa sea digna morada y templo vivo del Espíritu Santo, donde Dios sea de continuo alabado; y para que lo sea ha de tener tres cosas; estas son: estar limpia, quieta y adornada: limpia de culpas que la remuerdan: quieta de pasiones que la turben: adornada con actos de virtudes que la alienten; y asi será templo santo, y esposa casta del Altísimo Dios.

MEDITACION XXII.

De las ocho Bienaventuranzas.

Bienaventuranza I.

Considerar, que para enseñar Cristo nuestro Señor á sus apóstoles el amor y estima que tenia de la pobreza, (*Matth.* 5. *n.* 3.) en la cual está la suma de la perfeccion, los apartó entre las demas gentes y pueblos, y

les dixo á solas: *bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reyno de los cielos.*

Ponderar que aquellos son pobres de espíritu, que con la voluntad y afecto no tienen ni quieren poseer cosa alguna de la tierra, á imitacion de este divino Señor y Maestro, que nos dió siempre, siendo la suma riqueza, raros exemplos de pobreza en todas las edades de su vida; porque escogió pobre Madre, pobre patria, un pobre portal para nacer, siendo reclinado en un pesebre pobre. En su mocedad exercitó pobre y despreciado oficio; y cuando predicaba comia de limosna como pobre. Tambien escogió pobres discípulos, acompañóse con pobres; y finalmente cuando acabó su vida llegó su pobreza á tal extremo, que murió desnudo en una cruz, y á tanta necesidad, que deseando un trago de

agua, no se le dieron ni lo tuvo.

Saca de aqui un deseo grande de ser pobre de espíritu, á imitacion de Cristo nuestro Señor, que te enseñó cómo con la rica pobreza voluntaria habias de cortar de un golpe la raiz de todos los pecados, cuidados, trabajos y negocios del mundo, que es la codicia; y haciéndolo asi te promete Dios el reyno del cielo, y te le dará.

Bienaventuranza II.

Esta bienaventuranza pertenece á los mansos, en la cual se ha de considerar que la mansedumbre principalmente consiste en tres cosas. La primera, en reprimir los ímpetus de la ira, conservando la quietud interior del alma y exterior del cuerpo. La segunda, en ser afable con todos, sin decir injurias ni palabras desabridas á nadie. La ter-

cera, en no volver mal por mal, sino al contrario, y á los tales llama Dios bienaventurados.

Ponderar como nos propuso Jesucristo nuestro Señor su mansedumbre ante los ojos, para que le imitasemos diciendo: *aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon.* (*Matth.* 1. *n.* 19.) Y asi lo mostró como lo dixo, estando en medio de tantas fieras y lobos como le mordian y despedazaban, sin que hablase palabra, ni se defendiese ni indignase.

Sacarás de aqui la mansedumbre que te cumple tener con todos, mayores, iguales y menores, si quieres ser bienaventurado, y poseer la tierra de tu corazon y de tus pasiones, y la de los corazones humanos; y lo que mas es, la tierra de los vivos, que es la patria de la gloria.

Bienaventuranza III.

Considerar llama Cristo nuestro Señor *bienaventurados á los que lloran* (*Matth.* 5. *n.* 5.) no lágrimas corporales como lloran los del mundo por pérdidas temporales de honra, vida y hacienda, sino los que lloran por sus pecados, y la pérdida de tantas almas que estan apartadas del conocimiento de Dios. Al contrario, el mundo loco llama bienaventurados á los que rien y viven en placer; pero la suma verdad Cristo nuestro Señor dice: *que son desdichados, porque su risa se convertirá en llanto eterno. Y los que lloran sus defectos y los agenos son dichosos, porque su tristeza se convertirá en eterna gloria.* (*Joan.* 16. *n.* 20.)

Ponderar cuánto te cumple llorar aqui tus faltas y pecados, y el haber perdido tantas veces

á Dios, á quien has de imitar y acompañar en este exercicio de lágrimas, de quien *nunca se lee*, como dice S. Basilio, *que se riese, y sabemos que lloró muchas veces, en el pesebre, en la muerte de Lázaro, sobre Jerusalén y en la cruz.*

Saca de aqui deseos de llorar, y oprime en esta consideracion tu alegria, no teniendola sino tan solo en el agrado de tu Dios, al cual si imitares en llorar, alcanzarás consuelo en lo mismo porque lloras: si por tus pecados, perdon de ellos: si por los agenos, perdon para ellos: si por tu destierro, con la cierta esperanza de tu salvacion, consuelo y alivio.

Bienaventuranza IV.

Considerar llama Dios *bienaventurados á los que tienen hambre y sed de la justicia*; (*Mat-*

th. 5. *n.* 6.) esto es, de la virtud y santidad, procurando crecer siempre en ella, no como quiera, sino con gran ventaja, como quien tiene una grande hambre y una ardentísima sed, no parando hasta satisfacer y cumplir su necesidad, como lo hizo Cristo nuestro Señor, no viendose harto de hacer bienes, y padecer males; por lo cual dixo en la cruz: *sed tengo* (*Joann.* 17.). Y asi para satisfacer la nuestra nos dió su sangre en bebida, y para recuperar nuestra hambre nos dió su cuerpo en comida.

Ponderar cuánto te conviene tener esta hambre y sed de justicia y santidad, y no de los bienes temporales de los ricos; porque no te comprenda aquella amenaza de Cristo, que dixo: *ay de los que estais hartos, porque padeceréis hambre, como padece ahora el rico avariento, y padecereis una eterna é increi*

ble sed, sin que se os dé jamas una gota de agua.

Saca de aqui confusion y vergüenza de tu negligencia y pereza en el servicio de Dios : advierte que á los hambrientos de la virtud y santidad, que son los buenos, llenará Dios de bienes eternos, como lo dixo la santísima Vírgen en su cántico, y á los flacos y perezosos dexará sin ellos.

Bienaventuranza V.

Considerar llama Dios *bienaventurados á los misericordiosos* (*Matth.* 7. *n.* 5.), que no solo tienen ternura y compasion de los trabajos y miserias corporales y espirituales de sus próximos, sin excluir á ninguno, aunque sea enemigo, como la tuvo Cristo nuestro Señor de todos, sino tambien á los que en cuanto pueden acuden al remedio de ellas.

Ponderar cuán misericordioso fue Cristo nuestro Señor, y lo que se exercitó los años de su predicacion en hacer bien á todos, sanando enfermos, sustentando hambrientos, resucitando muertos, perdonando pecadores, enseñando ignorantes, orando para todos, y dandoles cuanto tenia por remedio de sus necesidades; esto es, su honra, su vida, su cuerpo y sangre.

De aqui podrás sacar cuánto te conviene ser misericordioso con tus próximos, imitando en cuanto pudieres á este Señor, que es Padre de misericordias: porque si eres duro para con ellos, Dios lo será para contigo, pues tiene dicho: *con la medida que midieres serás medido*, como se mostró en aquel exemplo del siervo que no tuvo compasion de su compañero: asi mira no caigas en las manos de la justicia divina; no te apartes de la

misericordia; porque juicio sin misericordia se hará contra el que careciere de ella.

Bienaventuranza VI.

Considerar llama Dios *bienaventurados los limpios de corazon*, que son los que no tienen su aficion puesta en cosa alguna de la tierra, ni se manchan con pecados, y á estos tales promete Dios su vista y el conocimiento de sus divinos misterios y secretos (*Matth.* 5. *n.* 9.).

Ponderar como Cristo nuestro Señor fue excelentísimo en esta limpieza: *porque ni pecó ni pudo pecar, ni sus enemigos le pudieron convencer de algun pecado, ni en su boca jamas se halló dobléz ni engaño.* (*Joan.* 8. *n.* 46. *Pet.* 2. *n.* 21.) Y como este Señor fue la suma limpieza, asi quiere que los que le sirven sean limpios, no pagandose solo de la limpie-

za exterior, como lo hicieron las vírgenes locas y los fariseos, sino de la interior: *porque la hermosura de la hija del rey*, que es el alma pura, como dice el Espíritu Santo, *dentro está.* (*Psalm.* 46. *n.* 16.)

Saca de aqui deseos, si quieres subir al monte de Dios á gozar de su beatífica vista, de alcanzar, no solo la limpieza corporal, sino la espiritual: *pues no es bien que el templo de Dios esté sucio* (1. *Corint.* 6. *n.* 16.). Y pues tú eres templo suyo, como dice S. Pablo, y el Espíritu Santo mora dentro de ti, procura estar siempre limpio y puro en el alma y cuerpo, para que resplandezcan en ti los rayos de la divina luz como en un espejo muy claro; que amando esta limpieza de corazon, tendrás por amigo al rey del cielo, y verle has.

Bienaventuranza VII.

Considerar que *los pacíficos son llamados hijos de Dios*; (*Matth.* 5. *n.* 26.) porque no solamente ellos tienen paz en su alma con Dios, sino que juntamente la procuran tener con los próximos, y esto es ser hijos de aquel Señor, que por excelencia se llama Rey pacífico, el cual quiso cuando entró en el mundo, que sus ángeles saludasen los hombres con la paz; y de ella se preció tanto su Magestad, que muy de ordinario saludaba á sus discípulos con ella, diciendoles: *paz sea con vosotros.*

Ponderar las innumerables persecuciones y trabajos que padeció Jesucristo nuestro Señor por pacificarnos con su Eterno Padre, ganandonos la verdadera paz, y mostrandose pacífico

con los que le aborrecen (*Ps.* 16. *num.* 7.).

Sacarás de aqui lo que te importa tener paz contigo y con tus próximos. Tendrásla contigo, teniendo cuenta de quebrantar los apetitos de tu carne con el continuo exercicio de la mortificacion, haciendo guerra á los vicios, porque la paz con la guerra se alcanza. Con tus próximos la tendrás, procurando no darles ocasion de turbacion como antes, concordando y componiendo unos con otros, y serás hijo querido de Dios si lo haces asi.

Bienaventuranza VIII.

Considerar llama Dios nuestro Señor *bienaventurados á los perseguidos por la virtud y santidad* (*Matth.* 4. *n.* 19.), que esto quiere decir por la justicia, y estas persecuciones no son

en una cosa ó en otra, sino en todo género de injurias, como en hacienda, honra, contento, salud y vida.

Ponderar como Jesucristo desde que nació hasta que murió padeció por la justicia y verdad las mayores persecuciones y trabajos que jamas se han padecido, y con la mayor paciencia que jamas se ha tenido, y por la causa mas justa y santa que podia ser, que era por reprehender vicios y pecados, y por la salvacion de las almas.

Saca de aqui un deseo grande de sufrir y padecer trabajos á imitacion de Cristo nuestro Señor; que no es mucho, pues á él persiguieron sus enemigos, te persigan á ti los tuyos, acordándote, que si para entrar en su gloria fue necesario que pasase innumerables tribulaciones y trabajos, claro está que tú ni nadie, no siendo tuya, podrás

entrar en ella sino por este camino. Y asi anímate, que las tribulaciones, que no duran un momento, tal es nuestra vida, obran en nosotros gloria sempiterna, como lo dice el Apóstol.

MEDITACION XXIII.

De la tempestad del mar.

¶ Punto primero. Considerar que Cristo nuestro Señor entró con sus discípulos en una navecilla, durmióse, y al punto se levantó en el mar una gran tempestad (1. *Cor.* 4. *Matth.* 6.).

Ponderar dos cosas: la primera, si la navecilla en que navegaba Cristo padece tormenta, ¿donde el demonio es piloto qué será? Esto es, si el alma del justo y santo es atribulada y afligida con tentacion y trabajos, ¿la del malo y pecador que está en pecado mortal, qué pade-

cerá? La segunda, como todos los que se llegan al servicio de Dios, de ordinario padecen tempestades y tentaciones, que asi lo dice el Espíritu Santo: *hijo, en determinándote á servir á Dios, te has de aparejar para la tentacion* (*Eccl.* 2.). Asi muchas veces permite Dios que se nos levanten bravas tempestades de persecuciones y tentaciones, y él se nos hace el dormido, como quien descuida de nosotros.

Saca de aqui deseos de resistir á la furia de tus tentaciones, que Dios te dará la mano al tiempo de la mayor necesidad, y sacará del peligro, como sacó y libró á sus apóstoles, porque acudieron á él y le pidieron su favor y ayuda.

¶ Punto segundo. Considerar como viendo los apóstoles que su trabajo era en vano, acudieron luego á Dios para que les

ayudase; y despertandole le dixeron: *Señor, libradnos, que perecemos* (*Matth.* 8.).

Ponderar como nuestro Señor se hizo el dormido, no acudiendo á remediar sus apóstoles, aunque veia su peligro: lo uno para que ellos echasen de ver cuán poco podian sin su ayuda; y lo otro, porque quiso le llamasen al tiempo de la mayor necesidad.

Ponderar lo segundo, cuán negligente has sido en las tormentas de las tentaciones en que te has visto, de acudir á Cristo nuestro Señor, pidiendole su favor y ayuda, y de aqui ha venido que muchas veces se ha anegado la navecilla de tu alma, siendo en ella vencido.

Sacarás de aqui deseos de acudir á Dios en todo tiempo para que te ayude, y en especial en el de las tentaciones y trabajos, diciendo: *Señor, libradme de es-*

ta tentacion que causa esta tempestad en mi alma: libradme de este vicio, de este peligro y trabajo. Que en siendo este Señor llamado con fe y confianza, te socorrerá luego, y acudirá, como acudió á sus apóstoles, y mandará con la virtud de su palabra á los vientos de las tribulaciones y tentaciones, que son los que levantan las borrascas, se sosieguen y quieten, y luego se seguirá una gran paz y tranquilidad.

¶ Punto tercero. Considerar que en despertando Cristo nuestro Señor reprehendió á sus discípulos, y les dixo: *hombres de poca fe, ¿porqué temeis?* Como quien dice: *estando yo en vuestra compañía no hay que temer* (*Matth.* 8. *n.* 16.).

Ponderar el amor que Cristo muestra á los suyos, y cómo quiere que ellos se le tengan, y se fien de él, echando en él la

áncora de su esperanza, para estar seguros en medio del mar alterado de esta vida, aunque se levanten las tempestades y borrascas hasta el cielo.

Sacarás de aqui deseos de ser fiel discípulo de Jesucristo, para saberle seguir por donde quiera que fuere, por mar y por tierra, por montes y valles, y que no haya peligro ni trabajo que te haga dexar su santa compañía, ni turbarte, aunque te veas con el agua de las tribulaciones á la boca, y la soga á la garganta, si no quieres ser reprehendido de Cristo nuestro Señor, como lo fueron sus discípulos, que si miraran y advirtieran que estaban en la compañía de Jesus, no habian de temer ni dudar de su poder, querer y saber. Asi tú, si eres religioso, y estás en su compañía en la navecilla de la religion, arrójate en todo tiempo en sus manos,

y en especial cuando fueres atribulado y tentado, confiando en él que te sacará libre cuando á él le pluguiere y mas te conviniere.

¶ Punto cuarto. Considerar como Cristo nuestro Señor mandó á los vientos y al mar que se sosegasen, y ellos con gran puntualidad le obedecieron; y maravillándose los hombres de tal poder, se preguntaban unos á otros: *¿quién es este á quien los vientos y el mar obedecen?* (*Matth.* 8. *n.* 27.)

Ponderar el imperio que nuestro Señor tiene sobre sus criaturas, y la obediencia tan puntual que ellas tienen á lo que las manda, por ser él el que tiene señorío sobre el mar, y el que mitiga el furor é ímpetu de sus olas: el que saca los vientos de sus tesoros, y cuando quiere, en un punto los vuelve á encerrar, y finalmente el que gobierna to-

do el universo, y sin cuya disposicion no se menea una hoja en el arbol.

Saca de aqui confusion y vergüenza, que siendo tú criatura suya racional, y cristiano, y quizá religioso, criado para obedecerle y servirle, lo hagas tan mal, y tengas tan poca obediencia á sus mandamientos, pues tantas veces cada dia faltas, y le ofendes en lo que te manda, y como si este Señor no fuera Criador, y el que te ha dado el ser que ahora tienes.

MEDITACION XXIV.

Como anduvo Cristo nuestro Señor sobre las aguas.

Punto primero. Considerar que mandó Cristo á sus discípulos se embarcasen y pasasen de la otra parte del mar, y él se subió á orar á un apartado y re-

tirado monte (*Matth.* 14.).

Ponderar lo primero la mucha estima que debes tener de la oracion; pues nuestro Señor, sin tener necesidad de ella, por darte exemplo, se retira á orar largas horas á solas, enseñandote la necesidad que tienes de orar para armarte contra las tentaciones que te esperan.

Ponderar lo segundo, lo que sentirian los discípulos apartarse de su Maestro, como quien barruntaba que navegar sin él, y entrar en la navecilla, era peligroso negocio, y quisieran mas irse con él á orar y acompañarle: pero prevaleció la virtud de la obediencia, porque en todo ha de ser Dios obedecido, aunque sea poniendote á gran peligro, y dexando la retirada oracion, que esto es dexar á Dios por Dios.

Saca de aqui un gran deseo de exercitarte en estas dos virtudes

en que nuestro Señor probó á los suyos, que son en obediencia y oracion. Y ten gran estima y aprecio de ellas, teniendo á Cristo por exemplar y dechado, el cual vivió y murió orando y obedeciendo. Y asi gusta él, y quiere que lo hagan los suyos, y en especial tú si quieres ser su discípulo.

¶ Punto segundo. Considerar que estando Cristo ausente de los suyos, que andaban en la navecilla, se levantó una recia tempestad, que les duró hasta cerca del amanecer, y á esta hora se les apareció su Señor y su Dios (*Matth.* 14. 15.).

Ponderar lo primero, como si Cristo está ausente de tu alma, luego padece tormenta, y es arrebatada de furiosas olas de las tentaciones. Lo segundo, como algunas veces dilata nuestro Señor su visita, como aqui lo hizo hasta el amanecer, por-

que pelees valerosamente contra las tentaciones, pues al paso que crecen ellas, va creciendo la virtud y santidad.

De aqui podrás sacar deseo de andar y estar siempre en la presencia de Dios, suplicándole no te dexe, ni se aparte de ti cuando en la pelea fuere servido de probarte, ni dilate mucho su favor y ayuda, asi como lo hizo con S. Antonio y santa Catalina.

¶ Punto tercero. Considerar como Cristo nuestro Señor desde el monte vió el trabajo en que sus discípulos andaban, y la necesidad que tenian de su favor y ayuda en aquel peligro (*Matth.* 13. *n.* 25. *et* 27.), y desde alli se apiadó de ellos y baxó á remediarlos, y andando sobre las aguas, se les dió á conocer, y les dixo: *tened confianza, no temais, que Yo soy.*

Ponderar lo primero, como

anduvo nuestro Señor por el mar sin hundirse, como dueño de la tierra y del mar, á quien todas las criaturas obedecen y sirven, sino es el hombre. Lo segundo, como les dixo: *no querais temer, que Yo soy: esto es, soy vuestro Padre, vuestro ayudador, vuestro descanso, consuelo y alegria en vuestros trabajos; soy vuestro camino, verdad y vida* (*Joann.* 14. *n.* 6.). Esto es para los buenos, mas para los malos ¿quién dirá que es? *soy vuestro Juez, que os tengo de juzgar; soy el Dios de las venganzas, que os tengo de castigar; soy finalmente el Todopoderoso, que os tengo de condenar.*

Saca de aqui deseos de que nuestro Señor te visite con su presencia, y hable de tal manera á tu corazon cuando estuviere turbado y atribulado, que en diciendo: *Yo soy, no quieras temer*, le conozcas para reveren-

ciarle, servirle, amarle y fiarte de él.

¶ Punto cuarto. Considerar como viendo S. Pedro á Cristo que venia sobre las aguas, le pidió licencia para andar él sobre ellas (*Matth.* 24. *n.* 18.); y Cristo, viendo que su peticion procedia de verdadero amor, se la dió, y el santo apóstol andaba sobre el agua como por tierra firme; pero en comenzando á dudar y á faltar en la fe, luego se comenzó á hundir.

Ponderar que si tienes fe y confianza, andarás por cima de las aguas de las tribulaciones y tentaciones como por tierra firme; pero en comenzando á dudar, luego te hundirás. Ponderar lo segundo, lo que te cumple no entrar en las ocasiones y tentaciones por tu propia voluntad: pues S. Pedro no entró en el mar, ni se arrojó al agua sin el mandamiento de Dios.

De aqui puedes sacar, cuando te veas hundir en los peligros y trabajos, deseos de llamar á Dios, pues está en esto todo tu bien y remedio, el cual te dará su poderosa mano, como se la dió á S. Pedro, y te sacará salvo á puerto seguro.

MEDITACION XXV.

De la conversion de la Magdalena.

Punto primero. Considerar la traza de la vida de María Magdalena: antes de su conversion era muger liviana, amiga de conversaciones y pláticas mundanas; y solo estimaba lo que era conforme á su gusto y deleite, teniendo perdida la vergüenza á Dios y á los hombres, sin ponersele delante que su honra y fama andaba en boca de todo el pueblo, que la tenia por pública pecadora.

Ponderar, que aunque esta muger era tan mala como se ha dicho, en tocándola Dios su corazon con la divina inspiracion, luego se apartó de las ocasiones; encerrándose en un aposento, abrió la puerta al arrepentimiento, y comenzó á derramar lágrimas de sus ojos, y á desechar de sí las galas y joyas que fueron lazos con que el demonio la tenia presa.

De aqui sacarás deseos de no diferir tu conversion cuando Dios te tocare y llamare, aprendiendo de esta santa pecadora á desechar y aborrecer las cosas que te fueron instrumento de ofenderle, procurando dos cosas; la primera sea, temor de tu flaqueza, escarmentando en la Magdalena, que de males pequeños vino á caer en muchos y grandes pecados. La segunda sea, confianza en la misericordia de Dios, en quien ha-

lló remedio esta pecadora, el cual tambien hallarás en él, si como imitaste á la que pecó, imitas á la que se arrepintió.

¶ Punto segundo. Considerar que en sabiendo la Magdalena que su Señor y Maestro comió en casa de Simon Fariseo, tomando un bote de alabastro y un vestido humilde, se fue allá á pedirle la salud de su alma (*Luc.* 7. *n.* 37.).

Ponderar como vino la pecadora al Justo y Santo; la enferma al Médico; la inmunda al Santificador; la oveja perdida al buen Pastor, y llegándose á él, se arrojó á sus pies, y sin hablar palabra se los comenzó á besar y regar con lágrimas de sus ojos, pidiéndole con suspiros de su alma que la reconciliase consigo y la diese beso de paz.

Saca de todo esto cuán necesario es para remedio de tus

pecados acudir á Cristo nuestro Señor, arrojándote á sus pies, asiéndote de ellos, derramando lágrimas que salgan de lo íntimo de tu corazon. Y como la Magdalena convirtió en instrumento de satisfaccion las cosas que habian sido ocasion de su perdicion, empleando en el servicio de Dios sus ojos, cabellos, labios y olores preciosos, y á sí misma toda; asi tú has de convertir en servicio suyo lo que antes empleabas en ofenderle, poniendo á los pies de Cristo toda tu honra y gloria; pues no hay otro mayor ni menor, que estar asido de los pies de este Señor y Maestro.

¶ Punto tercero. Considerar el juicio que hizo el Fariseo de la Magdalena, teniéndola por pecadora, y á Cristo por poco amigo de pureza, pues se dexaba tocar de aquella muger.

Ponderar, como los que se

quieren volver á Dios, luego son murmurados y calumniados; pero su Magestad toma á cargo el defenderlos, como lo hizo con la Magdalena; poniendo ojos al Fariseo para que viese á esta muger, á sus lágrimas, suspiros, humillacion y confusion, para que considerándolo bien, se avergonzase y corriese de lo poco que él hacia para que Dios le perdonase.

De aqui puedes sacar deseos de servir y amar mucho á Dios, porque estas cosas mueven á su Magestad á clemencia y piedad para perdonarte tus pecados, por graves y enormes que sean, como lo hizo con esta santa pecadora, que de esclava del demonio y prisionera suya, la sacó libre de sus cadenas, y la pasó á la suerte felíz y dichosa de los hijos de Dios.

¶ Punto cuarto. Considerar, que la Magdalena, aunque oyó

de la boca de Jesucristo que todos sus pecados la eran perdonados, y ella quedaba absuelta de ellos á culpa y á pena, comunicándola muy copiosa gracia; con todo eso se quedó asida de los pies de su Redentor, sin quererse apartar ni levantar de alli hasta que su Maestro la dixo: *vete en paz* (*Luc.* 7. *n.* 30.); á lo cual ella le obedeció, y comenzando luego á tomar venganza de su carne, hizo una muy dura y áspera penitencia toda su vida, que duró por espacio de treinta y dos años.

Ponderar cuál vino esta muger á los pies de Cristo, y cuál vuelve de ellos. Vino muerta, y vuelve viva; vino pecadora, y vuelve santa; vino esclava del demonio y enemiga de Dios, y vuelve hecha hija y esposa suya.

Sacarás de aqui deseos de hacer penitencia de tus pecados,

¶ Punto segundo. Considerar como pidiendo Cristo nuestro Señor á sus apóstoles los cinco panes que traian, luego ellos sin repugnancia, y con mucha voluntad se los ofrecieron, y tambien los dos peces que tenian.

Ponderar la gran pobreza de este Señor y los suyos, y el poco cuidado que tenian del regalo y sustento corporal; pues para trece personas, y otras que se llegaban, no tenian sino cinco panes; y esos de cebada, que era el pan mas desabrido y propio de pobres que entonces habia. Pues sustentando Dios en el desierto aquel pueblo ingrato con pan del cielo, para sí y sus apóstoles se pasaba y sustentaba con pan de cebada.

De aqui puedes sacar un firme propósito de escoger para ti lo que Cristo nuestro Señor escogió para sí, tratando tu

cuerpo con la aspereza y rigor que él trató el suyo; confundiéndote de hoy mas por la solicitud con que buscas las demasías y regalos en la comida y bebida contra la voluntad del Señor, que condena estas cosas.

¶ Punto tercero. Considerar, que en tomando nuestro Señor el pan en sus santísimas manos, lo bendixo, imprimiéndole virtud de multiplicarle; de suerte, que aunque cada cual de los que lo recibian comiese de él, no se consumia, antes se multiplicaba y crecia (*Matth.* 14. *n.* 18.).

Ponderar lo primero la Omnipotencia de Dios, que tan facilmente pudo convertir cinco panes en millares de ellos, y panes desabridos en sabrosos.

Ponderar lo segundo la providencia que resplandece en este milagro; porque siendo los que comian muchos millares, y

de diferentes edades y complexîones, dándoles á todos un mismo pan, los satisfacia y dexaba tan contentos con poca cantidad como con mucha.

Saca de aqui un gran deseo de fiar todas tus cosas y á ti con ellas de las omnipotentes manos de tu Dios, pues no podrán dexar de multiplicarse, y tú de mejorarte, teniendo á Cristo por tu Señor.

¶ Punto cuarto. Considerar que acabado el convite mandó Cristo á sus apóstoles que recogiesen lo que sobraba; hiciéronlo asi, y llenaron de pedazos de pan doce canastas.

Ponderar la liberalidad de este Señor de premiar la buena voluntad con que sus discípulos le ofrecieron los cinco panes, pues les volvió por ellos doce canastas llenas de lindo pan; para darles á entender, que como ellos eran doce, asi quiso

que las canastas fuesen doce, como quien daba una á cada uno, por la parte que habia renunciado de su racion.

Sacarás de aqui deseos de ser misericordioso y limosnero con los pobres de Cristo; porque á todos los que le ofrecen algo por servirle, les torna mucho mas de lo que le dan, como se vió en la misericordia que usó aquella viuda con el profeta Elías (2. *Reg.* 57. *n.* 23.), que por un poco de harina que liberalmente le dió en nombre de Dios, se la multiplicó para muchos dias. Y por un vaso de mal vino que dieron á Cristo en las bodas á que fue convidado, les dió seis tinajas llenas de un excelentísimo vino (*Joann.* 2. *n.* 8.). Y si asi lo hace este Señor en la vida con los pecadores, dándoles ciento por uno, ¿qué dará en la eterna á los justos? *Daráles*, dice S. Lucas, *una medida buena,*

llena, apretada, colmada, que sobre y exceda infinitamente á lo que se hace por él (Luc. 6. n. 38.).

MEDITACION XXVII.

De la Transfiguracion de Cristo nuestro Señor.

Punto primero. Considerar que cuando Cristo nuestro Señor se transfiguró, y quiso hacer de la tierra cielo, y mostrar su gloria y hermosura (*Matth. 1.*) se retiró y apartó á lo alto de un monte, llevó consigo solos sus tres discípulos de los mas amados y familiares, donde nadie sino ellos gozasen de los consuelos y regalos que aquella noche de su Transfiguracion les habia de hacer. Y para mostrarse desfigurado en el monte Calvario, y lleno de afrentas é ignominias, quiso que fuese á medio dia, y que todo el mundo estuviese delante.

Ponderar, que no á todos los justos hace Dios estos regalos y mercedes, de que gocen la gloria de su Transfiguracion, sino á los mas fervorosos y queridos; y quizá no llevó consigo á los demas, no porque fuesen tibios en su amor, que no lo eran, sino por estar Judas entre ellos, que no merecia gozar de tanto bien, ni dexarle á él solo por no infamarle.

Sacarás de aqui cuánto te importa ser fervoroso en el amor de Dios, y cuánto daño hace un malo en una comunidad de buenos, pues es causa de que los tales carezcan de las mercedes y favores que Dios les hiciera si él no estuviera con ellos en su casa y compañía.

¶ Punto segundo. Considerar, que Cristo se transfiguró en la oracion, dando licencia para que la gloria del alma que estaba represada y detenida se

comunicase al cuerpo; pero esto fue por poco tiempo (*Luc.* 9. *n.* 29.).

Ponderar, que tus pecados fueron causa de que aquel cuerpo santísimo careciese todo el tiempo que vivió en este mundo de la gloria que mostró tener en su Transfiguracion, y de que quedase pasible y mortal; y ya que se le dió, fuese por tan poco tiempo, queriendo mas proseguir el negocio de nuestra redencion, y padecer y morir con gran ignominia por los hombres, que descansar y gozar acá de su gloria.

Saca de aqui dos cosas. La primera sea deseos de amar mucho mas al trabajo y al padecer con Cristo en el monte Calvario, que gozar del descanso en el monte Tabór. La segunda, lo mucho que te importa ser muy amigo de la oracion, y de aprovechar en ella,

si quieres transfigurarte en la imágen de Dios; porque la oracion es la que trueca y muda la vida de terrena en celestial, y de humana en divina.

¶ Punto tercero. Considerar, que estando tu Salvador con tanta gloria y magestad, aparecieron alli Moysés y Elías hablando con él del exceso de la muerte y pasion que habia de padecer en Jerusalén (*Matth.* 17. *n.* 8.).

Ponderar que la causa de escoger Dios nuestro Señor á estos dos profetas entre otros muchos, y honrarse con ellos, y honrarlos á ellos, fue por ser señalados en santidad y zelo de la observancia de la ley de Dios, y muy dados al ayuno y oracion.

Procura sacar de aqui dos cosas. La primera, un gran deseo de las virtudes que estos santos tuvieron para privar con el Señor. La segunda, que Dios nues-

tro Señor en medio de sus gozos y alegrías mezclaba plática de tristeza, de pasion y muerte, porque mientras vivió no quiso tener un rato de puro descanso, pues sus entretenimientos y gustos son tratar del padecer y morir. Y todo eso á fin de que tú tengas tambien siempre presente su pasion, y gustes de pensar en ella y de hablar de ella á menudo; y córrete de no hacerlo asi.

¶ Punto cuarto. Considerar, que estando los tres apóstoles gozando de la gloria de la Transfiguracion, deseó S. Pedro quedarse allí para siempre; y asi dixo á Cristo: *bueno es, Señor, que estemos aqui*; como si dixera: troquemos, Señor, todo lo demas por este monte; troquemos todos los bienes y regalos del mundo por los bienes de este desierto (*Matth.* 2. *n.* 4.).

Ponderar, que cuando Pedro

vió glorioso á su Maestro quiso acompañarle y quedarse con él; pero al tiempo de la pasion y del trabajo, cuando le vió prender y maltratar, dió á huir. Lo mismo pasa por ti, pues no duras mas en el servicio de Dios de cuanto él te regala y consuela; y entonces dices lo que el Apóstol dixo: si necesario fuere que yo muera contigo, no te negaré; pero en viendo el peligro y trabajo, luego le dexas, y vuelves la espalda, diciendo: no conozco ese hombre; y como Pedro no sabia lo que decia, asi no lo sabes tú, pues que antes de la cruz y trabajo quieres la gloria y descanso.

Saca de aqui amor á la cruz y á la mortificacion, para que vengas á gozar eternamente de la inmensidad del consuelo que hay en la gloria, pues una sola gota que gustó S. Pedro acá de aquel rio de deleites que alegra

la ciudad de Dios, absorto y fuera de sí, y olvidado de todo lo demas, viendo el cuerpo de Cristo con aquella claridad y hermosura, le satisfizo tanto, que quisiera tener alli para siempre su descanso, pero privóle Dios de aquella gloria temporal para darle la eterna.

MEDITACION XXVIII.

De la resurreccion de Lázaro.

Punto primero. Considerar, que viendo Marta y María á su hermano Lázaro enfermo, despacharon una carta tan discreta como breve, diciendo estas palabras: *mirad, Señor, que el que amais está enfermo (Joann. 11. n. 3.).*

Ponderar, que para negociar un alma con Dios no ha menester muchos preámbulos ni palabras retóricas; porque para

con él, que sabe y penetra los corazones, pocas bastan; y dicho comun es que la oracion breve penetra los cielos y llega á los oidos de Dios, como llegó la de estas dos santas hermanas, á las cuales has de imitar para negociar y alcanzar lo que deseas, diciendo á Dios: *mirad, Señor, que el que amais está enfermo, y pues sois Médico celestial, curadme: mirad, Señor, que estoy desconsolado, tibio, seco, indevoto, tentado de ira, de soberbia, de impaciencia; y pues vos sois el Todopoderoso y misericordioso, tened misericordia de mí.*

Saca de aqui deseos de que este Soberano Médico cure y sane tu alma, que la visite y consuele con su presencia, porque tiene y padece grandes géneros de males y enfermedades.

¶ Punto segundo. Considerar, que viniendo Cristo con sus após-

toles á Judéa, entró en casa de estas dos hermanas, y llegándose Marta á él le dixo: *Señor, si no hubieras estado ausente, mi hermano no fuera muerto* (*Joann.* 8. n. 21.).

Ponderar lo primero, que si tu ánima está muerta con el pecado, es por haberse ausentado de Cristo; que si no te hubieras apartado de él no bastáran tentaciones ningunas á derribarte.

Ponderar lo segundo, que como Lázaro enfermó y murió en ausencia de Cristo, asi tambien cuando este Señor se ausenta y cesa de hacerte las mercedes que suele, comienza á borrar en ti las pasiones y las enfermedades de tibieza y flaqueza espiritual, las cuales alguna vez suelen parar en muerte de culpa.

Sacarás de aqui deseos de no apartarte de Dios, ni alejarte de

él, pues con su vista y presencia todo el mal cesa, y la salud crece y se aumenta.

¶ Punto tercero. Considerar, que antes que Cristo resucitase á Lázaro, dice el Evangelista que lloró Jesus, porque es propio de la caridad llorar con los que lloran, como dice S. Pablo (*Ad Rom.* 12. *n.* 15.).

Ponderar, que llora Cristo y gime, para que entiendas cuánto le dolieron tus pecados, y cuánta es la gravedad de ellos, pues tantas veces lloró y padeció por ellos, y cuánta es la dureza de tu corazon, y cuán poco sientes la malicia y gravedad de tus culpas, pues tan pocas lágrimas derramas por ellas.

Ponderar lo segundo, cuán de piedra eres, y mas que de piedra, pues haciendo ellas sentimiento en la muerte de tu Señor, no sientes lo que padece por ti

y por tus pecados, pues que llorándolos él, tú ries; y entristeciéndose el, tú estás alegre (*Matth.* 17. *n.* 17.). De aqui puedes sacar un deseo grande de sentir y llorar tus graves pecados, pues tantas lágrimas le cuestan á tu Salvador. Y si seco y duro estás, unge con ellas tus ojos y corazon, que en su virtud se convertirán en fuentes de lágrimas, y serán poderosas para lavar y sacar las manchas de tus culpas y pecados, y para volverte la vida de la gracia que perdiste por ellos.

¶ Punto primero. Considerar como Cristo nuestro Señor hizo quitar la losa que cubria el sepulcro, y luego levantó la voz y los ojos al cielo, diciendo: *Lázaro, sal á fuera* (*Joann.* 11. *n.* 36. *et* 45.), y obedeciendo á su voz salió vivo y sano de la sepultura el que antes estaba en ella muerto, podrido y hediondo.

Ponderar la maravillosa virtud de la voz de Cristo, pues por ella se levantó y salió vivo del sepulcro el que estaba muerto; y ella bastára para resucitar á todos los difuntos, si no nombrára á solo Lázaro.

Saca de aqui deseos de que á esta voz resucites tú y todos los que estan espiritualmente muertos, para que desterrado el pecado del mundo, reyne la santidad y justicia, y sea el Señor para siempre glorificado en sus criaturas.

MEDITACION XXIX.

De la entrada de Cristo N. Señor en Jerusalén con ramos.

Punto primero. Considerar la grandeza de la caridad de tu Salvador, y la alegría y regocijo con que entró en la ciudad de Jerusalén á ofrecerse á la

muerte por ti, pues en este dia quiso ser recibido con tan grande fiesta, en señal del contento y júbilo que en su corazon tenia, por ver se llegaba ya la hora de tu redencion.

Ponderar como Dios se apresta y apercibe con grandes ánsias y alegría de padecer por ti grandes trabajos y penas, y tú cuando se te ofrece algo que hacer por su servicio, ó padecer por su amor, te afliges y desconsuelas, y huyes.

Ponderar lo segundo, como todas las injurias, persecuciones, ignominias y afrentas que este Señor habia recibido en Jerusalén, no eran parte para entibiar la mucha caridad y amor que la tenia; esto es, á las almas. De aqui podrás sacar un encendido amor y deseo de padecer algo por tal Señor y bienhechor tuyo, pues todas las veces que le has ofendido con

tus gravísimos pecados, que han sido muchas, no le han detenido para entibiar en su pecho el amor que te tiene, y deseo de visitarte, para que consigas su gloria por medio del dolor de tus culpas.

¶ Punto segundo. Considerar la humildad del Hijo de Dios y su pobreza, que siendo tanta que andaba siempre á pie, quiso este dia entrar triunfando en Jerusalén, no en coches ni carrozas, sino en un jumentillo, y ese ageno; y aunque entró con tanta humildad, le recibió todo el pueblo con gran júbilo, alegría y fiesta.

Ponderar, que la causa por qué este Señor quiso que entonces todos le alabasen, é hiciesen en su entrada tanta honra, habiendo siempre huido de ella, fue para que sus afrentas é ignominias fuesen mayores, y su deshonra mas crecida (*Matth.* 21. *n.* 29.).

Saca de aqui deseos de aborrecer la pompa mundana, y abrazar la pobreza, humildad y mansedumbre de tu Señor; porque si estas son señales y divisas de tu Rey y tu Dios, tambien lo han de ser de los que se precian ser sus vasallos.

¶ Punto tercero. Considerar, que yendo este Señor de los ángeles caminando sobre el jumentillo á deshora, por inspiracion del cielo le salió á recibir y á honrar innumerable gente con ramos y palmas en las manos, y con voces de loor y alabanza decian: *gloria sea á Dios en las alturas, y bendito sea el que viene en el nombre del Señor* (*Matth.* 11. *n.* 9.).

Ponderar lo que honró el Padre Eterno á su santísimo Hijo, no solamente cuando entró la primera vez en el mundo, y nació pobre en el portal de Belén, enviando exércitos de ángeles

que solicitasen su entrada, y diesen el parabien y gloria á Dios y á los hombres; sino que el dia de hoy quiere que entrando humilde y manso, se levanten exércitos de hombres que solemnicen su entrada en Jerusalen, y salida de este mundo, y diesen á Dios muchas gracias y alabanzas por tal beneficio.

De aqui sacarás deseos de imitar la mucha devocion con que esta gente recibe á Dios; y confúndete de ver la poca que tú tienes, pues te llegas á recibir á este Señor en el Santísimo Sacramento con tanta floxedad y frialdad.

¶ Punto cuarto. Considerar la devocion y amor con que todos tendian por el suelo sus ropas y vestiduras para adornar el camino por donde iba el Salvador, teniendo por dicha cada uno arrojarse á sí y todas sus cosas á los pies de este Señor,

para que hiciese de todo lo que por bien tuviese, reconociendo que á él, como á Señor y Dueño, se le debia toda sujecion y rendimiento.

Ponderar el poco caso y estima que se debe hacer de la gloria del mundo; pues recibiendo hoy al Salvador con tanta honra, dentro de muy pocos dias le tuvo por peor que Barrabás, y le quitó la vida, dando contra él voces, diciendo: *crucificalo, crucificalo.* Y al que hoy predicaba por Hijo de David, que es por el mas Santo de los santos, mañana le tienen por el peor de los hombres, y tratado como un malhechor, cargándole una pesada cruz sobre sus divinos hombros, para que en ella fuese crucificado y muerto.

Saca de aqui compasion y lástima de ver á este Señor de los ángeles tan abatido y despreciado de los hombres, por honrar-

te á ti y á ellos tan á costa suya; y tú desea servirle y honrarle mejor, diciéndole: veis aqui, Rey mio y Señor mio, que arrojo á vuestros santos pies no solo mi hacienda, sino mi honra, mi contento, mi salud, mi vida, y á mí mismo todo; pisad y holladme, y haced de mí lo que quisiéredes, que Vos sois mi Dios, mi Rey y Señor, el que sois cabeza de los ángeles y de los hombres, y mejor que todos ellos.

MEDITACION XXX.

De la cena de Cristo N. Señor.

Punto primero. Considerar como envió Cristo nuestro Señor á Pedro y á Juan, apóstoles suyos, para que fuesen á prevenir la casa y huesped para la cena del Cordero; y luego el dueño de ella, tocado del divino Es-

píritu, ofreció la mejor pieza y mas bien aseada de toda su casa.

Ponderar el favor y merced que Dios te quiere hacer á ti en particular, de entrarse en su morada, que es tu alma, á celebrar en ella esta fiesta y Pascua, para hacerte partícipe de los merecimientos.

Sacarás de aqui dolor y arrepentimiento de haberlo hecho tan mal, pues no una sino muchas veces has dado á Dios con la puerta de esta tu casa en los ojos, y cerrádola á sus divinas inspiraciones, y abierto á las persecuciones de tus enemigos los demonios, á los cuales tan de asiento has recibido y hospedado, como si ellos fueran los dueños y señores de ella, y no Dios. Y asi lo que te conviene ahora es ofrecerle no solamente la mejor pieza de tu casa, que es tu alma, sino toda ella, pues toda es suya, y oxalá fuera me-

jor de lo que es, para que se agradara su Magestad de estar y morar siempre en ella.

¶ Punto segundo. Considerar como llegando el dia en que se comia el Cordero Pascual, quiso Cristo nuestro Señor cumplir con aquella ceremonia de la ley, y dar fin á las sombras y figuras, y ser sacrificado como verdadero Cordero, que quita los pecados del mundo, y en lugar y tiempo que se sacrificaba el Cordero místico. Y asi, estando este Señor á la mesa con sus discípulos, y todo á punto y aparejado, les dixo: *con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua* (*Luc.* 22. *n.* 15.), para daros muestra de lo mucho que os quiero; como quien dice: *muchos dias há que deseo grandemente este dia y esta hora, en la cual no se verán sino escarnios y vituperios, bofetadas y pescozones, y mas azotes.*

Ponderar el deseo tan grande que Dios tiene de padecer y dar su vida por la tuya, teniendo tales ansias de verse ya en el amargo mar de su pasion, y lidiando con la muerte, esperándola como cosa de que tenia grande hambre, y de que gustaba mucho. Y esto era lo que con gran deseo decia que estaba deseando, por serle tan gustosa y sabrosa. Saca de aqui confusion y vergüenza de ver que tus deseos no son semejantes á los de tu Dios y Señor, de padecer y sufrir algo por su honra y gloria, siendo tú tan digno de tu deshonra y desprecio, sino de gozarte y alegrarte, no para servirle á él, sino á tus apetitos y á tu carne.

¶ Punto tercero. Considerar á Cristo nuestro Señor, cómo estaria contemplando y mirando el Cordero que delante de sí tenia sobre la mesa tendido

y muerto, desollado y asado. No hay duda sino que se le representaria á este Señor cómo habia de estar tendido en la mesa de la cruz, muerto y desollado con azotes, desangrado y asado con fuego de tormento.

Ponderar cuán desabrida le seria esta comida á tu Redentor, pues se mezclaba con salsa de tan amarga representacion, como era la de sus tormentos y pasion. De aqui puedes sacar deseos, cuando te sentares á la mesa, de mezclar con esta salsa de la pasion y trabajos de tu Salvador lo que comieres, para que con este despertador no te dexes llevar del gusto y sabor de los manjares; y para que si no te dieren la comida tan bien aparejada y sazonada, ni tan á punto como lo deseas, tengas paciencia, y en qué merecer, y qué ofrecer á Dios, sacando del mal este útil y provechoso bien.

¶ Punto cuarto. Considerar, como acabada esta cena legal, Cristo nuestro Señor daria gracias á su Eterno Padre, y se ofreceria de cumplir enteramente su santa voluntad, como quien habia sido enviado en cuerpo mortal para ser sacrificado y muerto en la cruz.

Ponderar lo que agradaria á Dios nuestro Señor esta ofrenda y sacrificio que su santísimo Hijo de sí haria para cumplir en todo su santa y divina voluntad, pues sabia él muy bien, que donde esta renunciacion falta, todos los demas sacrificios y holocaustos, no dándose uno á sí mismo, son de ningun provecho. De aqui podrás sacar deseos vivos de ofrecerte todo á Dios con una pronta y rendida voluntad de executar todo lo que te mandare, por árduo y dificultoso que sea.

MEDITACION XXXI.

Del lavatorio de los pies.

Punto primero. Considerar, como acabada la cena, Cristo nuestro Señor por sí mismo, y sin ayuda de nadie, lavó, no las manos, sino los pies sucios y lodosos de unos pobres pescadores, discípulos suyos, y amorosa y tiernamente con una toalla se los enxugó y limpió (*Luc.* 13. *n.* 5.).

Ponderar la excelencia de la Persona que hace esta obra tan baxa, y se humilla tanto. Este es el Criador del mundo, la hermosura del cielo, el resplandor de la gloria del Padre, y fuente de la sabiduría, en cuyas manos puso Dios el cielo, la tierra, el infierno, la vida, la muerte, los ángeles y los hombres, y el poder de perdonar pecados,

y la salud y justificacion de las almas, y la gloria de los justos y de todos los tesoros de Dios. Este Señor tan grande en la Magestad, se abatió á este acto de tanta humildad y caridad. Saca de todo esto gran confusion de tu soberbia y de tu infinita baxeza, admirándote, si Jesus infinitamente sabio y poderoso asi se humilló y despojó de las ricas y preciosas vestiduras de su gloria y grandeza, ¿cómo tú, sumamente ignorante y pobre, asi te ensoberbeces? Si Jesus por sí mismo te enseña á exercitar las obras de humildad y caridad, gustando mas de hacer que mandar, ¿porqué no harás tú otro tanto, y pondrás manos á la obra, de la cual se te ha de seguir tanto provecho y tan copioso fruto?

¶ Punto segundo. Considerar el coloquio que pasó á Cristo con el apóstol S. Pedro cuan-

do llegó á lavarle los pies, el cual considerando con viva fe la grandeza de su Señor, y su infinita baxeza, vino á decir con admiracion (*Joann.* 12. *n.* 6.): *Señor, ¿tú á mí lavas los pies? Tú, Dios infinito, y Señor de todas las cosas criadas, á mí el mas baxo de todas ellas? Tú, Criador de los cielos y tierra, Señor de los ángeles y serafines, á mí, criatura tuya, esclavo tuyo, pecador vilísimo, ¿quieres lavar con esas manos que dan vista á los ciegos, salud á los enfermos y vida á los muertos, no mi cabeza ó mis manos, sino mis sucios y abominables pies? Yo, Señor, habia de hacer esto, y aun de ello me hallo por muy indigno.*

Ponderar lo que un Dios tan alto hizo por un hombre tan baxo; y á lo que se puso por hacernos humildes. Y sintiendo altamente de Cristo, y baxamente de ti, sacarás afecto de admi-

racion, de accion de gracias, é imitacion, proponiendo la necesidad que tienes de que su Magestad te lave y limpie, pues tan humilde es, y tan deseoso de hacer este bien, para que tengas parte en él, atento que tú no lo puedes hacer, ni otra humana criatura tiene de suyo este poder ni autoridad, sino es el mismo Hijo de Dios.

¶ Punto tercero. Considerar como Jesucristo nuestro Señor, prosiguiendo con su exercicio de humildad y caridad, quiso exercitarle tambien con Judas; y postrándose á sus pies, como si fuera él señor, y Jesus su siervo, se los lavó y limpió, y aun con algunas muestras de mas amor, para enternecer aquel duro y rebelde corazon, y rendirle, si pudiese, con esta inestimable caridad y humildad.

Ponderar á Cristo nuestro Señor á los pies de un tan mal hom-

bre como Judas, y piadosamente se puede creer, que estando Cristo tan humillado delante de este traidor y mal discípulo, le diria, derramando lágrimas de sus ojos por la dureza y miseria de su corazon: *ea, apóstol mio Judas, dame acá esos pies, que te los quiero lavar, regar y limpiar, víspera del dia en que han de ser clavados, y lavados con sangre los mios por tus pecados. Y si tienes alguna queja de mí, aqui estoy á tus pies, haz de mí lo que quisieres, con tal que no me ofendas, ni te pierdas.*

Saca de este insigne acto de humildad dos cosas. La primera sea motivo de amar al que tanto se humilló; tomando de aqui exemplo para humillarte en razon de hacer bien á tus próximos, aunque por ser ruines no lo merezcan (*Ezech.* 11. *n.* 19.). La segunda sea aviso de esta dureza de Judas, para escar-

mentar en agena cabeza; suplicando á Dios trueque y convierta tu corazon de piedra en corazon de carne, para que sientas sus divinos toques, y abraces sus amorosos exemplos.

¶ Punto cuarto. Considerar como habiendo acabado Cristo nuestro Señor esta obra de tanta humildad y caridad, tomó sus vestiduras y tornóse á sentar á la mesa, y dixo á sus apóstoles: *¿sabeis lo que he hecho con vosotros?*

Ponderar esta pregunta, en la cual quiso este Señor decir: *¿sabeis el misterio que en esta obra está encerrado, y el fin para qué la hice?* Haz cuenta que te dice á ti Dios: *¿sabes lo que he hecho contigo, los bienes que te he dado, y los males y lazos de que te he librado? ¿sabes lo que me humillé por ti, para levantarte á ti? ¿sabes que me hice hombre para hacerte á ti hijo de Dios?* Pues

si Yo, siendo tu Señor y Maestro, te he lavado los pies; esto es, asi me humillé, ¿cuánta mayor razon es que te humilles y exercites en obras de humildad y caridad, pues toda mi vida he Yo gastado en darte raros y admirables exemplos de estas y otras virtudes?

Saca de aqui deseos de hacerlo asi de hoy mas, como Jesucristo te lo aconseja y pide; porque humillándote hallarás siempre gracia en sus divinos ojos para levantarte á la dignidad de hijo del Señor.

MEDITACION XXXII.

De la institucion del Santísimo Sacramento.

Punto primero. Considerar la grandeza del amor que Cristo tenia á los hombres; pues en la misma noche de su pasion,

cuando ellos trataban de darle muerte y comerle á bocados, y beberle la sangre con terribles tormentos y deshonras, él los aparejaba este soberano bocado y convite celestial para darles la vida.

Ponderar, que ni las persecuciones de los malos, ni la presencia de la muerte y de tantos tormentos fueron parte para turbar su corazon, ni entibiar su mucha caridad, para dexar de regalar con este convite soberano á sus escogidos. De aqui puedes sacar deseos de que ningunos trabajos, desprecios ni persecuciones, tormentos ni penas, sean parte para apartarte de él, ni para que dexes de ser siervo de Dios, y de recibirle á menudo en este Santísimo Sacramento, pues para esto se quedó acá debaxo de las especies de pan, que es manjar que todos comen, grandes y pe-

queños, pobres y ricos.

¶ Punto segundo. Considerar el lugar que Cristo nuestro Redentor escogió para instituir este Santísimo Sacramento, que fue un cenáculo grande, ofrecido con muy buena voluntad por un hombre, cuyo nombre no se declara.

Ponderar, que este cenáculo es tu alma, donde Cristo entra y reside por medio de este divino Sacramento, la cual te conviene mucho tener aderezada con todo género de virtudes, que son la tapicería de la casa en que Dios mora.

Ponderar lo segundo, como Cristo nuestro Señor estima en mucho una voluntad buena y pronta de recibirle, sin hacer caso de grandezas ni excelencias del mundo. Y por eso quizá no quiso que se declarase el nombre de este hombre que le dió su casa ó cenáculo, para significar

que no repara ni hace caso de que sea rico ó pobre, noble ó plebeyo, letrado ó idiota el que le ha de recibir en su alma; sino solamente de que le ofrezca lo que tiene con una buena y devota voluntad. Sacarás de aqui afectos y deseos de darte todo á este Señor, y ofrecerte á su servicio, pues siendo tú tan miserable, vil y baxo, usa contigo de tanta misericordia, que te quiere hacer casa y morada suya, en quien celebrar sus sacrosantos misterios.

¶ Punto tercero. Considerar como estando Jesucristo nuestro Señor sentado á la mesa, tomó en sus benditas manos un pan de los que alli estaban, y diciendo: *este es mi Cuerpo* (*Matth.* 26. *n.* 25.), en virtud de ellas mudó la substancia de pan en su santísimo Cuerpo y Sangre.

Ponderar la Omnipotencia de este Señor, pues en un ins-

tante convirtió el pan en su Carne, de tal suerte, que todo Dios y Hombre entero está debaxo de una cantidad muy pequeña de la Hostia, y en cada parte de ella, sin que se divida y aparte el Cuerpo, aunque se divida y parta la Hostia. Lo segundo ponderar, que no dixo Cristo nuestro Señor, eso es parte de mi Cuerpo ó mi Carne, sino este es mi Cuerpo todo entero y perfecto; porque aunque cualquiera partecita de su Carne bastára para santificarnos, quiso poner alli todos sus miembros; esto es, su cabeza, ojos, oidos, pecho y corazon, para darte á entender, que con sus miembros santísimos queria santificar todos los miembros del que le recibe, y sanar todo el hombre entero. Saca de aqui deseos de darte á Dios nuestro Señor, y emplear todos tus miembros y sentidos en su servicio, para

que todo tú seas vivo retrato suyo.

¶ Punto cuarto. Considerar como Cristo nuestro Señor comulgó á todos sus apóstoles, y les dió en este divino Sacramento todo cuanto tenia, que fue su santísimo Cuerpo y Sangre, Alma, Divinidad y Humanidad, para que se acordasen de lo mucho que los quiso, y de lo que por su causa padeció.

Ponderar la reverencia y devocion con que aquellos bienaventurados apóstoles tomarian aquel benditísimo pan, y le recibirian en sus entrañas. S. Pedro avivaria alli la fe, diciendo á lo que estaba encerrado en aquel sagrado pan: ¿*tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo*? Y nuestro Señor le responderia: *bienaventurado eres, Simon, porque ni la carne ni la sangre te ha revelado esto, sino mi Padre que está en los cielos* (*Matth.* 16.

n. 16.). S. Juan avivaria los afectos de amor, viendo que su Maestro, no solamente le pegaba consigo, y reclinaba en su pecho, sino que le recibia dentro de él para juntarse con él. Sacarás de aqui deseos, cuando te llegares á recibir á este Señor, de llevar contigo las virtudes de fe, amor y pureza que estos santos apóstoles llevaron, para que saques el provecho que ellos sacaron, y sigas al Señor que ellos siguieron. Adviértase, que al fin del libro tercero se escriben algunas meditaciones y consideraciones de este sacrosanto misterio para antes y despues de haber recibido el Santísimo Sacramento. Alli las podrá ver el deseoso de saber aparejarse, y de dar gracias á nuestro Señor por el beneficio que de él ha recibido.

MEDITACION XXXIII.

De la ida del Salvador al huerto, y de la oracion y afliccion que alli tuvo.

Punto primero. Considerar el gran deseo que tenia Cristo nuestro Señor de padecer afrentas, escarnios y vituperios por nuestro amor; y por parecerle que se tardaba mucho aquella hora, en la cual embriagado de amor habia de quedar desnudo como otro Noé, para que se viese que no huía (*Matth. n.* 26.): en acabando la cena se fue al huerto á orar, por ser lugar muy conocido del traidor Judas, que le habia de entregar, como quien de su voluntad se iba á ofrecer á la muerte.

Ponderar como este Señor por ningunos trabajos y peligros quiso dexar sus buenos y loables

exercicios de oracion y meditacion, pues acabada la cena se fue á la soledad á orar antes de entrar en la conquista de su pasion. Saca de aqui confusion de tu tibieza y negligencia, pues por cualquiera liviana ocasion dexas la oracion, y te olvidas de tus loables exercicios; habiendo de ser al contrario, que en tiempo de mayores peligros, trabajos y tentaciones, habias de acudir mas á Dios; por ser la oracion único remedio para no caer en ellas.

¶ Punto segundo. Considerar como en llegando tu Redentor al huerto, se apartó de sus apóstoles y discípulos, y comenzó á entristecerse y estar afligido (*Matth.* 14. *n.* 17.).

Ponderar, qué es lo que da pena y aflige á este Señor, que es la alegría de los ángeles, y el espejo en que se miran los bienaventurados, y hallarás que

la causa de esta afliccion fue el temor de los tormentos y muerte tan terrible que le aguardaba. Tambien fue causa de esta pena y tormento que padecia, la memoria y viva aprension de los pecados de todos los hombres presentes, pasados y por venir, y la muchedumbre y gravedad de ellos, y el gran daño que causan en ellos, condenándolos á los tormentos del infierno: todo esto le era causa de terrible pena. De aqui sacarás afectos de tristeza y de dolor por los tormentos y muerte que á tu Dios espera, pues fuiste la causa de sus penas y trabajos.

Procura ya de hoy mas aborrecer los pecados y huirlos, pues ves á este Señor cual está por librarte de ellos, y de la eterna pena que por ellos merecias.

¶ Punto tercero. Considerar la perseverancia que Jesucristo nuestro Señor tuvo en su larga

y prolixa oracion, en la cual muchas veces pidió y suplicó á su Eterno Padre una misma cosa, y fue, que pasase de él aquel cáliz amargo de su pasion (*Matth.* 29. *n.* 39.).

Ponderar la devocion, sentimiento, lágrimas y tristeza de este Señor, su soledad y desamparo en tal afliccion, viendose apartado de sus apóstoles, que lejos de él estaban durmiendo y roncando, y su Eterno Padre, que no le daba respuesta ni despachaba su peticion: su Madre santísima, que estaba ausente y apartada de él: sus enemigos que se acercaban muy apriesa; y con todos estos trabajos y desconsuelos siempre perseverante en su oración. De aqui puedes sacar la grande estima que debes hacer de la oracion, pues te enseña Cristo que el único remedio de tus penas y tristezas no es parlar ni conversar

con los hombres, sino estar con Dios en la oracion, confiando, que lo que al principio se niega, al fin se te vendrá á conceder, si fuere cosa que te cumple y conviene.

¶ Punto cuarto. Considerar como viendo el Hijo de Dios que la primera ni segunda vez no le daba respuesta su Eterno Padre, acudió á la tercera; y repitiendo la misma oracion con grande amor y confianza dixo: *Padre, si eres servido, pasa de mí este cáliz; mas no se cumpla mi voluntad sino la tuya* (*Luc.* 21. *n.* 42.).

Ponderar que la causa porque el Padre Eterno dilató tanto oir la oracion de su santísimo Hijo, fue para darte á entender la grande necesidad que tú y todos teniamos de la pasion y muerte de su Hijo benditísimo. Sacarás de aqui lo primero, deseos de no quejarte ni enfadar-

te cuando orares, de que no te oye Dios, que sí te oye. Porque si á Cristo nuestro Señor, que merecia ser oido á la primera palabra, no le dan respuesta hasta que ora tercera vez; ¿qué mucho te la dilate á ti, que por ser tan gran pecador no mereces ser oido? Lo segundo, sacarás, que muchas veces no te quiere Dios dar el consuelo en la oracion, ni remediar tu necesidad, para que conozcas y eches de ver la que tienes de acudir á él con paciencia y perseverancia.

MEDITACION XXXIV.

De la aparicion del ángel, y sudor de sangre.

Punto primero. Considerar que el Eterno Padre, viendo á su santísimo Hijo en tanta afliccion y congoja, que segun la vo-

luntad de la parte inferior, rehusaba su carne benditísima el padecer y morir, le envió un ángel del cielo para que le confortase y esforzase, y le propusiese la gloria que á Dios resultaria, y el beneficio que haria á todo el linage humano por medio de su pasion, y que por aquel abatimiento y tormento de la cruz su nombre seria ensalzado y adorado de toda criatura.

Ponderar que aquel Señor de todos los ángeles, como si estuviera olvidado de su divina Magestad, quiso ser confortado de uno de sus criados; y siendo fortaleza del Padre, y el que con su poder rige y sustenta el mundo, recibir alivio y consuelo de un ángel, por haberse hecho, cuanto á la naturaleza humana, inferior á los ángeles. (*Psalm.* 15. *n.* 9.) Saca de aqui, que el oficio de los ángeles es

asistir á los que oran, para consolarles, animarles, y para presentar á Dios sus oraciones; porque cuando se hacen como se debe, tienen su efecto, pues Dios nos libra de la tribulacion cuando se lo suplicamos, y nos da fuerza para sufrirla y llevarla con paciencia y alegria; y cree, que este consuelo y provecho sacarás en tus penas y aflicciones, si acudieres en ellas á la oracion, como Dios nuestro Señor le tuvo en la suyas.

¶ Punto segundo. Considerar que orando el Hijo de Dios con mas afecto y fuerza, creció tanto la congoja, temor y tristeza de la muerte que le esperaba, y de los muchos tormentos que en ella habia de pasar, que vino á reventar y verter por todo su cuerpo un sudor de sangre tan copioso, que corrió hasta la tierra.

Ponderar lo primero la gran-

deza de los dolores de Cristo, pues si sola la representacion de ellos hizo un efecto tan nuevo y tan extraño en aquel Señor, que es la virtud y fortaleza de Dios, ¿qué seria el padecerlos? (*Luc.* 2. *n.* 14.) Lo segundo, ponderar el exemplo que te da este Señor de luchar contra tus pasiones, apetitos y malas inclinaciones, resistiendolas todas valerosamente hasta derramar la sangre, si necesario fuera, por vencerlas. De aqui sacarás deseos de luchar contra ellas, poniendo delante de los ojos todas las causas que te causen temor y espanto en el camino de la virtud, en el cumplimiento de la divina voluntad, ahora sea temor de pobreza, deshonra, enfermedad, dolor ó cualquiera otra dificultad, y asi saldrás con victoria de ellas.

¶ Punto tercero. Considerar la inmensidad del amor de Cris-

to nuestro Señor, y liberalidad grande que muestra en derramar de su voluntad su sangre por ti, no queriendo esperar á que los verdugos se la sacasen con los azotes, espinas y clavos; sino que antes de esto quiere que su imaginacion y santo zelo sean sus atormentadores, sus azotes y espinas. Ponderar cuán grande seria la congoja de este Señor por la aprension de todos los tormentos que habia de padecer en cada parte de su cuerpo, pues fue bastante á salir y reventar la sangre por su rostro, cuello, pecho y espaldas, quedando todo él empapado y teñido en ella. Saca de aqui deseos de que todas las partes y miembros de tu cuerpo se conviertan en lenguas para alabar el amor y misericordia de tu Dios; y en ojos para llorar lágrimas de sangre por tus pecados; y en manos para tomar

venganza y castigo de tu carne con duras y ásperas penitencias; pues ella fue la causa de que en aquella hora padeciese tu Salvador espiritualmente de tropel y por junto lo que despues habia de padecer en diferentes horas.

¶ Punto cuarto. Considerar el ánimo y el esfuerzo que la carne santísima de Cristo sacó de la oracion, para acometer á los muchos trabajos de su pasion, fortaleciéndola para emprender lo que antes naturalmente aborrecia y huía, que era la muerte..

Ponderar, que la causa de este esfuerzo y valor que aqui mostró este Señor, entre otras fueron dos: la primera, ver que con su muerte, como principal caudillo y cabeza nuestra, sanaba todas las mortales heridas y llagas que padece el cuerpo místico de su Iglesia, que son

los fieles. La segunda, para dar esfuerzo, valor y brio á sus escogidos, para vencer y rendir á sus enemigos espirituales y corporales, padeciendo por él, y por su honra y gloria trabajos, persecuciones, afrentas, tormentos, cruz y muerte, como lo hicieron un S. Pedro, S. Pablo, Andres, Estéban, y Lorenzo, y otros muchos, imitando, como buenos soldados, á su valeroso Capitan, que fue delante de ellos dandoles grande exemplo de sufrimiento y paciencia. De aqui puedes sacar deseos de amarle, como buen soldado de Cristo, con las armas de la oracion, que son armas de luz, para que en todos tus trabajos puedas pelear, y salir con victoria de tus enemigos mundo, demonio y carne.

MEDITACION XXXV.

De la venida de Judas, y mal tratamiento del Señor.

Punto primero. Considerar como acabada la oracion llegó aquel falso amigo Judas con un escuadron de gente armada, hecho adalid y capitan suyo, para prender á Cristo nuestro Señor (*Matth.* 16. *n.* 67.).

Ponderar á qué extremo de males llegó este miserable, por no resistir á los principios de su codicia. ¿Y qué otra cosa se puede aguardar de ti, si no resistes á las tuyas, atento que no tienes tales ni tan buenos aparejos para la virtud como los tenia este, pues no aprendes en tal escuela, no ves tales milagros, no conversas con tal Maestro, ni con tales discípulos? Y todo esto no fue causa para re-

primir á este desdichado apóstol, y detenerle para que no cayese, como otro lucifer, del mas alto estado de la Iglesia, en el mas profundo abismo de maldad, como era ser el primer conjurado en la muerte de Cristo. Saca de todo esto un gran temor de los juicios de Dios, suplicándole no te desampare, porque no llegue tu maldad á tanto, que del bien saques mal.

¶ Punto segundo. Considerar que la señal que habia dado este traidor á los ministros de satanás para entregar á su Maestro, fue decirles: *mirad que al que yo besare, ese es, tenedle fuertemente* (*Matth.* 16. *n.* 18.).

Ponderar como con ningun otro cebo habian de armar lazos al Maestro de la vida sus enemigos sino con señal de amor, aceptando este cruel beso, para quebrantar con la dulzura de su mansedumbre la dureza de

aquel rebelde y obstinado corazon. De aqui sacarás gran confianza en la misericordia de este Señor, que no desechará tu ósculo ni el de los pecadores que desean reconciliarse con él, y cobrar la amistad perdida, pues no desechó el beso del que tan vilmente le vendia como Judas.

¶ Punto tercero. Considerar como salió Jesucristo nuestro Señor al encuentro á aquellos ministros de justicia, y preguntándoles: *¿á quién buscais?* ellos respondieron: *á Jesus Nazareno.* Y el Señor les dixo: *Yo soy* (*Joan.* 18. *n.* 4.).

Ponderar lo primero aquella palabra de Cristo: *¿á quién buscais?* Como si dixera: *advertid, hombres, que buscais á un hombre justo é inocente, que á todos hace bien, y á nadie mal. Buscais al que baxó del cielo al suelo por vuestra salud, y le buscais para quitarle la vida.* Saca de

aqui deseos de buscar á este Señor, pero de diferente manera: esto es, para tu salud y remedio, y para su honra y gloria; y confia, que buscandole de esta suerte, le has de hallar, y hallandole, poseerle y gozarle.

Ponderar lo segundo aquella palabra: *Yo soy*, que para los buenos discípulos fue de tanto consuelo en su trabajo, y para los malos de tanto terror y espanto, que fue bastante á dar con ellos en tierra, y no se levantáran si el mismo Señor, que con una palabra sola los habia derribado, no les diera licencia para levantarse. Saca de aqui deseos de buscar á Dios; y advierte, que para los buenos que le buscan en la oracion es Padre, Protector, descanso y alegría; pero para los malos que le buscan para ofenderle y darle muerte, es Juez que les ha de juzgar y condenar; y finalmen-

te, él es el que es para su daño y desventura.

¶ Punto cuarto. Considerar como habida licencia de Cristo nuestro bien, fue entregado aquel mansísimo Señor, é inocentísimo Cordero á los lobos hambrientos, y á los príncipes de las tinieblas, que son los demonios, para que por medio de sus siervos y ministros executasen en él todos los tormentos y crueldades que quisiesen, no con excepcion de la vida, como fue entregado el santo Job en poder de satanás; mas para que sin limitacion alguna de vida ni de muerte empleasen su rabia contra aquella santísima Humanidad.

Ponderar la descortesía y atrevimiento de estas inhumanas fieras, pues se emplearon en injuriar y atormentar al Hijo de Dios, de quien tantos y tan infinitos beneficios habian recibi-

do, y á quien poco antes juzgaban por indigno de suma honra. Pero olvidados de todo esto, unos le daban bofetadas en su divino rostro: otros golpes y puñadas: otros tiraban de sus cabellos y venerable barba. (*Matth.* 26. *v.* 20.) De aqui puedes sacar vergüenza y confusion de haberte atrevido á hacer otro tanto como estos traidores hicieron, poniendo tus sacrílegas manos en tu Señor y Salvador, ya que no exteriormente, á lo menos con tus muchos pecados y malas obras, persiguiéndole con ellos, y maltratándole como sus enemigos lo hicieron, no una vez como ellos, sino muchas.

MEDITACION XXXVI.

Del prendimiento de Cristo nuestro Señor.

• Punto primero. Considerar que siendo este Señor la misma inocencia, fue tenido y tratado como ladron, y como á tal vinieron á prenderle sus enemigos con sogas, lazos, espadas y lanzas, á los cuales dió Jesucristo poder sobre su cuerpo para que le acoceasen y atormentasen á su voluntad (*Luc.* 18. *n.* 4.).

Ponderar la extrema humildad de este Señor, y cómo está debaxo de los pies de los hombres pecadores el que tiene su asiento y silla sobre los serafines; cómo está hollado y acoceado como ladron el que es espejo de inocencia, y cordero sin mancilla: admírate de una tan rara humillacion, como lo

fue no solo arrojarse este gran Dios á los pies de sus apóstoles y de Judas para lavarselos y besarselos, sino de ver que este traidor con su maldito escuadron ponga sobre Jesus tu Salvador sus abominables pies para pisarle, hollarle y acocearle. Saca de aqui deseos de rendirte y humillarte á los menores que tú, pues ves á Cristo tu Salvador tan humilde y manso recibiendo tales afrentas y descortesías de quién y por quién.

¶ Punto segundo. Considerar como aquel escuadron de soldados, despues de haber herido y maltratado á Cristo nuestro Señor, atandole las manos por las muñecas con fuertes cordeles, como á ladron, le llevaron preso á casa del pontífice Anás (*Joan.* 18. *n.* 12. *et.* 13.).

Ponderar cuán lejos estaba este Señor de ser ladron, y robar de lo ageno quien daba por tu

bien todo lo que tenia por propio; y si es ser ladron robar los corazones, y sacar las almas del poder de satanás, como lo hizo siempre, sacarás de aqui deseos de que este Señor robe la tuyas, y todo cuanto tienes y posees, diciendole: *atad, Señor, mis manos con cuerda de amor, para que mis obras sean buenas. Atad mi memoria, para que no se olvide de tantas mercedes y beneficios como cada dia me habeis hecho. Atad mis ojos, para que no vean cosas ilícitas. Atad mi lengua, para que no parle ni murmure del próximo. Mis pies para que solo caminen por las sendas de vuestros divinos mandamientos. Finalmente, atad, Señor, á todo este hombre con todos sus sentidos y potencias para todo lo que es culpa, y soltadle para todo lo que es virtud.*

¶ Punto tercero. Considerar que viendo los apóstoles preso

y atado á su Señor y Maestro, todos llenos de temor y miedo, huyeron y le desampararon. (*Matth.* 27. *n.* 56.)

Ponderar como Dios nuestro Señor en este paso es solo, y dexado de sus caros amigos, y cercado de sus enemigos: bien acompañado en la cena, y en el tiempo de la prosperidad, pero desamparado en el de la adversidad. De aqui puedes sacar vergüenza y confusion por haber desamparado y dexado tantas veces á tu Padre, Señor y Maestro, y apartádote de hacer su santa voluntad por cumplir la tuya; que siendo su Magestad desamparado de su Padre y de sus discípulos, te dará raro exemplo de paciencia, para que cuando tú te veas desamparado y dexado de los tuyos, lo sufras, que no es mucho pase el discípulo por donde pasó su Maestro, pidiéndole, que pues

es amigo fiel y verdadero, nunca te desampare, aunque todos te dexen, y en especial en la hora de la muerte.

¶ Punto cuarto. Considerar quién es este Señor, en quien tantas descortesías se executan, y quién es el que tan malos tratamientos recibe, y de quién.

Ponderar lo primero, que este Señor es el Verbo del Padre, la sabiduría eterna, la virtud infinita, la bondad suma, la gloria verdadera, y fuente clara de toda hermosura. Este Señor es el preso, el atado y el abofeteado, y el acoceado, y el que es tratado con tanta inhumanidad.

Ponderar lo segundo, el sentimiento tan grande que tendria este Señor de verse tan maltratado de una gente de tan poco conocimiento, que por los beneficios que les habia hecho recibia maleficios. ¿Y si asi sentia

tu Dios ser tratado de sus enemigos, cómo sentiria el serlo de sus amigos, viendose solo y en tal afliccion; habiendole uno de ellos vendido, otro negado, y todos dexado? Saca de aqui deseos de ser verdadero discípulo de este Señor, y procura no dexarle, sino acompañarle y seguirle hasta la cruz, para que asi goces de él en su gloria.

MEDITACION XXXVII.

De la presentacion de Cristo ante el pontífice Anás.

Punto primero. Considerar lo que tu Dios y Señor padeció en aquel largo camino que le hicieron hacer desde el huerto hasta la casa de Anás, al cual llevaron sus enemigos, dándole golpes y empellones, haciendole ir de priesa, medio corriendo y tropezando, como en seme-

jantes casos suele acontecer á los que van como ladrones y facinerosos maniatados.

Ponderar la mansedumbre y silencio con que el Señor sufria y padecia sin culpa tantas descortesías, pues nunca la tuvo ni la pudo tener, aunque sus enemigos fingian que la tenia, atormentándole como á culpado. Sacarás de aqui deseos de imitar el exemplo de este Señor en callar y en padecer cuando se te ofreciere, y ocasion te dieren, pues no es mucho que teniendo tantas culpas y pecados, sufras y calles por amor de Dios, el cual careciendo de ellos, te dió tan grande exemplo de paciencia y sufrimiento.

¶ Punto segundo. Considerar cuando entraron aquellos malos ministros por la ciudad con el Salvador, ¡qué gritos darian, pregonando la presa que llevaban! Ponderar cuán dife-

fente entrada fue ésta en Jerusalén, de la que hizo este Señor el dia de ramos, pues en aquella iban muchos con palmas en las manos, en señal de la victoria que habia alcanzado; en ésta iban con espadas y lanzas en señal de la suya. En aquella levantaban todos la voz para alabarle, diciendo: *bendito sea el que viene en el nombre del Señor*; en ésta levantaban el grito para afrentarle, diciéndole mil injurias. En aquella tendian sus ropas por el suelo para que pasase y las pisase; en ésta tiraban de sus vestiduras, y se las rasgaban y quitaban, y aun de sus barbas y cabellos le tiraban. De aqui puedes sacar en todas las cosas una igualdad de ánimo, y conformidad con la divina voluntad, acordándote en el tiempo de la prosperidad de la adversidad; y en el de la honra de la deshonra; y en el dia

bueno del malo; pues es cosa clara, que á un rato de placer se le han de seguir muchos de pesar.

¶ Punto tercero. Considerar cuáles irian aquellos sacrosantos pies de tu divino Salvador todos llenos de sangre, y desollados con los tropezones y pisadas que le darian en ellos aquellos infernales ministros.

Ponderar lo primero, cómo comienzan á pagar estos divinos pies los pecados que han cometido los tuyos en los caminos apresurados y torcidos por donde han caminado á cumplir por tus antojos: el segundo, el espíritu y afecto con que nuestro Señor iba por aquel camino, y las virtudes que exercitó de humildad y paciencia, ofreciendo á su Eterno Padre aquellos pasos trabajosos en satisfaccion de los que tú das para ofenderle. Y sacando de aqui deseos de

agradecimiento á tal Señor que tales pasos dió por tu salud y remedio, le suplíca te dé gracia para que endereces todos los tuyos en su santo servicio, y en la guarda de su santa ley y mandamientos.

¶ Punto cuarto. Considerar la manera y modo con que seria tu Salvador recibido cuando llegase ya al palacio del pontífice Anás, y le pusiesen en su presencia, y en la de los letrados de la ley. ¡Con qué arrogancia comenzarian á exâminar á Cristo nuestro Señor, teniendo á su Magestad en pie como reo, estando ellos sentados como jueces, con insignias y borlas de doctores, y el Maestro del cielo maniatado y preso como si fuera ladron y malhechor (*Luc.* 2. *n.* 46.).

Ponderar cuán diferentemente está Dios nuestro Señor ahora en medio de los doctores y

letrados, que lo estuvo cuando era de edad de doce años, disputando con ellos y concluyéndoles. Entonces estaba sentado en medio de ellos, preguntándoles y respondiéndoles con estima y admiracion de ellos, y ahora está en pie; y si responde á las preguntas que le hacen, es con escarnio y burla del que es Doctor de las gentes. Saca de aqui deseos de humillarte, y de llevar con paciencia, á imitacion de Cristo nuestro Señor, cuando fueres de otro tenido y juzgado por necio é ignorante, y á creerlo asi, pues de verdad lo eres, holgándote de parecer é imitar en algo á tu Salvador.

MEDITACION XXXVIII.

De la bofetada y remision á Caifás.

Punto primero. Considerar que aquel Señor, de quien dixo

S. Juan que jamas hombre alguno habia hablado mejor que él; ahora dando una mansa y blanda respuesta al pontífice, es por un infame hombre herido y abofeteado.

Ponderar qué tal y tan lastimado quedaria el delicado rostro del Señor con el furioso golpe y con la vergüenza natural de tan grave injuria. Y aunque habian sido muchas las bofetadas, puñadas y coces que en el prendimiento habian dado al Señor sus enemigos, de ninguna en particular se hace mencion en las divinas letras sino de ésta, por ser mas afrentosa que las demas, y por habérsela dado en presencia del pontífice y de muchos nobles y principales del pueblo (1. *Petr.* 1. *n.* 12.). Sacarás de aqui compasion y dolor de haber abofeteado y herido aquel rostro, en quien desean mirarse los ángeles del cie-

lo, y córrete de lo que te sientes y quejas, no de que te abofeteen, que no aguardas á eso, sino de que te honren y estimen cuando estás delante de otros, queriendo ser en esto mayor que tu Señor y tu Dios, que tan afrentado y menospreciado fue por tu causa.

¶ Punto segundo. Considerar la grande paciencia, mansedumbre, quietud y serenidad de rostro que Cristo nuestro Señor conservó en su santísima alma, recibiendo tal injuria, de la cual no se vengó ni de palabra ni de obra.

Ponderar que pudiendo hacer el Señor que baxára fuego del cielo, ó que la tierra se abriera para que tragára y consumiera á aquel hombre maldito, no lo hizo, sino que mostró con la obra estar aparejado para ofrecer y dar la otra mexilla si se la queria herir. Saca de aqui

imitacion y exemplo para no airarte ni enojarte por cualquiera cosa que te suceda, por grave que sea, ni á volver mal por mal, sino aprender de tu Señor á volver bien por mal (1. *Petr.* 3. 39.), pidiéndole en este paso te dé en todas las ocasiones que se te ofrecieren aquella constancia de ánimo y mansedumbre que él tuvo y mostró, para que seas manso y humilde de corazon, como él lo fue.

¶ Punto tercero. Considerar las palabras mansas que Cristo nuestro Señor dixo al que lo habia afrentado, que fueron estas: *si mal hablé muéstrame en qué: y si bien, ¿porqué me hieres y notas de descortés? pues no eres juez, sino testigo.*

Ponderar que aunque esta razon era tan concluyente, no fue admitida, ni le valió, ni se hizo caso de ella; sino antes mostraron alegría y regocijo todos

los que estaban presentes de que le hubiese dado aquella bofetada, sin que se hallese quien volviese por él, y reprehendiese el descomedimiento de aquel hombre (*Joann.* 18. 13.). De aqui podrás sacar conformidad con la divina voluntad cuando no fueren oidas ni admitidas tus respuestas, ni se hiciere caso de ellas, pues no se hizo de la que dió el Hijo de Dios, cuya propiedad fue siempre hablar bien, y por eso es ahora herido y maltratado, en castigo de las culpas que tú hiciste, y cada dia haces hablando mal. Pide al Señor te dé gracia para que siempre hables bien de él, y honres á todos.

¶ Punto cuarto. Considerar que habiendo Cristo nuestro Señor dicho al pontífice quién era, por habérselo preguntado, siendo él y los que con él estaban indignos de oir tal respuesta, sin

poderlo sufrir, envió atado al Señor de la vida á casa de Caifás, habiéndole primero todos los que alli estaban dado á porfia de bofetadas y pescozones (*Matth.* 26. 75. *et* 14. 26.).

Ponderar como estos crueles sayones ataron de nuevo á tu Redentor, y le doblaron las prisiones, porque no se les fuese, ni alguno se le quitase; y su caridad es tal y tan grande, que gusta de ser atado con nuevos lazos y sogas, por desatarte á ti y á ellos de las graves culpas que contra su Magestad has cometido. De donde sacarás deseos de sufrir tu afrenta cuando en público y en secreto fueres tenido por culpado y reo, pues de verdad lo eres, viendo que tu Señor por lo que es digno de ser glorificado es ultrajado y baldonado.

MEDITACION XXXIX.

De la negacion de S. Pedro.

Punto primero. Considerar que habiendo huido S. Pedro con los demas discípulos aquella noche de la pasion, y volviendo en sí, queriendo ver en qué paraba aquel negocio, y qué fin tenia la prision de su Maestro, le siguió, y por medio de san Juan Evangelista, que era conocido en la casa del pontífice, entró en ella; y siendo tenido de los que alli estaban por discípulo suyo, le negó tres veces, jurando y perjurando que no le conocia.

Ponderar lo que atravesó el alma del Señor el pecado y grave injuria que este discípulo suyo le hizo, y de que el querido regalado apóstol, y entre todos tan honrado con el principado

de la Iglesia, tuviese empacho de parecer discípulo suyo. Saca de aqui confusion y vergüenza de haber negado muchas veces á tu Salvador, ya que no con palabras, á lo menos con obras, desdeñándote de la guarda de sus santos mandamientos, y de hacer algunas cosas de virtud, como el confesar, comulgar, ó sufrir alguna injuria. Todo esto, ¿qué otra cosa es sino tener vergüenza de parecer discípulo de Cristo, y negarle? Por lo cual puedes temer no te comprehenda aquella sentencia y castigo del Salvador que dice: *el que se afrentáre de parecer mi discípulo delante de los hombres, el Hijo de la Vírgen se afrentará de reconocerle por suyo delante de los santos ángeles* (*Luc.* 12. *n.* 8.).

¶ Punto segundo. Considerar cuán malo es durar en la ocasion, y no escarmentar en la primera caida, pues á S. Pe-

dro las ocasiones de tropezar, y presumir tanto de sí y de su virtud, y las malas compañías, fueron causa de su caida. Por lo cual dice el Eclesiástico: *el que ama el peligro perecerá en él* (*Eccl.* 3. *n.* 4.).

Ponderar, que el que era piedra fundamental de la Iglesia, y tan favorecido del Señor, el que confesó á Jesucristo por Hijo de Dios vivo, el que se ofreció á morir por él, á no escandalizarse ni huir, ahora se halla tan flaco, y teme tanto, que preguntado de una mozuela si era discipulo de Cristo, se empacha, teme y tiembla, y le niega una, dos y tres veces. Sacarás de esta flaqueza de Pedro, cuán cerca está de caer el que mucho confia y presume de sí. Y pues no eres Pedro ni piedra, sino polvo y lodo, y todo el oro y plata de tu poca virtud está sobre pies de tierra funda-

do, y una chinita basta para derribarla, y dar con toda la máquina en el suelo (*Dan.* 2. *n.* 34.), no blasones ni bravees, que no hay otra valentía ni virtud sino la que por el conocimiento humilde de sí mismo estriba en la bondad y misericordia del Señor; y asi para no caer, te cumple huir la mala compañía y cualquier peligrosa accion, arrogancia y presuncion.

¶ Punto tercero. Considerar que luego que Pedro negó á su Maestro, movido Cristo de compasion, y doliendose de ver caido en tanta miseria y desventura á aquel pastor de su ganado, y á aquella oveja perdida, que era cabeza de todos, mirándole le ganó y convirtió (*Luc.* 22. *n.* 19.).

Ponderar la infinita misericordia y cuidado de Cristo nuestro Señor, el cual aunque estaba ro-

deado de enemigos, y cargado de trabajos, se acuerda del discípulo, y en lugar de castigarle se compadece de él, y volviendo á él sus ojos de misericordia, alumbra con luz del cielo los suyos ciegos, para que conozca y vea su yerros; porque los ojos de Dios tienen tal propiedad, que abren los nuestros, despertando los dormidos, y resucitando los muertos. Saca de aqui afectòs de amar á este Señor, pues cuando tratas de ofenderle, pone él tales medios y remedios para perdonarte, compadeciéndose de ti, mirándote con sus ojos de misericordia, y tocando tu corazon, y todo á fin de que sientas y llores tus culpas y pecados.

¶ Punto cuarto. Considerar como en alumbrando el Señor, y penetrando con aquella vista callada y amorosa aquella alma herida y llagada, para que arre-

pintiéndose de su pecado, le llorase amargamente; pero comenzó luego á hacerlo, y para satisfacer mejor con la penitencia, se salió de aquella casa y palacio donde tan mal le habia ido (*Matth.* 1. *n.* 57.).

Ponderar como Pedro, por haber negado á su Señor y Maestro tres veces en una noche, lloró y se arrepintió de su pecado por toda su vida, é hizo una muy dura y áspera penitencia, aun entendiendo que Dios le habia ya perdonado todos sus pecados. De aqui puedes tú sacar deseos de hacerla de los tuyos, pues no una noche sola, sino toda tu vida; y no tres, sino innumerables veces has negado y vuelto las espaldas á Dios. Por lo cual te cumple, si quieres que te perdone, llorar y sentir muy de veras tus pecados, haciendo penitencia de ellos.

MEDITACION XL.

Trabajos de Jesus en casa de Caifás la noche de su pasion.

Punto primero. Considerar la respuesta que nuestro Señor dió al pontífice Caifás á la pregunta que le hizo, conjurándole de parte de Dios, que le dixese quién era; y como el Salvador respondiese á esta pregunta la verdad y lo que convenia á su persona, ciego el pontífice con el resplandor de tan gran luz, pareciéndole como juez apasionado, que habia blasfemado, asi él, como todos los de su infame consejo, condenaron al Señor á muerte, y no mirando á la gravedad de su persona, maltrataron á tu Salvador.

Ponderar la mansedumbre con que nuestro Señor sufrió estas descortesías y afrentas, y

oyó aquella injusta sentencia: *reo es, y culpado; y asi digno de muerte.* Como en oyendo esto aquel Cordero sin mancha, se ofrecia de muy buena gana á la muerte por dar la vida á aquellos que le condenaron. Saca de aqui deseos de decir lo contrario que estos enemigos de Dios le dixeron. Es á saber, tal inocencia como la de este Señor, tal Bienhechor, tal Salvador y Maestro, digno es de la vida; tal Dios y tal Redentor dignísimo es de ella; y todos los que le condenan, ofenden y acusan, merecedores de muerte eterna.

¶ Punto segundo. Considerar como por ser muy tarde, y tiempo de recogerse el pontífice y los suyos, entregaron al Salvador á los soldados y guardas, para que velasen sobre él; y haciéndolo ellos asi, para vencer el sueño de la noche escarnecian y burlaban de Cristo; y

cubriendo sus ojos con un trapo, herian su divino rostro, diciéndole: *adivina quién te dió* (*Matth.* 14. *n.* 94.).

Aqui puedes considerar á Cristo nuestro Señor lleno de tantas penas y trabajos, ultrajado y menospreciado de todos los grandes y menores; y no fue menor pena verse vendados sus divinos ojos, para que mas á su salvo le pudiesen sus enemigos herir el rostro, entendiendo ellos que de aquella suerte no los veria; porque es propio de los grandes pecadores desear no ser vistos, para poder pecar mas libremente; pero no por eso dexaba de verlos con los ojos de su alma y divinidad, porque era Dios, cuyos ojos, dice el Sabio que contemplan en todo lugar al bueno y al malo, y al bien ó al mal que cada uno hace (*Prov.* 15. *n.* 3.). De aqui sacarás, que cuando pecas, ol-

vidándote de que Dios te mira, tú eres el ciego, y el que te engañas, tapando tus ojos con este falso y negro velo; que los de Dios muy claros y descubiertos estan sobre ti, mirando tus obras, pensamientos y palabras; y asi teme de hoy mas ofender á este Señor, trayendo siempre á tu memoria aquel dicho admirable que dice: *mira que te mira Dios.*

¶ Punto tercero. Considerar como tras esta injuria aquellos inhumanos corazones hicieron al Salvador otra no menor, que fue escupirle en su soberano rostro, llenándole de aquellas asquerosas y hediondas salivas, que todos á porfia, como eran muchos, le echaban, dexando aquella cara, que con su hermosura alegra la corte soberana, grandemente afeada y obscurecida.

Ponderar, qué rostro es el

afeado y escupido, como si fuera un rincon y lugar el mas vil y desechado del mundo; y hallarás que es el rostro del Dios de la Magestad, de quien dice su profeta: *muéstranos tu rostro, y seremos salvos* (*Psalm.* 79. *n.* 10.). Es el rostro *delante de quien cubrian el suyo los serafines de puro respeto y reverencia* (*Isai.* 6. *n.* 2.). Es el rostro *del que con su divina saliva dió vista á los ciegos, oido á los sordos, y lengua á los mudos.* Es el rostro *en quien no se hartan de mirar y adorar los ángeles del cielo* (*Mar.* 7. *n.* 34.). Sacarás de aqui afectos dè compasion y dolor, sintiéndote de ver afeado y escupido el rostro de tal Señor por tales y tàn viles malvados, de ver maltratado al Criador por criaturas tan baxas, permitiendo su Magestad ser afeado y manchado, para que tú quedases lavado y limpio.

¶ Punto cuarto. Considerar las palabras afrentosas que hasta los pícaros de cocina de aquel palacio decian á Cristo, á quien tambien daban de bofetadas, puñadas y coces, y le preguntaban: ¿*adivina quién te dió? Pues dices que eres Cristo y Profeta, ¿quién es el que te dió esta bofetada, quién te dió este puntapie, quién te dió esta coz, quién te dió este pescozon?* Y dando risadas, y haciendo burla de él, daban á entender que le tenian por Cristo fingido, y Profeta falso.

Ponderar la paciencia invencible, y mansedumbre inestimable, y corazon amorosísimo con que sufria todo esto Dios nuestro Señor, el cual tenia mas lástima de la culpa de los que le atormentaban, que de la pena que él padecia. Saca de aqui afectos y deseos de padecer algo por este Señor, que tanto padece por ti, amando de todo co-

razon al que tales y tan grandes muestras de amor te dió, juntando con la continua accion de gracias continuos servicios por ellas.

MEDITACION XLI.

De las preguntas de Pilato á Cristo N. Sr.

Punto primero. Considerar cuán deseada tenian la mañana, asi Jesucristo como sus enemigos, pero con muy diferentes fines; el Señor, para padecer y morir; y ellos, para executar su dañada intencion, que era de quitarle la vida: y en amaneciendo se volvieron á juntar el pontífice Caifás y su concilio, y llamando á Jesus segunda vez, le preguntó: *¿eres Cristo, Hijo de Dios* (*Matth.* 2. *n.* 1.)? Pero el Señor no le dió respuesta á propósito de lo que deseaba saber.

Ponderar lo que te conviene á ti hacer esta pregunta al Señor, pero con diferente voluntad y deseo del que tuvieron sus contrarios, y decirle: *Señor mio, si sois Cristo, si sois el Mesías prometido, si sois el Hijo de Dios vivo, y resplandor de la gloria del Eterno Padre, como es verdad que lo sois, ¿cómo está vuestro divino rostro tan desfigurado? ¿cómo tan afeado con salivas? ¿cómo tan cárdeno con bofetadas?* Y sacando de aqui afectos de ternura y compasion, acaba de conocer que tus pecados son la causa de haber parado á tu Cristo y tu Señor de la manera que le ves, y su mucha caridad da testimonio de que es Hijo de Dios vivo, pues otro que él no pudiera sufrir tantos tormentos por pecados que no hizo; y adorándole de todo tu corazon, di: vos, Señor, sois mi Cristo y mi Dios, mi Salvador y Redentor,

y el que treinta y tres años habia que teníades tantas ganas de ver por vuestra casa este dia de trabajos y penas, para librarme á mí de las eternas.

¶ Punto segundo. Considerar como en oyendo el pontífice la respuesta que el Señor dió despues á su pregunta, siendo él y todos los que con él estaban indignos de oir lo que no merecian, le trataron como á un esclavo. Y por parecerles que era muy poca la pena que ellos podian dar al Señor, le relaxaron al brazo seglar del presidente Pilato, para que le ajusticiase y atormentase mas cruelmente (*Matth.* 10. *n.* 1.).

Ponderar la providencia y sabiduría de Dios nuestro Señor, pues quiso que judíos y gentiles concurriesen y se juntasen á dar la muerte al que moria para dar salud á todos, pues su muerte es nuestra vida, y su conde-

nacion nuestra salvacion. Sacarás de aqui compasion y lastima de ver á tu Señor y á tu Dios aborrecido de todos, asi de los de su nacion, como de los que no lo eran. Y duélete que muchos de los cristianos hagan otro tanto con sus pecados; y si esto hacen los que tienen obligacion de servirle y honrarle, ¿qué maravilla es que los moros y gentiles, que no le conocen, le ofendan?

¶ Punto tercéro. Considerar la presentacion y acusacion de Cristo ante Pilato, como si fuera un malhechor y alborotador, siendo tenido por hombre que prohibia se diese el tributo al Cesar, haciendose el Mesías prometido de Dios (*Luc.* 1. *n.* 2 .).

Ponderar como en todas estas acusaciones y calumnias no habló Cristo nuestro Señor palabra para su defensa, descubriendo en esto su gran mansedumbre

y paciencia, y mostrando por la obra cuán vehemente era el deseo que tenia de morir por nuestra salud, pues no quiso con sus palabras dilatar un punto la muerte que ellos le deseaban dar. De aqui podrás sacar, que la mas fuerte arma para resistir á tus enemigos en medio de los torbellinos y persecuciones es la confianza en Dios, como la tuvo este Señor, cuyo nombre fue admirable, pues no solamente lo fue en las grandezas y milagros, sino en las baxezas y trabajos; admirable en su mansedumbre; admirable en su paciencia y sufrimiento; admirable en su silencio, dandote á ti exemplo cómo has de saber callar, y no excusarte cuando te reprehendieren de tus faltas y pecados, aunque no te halles culpado.

¶ Punto cuarto. Considera como habiendo oido Pilato todo

estas acusaciones, se entró con Cristo en la sala del tribunal, para exâminarle y preguntarle de todo lo expuesto. Y habiendo oido todas las divinas respuestas de la boca de Dios, en quien jamás se halló doblez ni engaño, viendo su verdad y entereza, juzgó que era hombre inocente (*Joan.* 18. *n.* 3.).

Ponderar el deseo que tendria Cristo nuestro Señor de que este miserable juez abriera los ojos de su alma, para que le entrára en ella el rayo de la divina luz (1. *Petr.* 2. *n.* 22.). Pero el desventurado, aunque comenzó á tener deseos de saber la verdad, no esperó la respuesta, porque no mereció oirla de la boca del verdadero Dios (*Joann.* 18. *n.* 36.). Saca de aqui deseos de saber la verdad, y de que Dios, como Padre y Autor de ella, te la enseñe, creyendo que es verdad

su vida, verdad sus milagros, verdad sus sacramentos, verdad todo lo que enseñó y predicó. Y pues esta es la pura verdad, aunque te cueste la vida en defensa de ella, como á tu Dios le costó la suya, huélgate de perderla, que no seria perderla, sino ganarla.

MEDITACION XLII.

De la presentacion de Cristo nuestro Señor ante el rey Herodes.

Punto primero. Considerar como entendiendo Pilato que el Salvador era natural de Galilea, y de la jurisdiccion de Herodes, que aquellos dias habia venido á Jerusalén á celebrar la fiesta del Cordero, enviósele para que fuese juez y conociese de la causa de aquel preso que él tenia por súbdito su

yo (*Luc.* 23. *num.* 7.).

Ponderar el trabajo é ignominia que nuestro Señor padeció desde la casa de Pilato hasta el palacio del rey Herodes, y llevándole aquellos crueles enemigos con gran estruendo y ruido por medio de las plazas y calles de Jerusalén, para que todos le viesen, y notasen de culpado y malo. Sacarás de aqui compasion de ver al Hijo de Dios ser traido por astutos tribunales y jueces, uno peor que otro, queriéndolo asi su Magestad, para tener materia harta en que mostrar su mucha paciencia, humildad y sufrimiento, dándote exemplo para que le sepas imitar y seguir en estas virtudes.

¶ Punto segundo. Considerar lo mucho que se alegró el rey Herodes cuando vió al Salvador, porque habia oido decir de él grandes cosas de las ma-

ravillas que obraba y milagros que hacia, y asi deseaba que delante de él hiciese alguno.

Ponderar que por no huir Cristo su muerte, ni el tormento, no quiso hacer delante de Herodes milagro ninguno, por entender le movia, no el deseo de la salud espiritual, sino el gusto y vana curiosidad: ni tampoco quiso este Señor hablar palabra ninguna en defensa de lo que le preguntaban: todo lo cual redundaba en mayor afrenta de Cristo. Saca de aqui deseos que Dios te comunique la virtud del silencio, y que él responda por ti á todas tus dudas y dificultades, útiles y provechosas para bien y remedio de tu alma, que está llena de ignorancia, y por ti solo no podrás dar respuesta que buena sea, ni salir de ellas.

¶ Punto tercero. Considerar como viendo el rey Herodes

que Cristo no acudia á dar gusto á su curiosa liviandad, le menospreció, y con todos los de su corte le tuvo por simple y loco; y asi no le pareció condenarle á muerte, sino afrentarle, y que por burla y escarnio le vistiesen una ropa blanca, tosca y grosera.

Ponderar á Cristo nuestro Señor en este paso mofado y vituperado del rey y cortesanos, tratándole como á un loco, poniendo en él todos las manos con burlas y mofas muy pesadas; y esto hecho, le remitió el rey al presidente Pilato, como quien dice: *ahí te vuelvo á enviar á ese loco y sin juicio.* De donde puedes sacar deseos de acompañar con el espíritu á tu verdadero Rey y Señor, el cual sufrió todos estos escarnios con admirable paciencia, enseñándote á hacer poco caso de los juicios y aprecios del mundo lo-

co, y de sus dichos y hechos: desea padecer por la justicia y santidad para tener cierto y seguro el reyno de los cielos; pues no hay mayor cordura que holgar de ser despreciado por amor de Dios, ni mayor locura que buscar ser mirado sin él.

¶ Punto cuarto. Considerar, que entre tantas vestiduras como mudó aquella noche de su pasion Cristo nuestro Señor, nunca permitió el Padre Eterno que le pusiesen sus enemigos una ropa negra, siendo uso y costumbre entre los hebreos, que el que salia al tribunal á ser juzgado fuese vestido de negro, lo cual era señal de condenado, sino que quiso fuese blanca de inocencia, ó colorada de amor.

Ponderar como aquella vestidura que le dió á Cristo nuestro Señor por mofa, fue figura de la blancura y pureza de su

santísima ánima, y de la inocencia de su vida, como lo declaró su enemigo que le sentenció, diciendo: *no he hallado en él causa para condenarlo.* (*Joseph. l.* 4. *c.* 17.) Saca de aqui deseos de que te vista y atavie este Señor tu alma con la vestidura blanca de su inocencia, y tu cuerpo con la de sus desprecios, para que en todo le sepas imitar, y asi quedarás mas blanco y puro que la nieve (*Ps.* 50. *n.* 4.).

MEDITACION XLIII.

De la comparacion de Cristo con Barrabás.

Punto primero. Considerar, que deseando el presidente Pilato librar á Cristo de la muerte, habiendo por honra de la pascua de soltar algun condenado en ella, dixo á los judios:

¿á quién quereis que suelte, á Jesus, que se dice Cristo, ó á Barrabás? Que por ser este hombre tan sedicioso y malo, tuvo por sin duda, que por no darle á él la vida se la darian á Jesus (*Matth.* 17. *n.* 17.).

Ponderar la humillacion de Cristo Señor nuestro, pues siendo tan grande, tan sabio, tan santo y tan bienhechor, todos le igualaron y compararon con Barrabás, que era un hombre infame, ladron, homicida, revoltoso y público malhechor.

Saca de aqui deseos de no indignarte cuando otro menor y peor que tú fuere antepuesto á ti, y mas honrado y estimado; cuando de aquel se hiciere caso, y no de ti; cuando al otro se le encargáren los oficios y negocios, y no de ti se habláre ni se hiciere caso, pues por todo esto pasó tu Señor y tu Dios.

¶ Punto segundo. Considerar como aquel pueblo ingrato, y aquellos ciegos y apasionados votos de los escribas y fariseos, piden al juez sea suelto el matador de hombres, el malo, el facineroso libre, y el Autor de la vida crucificado y muerto.

Ponderar cuán mudables son los hombres, y cuán fáciles de dexarse engañar, pues los que pocos dias há habian á grandes voces aclamado á Cristo por Rey suyo, ahora con diferentes clamores dicen que no quieren sino que viva Barrabás, y muera Cristo. Sacarás de aqui confusion de tu soberbia, y procura de hoy mas humillarte y baxarte, viendo á Dios nuestro Señor que es tenido en menos que el mas mal hombre del mundo; y aqui verás cumplido á la letra lo que este Señor dixo por su Profeta: *gusano soy, y no hombre, oprobrio de los*

hombres, y desecho del pueblo; y por tal es el dia de hoy tenido de los que le debian honrar y estimar sobre los hombres y ángeles (*Psalm.* 11.*n.* 7.).

¶ Punto tercero. Considerar que mientras mas gana tenia el presidente Pilato de librar á Cristo, mayor deseo tenian los judios de que soltase á Barrabás. Ponderar las veces que pasa entre tu carne y tu espíritu un juicio semejante á este de los judios, el uno escogiendo á Cristo, y el otro á Barrabás; el uno á Dios, el otro á la criatura; el uno busca la honra vana y perecedera de los hombres, y el otro la de Dios, que es perpetua y eterna; el uno finalmente busca las cosas caducas y transitorias, el otro las estables, que para siempre permanecen. De lo cual sacarás grande arrepentimiento de haber dexado á Cristo Bien sumo,

por cosa tan vil y despreciada como es Barrabás; quiero decir, haber tantas veces escogido, y tenido en mas á la criatura, al deleite sensual y á la honra vana, que á Jesucristo nuestro Señor, en quien estaban encerrados todos los bienes y tesoros de la sabiduria y ciencia infinita de Dios, y avergüénzate de esto, miserable (*Ad Col.* 23.).

¶ Punto cuarto. Considerar, como abonó Pilato á Cristo, y testificó al pueblo de su inocencia, diciendo: *yo no hallo causa en este hombre por la cual merezca muerte*: pero el pueblo furioso, levantando mas el grito, dió voces, y dice: *crucificale, crucificale* (*Joann.* 18. *n.* 18.).

Ponderar lo mucho que nuestro Señor sentiria aquellos repetidos clamores, viendo que no solo pedian que fuese muerto, sino que acabase con tan cruel muerte, como era la de la cruz.

Saca de aqui dolor de que tus pecados hayan puesto á Cristo nuestro Señor en tan grande aprieto, pues ellos fueron los que dieron voces para que fuese crucificado: por lo cual te cumple aborrecerlos, abominando de bestias tan crueles y sangrientas, que con tanta inhumanidad quitaron la vida á tu Salvador.

MEDITACION XLIV.

De los azotes que el Señor recibió en la columna.

Punto primero. Considerar, que como el presidente viese que aquella traza no le salió bien, y que todo el pueblo estaba tan alterado, tomó otro consejo para aplacar la furia de aquellos crueles enemigos, y fue dar contra el Señor de los ángeles sentencia de azotes.

Ponderar cuán injusta, cruel y afrentosa fue aquella sentencia que el presidente dió contra nuestro Señor, sin embargo deque sabia él muy bien y le constaba de su inocencia; pero Jesucristo, levantando los ojos al Padre Eterno, le diria aquellas palabras de su profeta: *aparejado estoy, Señor mio, para los azotes, y con deseo de pagar lo que no debo, ni hurté.* (*Psalm.* 37. *n.* 18.) Y aceptando aquella inhumana sentencia, sin apelar ni suplicar de ella, ofreció de muy buena gana su santo cuerpo á los azotes, en satisfaccion de nuestros pecados. Saca de aqui deseos de no quejarte cuando fueres de tus superiores, iguales ó menores reprehendido y castigado, aunque no tengas culpa; pues ves á Dios, que careciendo de ella, no solo es reprehendido, sino azotado tan cruelmente, siendo

tratado como un ladron con tan abominable castigo, sin quejarse ni hablar palabra mas que un mudo.

¶ Punto segundo. Considerar que en dando el juez la sentencia de azotes, asieron aquellos crueles verdugos al Señor de los cielos, al Criador del mundo, á la gloria de los ángeles, y baxáronle al patio, lugar del suplicio, donde le desnudaron con bárbara inhumanidad y fiereza de sus vestiduras, y le cubrieron de azotes (*Psalm.* 37. *n.* 14. *Matth.* 19. *n.* 26.).

Ponderar la vergüenza que padeceria aquel Señor que viste los cielos de nubes, hermosea los campos de flores, puebla los árboles de hojas, las aves de pluma, y los animales de lanas y pieles, viéndose tan desnudo y pobre, sin hilo de ropa sobre sí, y delante de tanta gente como alli estaba, sin te-

ner ojos que se compadeciesen de él, ni echasen siquiera acuestas una capa para cubrir su desnudéz. Sacarás de aqui afecto de compasion y lástima, viendo en tanta necesidad y desamparo á tu Dios y Señor, desnudo y á la vergüenza, y rodeado de sus enemigos, que le deseaban beber la sangre.

¶ Punto tercero. Considerar como aquellos crueles é inhumanos sayones, teniendo desnudo á aquel casto y vergonzoso Mancebo, le ataron fuertemente á una columna de pies y manos para poderle herir mas á su salvo.

Ponderar la grande inhumanidad y crueldad con que comenzaron á descargar sus látigos y disciplinas sobre aquellas delicadísimas carnes de tu Salvador, y añadir azotes sobre azotes, y llagas sobre llagas, hasta que aquel sacratísimo

cuerpo ceñido de cardenales, rasgados los poros, reventando la sangre, y corriendo por todas partes hilo á hilo, quedó tan desangrado y desfigurado, que su misma Madre apenas le conocia. De aqui podrás sacar un grande aborrecimiento de tus pecados, pues fueron causa de este tan atroz castigo, y un gran deseo de castigarlos con ásperas penitencias y disciplinas.

¶ Punto cuarto. Considerar como cansados los verdugos de herir aquel inocentísimo cuerpo de Jesus nuestro Señor, que estaba ya molido con los azotes, que pasaron, segun algunos santos dicen, de cinco mil, le desataron, y no pudiéndose el Señor tener en pie, caeria sobre la balsa de su sangre, que al pie de la columna estaba.

Ponderar la soledad y desamparo de Cristo nuestro bien, pues no tenia alli amigos ni co-

nocidos que le ayudasen á levantar, sino enemigos que le pisasen, hollasen y acoceasen, para que sacase fuerzas de flaqueza, y se levantase. Saca de aqui gran confianza del perdon de tus pecados, pues tanto padece este Señor por librarte de ellos, y un gran deseo de estar arrimado á los pies de Cristo, besando unas veces con el espíritu la tierra que está bañada con su santísima sangre, otras te abraza con aquella santa columna, que labrada y estimada está con este precioso rosicler de la sangre del Cordero, pues la derramó para hacerte fuerte, como columna en el templo de Dios; esto es, de fuerte é invencible corazon para resistir á tus enemigos, pasiones y tentaciones.

MEDITACION XLV.

De la capa de púrpura, y corona de espinas.

Punto primero. Considerar como habiendo acabado con el castigo de los azotes, vinieron al de las espinas, y llegando aquellos crueles soldados á Cristo nuestro bien, lo primero que hicieron fue vestirle una ropa colorada, que era insignia de reyes; pero á nuestro Señor se la pusieron por burla y escarnio, para dar á entender al pueblo, que siendo persona vil y baxa se hacia rey.

Ponderar como lo que tenia el mundo para honra, convirtió en deshonra de Jesucristo, para hacer risa y mofa de él. Saca de aqui una grande compasion de las sumas deshonras que padeció tu Señor y tu Dios,

y de su humillacion, pues llegó á ser risa y mofa de los hombres. Y suplícale no le estimes tú en tan poco, que con tus pecados le menosprecies, como sus soldados lo hicieron: mas antes le sirvas y ames, deseando te vista y honre con esta su preciosa y costosa librea, para que corriendo en pos de él, aunque por ella te corra el mundo, merezcas verle y gozarle en el cielo con las ricas y preciosas vestiduras de gracia y gloria.

¶ Punto segundo. Considerar como luego traxeron aquellos crueles enemigos una cruel corona de juncos marinos, que eran unas agudas y largas espinas, y se la fixaron en su sacrosanta y delicadísima cabeza, con la cual padecia por una parte muchísimo dolor, y por otra parte suma ignominia.

Ponderar como esta corona

no fue de oro, ni de plata, n de perlas preciosas, ni de rosas, ni olorosas flores, teniéndola este Señor tan bien merecida, por ser el verdadero Rey de los cielos y tierra; pero la que en lugar de esto le ponen es de fuertes y muy recias zarzas y cambrones que traspasaban sus delicadísimas sienes, permitiendo esto el Señor por haber tú ceñido las tuyas, y coronádolas con rosas y flores de gustos y regalos. Sacarás de aqui cuán grande sea la bondad y la caridad de Dios para con los hombres, pues que estando ellos preparando una corona cruel y terrible con que lastimarle y atormentarle, él les aparejaba en el cielo la corona de gloria con que premiarles. Y pues Dios te enseña con su exemplo que con corona de espinas se gana la corona de gloria en el cielo, y que vale mas en esta vida la

corona de trabajos, que punza, que la de regalos y deleites, que atormenta en la eterna; procura coronarte y echar mano de la primera, como lo hizo santa Catalina, para excusar la segunda.

¶ Punto tercero. Considerar como para que el escarnio y burla fuese mayor, pusieron tras esto á tu soberano Rey y Señor en su mano derecha una caña en lugar de cetro real, y le herian con ella en la cabeza, todo á fin de que entendiese el mundo que su reyno era hueco y sin substancia, y él falto de juicio en hacerse rey.

Ponderar como no resistió Jesucristo nuestro Señor en tomar la caña, sino que antes la apretó muy bien en su divina mano, como á insignia de su desprecio. De aqui puedes sacar lo que te cumple á ti resistir y desechar la honra y estimacion

propia, y abrazarte con la baxeza y humildad, pues por este camino y por este medio entró nuestro santo Rey en su reyno; y por éste, y no por otro, si quieres, has de entrar en el reyno que no es tuyo, sino ageno.

¶ Punto cuarto. Considerar como no contentándose aquella canalla impía con las injurias ya dichas que en aquel mansísimo Cordero habian hecho, intentaron otra de nuevo, y fue hincarse de rodillas delante de él, y por mofa de escarnio le decian: *Dios te salve, Rey de los judios*, y luego le daban recias bofetadas en su divino rostro, y hacian gestos y visages delante de él.

Ponderar con cuánta diferencia adoran en el cielo aquellos espíritus celestiales á este gran Rey y Señor, de lo que le adoraron los hombres en la tierra. Los ángeles le reverencian co-

mo á Dios y Rey de todo lo criado; y los hombres le adoraron como á Dios falso y Rey fingido (*Isai.* 9. *n.* 3.). Ellos le llaman Santo, Santo, Santo; y los hombres malo, pecador y endemoniado (*Joann.* 19. *n.* 3.). Saca de aqui deseos de sentir y llorar tus muchos pecados, y lo que tu Señor y Dios padece; y como hijo suyo y amigo verdadero, postrándote en tierra, adora á tu Rey y Señor muy de otra manera, diciéndole de todo tu corazon: *Dios te salve, Rey de los cielos y de la tierra, Rey de los ángeles y de los hombres: sálvame, Señor, y admíteme en tu reyno cuando salga de esta miserable vida.*

MEDITACION XLVI.

Del Ecce-Homo.

Punto primero. Considerar como llevaron estos crueles soldados á tu Salvador con esta figura tan lastimada al presidente Pilato, el cual admirado de verle tan maltratado, le sacó á un lugar alto, donde fuera visto de todos, para que movidos á compasion, dexáran ya de pedirle la muerte.

Ponderar lo primero cuán avergonzado estaria este Señor con la vestidura de escarnio, con la corona de espinas, con la caña en la mano, con la soga al cuello, el cuerpo todo quebrantado y molido con los azotes, afeado y ensangrentado con los golpes; y con los hilos de sangre que por el rostro le corrian estaban aquellas dos

lumbreras del cielo eclipsadas y casi ciegas.

Ponderar lo segundo cuán diferente figura sacó aqui el Salvador de la que tuvo en la gloria del monte Tabór. Aquella tan apacible la descubrió á solo tres discípulos; y ésta tan dolorosa á todo el pueblo de Jerusalén; aquella allá en un monte solo y retirado; y ésta en medio de toda la gran ciudad. Saca de aqui confusion de tu soberbia, viendo al Señor tan humillado y despreciado por ti, pues procuras no serlo tú de los hombres, sino que todos te honren y estimen, y entiendan lo bueno que hay en ti, y lo vean y loen.

¶ Punto segundo. Considerar como teniendo Pilato á Cristo nuestro Señor en presencia de todo el pueblo, dixo en alta voz: *veis aqui el Hombre* (*Joann*. 26. *n*. 6.).

Ponderar estas palabras como dichas por Pilato, y hallarás que movido á la misericordia de ver tan lastimoso espectáculo, deseó librar á Cristo, y dixo: *Ecce-Homo. Mirad á este Hombre, y veréisle tan castigado, que apenas parece hombre; y supuesto que es hombre como vosotros, y no bestia, compadeceos de él.* Mas ellos no le quisieron mirar con ojos humanos, ni tenerle lástima. De aqui puedes sacar deseos de que Dios te dé ojos compasivos y un corazon de carne, para que mirándole te compadezcas de lo mucho que por tu causa padece, y gracia para amar á los que te aborrecen, pues tan raro exemplo de esto te dió este divino Dios y Hombre.

¶ Punto tercero. Considerar sobre las palabras dichas del *Ecce-Homo*, lo que te cumple levantar mas el espíritu, y mi-

rar con ojos de viva fe á este Señor, y decir á tu alma: *Ecce-Homo. Mira, alma mia, á este Hombre, que aunque está tan llagado con azotes, tan afeado con salivas, tan cárdeno con bofetadas, coronado con espinas, con una caña por cetro en la mano, y vestido con ropa de escarnio, mas es que Hombre, pues tambien es Dios.*

Ponderar que este es el Hombre que deseaba aquel enfermo de la piscina, para sanar de todas sus dolencias y enfermedades (*Ad Colos.*). Este es el Hombre, que es cabeza de los ángeles y de los hombres, y el que está tan deshonrado por honrarlos, tan afeado por hermosearlos, condenado á muerte por librarlos de ella y salvarlos. Y éste finalmente es el Hombre que está hecho oprobrio de los hombres, para hacerlos hijos de Dios. Sacarás de

aqui cuán aborrecible es á Dios el pecado, pues tal paró á su divino Hijo. Y dime: ¿qué tal habrán parado tus pecados á tu alma, cuando asi pararon los agenos aquella Fuente clara de toda la hermosura? ¿Y qué venganza tomará del pecador por su pecado propio, pues tal la tomó del Hijo por los agenos?

¶ Punto cuarto. Considerar el ódio y aborrecimiento que aquellos crueles enemigos tenian á Cristo nuestro Señor, pues no bastó aquella representacion tan dolorosa é ignominiosa para ablandar sus corazones; mas antes, alzando las voces, comenzaron á clamar, diciendo: *quítale delante de nuestros ojos; crucificalo, crucificalo* (*Joann.* 19.). Como si dixeran: *pues tan buen principio has dado en mandarlo azotar, acaba lo comenzado, y crucificale.*

Ponderar que ya que no bas-

tó aquel espectáculo tan lastimoso para amansar los corazones rabiosos de los hombres, bastó por cierto para aplacar el corazon enojado del Eterno Padre, el cual mirando á su Hijo benditísimo tan mal tratado por su obediencia y nuestro amor, perdona á todos los pecadores que con dolor de sus pecados, y con devocion y confianza, mirando esta figura se le presentan diciendo: *Ecce-Homo*: *Señor, veis aqui el hombre que nos disteis, el varon de vuestra diestra, aquel tan humilde, tan obediente, tan manso y tan amorosísimo.* De aqui sacarás un dolor y compasion grande de ver tan aborrecido de los suyos al que merecia ser sumamente amado, y procura de hoy mas ser ferviente en servir y amar á este Señor, de lo que sus enemigos lo fueron en aborrecerle; que haciéndolo asi, él te dará gracia para que

con limpios y claros ojos le mires, y le imites.

MEDITACION XLVII.

De como el Señor llevó la cruz á cuestas.

Punto primero. Considerar que habiéndose sentado el presidente en su tribunal, dió final sentencia en aquella causa, y condenando á Jesus á muerte de cruz, luego los soldados le hicieron dexar la ropa colorada; y desnudo y afrentado otra vez de nuevo, no solo delante de los verdugos, sino de todo el pueblo, le volvieron á dar sus vestiduras todas ensangrentadas, para que se las vistiera (*Matth.* 27.).

Ponderar, que para llevar Cristo nuestro Señor su cruz, se quitó las vestiduras agenas que se habia puesto en casa de He-

rodes y Pilato, y se vistió las suyas propias. Saca de aqui deseos de desnudarte de todos los afectos agenos de hijo de Dios; esto es, de todas tus costumbres viciosas del mundo y carne, con que has andado vestido, y toma las que son propias de Cristo, de humildad, paciencia, mansedumbre, caridad y otras semejantes, por las cuales has de ser conocido y tenido por discípulo suyo, pues esta fue siempre la librea del Hijo de Dios (*Joann.* 16. *n.* 17.).

¶ Punto segundo. Considerar como tomando el Señor la cruz sobre sus delicados y lastimados hombros por no hallarse un hombre entre tantos que quisiese llevar la cruz al lugar del suplicio, porque los judíos y gentiles, los unos por maldicion y los otros por afrenta, no querian; asi hubo de ir el Señor con ella encima de sí al monte Calvario.

Ponderar cuán de buena gana el manso Cordero tendió sus brazos para abrazarse con la cruz, y la daria besos de paz, diciéndola interiormente mil requiebros, mucho mejor que se los dixo el apóstol S. Andrés á la cruz de su martirio (*Ad Philip.* 3. *n.* 18.). De aqui puedes sacar confusion y vergüenza de ser enemigo de la cruz de Cristo, pues tanto rehusas poner el hombro al trabajo, procurando echar la carga sobre los agenos, como imitador de esta mala gente; que si lo fueras de Cristo te holgáras de seguirle con tu cruz, aunque te costara la vida, y murieras en la demanda.

¶ Punto tercero. Considerar que prosiguiendo el inocentísimo Cordero su camino con la santa cruz á cuestas, cansado y fatigado por los muchos trabajos de aquel dia y de la noche pasada, y por la mucha sangre

que habia perdido, apenas podia tenerse en pie, ni sustentar la carga tan pesada de la cruz, sin caer y arrodillar con ella.

Ponderar la grande inhumanidad de aquellos desapiadados corazones contra el Salvador; pues en lugar de ayudarle á levantar, compadeciéndose de él, le darian mil golpes, empellones y puntillazos, diciéndole: *levántate, traidor, hechicero, no dixiste que eras Hijo de Dios; y el que en tres dias te atrevias á levantar su templo santo: ¿cómo no te levantas ahora?* Sacarás de aqui consuelo en tus penas, llevando con amor y paciencia, á imitacion de Jesucristo, la cruz que te cupiere en suerte, aunque sea muy pesada, y te haga arrodillar, pues en esta vida es imposible carecer de cruz y trabajos. Espera en Dios y en su divina misericordia, que proveerá de quien te ayude á lle-

varla, para que no te arrodilles ni caigas con ella.

¶ Punto cuarto. Considerar la muchísima gente y muchas piadosas mugeres, que con sus lágrimas, salidas de un afecto y compasion natural, acompañaron al Señor; á las cuales se volvió y las amonestó que no llorasen tanto á él, cuanto á sus pecados, y los castigos que por ellos habian de venir á aquella ingratitud. *Porque si en el madero verde esta justicia se hace, ¿en el seco qué se hará* (*Luc.* 1. n. 28.).

Ponderar que Dios nuestro Señor quiso tambien decir en esto: *si á mí, que soy árbol verde y fructuoso, me castiga tan terriblemente la divina justicia por los pecados agenos, ¿cómo castigará á los pecadores, que son maderos secos y árboles sin fruto, por los pecados propios? Y si Yo, que soy inocente, he sido azotado,*

abofeteado, escupido, escarnecido, y ahora voy, sin merecerlo, con esta cruz á cuestas, para ser en ella clavado, ¿qué será de los culpados, qué azotes, qué espinas y bofetadas? Y finalmente, ¿qué tormentos vendrán por ellos? De aqui podrás sacar deseos de llorar tus culpas y pecados, pues todos ellos cargaron sobre los molidos hombros de tu Señor, que como fuertes enemigos le hicieron arrodillar y caer.

MEDITACION XLVIII.

De como fue crucificado el Salvador.

Punto primero. Considerar, que en llegando Cristo nuestro Señor al monte Calvario, fue alli por aquellas fieras con cruel inhumanidad despojado de sus sagradas vestiduras ; y como la sangre estaba ya helada y abra-

zada con ellas, era fuerza desollar y descortezar á aquel manso Cordero, el cual no abrió su boca, ni habló palabra contra los que asi le desollaban.

Ponderar que entre todas las veces que desnudaron al Señor, que fueron cuatro, esta fue la mas dolorosa y afrentosa, por estar desnudo de pies á cabeza, no solo de sus ropas, sino tambien de la piel. Saca de aqui paciencia y sufrimiento en las deshonras, y á no airarte ni enojarte cuando te vieres pobremente vestido, y falto de lo necesario, viendo el exemplo tan raro de sufrimiento, desnudez y pobreza que Jesucristo nuestro Señor te dió en su vida y en su muerte; pues su desnudez ha de ser tu vestidura; su deshonra tu librea; su pobreza tu riqueza; su confusion tu gloria; y su muerte tu vida de gracia y gloria.

¶ Punto segundo. Considerar

como estando Cristo nuestro Señor desnudo, poniendo los soldados la cruz en el suelo, le mandaron tender sobre ella de espaldas, para ser en ella clavado, y asi lo hizo.

Ponderar lo primero, la obediencia excelentísima de tu Salvador, la cual resplandeció en oir y obedecer en cosas tan ásperas y dificultosas á todo lo que aquellos crueles sayones le decian, dándote á ti exemplo de sujetarte á toda humana criatura por su amor, donde no hubiere pecado (*Petr.* 1. *n.* 13.).

Ponderar lo segundo, como tendido el Salvador sobre aquella cama de la cruz, que tus pecados le dieron, levantaria los ojos al cielo, y daria gracias á su Eterno Padre por haberle traido á punto que se viese tan pobre, tan deshonrado y afrentado por tu amor. Sacarás de aqui, cuando te vieres en traba-

jos y penas, tener conformidad con la divina voluntad en ellas, dándole por ellas las debidas gracias, pues vale mas, y es de mayor mérito un gracias á Dios en los trabajos, que muchas gracias en tiempo de prosperidad y bonanza.

¶ Punto tercero. Considerar como Cristo nuestro Señor fue clavado en la cruz, y los dolores tan agudos que padeció al tiempo que aquellos duros y gruesos clavos entraban, rompiendo venas, atravesando nervios, y rasgando las mas delicadas partes del mas delicado de todos los cuerpos, sufriendo con grande amor y paciencia el verse tan cercado de penas, y lleno de excesivos dolores.

Ponderar como permitió este Señor que aquellos clavos traspasasen sus santos pies y divinas manos, para mostrarte como te habia de tener siempre

impreso en ellas; pues el amor y santo zelo que tenia de la salvacion de las almas, y de la tuya, era tan grande. Saca de aqui deseos de tu salvacion, y de la de tus próximos, no haciendo caso de cualesquier dificultades, penas y trabajos, que por sacarlos de pecado se te ofrecieren, para que de esta suerte, como soldado de esta espiritual milicia, imites en algo á tu Capitan Jesus, que con tanto amor dió su vida por ellos colgado de la cruz.

¶ Punto cuarto. Considerar que despues de clavado Cristo nuestro Señor levantaron sus enemigos la cruz en alto con aquel verdadero *Agnus Dei*, que quita los pecados del mundo, dexándola caer de golpe en un hoyo que para esto tenian hecho.

Ponderar el dolor, confusion y vergüenza que sintió Cristo

nuestro Señor cuando se vió en lo alto desnudo en medio de un campo raso lleno de innumerable gente, y como otro Noé á la vergüenza, sin cobertura ninguna, ni tener quién se la dé, sino hartos que se la quiten. Sacarás de aqui vergüenza y confusion de lo poco que sientes y te duelen los trabajos de este Señor, pues no derramas siquiera una lágrima de compasion, derramando él toda su sangre. Y pues las cosas insensibles, careciendo de razon y de sentido, le mostraron tener tal y tan grande en la muerte de este Señor, que se rompieron y partieron de dolor; razon es que tú, que eres criatura suya, y la causa de padecer lo que padece, se lo sepas agradecer y sentir, pues lo obró este Señor para beneficio tuyo.

MEDITACION IL.

De las siete palabras que Cristo nuestro Señor habló en la cruz.

Primera palabra.

Considerar la gran caridad de este Señor, pues es tal, que primero que consuela á su Madre, primero que provee á sus amigos, primero que encomienda al Padre su espíritu, provee á sus perseguidores de remedio; y la primera palabra que habló en la cruz fue para disculpar á sus enemigos, que le crucificaban, blasfemaban y quitaban la vida.

Ponderar, que estando Jesucristo nuestro Señor lleno de dolores en todo su cuerpo, sin hallar lugar de descanso en aquella dura cama de la cruz; á

este tiempo levantaria sus divinos ojos al cielo, y derramando lágrimas de ternura y compasion, abrió su divina boca, no para que baxase fuego de allá, como pidió Elías, sino para rogar á su Eterno Padre perdonase á aquellos que alli estaban el pecado que hacian en crucificarle (4. *Reg.* 2. *n.* 12.). Sacarás de aqui cuán á la letra cumple Dios nuestro Señor el precepto que te ha dado de amar á tus enemigos, y orar por los que te persiguen (*Matth.* 5. *n.* 45.). para que con este exemplo aprendas, y sepas hacer otro tanto.

Segunda palabra.

Considerar, que la segunda palabra que tu Redentor habló en la cátedra de la cruz fue perdonar al ladron, y darle el cielo (*Luc.* 23. *n.* 45.), por haber él confesado su culpa, y decla-

rado la inocencia de Cristo nuestro Señor, y llamándole Rey á boca llena, le dixo: *acuérdate, Señor, de mí cuando estuvieres en tu reyno* (*Matth.* 10. *nn.* 32. *et* 33.). Y asi lo hizo Jesucristo nuestro Señor, honrando delante de su Eterno Padre á este ladron, que le confesó delante de los hombres, haciéndole tan crecidas gracias y mercedes, que siendo el postrero mereciese ser el primero de los mortales que en saliendo de esta vida recibiese el descanso de la gloria.

Ponderar, que si con tanta liberalidad premia Dios al que solamente le siguió aun no tres horas del dia, ¿cómo premiará al que le sirviere y siguiere con perfeccion todas las horas, dias y edades de la suya? Y si tan agradecido se muestra este Señor con este pecador que le ha injuriado innumerables veces por una sola vez que le honra y confiesa, ¿qué

agradecimiento mostrará al que toda la vida gasta en servirle y honrarle? Saca de aqui deseos de hacerlo asi, para que seguro y con mucha confianza puedas llegar á este Señor, y pedirle lo que este ladron pidió, diciendo: *acuérdate, Señor, de mí*; esto es, *no de mis pecados, ni de los hurtos que tengo hechos, sino de que soy hombre flaco y enfermo, de que soy criatura tuya, hecha á tu imágen y semejanza, por lo cual te suplico te acuerdes de mí.*

Tercera palabra.

Considerar, que la tercera palabra que Cristo nuestro bien habló desde la ara de la cruz fue encomendar á su Madre á S. Juan, y á S. Juan á su Madre, y luego la tomó el Evangelista por suya, y la amó con especial amor (*Joann. n. 16. et 17.*).

Ponderar el sentimiento tan grande que causó en el corazon de la Vírgen esta palabra de encomienda, porque se la daba en trueco un partido tan desigual como era al Hijo de Dios vivo por el hijo de un pobre pescador; al Maestro del cielo por el discípulo de la tierra; al Señor por el criado; y al que todo lo puede por el que nada puede sin su gracia. Saca de aqui un deseo grande de tomar á esta Señora por Madre tuya, y amarla y servirla con especial cuidado, y un firme propósito de obedecer á la divina voluntad, aprendiendo á tener en lugar de Dios á la criatura; esto es, el superior, padre ó señor que te diere, sea el que fuere, para que le sirvas y obedezcas como al mismo Dios, á imitacion de esta Señora, que tomó por hijo á S. Juan, y él á ella por Madre.

Cuarta palabra.

Considerar, que la cuarta palabra que dixo Jesucristo nuestro Señor á su Eterno Padre, mostrando la afliccion que sentia por el interior desamparo, fue decir en alta voz: *Dios mio, Dios mio, ¿porqué me has desamparado* (*Matth.* 27. *n.* 16.)?

Ponderar como el Eterno Padre dexaba penar y padecer á la humanidad santísima de su Eterno Hijo, sin librarle de aquellos terribles trabajos y dolores por nuestro bien y remedio, en los cuales no hallaba descanso en cosa alguna. No en la cruz, pues no podia arrimar su cabeza á ella sin nueva pena y dolor, hincándose las espinas por ella; no en las manos, por no poder limpiar los hilos de sangre que descendian de la cabeza por el rostro, ni enxugar

las muchas lágrimas que derramaba de sus ojos, por tenerlas clavadas: no en los pies, por no poder sustentar el cuerpo sin rasgarse con mayor dolor; y asi viendose este Señor afligido, llamaba á su Eterno Padre, y le decia: *Dios mio, ¿porqué me has desamparado?* Sacarás de aqui dolor y compasion de ver que apenas hay quien se aproveche de su pasion, ni acompañe á este Señor en sus duros trabajos, pues sus discípulos le habian desamparado, su pueblo dexado, y muchos hombres perdido su fe. Pídele con veras no te dexe ni te desampare ahora ni en la hora de tu muerte.

Quinta palabra.

Considerar, que estando ya el Señor todo exhausto, y por la mucha sangre que habia derramado secas las entrañas, y

agotadas las fuentes de las venas, tuvo naturalmente una sed grandísima, y asi dixo : *sed tengo* (*Joan.* 19. n. 8.).

Ponderar, que ademas de esta sed corporal que tenia, la tuvo nuestro Señor Jesucristo de tres cosas. La primera fue una sed insaciable de obedecer á su Eterno Padre en todas las cosas, sin dexar ninguna por penosa que fuese; y como supo que era voluntad de Dios, que en su sed le diesen hiel y vinagre, no quiso dexar de cumplirla. La segunda sed fue un entrañable deseo de padecer por nuestro amor mucho mas de lo que habia padecido. La tercera sed fue la que tuvo de la salvacion de las almas, y en particular de la tuya, y de que le sirvieses con perfeccion. Saca de aqui confusion y vergüenza, viendo que tu sed no es de padecer por Cristo nuestro Señor, ni de ser obe-

diente, paciente, humilde y pobre como él lo fue; sino de que todo te sobre, y nada de tu gusto te falte: suplícale te dé alguna partecita de esta sed que él tuvo, para que en algo parezcas ser hijo suyo.

Sexta palabra.

Considerar, que la sexta palabra que Cristo nuestro Señor habló desde aquel trono de la cruz, fue decir: *consummatum est* (*Joan.* 10.). Acabado y cumplido es todo cuanto mi Padre me mandó padecer desde el pesebre hasta la cruz.

Ponderar como este mismo Señor, que está en este ignominioso trono para espirar, volverá el dia del juicio en otro diferente de gloria y magestad para juzgar, y dirá tambien esta palabra: *consummatum est.* *Ya es acabado el mundo y su glo-*

ria vana. Ya son acabados los deleites de los malos, y trabajos de los buenos. De aqui podrás sacar deseos de vivir de tal manera, que en la hora de tu muerte puedas decir con S. Pablo : *acabado hé mi carrera : acabado hé mi vida, en la cual he cumplido como buen cristiano y buen religioso con las obligaciones de mi estado* (1. *ad Tim.* 4.) Pero si en esto hubieres faltado, no podrás decir : *acabado hé*, sino *mi pena y mi mal eterno comienzo ahora.* Pide á nuestro Señor te dé gracia para que desde hoy comiences, y acabes en su divino agrado.

Séptima palabra.

Considerar, que la última palabra que Cristo nuestro Señor habló en la cruz fue encomendar en las manos del Eterno Padre su espíritu (*Luc.* 24. *n.* 40.).

Ponderar lo primero, que no

dice le encomienda su hacienda, porque ninguna tiene, no su honra, porque no le da cuidado, no su cuerpo, porque no es lo que mas estima, sino es su espíritu, que es lo mas principal del hombre.

Ponderar lo segundo, que no solo encomendó este Señor al Padre su espíritu, sino tambien el espíritu de cada uno de sus escogidos, que tenia por suyo. Sacarás de aqui deseos en el tiempo de tu vida, y en la hora de tu muerte, de encomendar en las manos de Dios tu espíritu, pues de ellas pende la dichosa suerte de tu salvacion.

MEDITACION L.

Descendimiento de la cruz, y sepulcro del Señor.

Punto primero. Considerar que venida la tarde de aquel dia

triste y doloroso, Josef, hombre justo, y discípulo de Cristo, sin respeto ni temor de los judíos, fue á Pilato, y le pidió el cuerpo de su Maestro para darle sepultura, y el presidente se lo mandó dar (*Matth.* 57. *n.* 58.).

Ponderar, que asi como las deshonras del Hijo de Dios habian sido tantas y tan grandes, asi dió trazas su Magestad como desde la cruz comenzasen sus honras y exâltaciones, confesandole alli y teniendole muchos de sus enemigos por Hijo de Dios, y haciendo que Josef se juntase con Nicodemus, y ambos con gran fortaleza y denuedo acometiesen á esta hazaña (*Matth.* 27. *n.* 54.). Saca de aqui deseos de que Dios toque tu corazon con la fuerza de la divina inspiracion, para que no haciendo caso del temor humano, ni de los dichos de los hombres, acometas con gran forta-

leza y de hecho todo lo que fuere de agrado suyo á honra y gloria de su divina Magestad como lo hicieron estos santos.

¶ Punto segundo. Considerar que habida esta licencia, llegaron estos varones al lugar de la cruz donde Jesucristo estaba crucificado, y con reverencia profunda baxaron el santo cuerpo, y con grandísima humildad y tiernas lágrimas le pusieron en los brazos de su santísima y dolorosa Madre.

Ponderar el dolor y angustia que sentiria la Vírgen cuando viese y se abrazase con aquel cuerpo despedazado de su Hijo y Señor nuestro, le apretase fuertemente entre sus sagrados brazos, y pusiese la vista en las heridas que hizo la corona de espinas en su sagrada cabeza, y juntase su rostro con el de su Hijo. ¡Oh cómo se acordaria entonces cuán diferentes besos

y abrazos eran aquellos de los que le habia dado en su nacimiento y niñéz! ¡y cuán diferentes dias habia llevado en Belén y en Jerusalén! ¡Que noche aquella tan clara, y qué dia este tan obscuro! ¡Qué rica entonces, y qué pobre ahora! Y si cuando le perdió vivo tuvo tanto dolor y pena de su ausencia; ¡qué tal y tan grande la tendria cuando lo viese muerto en sus brazos, y con tan lastimosa figura! Sin duda seria aquel cuchillo de dolor tan grande, que traspasaria su alma y corazon. Saca de aqui deseos de que esta Señora te dé licencia para que con tu espíritu adores y beses, y tengas entre tus brazos al Hijo santísimo que ella tuvo en los suyos, y te alcance algun sentimiento y dolor de la pasion y muerte de tu Dios y tu Señor, para que seas participante de sus trabajos, pues esperas serlo de sus gozos y resurreccion.

¶ Punto tercero. Considerar como despues que la santísima Vírgen tuvo por un rato el cuerpo de su Hijo muerto en su regazo, Josef y Nicodemus temiendo que muriese de pena y dolor, se le quitaron de los brazos, y luego le ungieron con mirra, y envolvieron en una sábana, y cubrieron su rostro con un sudario.

Ponderar el amor que Cristo nuestro Señor tuvo á la pobreza, pues la mirra con que le ungieron, y la sábana y sudario con que le envolvieron, no quiso tenerlo propio, sino que fuese ageno, y el sepulcro prestado y como de limosna. De aqui sacarás amor á la pobreza que tanto este Señor amó, exercitándote en esta virtud en vida y muerte, como él la exercitó; porque si no renunciares todas las cosas que posees, á imitacion suya, dice Cristo nuestro Señor

que no podrás ser su discípulo (*Luc.* 14. *n.* 33.).

¶ Punto cuarto. Considerar, que cerca del lugar donde crucificaron al Señor habia un huerto, y en él estaba en una piedra labrado un sepulcro nuevo, y alli pusieron el santo cuerpo de tu Salvador.

Ponderar como no rehusa el que es resplandor del Padre, y gloria de los ángeles, honra del mundo, salud y vida de los hombres, estrecharse y encerrarse cada dia en los asquerosos y hediondos sepulcros de nuestros pechos, encubriendo, como con mortaja, su sagrado cuerpo con el blanco velo de las especies de Pan (*Joan.* 16. *n.* 45.). Saca de aqui deseos de pedir á nuestro Señor, que pues se digna de encerrarse y estrecharse tan á menudo en tu sepulcro, para que le comas y consumas, siendo como eres un vil gusano, te re-

nueve con virtudes, para que asi quede tu sepulcro limpio, como si en él nunca hubiera caido cosa muerta.



LIBRO TERCERO.

DE LAS MEDITACIONES y puntos que conducen á la via unitiva.

Qué cosa sea via unitiva.

El fin de la via unitiva es unir y juntar nuestro espíritu con Dios con union de perfecto amor, holgandose de sus inmensas é infinitas riquezas y perfecciones, alegrandose de su infinita gloria, poder y saber, deseando que sea conocido por todo el mundo, y que se cumpla siempre su divina voluntad en todas sus criatu-

ras, pues este es el camino por donde caminan los que llegan al estado de perfeccion, y consumados en la virtud, exercitándose en la contemplacion de la vida impasible y gloriosa de Cristo nuestro Señor.

MEDITACION I.

Del descendimiento al Limbo, y de la resurreccion de Cristo nuestro Señor.

Punto primero. Considerar que habiendo acabado Jesucristo nuestro Señor la batalla de su pasion, para dar cabo al negocio de nuestra salvacion, luego que espiró, dexando el cuerpo muerto en la cruz, no paró hasta llegar con su alma al mas baxo lugar del mundo, que es el infierno, á sacar las ánimas de los santos padres que alli estaban para llevarlos consigo al cielo,

Ponderar como siendo este Señor tan poderoso, que pudiendo librar y sacar estas almas santas del limbo con sola una palabra sin baxar allá personalmente, como sacó á Lázaro del sepulcro, no quiso, sino que su alma baxase, para descubrir con este heróico acto de humildad el amor que las tenia. De lo cual sacarás, que en los negocios de las almas que Dios te encomienda, por baxos que sean, los hagas por ti mismo, humillándote, como Cristo tu Señor se humilló en la tierra, para que seas ensalzado en el cielo.

¶ Punto segundo. Considerar el inmenso gozo que tendria el alma de Cristo nuestro Señor, viendose vencedor de la muerte, triunfador del infierno, y glorificador de tanta muchedumbre de almas como alli estaban. Por cuán bien empleados daria entonces este Señor los trabajos de

la cruz, cuando viese el fruto que comenzaba ya á dar aquel árbol sagrado.

Ponderar cuál seria la alegria, fiesta y regocijo que recibirian aquellos santos padres, que tantos millares de años con tanta paciencia esperaban y aguardaban aquella bienaventurada hora de su rescate y libertad, cuando viesen triunfante á aquella bienaventurada alma de Cristo su libertador por aquellos calabozos y obscuras mazmorras del infierno, quebrantando sus puertas y cerrojos con su divina virtud y poder, esclareciendo, y convirtiendo aquel lugar obscuro y triste en un alegre y ameno paraíso. Saca de aqui una larga confianza en Dios cuando te veas afligido con penas y trabajos, no cansándote ni congojándote con la duracion de ellos, pues na hay plazo que no llegue, ni mal que no tenga fin, como

le tuvo el de estos santos.

¶ Punto tercero. Considerar como el alma santísima de tu Salvador, acompañada de aquel lucido exército de santos padres, vino con ellos al sepulcro, donde estaba su cuerpo descoyuntado, desfigurado, y envuelto en la mortaja.

Ponderar, que lo primero que el Señor hizo fue descubrirles aquella triste y lastimosa figura que tenia su cuerpo, para que viesen cuán caro le habia costado su remedio: y cuando ellos vieron aquel santo cuerpo todo acardenalado y descoyuntado, y sus miembros todos despedazados, de nuevo darian inmensas gracias á su Libertador por haberles asi redimido á toda costa.

Ponderar lo segundo, como luego que entró aquella beatísima alma en su cuerpo, del mas afeado de todos se trocó y trans-

figuró con mucha mas hermosura que en el monte Tabór, y le paró mil veces mas hermoso y resplandeciente que el sol; y con cara llena de gracia salió del sepulcro inmortal y glorioso, sin quitar la piedra de él, como habia salido de las entrañas de su santísima Madre la Vírgen María, sin daño de su integridad y pureza. De todo esto puedes sacar afectos de gracias y alabanzas al Eterno Padre por haber convertido el llanto de su santísimo Hijo en sumo gozo y hermosura, comunicando á su cuerpo bienes tan crecidos, como son los de inmortalidad y gloria.

¶ Punto cuarto. Considerar que en resucitando Cristo nuestro Señor baxarian todos los coros de los ángeles á darle el parabien de su victoria, y á celebrar la fiesta de su triunfo glorioso; porque si baxaron á cele-

brar la de su nacimiento cuando venia á vivir vida mortal y pasible, ¿cuánto mas vendria en su resurreccion cuando comenzaba la vida inmortal y gloriosa?

Ponderar como en sus angelicales voces renovarian estos divinos espíritus aquel cántico de nacimiento: *gloria sea á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.* Y con mucha razon, pues por medio de esta paz quedaron hechos de enemigos amigos, de esclavos hijos y herederos de su gloria. Saca de aqui deseos de alegrarte, y con el Profeta santo decir: *este es el dia que hizo el Señor, alegrémonos y regocijémonos en él*, deseando que todos lo hagan asi, y le adoren por haber alcanzado tan glorioso triunfo y victoria de todos sus enemigos.

MEDITACION II.

De la aparicion de Cristo nuestro Señor á su santísima Madre y á María Magdalena.

Punto primero. Considerar que la primer visita y aparicion que Cristo nuestro Señor hizo, es la que con mucha razon se debe creer haber hecho á la soberana Vírgen María su Madre y Señora nuestra, para serenar aquel cielo obscurecido, y enxugar las lágrimas de aquellos castísimos ojos que tanto habian llorado, y mas que todos sentido los dolores y trabajos de su amarga pasion, soledad y ausencia.

Ponderar como estando esta Señora en su recogimiento, no durmiendo, sino en oracion; esperando esta nueva luz con fe y cierta esperanza de la resurreccion de su Hijo, estaria me-

ditando aquellas palabras que dixo el real Profeta: *levantate, gloria mia, y resucita: levantate, salterio y cítara, y alegra con tu música á los que por tu ausencia estamos tristes.* Y si David, contemplando tan de lejos á su Dios y Señor, tenia tal sed y ansias de gozar de su gloriosa resurreccion, ¿ qué tales y tan grandes serian los deseos que tendria la Vírgen santísima, que tanto mas que David le amaba y deseaba, estando tan cerca, y por momentos aguardando ver y gozar á su muy querido Hijo glorioso y resucitado? Saca de aqui semejantes afectos y deseos, y pide á este Señor que resucite en tu alma, que la visite y consuele, como lo hizo con su santísima Madre, para que merezca verle y gozarle glorioso y resucitado.

¶ Punto segundo. Considerar como estando la Vírgen nuestra

Señora con estas ansias y deseos, entró su santísimo Hijo, manifestándosele con toda la gloria y claridad que tenia, confortando su vista para que pudiese verle y gozarle.

Ponderar hasta donde llegaria el gozo de la santísima Vírgen cuando viese el cuerpo de su dulcísimo Hijo, no ya entre ladrones, sino rodeado de ángeles y santos; no encomendándola desde la cruz al amado discípulo, sino dándole él mismo ósculo de paz en su rostro; no desfigurado y muerto, sino resplandeciente y hermoso: ¡qué satisfecha quedaria la divina Señora con tan soberana vista; qué dulces abrazos se darian el Hijo y la Madre; qué coloquios y sentimientos tendrian entre sí aquellos dos bienaventurados corazones! De aqui puedes sacar deseos de dar gracias á Dios, que tan amigo es de alegrar y

consolar á los que por su amor padecen, pues á la medida de los dolores de su Madre, quiso que fuesen sus consolaciones. Asi tú, que has acompañado en sus penas y pasion á Cristo crucificado, tambien serás compañero de su gloria, y resucitarás, como él resucitó, á una felíz y una nueva vida de gloria.

¶ Punto tercero. Considerar como despues apareció y visitó el Señor á su querida María Magdalena, la cual, por sus lágrimas, fervor y devocion en buscar á su Señor, mereció ser la primera entre los discípulos de Cristo que vió á su Salvador y amado Maestro resucitado, glorioso y victorioso.

Ponderar adonde llegaria la alegria, la admiracion, devocion y espanto que de tan grande maravilla concibió, hallando tanto mas de lo que deseaba, pues buscando el cuerpo

muerto, halló á su Señor vivo y vencedor de la muerte. Saca de aqui deseos fervorosos de buscar á Dios; que si te exercitas en las virtudes de amor, devocion, paciencia y perseverancia, en que esta santa pecadora se exercitó buscando al Señor, ten por cierto que aunque hayas sido tan gran pecador como esta discípula suya lo fue, usará contigo de su misericordia, para que se te dé y conceda lo que á ella se dió y concedió, que fue ver resucitado á su Señor.

¶ Punto cuarto. Considerar la infinita caridad de tu Redentor en honrar á los pecadores convertidos, pues escogió por testigo de vista de su resurreccion á una muger pública pecadora.

Ponderar que no daña la muchedumbre de los pecados pasados, cuando se recompensa con mayor fervor presente; y

como la Magdalena se señaló en executar por amor de Cristo muchas cosas que otros no hicieron, como lo diximos en su Medit. V. y se halló presente, y le acompañó en el monte Calvario, y asistió á su sepulcro; asi fue la mas favorecida y regalada.

Saca de aqui ánimo y confianza para no acobardarte por la muchedumbre de tus pecados; pues si acudes con tiempo, y eres diligente en el agrado de Dios, esmerándote en servirle, él hará en ti particulares gracias y favores, con los cuales consigas la felicidad de la paz en tu alma, y al fin la gloria.

MEDITACION III.

De la aparicion al apóstol San Pedro.

Punto primero. Considerar como fueron al sepulcro S. Pe-

dro y S. Juan, y entrando dentro, vieron solamente la sábana en que habia sido envuelto el santo cuerpo, con el sudario recogido á un lado, lo cual tuvieron por cierta señal de haber resucitado, como se lo habian dicho las mugeres. (*Joan.* 10. *nn.* 7. *et* 8.)

Ponderar que entre los discípulos de Cristo, Pedro y Juan fueron los mas fervorosos, y los que se señalaron mas en el amor de Cristo nuestro Señor, pues aunque supieron estos apóstoles la persecucion que los judíos levantaban contra los discípulos de Cristo, y teniendo guardas el sepulcro, se resolvieron de ir á ver lo que pasaba. Saca de aqui que el amor de Dios todo lo facilita, y las dificultades, por grandes que sean, las allana y vence. Pídele te dé y conceda el amor y caridad que les dió á sus apóstoles, para que pos-

puesto todo el temor humano le busques, y entres donde quiera que estuviere.

¶ Punto segundo. Considerar como volviéndose estos apóstoles á su posada, S. Pedro se recogió á solas para orar y pensar en este misterio; y admirándose de lo que habia visto, se le apareció Jesucristo resucitado y glorioso.

Ponderar lo primero el gozo y alegría que bañaria el corazon del santo apóstol cuando viese tenia ya delante al que amaba y deseaba su alma. ¡Con qué fe de la resurreccion de este misterio diria: *yo creo verdaderamente, Señor, que sois Cristo, Hijo de Dios vivo* (*Matth.* 16. *n.* 16.)! ¡Con qué devocion y lágrimas se arrojaria á los pies de su Señor y Maestro, que asi lo hizo con él la noche de su pasion! y teniéndose por indigno de tal vista y presencia, le diria

las palabras que en otra ocasion le dixo, que fueron: *apartaos, Señor, de mí, porque soy un hombre pecador* (*Luc.* 5. *n.* 8.). Pero en verdad que cuanto él mas se humillaba y confundia, mayores eran los favores y regalos que el Señor le hacia.

Ponderar lo segundo cuál fue la causa por la cual S. Pedro se hizo digno de esta aparicion; y hallarás que fue la oracion y meditacion de las cosas que habia visto en el sepulcro. Sacarás de aqui deseos de ser hombre de oracion, porque ella, la buena vida, el dolor y arrepentimiento de los pecados, y propósito de la enmienda es el medio y remedio para hallar, ver y gozar de Cristo resucitado y glorioso.

¶ Punto tercero. Considerar, que estando el santo apóstol gozando de aquella soberana vista y presencia de Cristo glorioso y

resucitado, le diria el Señor: *paz sea contigo; no temas, que yo soy; perdonados te son tus pecados.*

Ponderar el empacho y vergüenza que tendria S. Pedro de verse delante de su Maestro, acordándose que le habia negado y ofendido; y es de creer volveria á derramar arroyos de lágrimas llorando amargamente su pecado, y pidiéndole de nuevo perdon de él. De aqui puedes sacar cuán grande es la divina misericordia para todos los pecadores que de corazon lloran sus pecados, y hacen penitencia de ellos. Y si tú la haces, y los lloras, aunque seas mas pecador que este apóstol lo fue, y tan indigno de recibir tales mercedes y beneficios, acudiendo con tiempo te hará digno de su soberana aparicion en el reyno de la gloria.

¶ Punto cuarto. Considerar

que en visitando Cristo nuestro Señor á S. Pedro le dixo: *ve, y confirma en la creencia de este misterio á tus hermanos* (*Luc.* 22. *n.* 22.); y asi él con grande alegría y gozo, en quitándose el Señor de su presencia se partió para donde sus compañeros estaban á confirmarlos en la fe como su Maestro se lo habia dicho. Fue tan poderoso el testimonio que dió de la resurreccion del Señor, que al instante muchos dieron crédito al misterio (*Luc.* 14. *n.* 34.).

Ponderar el deseo tan grande que Dios tiene de tu salvacion, y de que sepas el misterio de su resurreccion, y de darte maestros que te le enseñen y declaren, y de que le creas para que alcances la vida eterna; y sacando de aqui deseos de ser agradecido á nuestro Señor, procura aprovecharte de las mercedes que recibieres de su divi-

na mano, para confirmar á tus hermanos en la virtud con tus exemplos y palabras, para que te glorifiquen y alaben.

MEDITACION IV.

De la aparicion de los dos discípulos que iban á Emaús.

Punto primero. Considerar la pena y tristeza con que platicaban entre sí los dos discípulos que iban al castillo de Emaús, de los trabajos y pasion de Cristo nuestro Señor, el cual se llegó á ellos, y quiso acompañarlos en este camino sin que le conociesen, para al fin de la jornada mostrarles su gloriosa resurreccion (*Luc.* 24. *n.* 14.).

Ponderar el amor de Cristo para con estos dos discípulos, pues no fue causa la poca fe que tuvieron de su resurreccion para dexarlos de acompañar,

porque gusta infinito de estar con los que hablan y tratan de cosas santas, el cual dixo : *donde quiera que estuvieren dos ó tres juntos en mi nombre, alli estoy en medio de ellos* (*Matth.* 18. *n.* 20.). Saca de aqui cuán acertado es hablar siempre de Dios, y divertirte en tales pláticas con tus compañeros, especialmente en tiempo de trabajos, pues acude nuestro Señor á ellos para consolarlos, convirtiendo su tristeza y pena en gozo y alegría; y al contrario, cuán malo es hablar de cosas profanas y malas, pues los que asi lo hacen destierran y echan á Jesucristo de su compañía, y él huirá de ellos.

¶ Punto segundo. Considerar como nuestro Señor disfrazado en hábito de peregrino se hizo encontradizo con estos dos siervos suyos, y les preguntó, como si no lo supiera: *amigos*, *¿qué*

es lo que vais platicando y tratando entre vosotros con tristeza y desconsuelo (*Luc.* 34. *n.* 18.)?

Ponderar que no solo gusta y se recrea este Señor de haber padecido lo mucho que padeció, y la misma muerte, siendo tan afrentosa é ignominiosa, sino que desea de oirlo contar y platicar. Sacarás de aqui confusion y vergüenza viendo cuán olvidado tienes lo mucho que nuestro Señor padeció por ti; y habiendo tú hecho y padecido tan poco por él, qué en la memoria lo tienes, deseando te premie y galardone tus cortos servicios, y de que todos te tengan por hombre que has trabajado y padecido mucho por amor de Dios, y te pesa de que sientan lo contrario.

¶ Punto tercero. Considerar como habiéndoles nuestro Señor oido, tomó la mano para sacarles de su ignorancia, y re-

prehendiéndoles de su incredulidad y dureza de corazon, les probó con autoridad de los profetas como habia convenido que Cristo padeciese, y que asi entrase en su gloria (*Luc.* 14. *n.* 15. *et* 16.).

Ponderar que si fue necesario que Jesucristo padeciese tantas y tan graves injurias y afrentas para entrar en la gloria, que era suya por título de herencia, como Hijo natural de Dios; mucho mas necesario será que tú, que eres siervo, padezcas algunas cosas para entrar en la gloria, que no es tuya, sino de Dios. De aquí puedes sacar temor de que tu falta de fe no sea causa para que merezcas ser reprehendido de su Magestad, y tenido por necio y tardo de corazon en creer y entender sus divinos misterios.

¶ Punto cuarto. Considerar que en llegando estos santos pe-

regrinos al lugar donde iban, hizo el Señor como que queria pasar adelante; pero ellos con ruegos é instancias lo detuvieron diciendo: *quedaos, Señor, con nosotros, porque se va haciendo tarde, y el dia se acaba.*

Ponderar que por mas que disimuló Cristo querer pasar adelante, su justa pretension y deseo era quedarse con ellos para darles aquel grande y gustosísimo postre, y para abrirles los ojos, y dárseles á conocer, como lo hizo, dándoles su Cuerpo en manjar; porque sus regalos son estar y conversar con los hijos de los hombres (*Prov.* 2. *n.* 3.). De aqui puedes sacar confusion y vergüenza, pues los tuyos no son de estar con Dios, ni llegarte á él, ni conversar con él, sino apartarte de él, no hablar, ni tratar de él, sino de las cosas vanas, caducas y perecederas de este si-

glo, no advirtiendo que el dia de tu vida se te va acabando, y la noche de la muerte acercando, en la cual darás cuenta á Dios de todo.

MEDITACION V.

De su aparicion á los apóstoles el dia de su resurreccion.

Punto primero. Considerar como apareció Cristo nuestro Señor á sus apóstoles estando juntos el dia de su resurreccion (*Joann.* 1. 20. *n.* 19.).

Ponderar el gran cuidado que tiene nuestro Señor de visitar á sus queridos discípulos, olvidado de la poca fidelidad que en su pasion le mostraron cuando dexándole en manos de sus enemigos echaron todos á huir, y le desampararon. Saca de aqui deseos de agradecimiento á este Señor, el cual espiritual-

mente hace muchas veces contigo lo que hizo con sus apóstoles visible y corporalmente; pues habiéndole tú sido tan ingrato y desleal, y vuelto tantas veces las espaldas y huido de él, con todo esto no dexa de visitarte á menudo con sus divinas inspiraciones, dándosete tambien con mucho amor corporalmente todas las veces que te llegas á recibirle en el Santísimo Sacramento.

¶ Punto segundo. Considerar como entró Cristo nuestro Señor á sus apóstoles teniendo cerradas las puertas de su casa, donde estaban recogidos por temor de las fieras, que eran los judíos, entrándose el Señor por ellas mejor que el sol que se entra por los resquicios para despertar los dormidos, y quitar el miedo á los temerosos.

Ponderar que la causa de entrar el Señor á visitar los su-

yos, teniendo las puertas cerradas, entre otras fueron estas: la primera para mostrarlos que como su cuerpo estaba glorificado, podia con el dote de la sutilidad entrar y penetrar por donde quisiese sin estorbo alguno; la segunda para manifestarles la gracia de su omnipotencia; la tercera, y que hace mas á tu propósito es, para enseñarte que gusta Dios de que cierres las puertas y ventanas de tu corazon, que son tus sentidos, para que no entren por ellos los demonios á robar el fruto de la buena conciencia.

Sacarás de aqui deseos vivos de andar de hoy en adelante con cuidado sobre la guarda de tu alma, potencias y sentidos, no derramándolos por las criaturas; que haciéndolo asi, entrará el Señor y dueño de ella, para llenarla de verdadera alegría y consuelo.

¶ Punto tercero. Considerar que estando asi los discípulos juntos, vino el Señor con una cara de pascua; y poniéndose en medio de ellos, que es lugar del que mete paces, para dar á entender que para eso habia venido al mundo, y que eso era lo que con su muerte habia negociado, les dixo: *paz sea con vosotros* (*Joann.* 20. *n.* 21.).

Ponderar cuán amigo es Cristo nuestro Señor de la paz, pues la primera palabra que pronunció por medio de sus ángeles cuando entró en el mundo fue dar paz á los hombres, y estando en el mundo dixo á sus apóstoles: mi paz os doy; y saliendo del mundo: mi paz os dexo ganada por mi pasion y muerte (*Joann.* 15. *n.* 27.). De donde se colige bien que en vida y en muerte ninguna cosa dexó este Señor tan encomendada como la paz; y por ha-

ber causado el pecado grandes enemistades entre Dios y los hombres, quiso Cristo nuestro Señor por dexarnos en paz con el Padre Eterno, recibir los golpes de su justicia rigurosa sobre aquella sagrada humanidad, rasgada por mil partes, y poniéndose en medio, decir: paz; no haya mas. De aqui puedes sacar dos cosas: la primera, cuántas veces estando tú en enemistad con Dios, te ha convidado con la paz, y tú no la has admitido, perseverando en hacerle guerra con tus pecados: la segunda, cuán poca paz has guardado con tu próximo, enojándote con él por cosas de poco momento y niñerías. Pide á este Señor, que es Dios de paz, venga á tu alma, y te dé la que el mundo no puede dar, poniendo paz entre tu carne y tu espíritu, entre tus potencias y sentidos, entre su Eter-

no Padre y tus hermanos.

¶ Punto cuarto. Considerar como entrando Cristo nuestro Señor, se turbaron los discípulos, pensando que veian algun espíritu; y el Señor les dixo: *yo soy, no querais temer; palpad, y ved que el espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo.*

Ponderar la suavidad y aire de la voz que bastó para sosegarlos, y dárseles á conocer, como quien les decia: *discípulos mios, yo soy el mismo que ser solia en la naturaleza, en la persona y en la condicion; yo soy vuestro Salvador, vuestro Maestro, vuestro Hermano y vuestro Dios; no temais, no, la furia de los judíos, ni la ira de los gentiles; no la crueldad de los reyes y príncipes que se levantáren contra mí, ni los que se levantáren contra vosotros, que estando yo en vues-*

tra compañía seguros estais.

Sacarás de aqui la seguridad para tu alma que está temerosa por los muchos pecados que has cometido, diciéndola: alma mia, no temas, que aunque tus delitos son muchos, este Señor te asegura el perdon de todos ellos. Este Cordero es el que quita los pecados del mundo, y el que quitará los tuyos; y si él es defensor de tu vida, ¿á quién has de temer (*Psalm.* 26. *n.* 1.)?

MEDITACION VI.

De la aparicion de Cristo á los apóstoles estando presente santo Tomás.

Punto primero. Considerar como estando los discípulos juntos, y Tomás con ellos, entró Jesus, y dixo á su discípulo, que no habia creido en el mis-

terio de su resurreccion: *entra tus manos por las aberturas de mis llagas, y no seas ya incrédulo, sino fiel (Joann. 20. n. 27.).*

Ponderar la infinita caridad de Dios en mirar el bien de sus ovejas, pues habiendo esperado ocho dias para ver si Tomás se convertia, viendo su dureza, no quiso dilatar el remedio, sino venir él en persona á sanar esta oveja perdida de su apóstol; y tomándole por la mano desea meterle dentro de su corazon. Saca de aqui cuán grande es la misericordia de Dios, pues te da prendas de que no se te encubrirá si le buscas; y aunque hayas sido tan incrédulo como Tomás, confesándole por tu Dios, Señor y Maestro, como él lo hizo, te dará lo que á él le dió, que es su Cuerpo, no solo para que le toques, sino para que le tengas y recibas en tu pecho.

¶ Punto segundo. Considerar que aquel Señor que no se dexó tocar de la Magdalena, que tanto le amaba, y con tantas ánsias le buscaba, vemos que á Tomás incrédulo le toma de sus áridas y frias manos, y se las calienta y pone en su seno, haciéndole tantas mercedes y beneficios.

Ponderar como todo cuanto quiso santo Tomás y pidió se lo concedió nuestro Señor, como si de creerle se le hubiera de seguir algun provecho á Cristo, á quien el amor hizo tener tus provechos por suyos, y aun buscarlos con pérdida suya. Sacarás de aqui grandes deseos de sufrir los defectos de tus hermanos, de no cansarte, ni fatigarte de buscar su remedio, perdiendo de tu derecho, yendo á él, si él no quisiere venir á ti, condescendiendo con su voluntad, y quebrando la tuya,

imitando en todo á tu divino Maestro y Señor; pues no fue parte el verse triunfante y glorioso para dexar de venir, y hacer á Tomás tan grandes favores y caricias como hizo con él; y si cada dia lo hace contigo cuando le llegas á recibir corporal y espiritualmente, sábeselo agradecer y servir.

¶ Punto tercero. Considerar la ilustre confesion de Tomás, pues en tocando, como piadosamente se cree, las preciosas llagas de su Salvador, y dándole aquel divino sol en los ojos, quedó tan ilustrado con aquel rayo de su divina luz y resplandor, que confesó claramente el artículo de su resurreccion, que antes no habia creido.

Ponderar el amor que Dios nuestro Señor tiene á los pecadores, y el que mostró tener á este su apóstol incrédulo y

pecador, pues no fue causa el pecado de su poca fe para que dexase de hacerle tantas mercedes y beneficios, como fueron que estando impasible y glorioso le entregase sus divinas manos y pies, entrañas y corazon para que le tocase y palpase.

Ponderar lo segundo, que viéndose el apóstol tan honrado y favorecido del Señor, prorumpió diciendo aquellas tan tiernas y devotas palabras: *Señor y Dios mio*; y con mucha razon le llamó suyo, y no dixo Señor nuestro, pues le amó tan de veras, que por solo su bien se le apareció á todos sus condiscípulos, y que como olvidado de ellos, á él solo habia hecho esta merced y beneficio para encenderle mas en su amor. De aqui podrás sacar deseos de confesar con Tomás que Jesus es tu Señor y tu Dios, pues su amor es tan crecido,

que está aparejado á hacer por ti solo lo que hizo por Tomás; pues por ti como por él se entregó á la muerte para darte la vida eterna.

¶ Punto cuarto. Considerar las palabras que Cristo dixo á su discípulo: *porque me viste, Tomás, creiste. Bienaventurados los que no me vieron, y creyeron* (*Joann.* 19. 29.).

Ponderar como aunque nuestro Señor aprobó la confesion de Tomás, no le quiso llamar bienaventurado como á S. Pedro cuando le confesó por Hijo de Dios; la causa fue por haber sido tardo en creer; y asi en lugar de alabarle, le reprehendió diciendo: *porque me viste, Tomás, creiste*; como quien dice: *gracias á los ojos y á las manos que te dí para creer que soy tu Señor y tu Dios.* Procura sacar de aqui un deseo grande de ver á Cristo tu Señor, ya

que no corporalmente, como los discípulos le vieron y gozaron con ojos corporales, sea espiritualmente, pues á los que sin haberle visto creen su resurreccion llama Dios bienaventurados.

MEDITACION VII.

De la aparicion de Cristo nuestro Señor á sus apóstoles el dia de la ascension.

Punto primero. Considerar como apareciéndose Jesucristo nuestro Señor á sus discípulos, les dixo que aquel dia se habia de partir para su Padre; y que si le amaban se habian de holgar mucho por lo que les importaba á ellos que él se fuese al cielo (*Joann.* 24. *n.* 8. *et* 16. *n.* 7.).

Ponderar cuán deseosos estaban los discípulos de no per-

der la corporal presencia de su Maestro, pues fue menester con estas ú otras semejantes palabras les avisase que no solo importaba á su honra subir al cielo, sino que tambien cumplia al provecho de ellos, para que se perfeccionase su fe, se levantase su esperanza y se purificase su caridad: *porque si yo no subo á mi Padre*, les dixo el Señor, *no vendrá á vosotros el Espíritu Santo* (*Joann.* 16. *n.* 7.). Saca de aqui, que si amar los discípulos la presencia corporal de su Señor y Maestro con amor menos puro y algo interesado, impidiera la venida del Espíritu Santo, ¿cuánto mas la impediria amarte á ti mismo ó á alguna criatura con amor desordenado?

¶ Punto segundo. Considerar que entonces dixo el Señor á los suyos para consolarlos: *alegraos, discípulos mios, de mi*

partida, porque voy á aparejar el lugar para vosotros (*Joann.* 14. *n.* 2.).

Ponderar que habla tambien tu Redentor contigo, y te dice lo que á sus apóstoles dixo: *alégrate de que me parto al cielo, para que tengas ya de hoy mas entrada en él. Alégrate de que subo, y voy delante á abrirte aquellas celestiales puertas, por las cuales tengas tú, siendo como eres pecador y malo, franca entrada, la cual antes de subir yo, á los justos y santos no se les concedia. Alégrate de que yo suba hoy, para que tú subas mañana, y te ponga en el lugar que mi Padre te tiene señalado.* De aqui puedes sacar un gozo y alegría grande de que suba ya tu Dios y tu Señor al cielo, pues para él fue criado principalmente. Pídele su gracia, para que por medio de una buena y loable vida le merezcas ver y

gozar para siempre en su eterna gloria.

¶ Punto tercero. Considerar que habiendo Cristo nuestro Señor consolado á sus discípulos, les dixo: *estad de asiento en la ciudad hasta que seais vestidos con la virtud del alma* (*Luc.* 24. *n.* 26.).

Ponderar lo primero aquella palabra que se sienten y esten quedos, que fue decirles se esperasen con paciencia y perseverancia, con quietud de cuerpo y espíritu. Lo segundo, les mandó Dios se estuviesen en la ciudad, para que entendiesen que este bien no se les daba á ellos solos, sino para bien de todos los hombres. Saca de aqui deseos de esperar la venida de este divino Espíritu con reposo y quietud, porque desea Dios que los suyos, aunque vivan en medio de las calles y plazas del mundo, tengan su corazon quie-

to y pacífico, para que puedan orar, y vacar á él con el espíritu y recogimiento que su Magestad desea, y tú lo has menester.

¶ Punto cuarto. Considerar como dixo Dios nuestro Señor á los apóstoles se fuesen luego al monte Olivete, porque desde alli habia de subirse al cielo. (*Act. n.* 12.)

Ponderar cómo se acordarian estos santos discípulos de que el lugar que escogió su Señor y Maestro para padecer las afrentas é ignominias de la cruz escogia ahora para subir al cielo á gozar de las grandezas de su gloria; y que el camino para subir al cielo es el monte de las Olivas, que significa la caridad y misericordia. Sacarás de aqui deseos de ser caritativo y misericordioso con tus próximos, de alabar la sabiduria y providencia de Dios, pues sabe él hacer

que lo que es principio de tu humillacion y baxeza lo sea de tu exâltacion y grandeza, como se vió en el otro Josef; pues el ser empozado, vendido, infamado y preso, tomó Dios por medio para hacerle señor y rey de Egipto (*Gen.* 31.).

MEDITACION VIII.

De la ascension de Cristo nuestro Señor.

Punto primero. Considerar que pasados cuarenta dias despues de la resurreccion de Cristo nuestro Señor, como llegase la hora de su gloriosa subida al cielo, teniendo á todos sus discípulos presentes, se despidió de ellos con muchas muestras de amor; y levantando las manos, les dió su bendicion (*Luc.* 24. *n.* 30.).

Ponderar cuán grande seria

el dolor y sentimiento de los hijos por la partida de su Padre, cuando viesen les dexaba aquel Señor, por quien ellos habian dexado todas las cosas. (*Matth.* 29. *n.* 27.) Es de creer que entonces unos se derribarian á sus pies, otros le besarian sus sacratísimas manos, otros se colgarian de su cuello, y todos le dirian: ¿*cómo, Señor, os vais, y nos dexais solos y huérfanos en medio de tantos enemigos? ¿Qué harán los hijos sin Padre, los discípulos sin Maestro, las ovejas sin Pastor, y los soldados flacos sin su Capitan*? Saca de aqui deseos de que este Señor, antes que se parta al cielo, te dé su bendicion, y asiéndote con el espíritu de sus manos, y arrojándote á sus pies, y colgandote de su cuello, le dirás como otro Jacob: no os dexaré, Señor, ir de aqui, sin que primero me

deis vuestra bendicion, pues de ella pende todo mi remedio y bienaventuranza (*Gen.* 23. *v.* 16.).

¶ Punto segundo. Considerar que en dando su bendicion á los suyos, en presencia de ellos se iba subiendo al cielo aquel cuerpo glorioso de Cristo nuestro Señor, estando los discípulos suspensos y atónitos de ver ir á su Elías volando al cielo.

Ponderar la admiracion que causaria á los ángeles y á los hombres que alli estaban juntos, ver caminar á aquella ciudad, y subir sobre todos los espíritus celestiales á aquella sacratísima humanidad de Cristo nuestro bien, y sentarse á la diestra del Padre, la cual antes habia estado tan abatida y humillada. De aqui puedes sacar cuán bien empleados son los trabajos padecidos por amor de Dios, pues tan bien los sabe y puede galardonar y premiar,

engrandeciendo y levantando sobre todas las criaturas al que se humilló y padeció mas que todas ellas. Suplícale, que pues él dixo por S. Juan: *que siendo levantado de la tierra, llevaria todas las cosas tras sí*; (*Joann.* 12. *n.* 32.) se cumpla en ti su palabra, para que aparte tu corazon de la tierra, y subas con él y su santa compañía al cielo.

¶ Punto tercero. Considerar que despues que aquellos santos apóstoles perdieron de vista á su Dios y Señor, se volvieron á Jerusalén con gran gozo, porque el mismo amor que les hacia sentir tanto su pérdida, por otra parte les hacia gozarse mas de su glorioso triunfo y entrada en aquella soberana patria, donde seria recibido de aquellos cortesanos del cielo con gran regocijo, alegria y fiesta. (*Luc.* 24. *n.* 52.)

Ponderar qué diferente dia fue el de este jueves en el monte Olivete, al de aquel viernes en el monte Calvario. Alli tan solo; aqui tan acompañado: alli subido en un madero; aqui levantado sobre las nubes del cielo: alli crucificado entre ladrones; aqui acompañado de coros de ángeles: alli blasfemado y escarnecido; aqui honrado y alabado: alli finalmente muriendo y padeciendo; aqui gozando y triunfando. Sacarás de aqui un consuelo grande de ver trocadas estas manos y estas suertes; y alegrándote en este dia de la subida de Cristo al cielo para ser tu abogado, teme de su vuelta para ser juzgado.

¶ Punto cuarto. Considerar la alegria de Cristo nuestro Señor en este triunfo, de quien se dice: *Dios sube con grande júbilo, por ver el dichoso fin de todos sus trabajos.* (*Ps.* 41. *n.* 6.

Ponderar lo que el Padre Eterno ensalzó sobre todos al que se humilló mas que todos, dándole por el trono de la cruz el trono de su Magestad; por la corona de espinas la corona de gloria; por la compañía de ladrones la compañía de los ángeles; por las ignominias y blasfemias de los hombres las honras y alabanzas de los celestiales espíritus; y porque baxó hasta lo mas profundo de la tierra le hizo subir hasta lo mas alto del cielo. Saca de aqui cuán bueno es humillarte por Cristo, para ser ensalzado con Cristo; porque si no le quieres parecer en baxarte y humillarte, será por demás poderle seguir en el reynar y subir.

Despues de la Ascension de Cristo nuestro Señor al cielo, viene muy al propósito tratar de la meditacion de la gloria; y porque esta la escribimos en

el libro primero de este Manual, donde se trata de las postrimerías del hombre, no la repetimos aqui; y asi remitimos al que las quisiere leer y meditar á aquel lugar.

MEDITACION IX.

De la venida del Espíritu Santo.

Punto primero. Considerar como despues de subido el Salvador al cielo, se recogieron los discípulos al cenáculo de Jerusalen, donde todos ellos perseveraban en continua oracion, esperando al Espíritu Santo (*Actorum* 1. *n.* 13. *et* 14.).

Ponderar que el modo mas perfecto y eficáz que hay para venir sobre tu alma este divino Espíritu es la perseverancia continua, ardiente y fervorosa en la oracion, porque de otra mane-

ra, si cuando los demás oran tú duermes; si cuando los ôtros cuidan de su salud y provecho espiritual tú andas descuidado del tuyo; si cuando los otros tienen su trato y conversacion con Dios tú tienes el tuyo con los hombres; aunque estés en compañía de buenos y santos, en casa y en habitacion, y aun en una misma religion, no vendrá sobre ti este divino Espíritu. Saca de aqui deseos de perseverar en la oracion, y acógete á ella á menudo, para que venga tambien sobre ti este divino fuego del Espíritu Santo, como vino sobre los apóstoles, que con tantas ánsias y suspiros le deseaban.

¶ Punto segundo. Considerar como repentinamente vino un viento que llenó toda la casa donde estaban los apóstoles en oracion.

Ponderar lo primero como

este aire y marea del cielo no dexó sala, retrete, ni rincon de aquella casa que no penetrase, para significar la generosidad con que este divino Espíritu vivificador se da y ofrece á todos los hombres en cualquiera parte y rincon del mundo, que esten. Lo segundo ponderar que cuando el Espíritu Santo entra en una alma llena toda su casa con sus potencias, sin dexar vacío alguno de verdades y virtudes celestiales. De aqui sacarás, que si deseas que este soberano Espíritu llene la casa de tu alma de sus divinas gracias y dones, no has de andar fuera de ella derramado por las criaturas; sino mora de asiento y con quietud dentro de ella, ocupándola con buenos deseos, pensamientos y obras; que haciéndolo asi, este divino Espíritu te llenará de su abundante amor y gracia.

¶ Punto tercero. Considerar como descendió el Espíritu Santo en forma de lenguas de fuego sobre todos los apóstoles y discípulos que en aquella casa estaban recogidos (*Act.* 2. *n.* 13.), verificándose en esto lo que Cristo nuestro Señor les habia dicho: *fuego vine á traer á la tierra, y no quiero sino que se prenda en los corazones de los hombres* (*Luc.* 12. *n.* 49.).

Ponderar que la causa de venir este Señor en forma de lenguas de fuego, fue para que los apóstoles fueran como unas hachas encendidas, que á todo el mundo abrasasen, y para que alumbrasen y encendiesen los corazones de los hombres con este fuego del divino amor, haciéndolos de lobos ovejas; de cuervos palomas; de leones corderos; y de unos brutos y monstruos infernales unos ángeles espirituales. Sacarás de aqui gran-

des deseos de que este divino fuego te comunique una centella de su calor, para que purificados tus labios, como los del profeta Isaías lo fueron, ya de hoy mas no hables ni trates de cosas vanas y baxas de la tierra, sino de Dios y de sus alabanzas, procurando en tus pláticas y conversaciones encenderte á ti y á aquellos con quien tratáres en el fuego de este divino amor.

¶ Punto cuarto. Considerar que con ser los discípulos que estaban en aquel cenáculo mas de ciento y tantos, y todos tan diversos en merecimientos, á todos llenó aquel Espíritu puro de sus divinos dones, y se les dió todo á todos (*Act.* 2. *n.* 4.).

Ponderar que aunque todos fueron llenos del Espíritu Santo, unos recibieron mayores gracias y beneficios que otros; esto es, que los mas santos recibieron mayor plenitud de gracias:

y asi la Vírgen santísima, como mas llena de gracias y virtudes, la recibió mayor que todos los demás juntos. Saca de aqui un gran deseo de aparejarte para recibir este divino Espíritu con el mayor fervor que pudieres, pues se da y comunica con mas abundancia al que está mas bien aparejado; y para estarlo, una de las virtudes que mas has de procurar tener es la de la humildad, porque ella conserva las demás, como lo dice el santo profeta Isaías: *¿sobre quién reposará mi espíritu*, dice el Señor, *sino sobre el humilde y manso?* (2. *Petr.* 5. *n.* 5.) Procura ser humilde, para que con buena disposicion recibas y tengas en tu alma este divino Espíritu, el cual resiste á los soberbios, y á los humildes da su gracia.

MEDITACION X.

De la asuncion de la Vírgen nuestra Señora.

Punto primero. Considerar que siendo ya la Vírgen nuestra Señora de anciana edad, y habiendola Dios guardado en esta vida algunos años para que alumbrase al mundo, y para consuelo y bien de toda su Iglesia, viendo extendida y dilatada la fe y el nombre de su Hijo santísimo por tantas partes, estaba con unos vivos y encendidos deseos de irse al cielo, donde como victorioso triunfador tenia á Jesucristo su Hijo, al cual suplicaba afectuosamente que la sacase de este destierro y mar tempestuoso, y la llevase á aquel puerto seguro de la bienaventuranza, en donde gozase para siempre de su gloriosa vista y compañía.

Ponderar como habiendo oido el Hijo santísimo los piadosos ruegos de su dulcísima Madre, la envió un ángel, que segun muchos santos dicen, era el ángel S. Gabriél, el cual vino con una palma en señal de la victoria que esta Señora habia alcanzado del demonio, y aun de la misma muerte, y la Vírgen le recibió con gran consuelo y alegria de su espíritu, en ver que se le cumplia lo que tanto deseaba.

Saca de aqui deseos muy vivos de ver á Dios y gozarle, para que cuando venga el tiempo de tu fin y muerte, la recibas con gran gusto y alegria, esperando por medio de ella vivir y gozar para siempre en el cielo de la dulce presencia y compañía de Jesus nuestro Señor y de su santísima Madre.

¶ Punto segundo. Considerar como queriendo el Hijo de Dios

cumplir los deseos de su santísima Madre, milagrosamente en aquel tiempo fueron traidos los apóstoles de varias partes y provincias del mundo, donde andaban predicando las victorias de su Señor, y se juntaron en la casa de la Vírgen; y esta santísima Señora, alegrándose mucho con su venida, les dió la nueva de su muerte, diciéndoles con un rostro sereno y grave el deseo que habia tenido de partirse de esta vida al cielo, y que ya Dios se lo habia concedido.

Ponderar el sentimiento, lágrimas y ternura que todos tendrian con esta triste nueva, por ver se les ausentaba de esta vida su santa Madre, y se les ponia aquel divino sol que alumbraba la Iglesia.

Ponderar lo segundo como la santísima Vírgen, sin enfermedad ni dolor, sino de puro amor

y deseo de ver y gozar de su Hijo en el cielo, se recostó en su humilde cama; y mirando á todos con un aspecto mas divino que humano, les mandó se acercasen para darles su bendicion, la cual ella les echó diciendo: *quedaos con Dios, hijos muy amados; no lloreis porque os dexo; sino alegraos porque voy á mi querido Hijo.* Sacarás de aqui deseos de acercarte con el espíritu á esta Señora, y metiéndole entre esta santa compañía, suplícala te dé tambien á ti su santa bendicion, para que con ella crezcas mucho, y medres en gracia y en amor de su Hijo y tu Señor.

¶ Punto tercero. Considerar como llegada esta dichosa hora baxó Jesucristo nuestro Señor del cielo, acompañado de innumerables ángeles, para regalar con su vista y presencia á su santísima Madre, y lle-

varla consigo al cielo.

Ponderar lo primero las palabras tan tiernas y regaladas que diria el Hijo de Dios á su Madre la Vírgen MARÍA, que serian las que el Espíritu Santo dice en el libro de los Cantares á su santa Esposa, y son estas: *levántate y date priesa, querida mia, paloma mia, hermosa mia, y ven, que el invierno es ya pasado, y el torbellino de las aguas ha cesado, y ya las flores han aparecido en nuestra tierra* (*Canticor.* 2. *num.* 10.). *Ven, Esposa mia del Líbano, y serás coronada con la corona de justicia que tan bien has merecido* (*Cant.* 4. *n.* 8).

Ponderar lo segundo cuáles y cuán grandes serian los júbilos y consuelos que pasarian por el corazon de esta Señora, las gracias que daria á su Hijo y su Dios por tales beneficios como la hacia, por haberse dig-

nado de vestirse de su carne y sangre en sus entrañas; y acordándose del modo con que su Hijo santísimo espiró en la cruz, le diria: *¡ó Padre mio, en cuanto Dios, é Hijo en cuanto Hombre! en tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.* Y diciendo esto espiró, y dió su espíritu á quien ella habia vestido de su carne. De aqui sacarás afectos de loores y alabanzas á Dios nuestro Señor, ante cuyo acatamiento fue preciosa la muerte de esta Señora, dándola tan copioso galardon y premio de sus trabajos: espérale tú recibir de los que por su servicio y gloria hubieres padecido, para que con esto sea tu muerte preciosa en sus santísimos ojos, como siempre lo es la de los justos y santos (*Ps.* 115. *n.* 15.).

¶ Punto cuarto. Considerar como los apóstoles y discípulos del Señor cuando vieron sin vi-

da aquel cuerpo, del cual habia tomado carne nuestra vida, se arrojaron en el suelo, y besándole con gran ternura, devocion y afecto, le pusieron en unas andas, y tomandole sobre sus hombros le llevaron por medio de la ciudad de Jerusalén, cantando himnos y oraciones devotas hasta que llegaron al sepulcro donde habia de ser colocado y puesto.

Ponderar como al tiempo que el santo cuerpo fue puesto en el sepulcro, se renovaria el llanto, y le besarian de nuevo, y le adorarian con gran reverencia, sin poder desviar los ojos de donde tenian el corazon. Saca de aqui ternura y sentimiento por la ausencia de esta Señora, y un deseo grande de acompañar de la manera que pudieres su santo cuerpo con tu espíritu, entrándote entre los dos coros de los apóstoles y discípu-

suplícala te cumpla los tuyos; que son de servirla en esta vida con pureza del alma y cuerpo, y despues verla y gozarla en la eterna.

¶ Punto segundo. Considerar como en resucitando Dios nuestro Señor el cuerpo de la santísima Vírgen, se mirarian aquel divino sol y luna hermosa, no ya tristes y eclipsados como el viernes de pasion, sino muy alegres, resplandecientes y hermosos; y regocijándose aquellos dos bienaventurados corazones de tal Hijo y tal Madre, se darian el uno al otro dulces abrazos, y mil placeres y parabienes.

Ponderar cuán solemnísima seria la procesion que luego se ordenaria desde el sepulcro á lo mas alto del cielo, y cómo iria volando aquel cuerpo glorioso de la Vírgen por esos aires arriba, llevado con las álas

del dote de la agilidad, sin tener necesidad que los ángeles la ayudasen á subir, ni la llevasen, aunque todos la acompañaban, cantando unos, y tañendo otros dulcísimamente con sus harpas y vihuelas; y alegrándose y maravillándose de esta grande novedad y glorioso triunfo, decian: *¿quién es ésta que sube hoy del desierto de esta vida con tan grande gloria, recostada sobre su Amado* (*Cant.* 8. *n.* 4.)?

Sacarás de aqui tres cosas. La primera sea un entrañable deseo de seguir con el espíritu á la Vírgen en esta jornada, desamparando con el corazon al mundo y á todos los deleites sensuales que hay en él. La segunda en procurar subir cada dia, y aprovechar en virtud, no estribando en tus fuerzas flacas, ni en brazos de carne, sino en el alto y poderoso brazo de Dios. La tercera sea alegrándo-

te siempre en nuestro Señor, y las cosas de su agrado.

¶ Punto tercero. Considerar el lugar y asiento que el Hijo de Dios daria en el cielo á su querida Madre. Este fue sin duda el mejor y mas eminente que se dió, fuera de la humanidad santísima de Cristo, ni jamas se dará á pura criatura; pues fue colocada y puesta sobre los nueve coros de los ángeles á la mano derecha de Dios, dentro de su propia cortina y trono, conforme aquello del profeta, que dice: *está la Reyna á tu diestra muy adornada y vestida de ricas telas de variedad y hermosura* (*Psalm.* 14. *n.* 10.). Pues era justo que la que á su lado se halló al pie de la cruz penando en la tierra, se hallase á su mismo lado gozando en el cielo; y que la que se humilló mas que todas las criaturas fuese levantada sobre todas ellas, para ser Seño-

ra de ellas y Reyna de los ángeles.

Ponderar cuán claro estaria aquel cielo empíreo con la luz clara y resplandeciente de tal Sol y de tal Luna, Cristo y su Madre. ¡Qué alegres estarian los ángeles con la vista y presencia de tal Reyna, por cuya intercesion esperaban se repararian las sillas que perdieron sus compañeros! ¡Cuán gran regocijo tendrian los bienaventurados con la magestad y gloria de tal Madre, á la cual todos hicieron reverencia, y dieron la obediencia, viéndola tan encumbrada sobre todos ellos! ¡O qué contenta y satisfecha estaria esta humilde Señora, viéndose levantada desde lo mas baxo de la tierra hasta el mas alto y supremo cielo! Y sacando de aqui afectos de gozo y alegría de que esta Princesa del cielo sea ensalzada, como lo es, sobre todas las puras criaturas, la darás

el pláceme y parabien de que Dios la haya honrado y sublimado tanto. Espéralo tú ser en el cielo, si en el suelo siguieres las pisadas de tal Hijo y de tal Madre.

¶ Punto cuarto. Considerar como toda la Santísima Trinidad coronó luego á la Vírgen nuestra Señora con tres coronas. El Padre Eterno la coronó con corona de potestad, dándola despues de Cristo poderío sobre todas las criaturas del cielo y de la tierra. El Hijo la coronó con la corona de sabiduría, dándola conocimiento claro de la divina Esencia, y de las criaturas en ella. El Espíritu Santo la coronó con la corona de caridad, infundiéndola no solamente el amor de Dios, sino el de los próximos.

Ponderar la admiracion y pasmo que caeria en aquellas gerarquías angélicas cuando viesen á la Vírgen tan estimada y honrada con tales coronas, gra-

cias y prerogativas. Y sobre todo, el inefable gozo que tendria esta soberana Reyna, y el afecto con que renovaria su cántico del *Magnificat*, viendo cuán grandes cosas habia obrado en ella el que es tan Poderoso. Saca de aqui deseos vivos de ver y gozar de esta Señora, que es Hija del Eterno Padre, Madre del Eterno Hijo, y Esposa del Espíritu Santo; pues está coronada con la corona de la gloria con que la coronó el verdadero Rey Salomón en el dia de su entrada en el cielo, y en el dia de la alegría de su coronacion; y suplícala, que pues tambien es Madre tuya, te corone en esta vida con la abundancia de sus misericordias y virtudes, para alcanzar la gloria, en la cual nos veamos todos. Amen.

Fin de las Meditaciones de la vida del Salvador y de su Madre santísima.



Síguense dos Meditaciones, que sirven de preparacion para antes de la sagrada Comunion.

ADVERTENCIA.

Parecióme dar fin á este libro de Meditaciones con algunas del Santísimo Sacramento para tener oracion, no solamente toda la octava del *Corpus Christi*, y otras fiestas de entre año, pues tantas veces se nos descubre, y sale en público este Santísimo Señor, sino para que pues tan á menudo le reciben, por la bondad de Dios, no solo las personas religiosas, sino muchas de las seglares, tengan todos materia bastante para aparejarse antes de la sagrada Comunion, y para dar las debidas

gracias á nuestro Señor despues de haberle recibido ; porque la excelencia , grandeza y soberanía de este divino Sacramento, en el cual está encerrado el mismo Dios , pide que la disposicion y preparacion sea tal, que se ponga en esto todo el cuidado posible ; y asi , uno de los mejores aparejos con que podrán llegar todos á recibir una preciosa gracia , será recogiéndose primero á pensar en la consideracion de algun punto de los seis que escribo en estas dos Meditaciones siguientes , que son de temor y amor de Dios, por ser estas dos virtudes las que unen al alma con Dios, y los brazos con que ha de ir á abrazar á su Esposo, y las que le enseñan quién es Dios, y quién es ella ; porque el temor causa en el alma humildad y reverencia; el amor confianza y devocion. El temor descubre la gran-

deza de Dios, y tu baxeza; el amor, su bondad y clemencia. El temor de su justicia y vuestros pecados, el amor, la misericordia y confianza que en él debemos tener del perdon de ellos. Luego si el temor y amor causan tan grandes bienes en el alma; aquellas consideraciones debes procurar, que engendran en ella estas dos perlas preciosas. Pero porque nuestra naturaleza corrupta es tan amiga de variedad, que aunque una consideracion sea excelentísima, luego le enfada; pondré en estas dos Meditaciones seis puntos, como tengo dicho, que pueden servir de aparejo para seis comuniones, porque el nuevo manjar abra el apetito del hombre, y le despierte nueva hambre y deseo de llegarse á Dios, que todas estas salsas y sainetes de consideraciones son menester para hacer comer el pan de

los ángeles á quien tiene puesto su gusto en deleites y manjares de bestias. Tras estos se seguirán seis Meditaciones que contienen en sí diez y ocho puntos ó consideraciones, en las cuales otras tantas comuniones tenga el siervo de Dios materia bastante para darle gracias despues de haber comulgado; de las cuales sacarás el provecho y fruto que deseas.

MEDITACION I.

De temor.

Punto primero. Considerar la inmensidad y grandeza de aquel Señor, que real y verdaderamente se encierra en aquel Santísimo Sacramento, pues él es el mismo que con sola su virtud cria, conserva y gobierna los cielos, la tierra, y con sola ella lo puede todo aniquilar y deshacer.

Ponderar la admiracion y espanto que causaba al rey Salomón ver que la grandeza de Dios quisiese venir á vivir en aquel santo templo que él habia edificado, con ser el mas solemne, el mas suntuoso y magnífico que habia en el mundo (*Reg. n.* 17.): ¿cuánto mas te debes tú maravillar y temblar, siendo una hormiguilla y un vil gusanillo, de ir á recibir en tu casa de un vil barro á aquella inmensa y divina Magestad, criadora, conservadora y gobernadora del mundo, á quien el apóstol S. Pablo llama resplandor de la gloria de Dios (*Ad Hebr. n.* 14.), estando, como estás, tan mal aparejado, y habiendo sido tu pecho, no templo del Espíritu Santo, como fuera razon que lo fuera, sino cueva de dragones, y nido de serpientes y basiliscos? Sacarás de aqui un gran temor de la justicia de Dios, y

aborrecimiento de tus muchos pecados; pues siendo una tan vil criatura, indigna de tener en ti tal bien, no temas de encerrar en tu estrecho pecho, y dar morada y habitacion en él á este Señor y Dios Todopoderoso, á quien los cielos no pueden en nada comprehender.

¶ Punto segundo. Considerar quién va á recibir á quién, y hallarás, que el pecador abominable va á recibir al Santificador; la vil criatura á su Criador; el mal esclavo á su Señor; y el hombre miserable al Sumo y Omnipotente Dios, de cuya hermosura el sol y luna se maravillan; cuya Magestad los cielos y la tierra reverencian; de cuya bondad el colegio de todos los bienaventurados se mantiene.

Ponderar cómo siendo tan vil y baxo has de llegar á recibir á un Dios tan alto. Cómo

siendo tan pequeño has de hospedar á la Magestad Soberana, al Criador de los cielos, al Rey de los ángeles y de los hombres, ante cuya grandeza tiemblan las mas supremas columnas del cielo, y los mas altos serafines encogen sus alas de puro temor y reverencia (*Job* 20. *n.* 1.). Y si todas las cosas criadas delante de este gran Dios son como si no fuesen; díme: ¿qué serás tú delante de su divino acatamiento para recibirle? Canta la Iglesia y espántase, que no tuviese horror este gran Señor, para quien es angosto lugar el cielo y la tierra, de entrar en el vientre de una doncella; coteja tú su pureza con tu impuridad, su gracia con tu fealdad, su inocencia con tu malicia, y tendrás muy mayor razon para espantarte de tu atrevimiento en aposentar al Hijo de Dios y de la Vírgen santísima, á quien ella

con tanta humildad concibió y tuvo en su pecho. Saca de aqui un grande temor de que este Soberano Rey y Señor mande á sus ministros, que atado de pies y manos, porque no llegas con la ropa de la inocencia y purezo debida á esta santa mesa y celestial convite, den contigo en las tinieblas exteriores del infierno, donde tu merecido lo pagues.

¶ Punto tercero. Considerar la gran justicia de este Señor, y el aborrecimiento que tiene á los pecados, y los muchos que has cometido contra su divina Magestad, pues por ellos merecias tantos años há estar ardiendo en fuegos eternos; y como si fueras muy justo y santo, asi con tan poco temor te atreves á meter en tu casa al Juez pesquisidor de tu vida y costumbres, no acordándote de la amenaza del sagrado apóstol S. Pa-

blo contra los pecadores que indignamente, como tú, se atreven á comer y beber el Cuerpo del Señor (1. *Cor.* 11. *n.* 19.).

Ponderar que si S. Juan Bautista, criatura tan pura y limpia de pecados, y santificado en las entrañas de su madre, decia que no era digno de llegar á desatar la correa del zapato de este Señor (*Luc.* 13.), ¿cómo lo serás tú de llegarte á recibirle?

Item: si S. Pedro, príncipe de los apóstoles y cabeza de la Iglesia, espantado del poder y magestad de Cristo, se echó á sus pies, diciendo: *apartaos, Señor, de mí, que soy hombre pecador*, ¿cómo has tú de llegar á poner la boca en su divino costado para sustentarte de aquel precioso vino que engendra vírgenes? De aqui puedes sacar un gran temor y reverencia primero que llegues y te atrevas á recibir á la Magestad de este Sobe-

rano Dios, y un humilde conocimiento de tu baxeza, y un gran dolor de tus culpas, imitando en todo á aquel pecador publicano, para alcanzar perdon de ellos, que hiriendo sus pechos, dice: *Señor, habed misericordia de mí* (*Luc.* 18.).

MEDITACION II.

De amor.

Punto primero. Considerar que cuan grande es Dios en la Magestad, en la justicia y en el aborrecimiento del pecado, como queda dicho en la Meditacion pasada, tan grande es en la bondad, en la misericordia y en el amor para con los pecadores; pues ésta es la que le hace estar humanado en el Santísimo Sacramento; ésta le hace que permita ser otra y otras muchas veces vendido, escarneci-

do, crucificado y puesto entre ladrones, que tales son los que en mal estado le reciben.

Ponderar hasta dónde llegó la bondad de Dios, y lo mucho que se extendieron los rayos de su divino y encendido amor, pues aquel bravo leon, que con su bramido espantaba á todo el mundo, hizo fuese tanta su mansedumbre, que se pusiese en aquel altar hecho un manso Cordero, para que le comas, siendo este Señor el que mandaba que ningun pecador llegase á él, so pena de su maldicion; ahora le ha traido su amor á tal punto, y le verás trocado, y con tan grandes deseos de que todos se lleguen, y de darse todo á todos, que no solo los llama y ruega, pero come con ellos (*Ps.* 5. *per tot.*).

Y aun sube mas de punto este su amor, que no solo come con ellos, sino que manda que ellos

le coman á él, dándoles en manjar su Cuerpo y Sangre (*Luc.* 5. *n.* 2.). De aqui puedes sacar deseos fervorosos de llegarte á quien tanto te amó; de confiar en quien tanto bien te hizo; de amar á quien tan bueno es, y tan comunicativo de sí mismo, diciendo con el profeta santo: ¿qué ofreceré al Señor por tantas mercedes y beneficios como me ha hecho, y especialmente por éste que ahora he de recibir (*Ps.* 113. *n.* 11.)? Pero ya lo sé: lo que desea es mi corazon; y éste todo entero le tengo de dar, como su Magestad lo quiere y me lo manda (*Prov.* 13.).

¶ Punto segundo. Considerar, que aquel Padre de misericordia, que quiso ser por tu amor castigado en su propia carne, derramar su sangre, y morir en una cruz por ti; ese mismo está alli glorioso, y á ese vas á recibir. Ese mismo que

murió por ti, está alli vivo para darte vida, haciéndose como él lo dixo (*Joann.* 6. *n.* 25.), mantenimiento tuyo, para que por virtud de esta sagrada comida vengas espiritualmente á transformarte en Dios, y á vestirte de su blanca librea (*Ad Roman.* 19. *n.* 13.).

Ponderar el deseo tan grande que este divino Señor tuvo de tu salud y remedio, pues no reparó en costa ni en gasto suyo de honra, vida y hacienda, á trueque de sustentarte y regalarte con este divino manjar, dándotele no tan solamente á ver, adorar y besar como á los pastores y reyes; sino para que le recibas y tengas en tu pecho, como lo tuvo su santa y casta Esposa. Saca de aqui un gran deseo de entregarte todo á este Señor, haciéndote semejante á él en la vida y costumbres, pues él dixo: sed santos, porque yo

soy santo. Y á ti en particular te dice: aprende de mí; esto es, sé humilde como Cristo, casto y pobre como Cristo, paciente y obediente como Cristo; y de esta manera andarás vestido de su trage y librea.

¶ Punto tercero. Considerar como amó Dios tanto á los pecadores, que no se contentó con tomar carne á semejanza de pecador, sino que quiso, por comunicarte sus tesoros y riquezas, quedarse en este divino Sacramento debaxo de aquel sagrado velo en aquella Hostia consagrada; y esto no por poco tiempo, sino hasta el fin del mundo.

Ponderar como el amor que á la tierra le traxo, y le hizo poner en manos de pecadores, este mismo es el que le hace segunda vez é infinitas veces venir á este mundo, y mostrarse tan apasionado y aficionado de

ellos, que se pone á decir, que todos sus amores, gustos y entretenimientos son tratar y conversar con los pecadores (*Proverb.* 8.). Y encarece y sube tanto de punto su amor para con ellos, diciendo, que el que á ellos tocare, toca á él en las niñas de sus ojos y telas del corazon (*Zac.* 2. *n.* 5.). De aqui puedes sacar deseos de llegar y aficionarte á este Señor; y aunque por una parte te detengan tus grandes pecados, muévate por otra su grande amor y clemencia, mirando aquel hijo pródigo, que aunque veía su vileza y miseria, la bondad y amor de su padre le alentaba á irse á él para arrojarse á sus pies (*Luc.* 2. *n.* 18.). Hazlo tú asi, como él lo hizo: y pues imitaste al que pecó, imita al que se arrepintió, y tu Padre celestial saldrá á recibirte, y como á hijo querido vendrá á echarte los brazos en

muestra del amor que te tiene, y de lo mucho que te ama.



SÍGUENSE SEIS MEDITACIONES al Santísimo Sacramento para dar gracias á nuestro Señor despues de haberle recibido; y para tener oracion en sus fiestas y octavas.

ADVERTENCIA.

Suele haber mucha floxedad y distraccion en algunos, y sacar poco provecho y fruto despues de haber recibido el Santísimo Sacramento, por no ir prevenidos para dar á nuestro Señor las debidas gracias con alguna buena consideracion, ó por meditar siempre una misma cosa, y asi para remedio de este cuidado, y reparo de este daño, será bien ir prevenidos, el

sacerdote antes de la Misa, y el que no lo es antes de la sagrada Comunion, con alguno de los puntos de las seis Meditaciones siguientes, para que la variedad no les cause tedio y fastidio, sino gusto y provecho, y con él podrán gustar este divino manjar de varias maneras; pues no menos contiene en sí las propiedades que tenia aquel celestial maná, que era saber á lo que cada uno queria y deseaba (*Cant.* 10. *n.* 20.). Asi este divino Maná es de tan gran virtud y substancia, que cada uno le puede preparar como quisiere, y le sabrá á todo lo que deseare, porque todo cuanto hay en él es de comer y sabrosísimo, como lo dice la divina Esposa (*Cant.* 5. *n.* 26.). Y san Ambrosio y otros santos dicen: *Cristo es para nosotros todas las cosas. Si estás enfermo de calenturas, Médico es. Si temes la*

muerte, Vida es. Si huyes de las tinieblas, Luz es. Si buscas sustento, Alimento es. Si estás frio, Fuego es. Si tienes necesidad, Rico es. Sea pues la conclusion, dice el santo Doctor, *que probemos y gustemos de este soberano manjar; porque el Señor, que en él está, es muy suave y gustoso (S. Ambr. lib. 3. de Virg. et alii).* Pues si todo cuanto hay y puedes desear lo hallas y lo tienes en Cristo, considérale cada vez que hubieres comulgado, segun estos y otros semejantes atributos, para que saques el provecho que deseas, y sepas dar á nuestro Señor las debidas gracias; porque este es tiempo mas á propósito para orar y meditar, que para leer, ni oraciones, ni rezar Ave Marías; y asi, antes de entrar en las Meditaciones ó consideracion de algun punto de los siguientes, harás primero brevemente cada

vez que comulgares esta composicion de lugar con su peticion, para alumbrar el entendimiento, y despertar tu devocion.

Composicion de lugar.

Hazte presente á Jesucristo nuestro Señor, verdadero Dios y Hombre, viendo con los ojos de la consideracion como está real y verdaderamente encerrado en tu pecho como en una custodia y relicario, y á innumerables ángeles que alli estan arrodillados adorándole.

PETICION.

Pídele á Dios nuestro Señor te dé ojos para ver el bien que se te ha entrado por tu casa, como se los dió al santo Simeon teniéndole en sus brazos, para que le estimes como á Hijo de

quien es, y que te dé gracia para gastar aquel breve rato con provecho y fruto, asi como su Magestad lo quiere, y tú lo deseas.

MEDITACION I.

Como Cristo nuestro Señor es Médico.

Punto primero. Considerar que Cristo nuestro Señor vino del cielo á la tierra para ser Médico de las almas, y curar los enfermos que en ella estaban, buscándolos y rogándolos con la salud, como lo hizo con aquel paralítico del evangelio, que el mismo Señor le fue á buscar á la enfermería de la piscina para sanarle (*Joan. c.* 5. *n.* 7.). Ponderar la caridad y amor de este gran Médico, y tu tibieza y frialdad en agradecerle el bien que te desea hacer: pues queriendo-

te él curar de todas tus enfermedades y llagas espirituales, tú, como loco y frenético, no te quieres dexar curar, sino perseverar en tu mal. Saca de aqui deseos de sujetarte á la voluntad y gusto de tal Médico, pues estás y te hallas enfermo en todas tus potencias y sentidos. (*Ps.* 10. *nn.* 12. y 13.) Y pues él es tan excelente, que sana á todos de cualesquier dolencias, tómale tú por la mano, llévale por todas las que tienes, diciendole, como si no lo supiese: Señor, venid, y ved esta memoria que no se acuerda de vos, ni de las mercedes y beneficios que me haceis; sanadla, Señor: mirad estos mis ojos enfermos y amigos de ver cosas que no les es lícito desear, curadlos, sanadlos, Señor: mirad esta lengua murmuradora y parlera, enfrenadla, Señor: mirad á todo este hombre pobre y miserable, y

compadeceos de él, que si yo os tocase con fe, vos me sanariades, como sanasteis á todos los que con ella llegaban á vos (*Matth.* 6. *n.* 6. *Luc.* 9. *n.* 29).

¶ Punto segundo. Considerar como la carne y sangre de este sapientísimo Médico, juntandose con la tuya, es medicina universal de todos tus males, la cual tiene tal virtud, que curará con su humildad las hinchazones de tu soberbia; con sus dolores y penas, tus gustos y mal tomados deleites; con su pobreza, tus codicias; tus desconfianzas, con sus méritos; y tus llagas canceradas y podridas con la vieja costumbre de pecar, con el suave y oloroso bálsamo de su preciosa sangre.

Ponderar la misericordia y bondad de este piadoso Médico, que fue tal y tan grande, que no contentándose con serlo, como lo vemos en lo que dixo á los

discípulos de S. Juan, que los ciegos veian, los sordos oian, los coxos andaban, los leprosos sanaban, y los muertos resucitaban (*Matth.* 1. *n.* 5.), se hizo tambien medicina, y se te dá para que lo comas, y sanes perfectamente de todas tus enfermedades. Sacarás de aqui un deseo grande de llegarte á menudo á este celestial Médico, y suplícale, que aunque sea á costa de tus deseos, honra, vida y contento, te cure y sane; pues te ves lleno de enfermedades de pecados y pasiones, atento que no hay medicina que baste para curarte sino este soberano bocado.

¶ Punto cuarto. Considerar el gran valor y precio de esta medicina, pues le costó á este Médico celestial tantos trabajos y penas, y su misma vida, por dexartela preparada y confeccionada, para que tú con gusto,

sabor y provecho lo tomases en este divino Sacramento.

Ponderar que los médicos de acá, cuando mucho, mandan matar una ave y darla á comer al enfermo; pero este Médico del cielo no se contentó con ordenar y mandar, sino que quiso él, como lo dice su profeta, hacerse enfermo, para sanarte á ti; y ser llagado, para curar tus llagas, y morir en la cruz, para que tú vivieses eternamente en el cielo (*Ps.* 23. *n.* 5.). De aqui puedes sacar un deseo vivo y fervoroso de llegarte á este sapientísimo Médico, pues él solo puede darte salud y vida, y postrándote á sus pies, decirle: Señor, tened misericordia de mí, porque estoy enfermo. (*Ps.* 6. *n.* 3. *Hier.* 23. *n.* 24.) Sanadme, Señor, y seré sano, pues sabeis que desde los pies á la cabeza no hay en mí cosa que lo esté. (*Ps.* 4. *n.* 5.) Y ten por cierto,

que si llegas con deseo de sanar, y con la fe y confianza que llegó y le tocó la muger que padecia fluxo de sangre, quedarás libre de tu enfermedad como ella lo quedó (*Matth. 9. n. 20.*). Porque si esta virtud tuvo la vestidura de Cristo, mucho mas podrá el mismo Cristo que está y tienes dentro de ti.

MEDITACION II.

Que Cristo nuestro Señor. es fuego.

Punto primero. Considerar que Jesucristo nuestro Señor, á quien tienes encerrado en tu pecho, es fuego de amor divino, cuya calidad y excelencia es consumir las humedades y carnalidades de los vicios, y levantar el alma á los deseos celestiales, haciendola menospreciar los terrenales.

Ponderar que la virtud y calidad de este fuego celestial es no solo encender los corazones, sino dar luz, y abrir los ojos del que dignamente le recibe, como lo hizo con aquellos dos discípulos que iban á Emaús; pues sentados á la mesa, al partir de aquel pan que les dió, que segun algunos dicen fue su santísimo cuerpo, se les abrieron los ojos, y conocieron á su Dios y Señor, y encendidos y abrasados con este divino fuego que tenian en sus pechos, salieron de Emaús bien diferentes y trocados de como habian entrado; esto es, de dudosos, qué fieles! de medrosos, qué esforzados! de ignorantes, qué doctos y bien enseñados! (*Luc.* 24. *n.* 31.) Saca tú deseos de salir de la sagrada comunion trocado y mudado en otro hombre, quiero decir, de soberbio en humilde, de incontinente en casto, de

airado en paciente, y de malo y pecador en justo y santo; pidiendo á este Señor, que pues es fuego consumidor, purifique todas tus imperfecciones, y abra tus ojos y los esclarezca, para que llegándote á menudo á él, le conozcas y te conozcas, pues en esto consiste tu bienaventuranza.

¶ Punto segundo. Considerar que la causa que le movió á Cristo nuestro Señor para baxar del cielo al suelo, fue el deseo que tuvo de meter fuego en los corazones, y lo que quiere es, que siempre arda (*Luc.* 12. *n.* 49.).

Ponderar la calidad de este soberano fuego, que es purificar cualquier metal que á el se llegare, convirtiéndole todo en sí, ahora sea hierro ó piedra; quiero decir, cualquier pecador, por malo que haya sido, frio como hierro, y duro como piedra;

pues tiene este soberano fuego, que es Dios, tal poder y actividad, que hace á sus ministros llama de fuego (*Ps.* 105. *n.* 4.). Saca de aqui deseos de que este Señor haga contigo otro tanto, y que probandole, llegando á él, y recibido en tu pecho, aunque seas hierro y piedra, con su divino calor te inflame, encienda y derrita en amor suyo, que caldeado en este horno y fragua divina, quedes purificado, y sin escoria alguna de culpas y pecados, cual debe quedar una alma pura.

¶ Punto tercero. Considerar el gran deseo que los apóstoles tuvieron de aquel fuego del Espíritu Santo, y con qué clamores y suspiros, oraciones y gemidos le pidieron á Dios; y despues que vino sobre ellos cuáles quedaron! cuán otros, cuán trocados y mudados, y cuán encendidos en el amor de Dios!

Ponderar qué es la causa, que habiendo este divino fuego baxado del cielo, y encerrádose tantas veces en tu pecho, no se arde ni se abrasa, diciendo Salomon con admiracion: ¿ qué hombre escondió jamas el fuego en su seno, que no se le quemasen las vestiduras? (*Prov.* I. *n.* 18.). Luego la causa de este mal y daño procede de tu mala disposicion y ruin aparejo, que si te dispusieras como los apóstoles se dispusieron, y si lo deseáras como ellos lo deseaban, mucho mas te luciera de lo que ahora luce, y otro fueras de lo que ahora eres. Sacarás de aqui deseos de comenzar á pedir á Dios este bien y este fuego divino, diciendo con su profeta: abrasa, Señor, mis entrañas y corazon, y dexa en él alguna centella de tu fuego, y algun rastro de haber estado en mi alma, pues tantas veces has veni-

do á ella; que donde hay fuego siempre queda algun calor y señal de él en la ceniza (*Ps.* 25. *num.* 1.).

MEDITACION III.

Que Cristo nuestro Señor es manjar.

Punto primero. Considerar que Cristo nuestro Señor es manjar del alma, como él lo dixo: *mi carne es verdadero manjar, y mi sangre verdadera bebida.* (*Joan.* 6. *n.* 55.)

Ponderar lo primero, la gran providencia de este soberano Señor, pues tuvo particular cuidado viendo tu necesidad y flaqueza en proveerte de este manjar corporal y espiritual de pan y vino, para que no desfalleciera tu espíritu en el ánimo, ni perecieras de hambre como el otro hijo pródigo.

Ponderar lo segundo, que si aquel pan que comió el profeta Elías tuvo tal virtud, que le dió fuerzas y aliento para caminar cuarenta dias por el desierto hasta llegar al monte de Dios; (3. *Reg. c.* 19. *n.* 8.) ¿cuánto mayor y mejor es el poder y fuerza de este misterioso pan, á quien aquel representaba, para sustentarte por el desierto de esta vida, hasta que llegues al monte santo de la bienaventuranza, por ser este el pan que conforta, aníma y esfuerza el corazon del hombre? (*Ps.* 16.) Saca de aqui un firme propósito y grande deseo, pues es tanta la necesidad que tienes de vivir y sustentarte, de acudir á menudo á esta soberana mesa á comer de este sacrosanto pan, porque en él está y se encierra tu salud y tu vida; y sin él, como lo dixo Cristo, morirás.

¶ Punto segundo. Conside-

rar el grande amor que Dios nuestro Señor tiene á los hombres, pues como enamorado y aficionado de ellos, quiso que le comiesen sacramentalmente, para comerlos á ellos espiritualmente (*Luc.* 14. *n.* 22.).

Ponderar la liberalidad de este Señor en convidar á todos, ora sean coxos, ciegos y mancos, no desechando ninguno, sea rico ó pobre, grande ó pequeño, haciendo fuerza á todos para sentarlos á su mesa, con tal que no tengan conciencia de pecado mortal. Sacarás de aqui unos propósitos firmes de llegarte de hoy mas á esta real mesa, pues que Dios te llama para que le comas, y no sea menester que te haga fuerza, y lleve de los cabezones; que aunque le has ofendido tantas veces, y sido coxo de ambos pies, que son de entendimiento y voluntad, te quiere honrar tanto, para que

gustando y viendo cuán suave es el Señor que en este manjar se da, te pierdas á ti para hallarle á él, y renuncies todas las cosas que con gusto posees por este soberano bocado, en el cual está encerrado todo el bien de la tierra y cielo (*Ps.* 33. *num.* 9.).

¶ Punto quinto. Considerar la gran virtud y poder que en sí encierra este divino manjar, pues es tal, que comido, trueca y convierte al hombre en Dios por participacion: cuán diferente efecto del que causó en el primer hombre la comida de aquel árbol vedado, pues se persuadió que comiendo de su fruta seria semejante á Dios, y no solo no lo alcanzó, pero quedó menos que hombre, y se hizo semejante á las bestias (*Ps.* 48. *num.* 21.).

Ponderar la grandeza y soberanía de este divino manjar, el

cual de tal manera trueca y muda al que le recibe en gracia, que le hace semejante á Cristo, que asi lo dixo este Señor: *el que comiere mi carne, en mí está, y yo en él* (*Joan.* 5. *n.* 56.). De aqui puedes sacar un gran temor de reprobacion; pues comiendo tantas veces de este soberano manjar, y sustentándote como niño con la leche de sus regalos y dulzuras, tienes tan estragado el gusto, y sacas tan poco provecho y fruto de él, como si no le recibieras, permaneciendo en tu ruin vida y malas costumbres.

MEDITACION IV.

Que Cristo nuestro Señor es riquísimo.

Punto primero. Considerar que Jesucristo nuestro Señor, á quien tienes en tu pecho, es ri-

quísimo y poderosísimo, en el cual, como dice S. Pablo, (*Ad Col.* 2. *n.* 3.) estan escondidos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios; alli los hallarás si con humildad y sin curiosidad los buscares debaxo de aquellas especies sacramentales de pan y vino.

Ponderar que si tan grandes y soberanos bienes son los que en esta hostia consagrada que has recibido estan encerrados, como es verdad que lo estan; ¿cómo no te deshaces de todos los otros bienes que tienes que no lo son, por poseer estos y gozarlos, como lo hicieron los apóstoles, y el mismo Cristo lo hizo asi por ti, gastando con liberalidad toda su hacienda en provecho de meretrices y pecadores, enseñando á unos y curando á otros, y derramando su sangre por todos, y dandote á comer su carne, para que vi-

viese tu espíritu? (*Mat.* 1. *n.* 2.) Saca de aqui deseos de darte todo al que asi todo se dió por ti, y suplícale, que pues es tan rico y tú tan pobre, y tan liberalmente reparte asi sus riquezas con quien tan indigno es de ellas como tú, que te socorra; y que pues él ama á los pobres, y su Magestad lo es tanto, (*Luc.* 11. *n.* 41.) no dexe tu pobre alma vacía de sus bienes, sino que la provea y enriquezca, dandote las gracias, virtudes y dones del Espíritu Santo que te faltan y has menester.

¶ Punto segundo. Considerar, que siendo Dios nuestro Señor rico, como dice S. Pablo, (*Corinth.* 1.) se hizo pobre, para que con su pobreza nos hiciesemos ricos.

Ponderar lo que ama Dios á la pobreza, siendo la suma riqueza, pues llama bienaventurados á los pobres de espíritu,

prometiendoles si lo son la gloria eterna. Sacarás de aqui deseos de ser pobre de espíritu en la tierra, para ser rico en el cielo, diciendo con el profeta: *miradme, Señor, y tened misericordia de mí, que soy pobre y miserable* (*Ps.* 89. *n.* 26.). Porque ¿qué rey ni qué príncipe hay en el mundo que se aposente en casa de un pobre, que no lleve consigo su recámara, y le haga mercedes y beneficios? Y pues vos, Señor, siendo la suma riqueza, os habeis dignado de aposentaros en mi pobre morada, adornadla con la tapicería de gracias y virtudes, que son las alhajas de vuestra real casa y palacio, haciendo alguna merced al dueño de la posada donde vos morais.

¶ Punto tercero. Considerar las grandes mercedes y beneficios que hizo Dios nuestro Señor á Obededon y los suyos por

haber recibido en su casa el arca del testamento, que no era mas que sombra y figura de este Santísimo Sacramento. (*Reg.* 6. *n.* 1.) Pero mas y mayores beneficios reciben los hombres donde quiera que entra este arca y cofre divino de los tesoros de Dios, que es su cuerpo santísimo abierto y descerrajado por tantas partes, manifestándole sus riquezas.

Ponderar como entrando este Señor corporalmente en casa de la suegra de S. Pedro, le quitó la calentura, y entrando en casa de la hija del príncipe, la resucitó, y á la Magdalena perdonó sus pecados en casa del fariseo. Entrando en casa de Isabel, santificó al niño Juan, y á su madre llenó del Espíritu Santo: que donde Dios entra hace grandes maravillas y milagros. (*Luc.* 4. *n.* 46. *Matth.* 4. *n.* 35. *Luc.* 7. *n.* 7. *Ib.* 7. *n.* 47. *Ib.* 1. *n.* 41.)

Suplícale tú tambien, que pues su Magestad ha querido entrar en tu pobre morada, y ser hospedado en ella, use contigo de misericordia, pues es rico de ella, perdonando tus pecados, dándote una nueva vida de gracia, para hacerte digna morada suya (*Eph.* 1. *n* 4.).

MEDITACION V.

Que Cristo nuestro Señor es buen Pastor.

Punto primero. Considerar que para dar Jesucristo nuestro Señor muestras de ser buen Pastor, no solo quiso vestirse del pellico basto de nuestra humildad, para que sus ovejas, que son sus escogidos, le conociesen, siguiesen y amasen, y no huyesen de él; sino que tambien quiso apacentarlas y mantenerlas con su propia carne y sangre.

Ponderar los buenos oficios que este excelente Pastor ha hecho por ti, oveja desaprovechada, sustentándote, curándote, buscándote con dolor de su corazon, y lágrimas de sus ojos, y con sudor de su rostro, pasando por ti tantos trabajos y fatigas en volverte á su rebaño sobre sus hombros; y tú, como oveja perdida é ingrata, te has arrojado de ellos tantas veces, por irte á los malos pastos, que emponzoñaban y mataban tu alma. Saca de aqui deseos vivos y eficaces de seguir las pisadas de tu Pastor, caminando por donde él caminó; y ten por cierto, que si de él te dexas regir y gobernar, que ninguna cosa te faltará (*Ps.* 22. *n.* 1.).

¶ Punto segundo. Considerar cuantas veces delante de los ojos de este soberano Pastor, sin temor ni vergüenza, como oveja boba has comido, y apacen-

tádote en los verdes prados y pastos verdes de tus luxurias, no temiendo el peligro y daño de caer en las uñas y dientes de los infernales lobos, que son los demonios, de los cuales, como presa suave, tantas veces te ha sacado este buen Pastor.

Ponderar cuán mal has agradecido las mercedes y beneficios que este gran mayoral Cristo Jesus te ha hecho en dar su vida por ti; pues no contentándote con ser oveja inútil y desaprovechada en su rebaño, te has hecho lobo carnicero, persiguiendole con tus pecados. De aqui puedes sacar deseos de gemirlos y llorarlos, y de llamar con tus valídos á tu Pastor, para que te busque y halle, diciendole como oveja descarriada: Pastor mio, supe perderme; no sé ganarme. Búscame, Señor, y sácame de las breñas de mis culpas á las dehesas fértiles de

tu amistad y gracia.

¶ Punto tercero. Considerar que dice este buen Pastor: *yo conozco á mis ovejas, y ellas me conocen á mí, y ámolas tanto, que no reparára en dar la vida por ellas* (*Joan.* 16. *n.* 14.). Y si esto es mucho, ¿qué muestras serán de amor haberla ofrecido y dado por los lobos que la han despedazado y muerto?

Ponderar lo primero, lo que te conviene tratar á menudo con tu Pastor, para que le conozcas y sepas su gusto, deseo y voluntad, y qué es lo que de ti mas quiere.

Lo segundo, lo que importa conocerte á ti, para que si tuvieres algo que no convenga á oveja de tal Pastor, lo enmiendes, porque no te deseche de su rebaño, pues no te podria suceder cosa peor. Sacarás de aqui deseos grandes de ser oveja de este Pastor, dándole todos tus

bienes, sin que nada reserves para ti; esto es, tu alma y tu cuerpo, con tus sentidos y tu corazon, pensamientos, hacienda, honra, vida y contento, pues todo esto dió él primero por ti; y ahora para echar el sello, se te da en pasto y mantenimiento para que le comas. Y si te amó siendo enemigo, y tales cosas te dió, ¿qué no te dará, ó qué te negará, siendo amigo, y oveja util y provechosa, por estar sellada y marcada con su preciosa sangre? (*Ad Roman.* 5. *n.* 10.)

MEDITACION VI.

Que Cristo nuestro Señor es esposo.

Punto primero. Considerar que Cristo nuestro Señor es esposo de tu alma, en quien con grandes ventajas se halla todo lo que se puede desear en un

buen esposo (*Psalm.* 44. *n.* 3.); hermosura en cuanto Dios y en cuanto hombre; pues lo fue mas que todos los hombres; nobleza de linage, asi de parte de Padre como de Madre; discrecion suma, pues es la misma sabiduría; riqueza infinita, pues es heredero de todo cuanto Dios tiene en el cielo y en la tierra. Finalmente es muy amoroso, y de linda y apacible condicion.

Ponderar cómo sabe este esposo con sus gracias y virtudes honrar, ataviar y hermosear el alma que ha de ser esposa suya, guardando con ella las leyes del verdadero amor, gustando cada dia verla, hablarla y regalarla con este precioso y soberano bocado de su cuerpo y sangre que en este Santísimo Sacramento recibe, para que con estas prendas de amor sepa que él solo desea ser el dueño y esposo suyo. Saca de aqui deseos de en-

tregarte de hoy mas por esposa de tal y tan bello esposo, y por ningun trabajo ni tribulacion dexar su amistad y dulce compañía; y guardándole la palabra que le has dado, le suplíca te comunique alguna de las muchas gracias y virtudes que en él se encierran, para que sepas con amor corresponder al grande amor que te tiene y muestra.

¶ Punto segundo. Considerar como Cristo nuestro Señor por su sola bondad se aficionó á tu alma fea y pobre, habiendo sido desleal y fementida no una sino cien mil veces: y con todo eso, es tal el amor que te tiene, que te solicíta y ruega para que le abras la puerta de tu alma y corazon, pues sus deseos son de estar unido contigo.

Ponderar tu indignidad, desvío y desamor, y cuán mal mirado has sido en negar á este divino esposo, y como adúltera

héchole traicion, habiendo tantas veces puesto tus ojos y aficion en un vil esclavo; y que la bondad de este Señor es tal, que cuando merecias mil infiernos te perdona, convida y ruega vuelvas como fugitiva á su casa; y echándote los brazos, como á otro hijo pródigo, te recibe, acaricia y regala, honrándote con la vestidura de su gracia y virtudes. Sacarás de aquí deseos de entrarte por sus puertas, proponiendo morir mil muertes antes que dexar á tal Señor, tal Padre y tal Esposo. Suplícale que te dé su gracia, para guardarle de hoy mas la lealtad prometida, entregándole tu alma con sus potencias, para no ser mas tuyo, sino de él, que ya te ha recibido por esposa suya, diciendo lo que ella decia: *hallado hé al que ama mi alma: tendréle, y no le dexaré* (*Cant.* 2. *n.* 4.).

¶ Punto tercero. Considerar cuán grande ha sido la dignidad y honra en que te ha puesto tu divino esposo; pues no mirando á lo que mereces, ni á tu poca fidelidad, te da la mano y el anillo de su propio corazon, para que de hoy en adelante le tengas y recibas por tuyo, con prendas de amor tan grande.

Ponderar lo que debes estimar tu alma, pues tanto la aprecia Dios, que se da á sí y á todas las cosas por desposarse con ella, no obstante su fealdad y miseria; pero es tal su amor y misericordia, que muchas veces se ha aficionado y enamorado de feas esclavas, para hacerlas hijas hermosas, las cuales ha comprado, no con deleites y gustos, sino con dolores y tormentos, que es moneda de cruz. De aqui puedes sacar deseos de entregar el co-

razon y voluntad á tal Señor, para no ser mas tuya, sino del que te ha comprado con su sangre y recibido por esposa suya. Pídele que te dé su gracia para guardarle fidelidad y lealtad, y que pues hasta aqui has sido tan estéril, comiences con su gracia de hoy mas á dar fruto de bendicion con santos deseos, palabras y obras.



DÁSE FIN Á ESTE MANUAL de exercicios espirituales con uno para ayudar á bien morir, asi á enfermos como á ajusticiados.

ADVERTENCIA.

Porque es uso y costumbre de las sagradas religiones salir de ellas á ayudar á bien morir, asi á enfermos como á ajusticiados; para poder consolar y animar á unos y á otros en este riguroso trance y peligroso paso, me pareció dar fin á este Manual de exercicios con este tan útil y necesario para los religiosos, y aun para los seglares tambien que se hallaren en semejantes actos y ocasiones: y para que no les falte materia, ni qué decir á los que estan en

este peligro, me alargaré yo en ésta, reduciendo con especial cuidado este exercicio á tres puntos de Fe, Esperanza y Caridad, mezclando en cada punto y virtud unos actos de contricion, por ser tan necesarios, y particularmente en aquel paso.

¶ El modo como todo esto se ha de executar, hallando al enfermo en sano juicio, será hablarle amorosa y blandamente, huyendo todo lo posible de enfadarle, ni cansarle con voces ni abundancia de cosas dichas de tropel; y en lo que dixere, insista siempre en aquello que mas contento y consuelo sintiere que da al enfermo, y por el modo mas claro y acomodado á la capacidad de él; de modo que sea facilmente entendido con palabras llanas y cláusulas cortas, y las cosas sean mas por via de afecto propuestas, que de enseñar; mas como quien le

pregunta y recuerda, que no como quien de nuevo le instruye, especialmente con hombres devotos y letrados. Y con esto al mismo tiempo del tránsito podrá alzar mas la voz y darse mayor priesa por la falta de los sentidos del enfermo.

Preámbulo de este exercicio.

Señor mio, ó hermano mio, sepa que la causa de mi venida, y de hallarme á su cabecera en este paso y trance riguroso, es para consolarle y animarle, y para quitarle del todo el temor y miedo con que está; y entienda, que para alcanzar de Dios nuestro Señor una buena muerte es necesario que en este dia, que discurre ser el último de su vida, acuda á las puertas de la divina misericordia, para que por medio de ella alcance de nuestro Señor, que es y se in-

titula Padre de misericordias y Dios de todo consuelo (2. *Cor.* 1. *n.* 6.), el perdon de todos sus pecados y consuelo en este trabajo presente; que llamándole de todo su corazon, y pidiéndole su favor y ayuda, se le dará, como le ha dado á otros muchos que se han visto como él se ve ahora: pídale un grande ánimo, valor y esfuerzo para pasar con consuelo esta muerte, pues por medio de ella le ha de perdonar Dios nuestro Señor sus pecados, y dar la gloria. Y asi entienda que para alcanzar el mayor bien que hay en el cielo y en el suelo, que es ver y gozar de Dios eternamente, es menester, que como bueno, fiel y católico cristiano confiese y crea los misterios sacrosantos de nuestra santa fe, á los cuales, si pudiere, me irá respondiendo como le fuere preguntando; y si no, con seña-

les y muestras vaya condescendiendo en lo que con él dixere y preguntáre.

PUNTO PRIMERO.

De la Fe.

El modo de exhortar al enfermo á la virtud de la fe, sea induciéndole á creer lo que allá nos enseña acerca de los sacramentos y misterios de la divinidad de Dios, y humanidad de Jesucristo nuestro Señor.

Dígame, hermano mio, ¿cree bien y verdaderamente todo lo que cree y tiene la santa Iglesia apostólica romana, como hijo verdadero de ella? Diga: *sí creo.* ¿Protesta haber vivido, y querer morir ahora en esta santa fe? Diga: *sí quiero.* ¿Cree bien y verdaderamente en el sacrosan-

to misterio de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, tres Personas distintas, y un solo Dios verdadero? Diga: *sí creo.* ¿Cree que la segunda Persona de la Beatísima Trinidad, que es el Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, se hizo Hombre, y murió por nosotros en una cruz, y resucitó, y que está en el cielo á la mano derecha de su Eterno Padre? Diga: *sí creo.* Y si ahora viera con sus ojos á este Señor, á quien ha confesado y creido por su Dios y Redentor de las almas, de quien tantos favores ha recibido la suya, ¿no se arrojára á sus pies, como otra Magdalena, para pedirle perdon de sus pecados? Diga: *sí pidiera.* ¿Hiciera lo que dixo aquel publicano, que hiriendo sus pechos decia: *Señor, tened misericordia de mí pecador?* Diga: *sí lo hiciera.* Pues hágalo

ahora asi, que aqui presente le tiene. *Descúbrase la cabeza, bínquese de rodillas, y muestre el Crucifixo al enfermo; y dándosele á besar diga*: adórote, Señor mio Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, pues por medio de esta santa cruz redimiste el mundo.

Adórote, Dios mio, Redentor y Salvador mio, pues con tu preciosa muerte has comprado y rescatado mi vida. Quisiera siempre, Señor, habértelo agradecido, y por cuantas cosas hay en el mundo y fuera de él, nunca haberte ofendido: y si volviera ahora de nuevo á vivir, me empleára muy de veras en guardarme de pecar; porque merece vuestra divina Magestad que le sirva todo el mundo. ¡O Señor, cuán mal lo he hecho en ofender á un Padre tan amoroso, que murió por mí en una cruz! ¡Pluguiera á vos,

Señor, que yo hubiera siempre guardado vuestros santos mandamientos! Conózcome, Señor mio, por pecador, y pídoos perdon. Pésame, Dios mio, de la falta de dolor de mis culpas, y quisiera tenerle mucho mayor.

Pésame, Señor, de los años mal gastados de mi vida pasada. Pésame del tiempo que he perdido en mirarme á mí, y no á vos; de lo que he vivido conmigo, y no con vos; de lo mucho que me he amado á mí, y no á vos. Pésame, Señor, grandemente de haber injuriado y ofendido con mi alma, vida y muchos pecados á vos, que sois mi Padre, de quien tantas mercedes y beneficios ha recibido este mal hijo.

Pésame bien y verdaderamente de haberos ofendido, Pastor mio, pues siendo yo oveja vuestra, me he apartado de vues-

tro rebaño, y apacentádome en pastos vedados que mataban mi alma.

Pésame grandemente, Médico mio, de no haber acudido muy á menudo á los remedios y medicinas de vuestros santos Sacramentos para sanar de mis enfermedades de pecados y pasiones.

Pésame sumamente, Maestro mio, de lo mal que me he aprovechado de las lecciones que me habeis leido desde esa cátedra de la cruz, de humildad, paciencia, pobreza y despego de los regalos y gustos del mundo.

Por todas estas faltas y descuidos mios, os pido, Señor mio Jesucristo (*déle á besar el Crucifixo*), Dios y Hombre verdadero, Criador y Redentor mio, me perdoneis, no mirando á quien yo soy, sino á quien sois vos. No mireis á mí, que os lo pido, sino por quien os lo pido,

que es por los muchos trabajos y penas que padecisteis desde el pesebre hasta la cruz, que desde este punto me convierto á vos, y os ofrezco mi vida y esta muerte en satisfaccion de mis muchos pecados, y confio de vuestra bondad y misericordia infinita me los perdonaréis por los merecimientos de vuestra preciosa sangre y pasion.

Mirad, Señor, que para inclinaros á que me hagais este bien, no alego yo servicios mios, que no los tengo, ni otros títulos ni razones mas fuertes; sino acordaros que por mi remedio dexásteis el trono de vuestra Magestad y grandeza, y pusísteis los ojos en mi necesidad y miseria, haciéndoos hombre por mí. Mirad, Señor, que por mí nacisteis en un establo; por mí fuisteis reclinado en un pesebre; por mí circuncidado al octavo dia; por mí dester-

rado en Egipto; por mí perseguido y maltratado con infinitas maneras de injurias. Por mí, Señor, ayunaste y velaste, caminaste, sudaste y lloraste. Por mí fuiste preso, desamparado, vendido, negado, presentado y traido ante unos y otros jueces y tribunales; ante ellos acusado, abofeteado y escupido, escarnecido, azotado y coronado de espinas; y finalmente me redimiste muriendo en una cruz, acabando la vida en ella en presencia de tu santísima Madre, con tan grande pobreza y necesidad, que no tuviste una sola gota de agua en la hora de tu muerte para apagar tu gran sed, pues en lugar de ella te dieron hiel y vinagre. Todo esto, Señor, asi como la fe me lo enseña y mi madre la santa Iglesia me lo propone, como hijo que soy de ella, asi lo confieso y creo.

PUNTO SEGUNDO.

De la Esperanza.

El modo de exhortar al enfermo á la virtud de la esperanza, sea poniéndola en los méritos de Cristo y su pasion.

Hermano mio, tenga muy grande esperanza de alcanzar de Dios nuestro Señor perdon de todos sus pecados, viendo la liberalidad con que perdonó los suyos á muy grandes pecadores; y pues él tambien lo es, dígale: perdonadme, Señor, y tened misericordia de mí, como la tuvisteis de una María Magdalena, pública pecadora, á quien concedisteis perdon y remision de todos sus pecados (*Matth.* 2. *n.* 15.). Perdonadme, Señor, y tened misericordia de mí, asi como perdonásteis á un Mateo,

que de usurero y logrero, le hicisteis apóstol y evangelista vuestro (*Luc.* 5. *n.* 29.). Perdonadme, Señor, y tened misericordia de mí, como perdonásteis á un Pedro; que negándoos una y muchas veces, le mirásteis con esos ojos de misericordia haciéndole cabeza de vuestra Iglesia, y pastor de vuestro ganado (*Luc.* 22.). Perdonadme, Señor, y tened misericordia de mí, asi como perdonásteis á un Pablo, que persiguiendo á vos y á los vuestros, le hicisteis vaso escogido para que llevase vuestro santísimo Nombre y diese noticia de él á todo el mundo (*Luc.* 6. *n.* 5.). Perdonadme, Señor, y tened misericordia de mí, como perdonásteis á un famoso ladron, pues habiéndose empleado toda su vida en robar y matar, y ofender vuestra Magestad; convirtiéndose á vos al fin de ella,

le diste á él primero qué á otro ninguno de los mortales la gloria del cielo. Perdonadme, Señor, y tened misericordia de mí, como perdonásteis á otros muchos, que de grandes pecadores los hicisteis muy grandes santos; y asi espero y confio de vuestra piedad y misericordia infinita, que pues sois ahora el que antes erais, que tengo de alcanzar perdon de mis pecados, como estos santos le alcanzaron; y que aunque vengo tarde, me habeis de dar el premio de vuestra gloria, como se lo disteis á los obreros de vuestra viña, aunque fueron á trabajar á ella á la última hora de su vida.

Ea, Señor, que para obligaros á que me hagais estos beneficios y mercedes os pongo delante de los ojos estos vuestros trabajos, penas y dolores tales y tan grandes que por mí

padecisteis; y asi os suplico, Dios mio, por esa desnudéz, ignominia y afrenta que por mí sufristeis; por esos golpes y cardenales; por esas bofetadas y azotes que recibisteis; por esa corona de espinas que traspasó vuestra sacrosanta cabeza; por esas lágrimas; por esa sangre; por esa muerte; por esa cruz, me recibais en vuestra gracia, y me perdoneis. Amigo mio, Esposo mio, Señor mio y Dios mio, mirad que por mí pasásteis todos esos dolores y tormentos, y mucho mas. Mirad que todos los pecados del mundo y todos los mios son nada en comparacion de lo que es justo se perdone por ellos; y asi vengo yo á vos animado y con gran esperanza del perdon de ellos, por haber Dios Señor pagado por ellos. Mirad, Señor, que esa vuestra sangre está clamando y dando voces por mi

salud y remedio, mejor que la sangre de Abél; porque aquella pedia venganza para el traidor; pero la vuestra, Cristo mio, está pidiendo misericordia para mí pecador; y pues vos, Señor, Justo y Santo, rogais por mí á vuestro Eterno Padre, os suplico, que en pago de lo mucho que por mí padecisteis desde el dia de vuestro nacimiento hasta el de vuestra muerte, perdoneis á este pecador que aqui está á vuestros pies pidiéndoos perdon, pues en vos, y no en otro, tengo puesta toda mi confianza y esperanza.

Padre Eterno, alcance yo de vuestra misericordia esta gracia y merced sobre las muchas que me habeis hecho. Os lo suplico por vuestra omnipotencia, por vuestra grandeza, por vuestra inmensidad, por vuestra bondad, por vuestra clemencia, por el amor que teneis á vuestro san-

tísimo Hijo, por los servicios que os hizo, y trabajos que por mí padeció.

Ea, Hijo de Dios vivo, rogad por mí á vuestro santísimo Padre, por quien vos sois, por vuestra humildad, por vuestra pobreza, por vuestra obediencia, por vuestra mansedumbre, por el amor que me teneis, por los dolores, afrentas, tormentos, pasion y muerte que por mí sufristeis.

Ea, Espíritu santísimo, inclinaos á oir mis ruegos, por vuestra sabiduría, por vuestra caridad, por vuestra liberalidad, por vuestra bondad, por vuestro amor, por vuestra grandeza, por vuestros divinos dones.

Ea, Señor mio, que este perdon de mis pecados tambien os lo pido por los méritos de todos los santos, y por las penas, dolores y tormentos que padecie-

ron, y en especial por los que pasó y padeció la santísima Vírgen Madre vuestra y Señora mia: os lo pido por su humildad, por su castidad y su inocencia, por su caridad y por lo mucho que os sirvió y amó.

Esto tambien pido á todos los que estan aqui presentes, y me oyen; que como siervos de Dios con sus oraciones me ayuden, y rueguen por mí, y les pido me perdonen las ofensas que les he hecho, y ocasiones que les he dado de enojarlos; que yo perdono á todos los que me han ofendido, y de quien he recibido injurias y afrentas, pues vos, Señor mio, recibisteis tantas de tantos, y á todos perdonásteis. Os suplico, que á ellos los deis vuestra gracia para que os sirvan, y acaben en ella, y á mí y á ellos nos deis buena muerte por vuestra santísima muerte. Hacedlo, Señor, aun-

que ellos ni yo no lo merezcamos, pues vos lo mereceis todo.

PUNTO TERCERO.

De la Caridad.

El modo para exhortar al enfermo á la virtud de la caridad, sea moviéndole á amar á Dios, y á que tenga deseos de verle, haciendo actos de contricion.

Hermano mio, óigame á mí ahora un poco, y ponga los ojos de la consideracion en esta lastimosa figura de Cristo nuestro bien, y mire adónde llegó su caridad, pues por tus pecados y por el amor que le tiene, está cual le ve tendido en la mesa de la cruz, desollado con azotes, desangrado y muerto con fuego de tormentos. Mírele,

que por el amor que nos tiene está abiertos los brazos en esta cruz para abrazar á todos sus amigos y enemigos, y para abrazarle á él, si á él se vuelve de todo su corazon. Mírele como tiene clavados los pies, para aguardarle y esperarle, si le busca y llama. Mírele como tiene inclinada la cabeza para darle, como á otro hijo pródigo, nuevos besos de paz. Mírele como desde esta cruz le está llamando con tantas voces, cuantas son las llagas y heridas que tiene en todo su cuerpo, y que le está diciendo á él y á nosotros: *venid á mí todos los que estais cargados de penas y dolores, desconsuelos y trabajos, que yo, que padezco tanto por vosotros, os aliviaré de los vuestros.* Dígale: ¡ó Señor, quién movido de vuestra infinita caridad os hubiera siempre amado, y fielmente servido! ¡O quién

movido de este vuestro amor hubiera guardado siempre vuestra santa Ley y Mandamientos! Pésame de no haberlo hecho asi: pidoos perdon.

Conozco, Señor mio, que amais á vuestros amigos mucho, pues disteis por ellos la vida en esta cruz. Y fue tan grande vuestra caridad, que tambien la disteis por vuestros enemigos y por mí, sujetandoos á padecer tantas afrentas, dolores y trabajos como esta vuestra imágen y figura me lo dice, la cual veo, Señor, que desde la planta del pie hasta la cabeza no tiene cosa sana para que yo sane de todas mis enfermedades de pecados y pasiones. Conozco, Señor mio, que siendo tan malo como soy, me amais y quereis mucho, pues hicisteis por mí lo que no hicisteis por los coros de los ángeles, padeciendo por mí y no por ellos los mayores y mas atro-

ces tormentos que jamás se padecieron ni padecerán. Pues ¿cómo, Bien mio y Redentor mio, no os he buscado y amado? cómo no me deshago en lágrimas, habiendo ofendido á tal Dios, tal Señor, tal Padre, tal Maestro, tal Pastor y Redentor? cómo, Señor, no se me parte el corazon por medio de dolor, habiendo ofendido con mi mala vida y muchos pecados á vuestra divina Magestad, que con tanta caridad murió por librarme de ellos? Confieso, Criador mio, que merezco estar ardiendo en fuegos eternos, y que se inventáran nuevos infiernos para castigar mis graves pecados; pero pues no os habeis cansado, Señor mio, de sufrir, tened por bien de perdonarme, que son tantos mis pecados, que no tienen número, y tampoco le tienen vuestras misericordias: y asi, tened, os ruego, miseri-

cordia de mí pecador.

Suplicoos, Señor, que el amor con que recibisteis tantos azotes os mueva á perdonar mis hurtos: el amor con que dexasteis clavar en la cruz vuestras santas é inocentes manos os mueva á perdonar mis malas obras: el amor con que dexasteis clavar vuestros santos pies os mueva á perdonar mis malos pasos y caminos: el amor con que padecisteis la muerte os mueva á darme buena muerte, para que eternamente viva en vuestra sagrada gloria y compañía.

Reconózcome, Señor, por indigno de recibir de vos tanto bien, por ser un hombre malo y pecador: pero, Señor, si yo soy malo vos sois bueno: si yo soy miserable vos sois misericordioso: y si yo soy pecador vos sois Justo y Santo: y asi os suplico por el amor que me te-

neis, os compadezcais de mi miseria.

Reconoced, Señor, esta figura, que vuestra es; y reconocedme á mí, que soy criatura vuestra, hecha á vuestra imágen y semejanza. Reconoced, Señor mio, esta oveja perdida y descarriada de mi alma que ahora se vuelve á vos: y pues la teneis sellada y marcada con vuestra preciosa sangre, y una gota de ella vale mas que todas las vidas de los ángeles y de los hombres, y con tanta liberalidad disteis cuantas teniais por mi amor, sed servido de mirar á vuestra misericordia y no á mi miseria; á vuestra bondad y no á mi maldad, á vuestra inocencia y no á mi malicia; pues mas me podeis vos perdonar que yo pecar.

¡O Señor mio! ¡O Rey mio! ¡O bien mio, hermosura de los ángeles! ¿Quién os ha parado

tan feo ¿ ¿Quién os ha puesto tan llagado y desfigurado? ¿Quién os ha maltratado tanto, Señor, sino mis muchos pecados? Estos han sido vuestros verdugos, estos vuestros enemigos, estos los que os condenaron á muerte, y estos los que dieron con vos en la cruz, y os quitaron la vida.

¡O esposo mio amantísimo! ¿Cuándo gozaré de tu presencia y compañía? Asi como el ciervo herido desea las fuentes de las aguas para apagar su sed, asi mi ánima desea á ti, mi Dios. Llévame en pos de ti, pues que dixiste, que siendo levantado de la tierra traerias todas las cosas á ti. (*Joan.* 23. *n.* 4.) Cúmplase ahora esto en mí, dulcísimo Jesus mio· ¡O Padre de misericordia! en tus manos encomiendo mi espíritu. Y pues mi ánima está ya á punto de salir de esta vida, y con peligro de dar en manos de sus enemigos,

recibidla vos en las vuestras para que no se pierda la obra de vuestras manos, por lo cual fueron ellas clavadas en la cruz. Suplicoos, Redentor mio, asistais á mi cabecera, para que en cerrando los ojos corporales, merezca por vuestra pasion veros con los ojos espirituales de mi alma en vuestra gloria.

Invocacion á la Vírgen nuestra Señora.

¡Ó Vírgen santísima y Madre de Dios! ahora es tiempo, acordaos de mí, ayudadme en este trance y paso de mi muerte. Levantaos, Señora, de ese estrado y trono de vuestra grandeza; y pues fuisteis siempre tan humilde, dad la mano á este pecador, que ahora cae en la cuenta de sus yerros y pecados. Venid ya, Señora, y ayudadme, que se me acaba el dia de mi vida, y se va haciendo

tarde. Ea, amiga mia, paloma mia, que toda sois hermosa, toda graciosa, y sin mancha de pecado; (*Cant. n.* 13. *et* 14.) volved á mí, os ruego, vuestros divinos ojos, llenos de misericordia; y pues los vuestros hallaron gracia en los de Dios, hállela yo en vos.

Vírgen mia, Reina y Señora de los ángeles, yo aunque pecador y malo, os saludo con aquellas divinas palabras, que en vuestra santísima anunciacion os dixo el arcángel S. Gabriél, diciendo: Dios sea contigo, llena de gracia. Suplicadle vos, Señora, esté conmigo, y me ayude y favorezca, para que yo salga de esta vida en gracia suya.

¡O quién me diese, Vírgen, que yo os viese y gozase! Defendedme, abogada de los pecadores, pues yo lo soy tanto, en esta hora de mi muerte del poder de mis enemigos los de-

monios, y presentadme delante de la cara de vuestro santísimo Hijo, para que en vuestra presencia le goce, alabe y glorifique para siempre.

Vírgen santísima, alégrome sumamente de que Dios nuestro Señor pusiese sus divinos ojos en vos, y os escogiese y llamase para que fuesedes Hija del Eterno Padre, Madre del Eterno Hijo, y esposa del Espíritu Santo, y templo de toda la Santísima Trinidad. Suplicadle vos, Señora, que pues soy de los llamados sea de los escogidos, aunque mis ruines obras y mala vida no lo merezcan.

Ea, Reina de los ángeles, rogad por mí: Reina de los patriarcas, rogad por mí: Reina de los profetas, rogad por mí: Reina de los apóstoles, rogad por mí: Reina de los mártires, rogad por mí: Reina de los confesores, rogad por mí: Reina de

todos los santos, rogad, Señora, por mí pecador, á vuestro inocentísimo Hijo, para que me perdone: que siendo vos mi intercesora, seguro y cierto iré de alcanzar perdon de todos mis pecados.

Angel benditísimo de mi guarda, pues me habeis guardado desde el dia de mi nacimiento hasta este de mi muerte, no me dexeis en esta última hora en el peligro en que me veo, hasta que me presenteis delante de vuestro Criador y mi Redentor, para que yo en compañía vuestra le alabe y glorifique en el cielo por todos los siglos. Amen.

Todas estas invocaciones y oraciones hechas á la Vírgen, que pongo aqui, y otras que cada cual tendrá propias, segun su devocion, se podrán mezclar y entretexer por el discurso de estos tres puntos y virtudes, diciendolas como le pareciere al

que las ha de exercitar en este acto y ocasion. Todo sea para mayor gloria de Dios y provecho espiritual de las almas, á quien esta obra se endereza.

CUATRO PUNTOS, EN QUE se recoge lo mas útil y agradable á Dios de la oracion mental y vocal.

ADVERTENCIA.

Estos cuatro puntos se pueden decir vocalmente ó mentalmente, como se digan de espacio y muy de corazon en una vez, ó repetirlos en varios tiempos.

PUNTO PRIMERO.

En hacimiento de gracias á Dios por los beneficios recibidos, asi naturales como sobrenaturales, de esta manera.

De todo mi corazon y alma os doy cuantas gracias puedo,

Señor mio, por haberme criado, sacándome del no ser al ser que tengo, á vuestra imágen y semejanza, dexando por criar á otras infinitas almas que pudieras criar como la mia, y nunca las criasteis. Os doy infinitas gracias por este beneficio, y por el amor con que me criasteis.

Lo segundo os doy todas las gracias que puedo por haberme hecho cristiano. El dia que criasteis mi alma criasteis otras muchas, unas entre idólatras, otras entre hereges; la mia entre cristianos, haciéndome uno de ellos. ¿Quién, Señor, os rogó por mí mas que por los demas? ¿O cuanto lo merecí yo mas que los demas? Os doy gracias infinitas por este beneficio, y por el amor con que lo hicisteis.

Lo tercero os doy gracias, Dios mio, y suplico á todo el cielo me ayude á daroslas por habernos dado á vuestro Hijo

por Salvador de nuestras almas. Y á vos, Jesus mio, os doy las mismas por lo mucho que por nosotros habeis hecho y padecido.

Aqui se pueden dar en especial gracias por la pasion; discurriendo por cada paso de ella en que uno tiene devocion, y por el amor con que lo padeció por nosotros.

Lo cuarto, os doy las gracias que puedo por todas las veces que me habeis perdonado mis pecados y librado de ellos, y de sus ocasiones; por las veces que he recibido el Santísimo Sacramento, y por todos los demas Sacramentos: por todas las gracias y dones que me habeis comunicado: por todas las buenas obras que en vuestra gracia he obrado interior y exteriormente: por el ángel de guarda que me habeis dado, y por el amor con que me habeis hecho todas las otras mercedes.

Lo quinto, os doy tambien las gracias posibles por haberme dado salud, vida, sustento y bienes temporales con que pasar la vida, y poderos servir, habiendo otros mejores que yo, que no tienen salud ni sustento como yo. Pésame de no haber empleado mejor en vuestro servicio todo esto; y os doy gracias por el beneficio de todo ello, y por el amor con que me habeis hecho todas estas mercedes.

Ultimamente os doy en comun gracias por todos los beneficios que me habeis hecho naturales y sobrenaturales de alma y cuerpo, manifiestos que sé, y ocultos que no sé. Por todo cuanto os debo os doy cuantas gracias puedo, y por el amor con que me habeis hecho todas estas mercedes.

En cada beneficio se ha de dar gracias por el beneficio, y por el amor con que nos hizo el beneficio.

PUNTO SEGUNDO.

De lo que habemos de pedir á Dios.

Porque al agradecido á sus beneficios da Dios de buena gana beneficios nuevos, como al ingrato le quita los dados; entra bien tras el agradecimiento el pedir á Dios de esta manera.

¶ Y pues vos, Señor, sois mas misericordioso que yo miserable, y tan liberal, que teneis mas gana de dar que yo de recibir, os suplico humildemente me perdoneis todos mis pecados, que me pesa de haberos ofendido no por otra cosa, sino por ser quien sois, y propongo de nunca mas ofenderos por cosa alguna, por ser quien sois, y que me deis gracia para jamas caer en pecado mortal, y que me libreis de los veniales por Jesucristo vuestro Hijo.

Lo segundo, os suplico, Señor, que me salveis, y no permitais me condene, sino que me lleveis, Señor, al cielo, á bendeciros, amaros y glorificaros con los santos y ángeles para siempre sin fin, por Jesucristo vuestro Hijo.

Lo tercero, os suplico, Señor, me deis todas las gracias, dones y socorros que mi alma ha menester para serviros y agradaros, en especial el don de la perseverancia hasta que espire: paz con todos, paciencia, humildad, caridad, castidad, y las demas virtudes, por Jesucristo vuestro Hijo.

Lo cuarto, os suplico me deis los bienes temporales, hacienda, honra, contento, salud, vida, y los demas que hay en ella; y de esto todo, solo aquello que fuere para mas gloria vuestra y salud de mi alma, por Jesucristo vuestro Hijo.

Lo quinto, os suplico cuanto

puedo por los que estan en pecado mortal, y por las ánimas del purgatorio; por las necesidades de mis próximos, asi generales como particulares, y especialmente de mis deudos y amigos, y de los que en mis pobres oraciones se han encomendado, ó tienen necesidad de ellas, en especial N. y N. por Jesucristo vuestro Hijo.

Lo sexto, os suplico cuanto puedo por la conversion de los infieles y reduccion de los hereges, exâltacion de la fe católica, por el Papa y por nuestro Rey, y todos los príncipes cristianos, y prelados, asi eclesiásticos como seglares, y por todas las religiones y superiores de ellas, por todos los ministros del Evangelio, para que ayuden mucho á la salvacion de las almas, que todos os amemos y sirvamos muy de veras, por Jesucristo vuestro Hijo.

Ultimamente, os suplico todo aquello que debo y puedo suplicaros, para mayor gloria vuestra y bien mio y de mis próximos, por Jesucristo vuestro Hijo.

Acabará con un Pater noster y una Ave María.

PUNTO TERCERO.

Es un exercicio del amor de Dios, el cual comprehende, asi lo que es mas glorioso para Dios, como lo que es mas provechoso para nuestras almas.

Amor, como dice santo Tomas, es lo mismo que querer bien; y como á Dios no le podemos querer mayores bienes de los que él se tiene, esos le podemos querer á Dios por via de pláceme, lo cual es una altísima manera de amarle de esta forma.

Lo primero, Dios mio, sed Dios como lo sois, ahora y pa-

ra siempre jamás, que yo me huelgo en el alma de que lo seais. Vos teneis poder infinito; sed Dios Todopoderoso, como lo sois. Teneis sabiduría infinita; sea muy en hora buena, tened infinita sabiduría como la teneis. Teneis bondad infinita, y caridad infinita, y clemencia infinita; tened, Señor, bondad y caridad, y clemencia infinita, como la teneis. Vos, Señor, sois glorioso y bienaventurado sin fin; sed glorioso y bienaventurado sin fin, como siempre lo sois.

Lo segundo, vos, Señor, sois Trino, Uno, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, tres Personas distintas y un solo Dios verdadero; sed Trino y Uno, como lo sois. Sois Criador de todas las cosas, sois Salvador y Glorificador nuestro y de los ángeles; sedlo en hora buena, como lo sois, que yo me huelgo mucho de ello.

Lo tercero, vos, Señor, os

conoceis con infinito conocimiento á vos mismo; conoceos con infinito conocimiento, como os conoceis, que infinito conocimiento sobre infinito ser muy bien cae. Vos, Señor, os amais con infinito amor; amaos, Señor, con infinito amor como os amais, que infinito amor á infinita bondad bien le cuadra. Vos, Señor, os gozais con infinito gozo; gozaos, Señor, con infinito gozo, que infinito gozo con infinita gloria bien dice. Conoceos, Dios mio, como os conoceis, y amaos como os amais, y gozaos como os gozais; ahora y para siempre jamas sed Dios como lo sois.

Lo cuarto, vos, Señor, sois Señor universal, á quien aman, alaban y sirven los ángeles y bienaventurados en el cielo, y los hombres en la tierra; sed vos, Señor, el Señor de todos; y todos en el cielo y en la tier-

ra os amen, alaben y sirvan sin fin. ¡O Señor! ¡y quién pudiera convertir á cuantos infieles y pecadores hay, y hacer que nadie os ofendiera, y todos os obedecieran y sirvieran en cuanto de nosotros quereis! Hacedlo vos, que yo, Señor, deseo que todos se empleen en vuestro santo servicio ahora y para siempre jamas. *Acabar con un Gloria Patri &c.*

¶ Este exercicio de amor de Dios es muy alto, y de altos merecimientos; úsanle los bienaventurados en el cielo, como lo oyó S. Juan, que decian: *benedictio, et claritas, et sapientia, bonor, virtus, et fortitudo Deo nostro in sæcula sæculorum. Amen*: (*Apoc.* 7.) y para él es menester hacer una lista de las perfecciones de Dios, para irle por ellas amando, como está dicho, si con lo referido no se contentare alguno.

PUNTO CUARTO.

De las alabanzas de Dios, las cuales nos enseñaron los ángeles en el c. 6. de Isaías, cuando decian á Dios: Santo, Santo, Santo.

Para este punto es menester la lista de las perfecciones de Dios, que diximos en el punto pasado, para ir por cada una de ellas alabando á Dios, repitiendo cada una, como los ángeles hacen, de esta manera.

Dios mio, Santo, Santo, Santo, y Santísimo, Santísimo, Santísimo; Señor todopoderoso, todopoderoso, todopoderoso; misericordioso, misericordioso, misericordioso; piadosísimo, clementísimo, pacientísimo, suavísimo, amorosísimo, infinitamente sabio, infinitamente bueno, infinitamente justo, mas sabio, mas poderoso, mas bueno,

mas piadoso, mas suave, mas amoroso que ningun entendimiento criado puede alcanzar. Y asi sobre sapientísimo, sobre poderosísimo, sobre bonísimo, sobre piadosísimo, sobre suavísimo, sobre amorosísimo, Criador, Conservador, Redentor, Pastor, Maestro, Médico, Salvador, Glorificador, y todo mi bien.

¶ Y repetir estas alabanzas de espacio, porque estas alabanzas van encendiendo el corazon; y el alabar asi á Dios es oficio de ángeles y de los bienaventurados, y de gran merecimiento: *beati qui habitant in domo tua, Domine, in sæcula sæculorum laudent te.*

ACTO DE CONTRICION para alcanzar el perdon de los pecados, si se dice de todo corazon.

Señor mio Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, Criador y Redentor mio, á mí me pesa

de todo corazon de haberos ofendido, por ser vos quien sois, y porque os amo sobre todas las cosas: y propongo de nunca mas pecar, y de confesarme, y cumplir la penitencia que me fuere impuesta, y de apartarme de todas las ocasiones de ofenderos, y ofrezco mi vida y obras en satisfaccion de todos mis pecados; y confio en vuestra bondad y misericordia infinita me los perdonaréis por los merecimientos de vuestra preciosa sangre y pasion. Amen.

Sea infinitas veces bendito, alabado, glorificado y reverenciado el Santísimo Sacramento del altar, y la pura y limpia Concepcion de la Reina de los ángeles María santísima, Señora nuestra, concebida sin mancha de pecado original, y llena de gracia en el primer instante de su ser. Amen.

LAUS DEO.

TABLA

DE TODO LO CONTENIDO en este Manual.

LIBRO PRIMERO

DE LAS MEDITACIONES de la via purgativa.

LIBRO SEGUNDO

DE LAS MEDITACIONES de la via iluminativa.

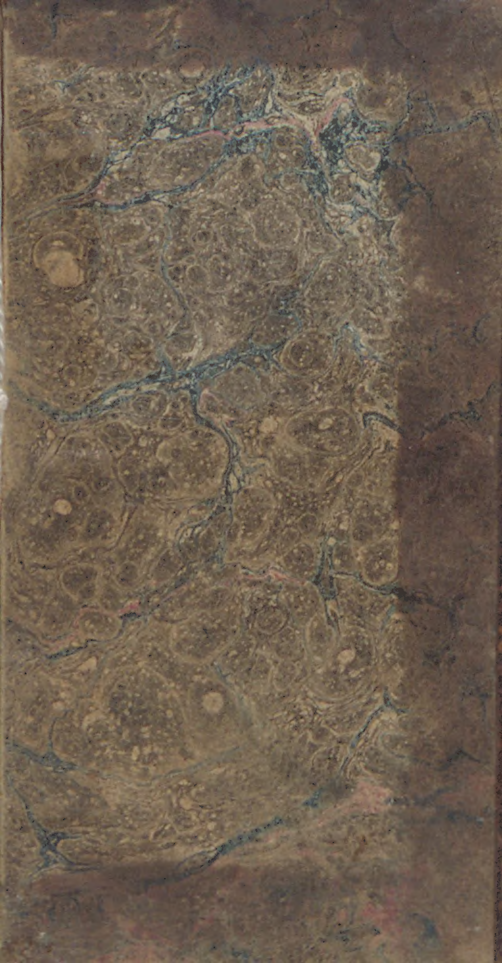
LIBRO TERCERO

DE LAS MEDITACIONES de la via unitiva.

Síguense seis Meditaciones del Santísimo Sacramento para dar gracias á nuestro Señor despues de haberle recibido.

F I N.






VILLACASTIN
18


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm